

Julio Romero Parra

El boxeador

Julio Romero Parra

El boxeador

Fundación Editorial



elperroylarana

© Julio Romero Parra

© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2018 (digital)

Centro Simón Bolívar

Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399.

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Twitter: @perroyranalibro

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Diseño de la colección:

Mónica Piscitelli

Carlos Zerpa

Edición al cuidado de:

Ángel Cristóbal

Jairo Noriega

Juan Carlos Torres

Álvaro Trujillo

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal DC2018001186

ISBN 978-980-14-4223-3

colección ***Páginas Venezolanas***

Esta colección celebra a través de sus series y formatos las páginas que concentran tinta viva como savia de nuestra tierra, es feria de luces que define el camino de un pueblo a través de la palabra narrativa en cuentos y novelas. La constituyen tres series:

Clásicos abarca obras que por su fuerza y significación se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana.

Contemporáneos reúne títulos de autoras y autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer fluir nuevas perspectivas y maneras de exponer la realidad.

Antologías es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren portales al goce y la crítica.

Julio Romero Parra

El boxeador

COLECCIÓN
Páginas Venezolanas
SERIE Contemporáneos

Para Aníbal Reyes

¡Pega, Betulio!
¡Vuelve a pegar, Betulio!
¡Sigue pegando, Betulio!
¡De nuevo pega, Betulio!
¡Se cayó Betulio!

MIGUEL THODDÉ
COMENTARISTA DEPORTIVO

Campanazo inicial

Mi nombre es Betulio González y fui a Bangkok, Tailandia, a pelear contra un chino asesino. El asiático había empaquetado a más de tres para la funeraria. Fuerzas inevitables me empujaban hacia una segura muerte en el ring. Pero no soy el mismo que en los años setenta, al enfrentar a Venice Borkorsor, dejó olvidados los calzoncillos en el camerino. No soy ese genio del boxeo. Soy algo peor. Soy otro Betulio González.

Primer asalto

Sobre el origen de mi nombre y sobre el nombre de mis mascotas

Las últimas cuartillas de esa novela (si es que tal emborronamiento de páginas podía llamarse así) las estuve escribiendo en un hospital para parias, con no menos de ocho plumazos metidos entre mis tripas y con un resabio amargo en la boca que me hizo descubrir lo que tanto habían llamado *sabor a madres*. La había comenzado a redactar en la perrera, hundido hasta el culo en el fondo de la letrina. La terminé tirado en una cama con las morcillas repletas de plomo.

Me dolía todo el cuerpo, maldita sea. ¡Tantos golpes recibidos durante tanto tiempo! Y para colmo de males esos tiros que me pegaron *El rayo Zambrano* y José *El chubisco*.

Antes de mi pelea contra Lam, el tailandés asesino, estuve metido en la jaula acusado por homicidio. En ese pasado inmediato, apenas estaba por sonar el campanazo. Es decir, las páginas que trajo Teoduldo (mi hermano) en compañía de Lucrecia (mi cuñada) la última vez que vinieron a visitarme, se encontraban casi en blanco. Los lápices estaban enteros, largos y puntiagudos. Así que, por petición de ellos, me

dio por soltar esas cosas que estaban enredadas en mi memoria. Para lograrlo, me puse a pensar en lo jodido que es la vida. Sobre todo eso. Esa vida del carajo, peluda y cojonuda, que nos jalaba hacia el fondo de la letrina.

Bueno. La mismísima comenzó así, treinta y cinco años atrás. Precisamente la madrugada de la pelea allá en Tailandia. El ídolo de *Cocodrilo* había logrado sacudir duramente a un compatriota y le dio por gritar a viva voz:

—¡Ahora tráiganme al chino! ¡Quiero que me traigan al chino!...
¡Imagínense! qué bocazas comenzó a sentirse la belleza de Betulio.

Pero los promotores no pudieron traerlo. No pudieron buscar al chino, campeón mundial para ese entonces, porque el cabrón se dio toda la bomba del mundo y no quiso venir a Caracas. Pero sí pudieron llevar a Betulio hasta Tailandia donde el amarillo lo estaba esperando para teparle la boca a puñetazos. Eso fue al principio de los años setenta. Treinta y cinco años atrás. En la ocasión cuando yo nací, recuerdo. He allí cuando comenzó mi vida. Mi maldición. Mi infierno de cuatro esquinas. Mi historia a quince asaltos. Mi condena perpetua en un cuadrilátero.

Aconteció que en la alborada, cuando el tailandés le echó la parranda de carajazos al gran Betulio, María Seferina González, mi puta madre, me trajo al mundo. La vieja estuvo reventándose las entrañas toda la noche en una fiera lucha contra mí. Al mismo tiempo, *La tiro fiijo*, madre del mejor compinche que llegué a tener (*El Mono Betulio Parada* que en paz descanse), también lo estaba pariendo.

Así que, en el correr de esas tres décadas y un tanto que llevaba sobre esa isla de traiciones que es el mundo, muchas veces me veía obligado a explicar los motivos por los cuales mi nombre era Betulio González. ¡Sí!, Betulio González, igual que el mítico boxeador de mi país. Existía mucha gente curiosa. Gente que preguntaba y preguntaba. Cuando me mortificaban con el asunto de mi nombre me obligaban a contestar. ¡Hasta cuándo, carajos! Les decía a los pendejos que me llamaba así en honor al apelativo del santo vernáculo, por quien el gracioso de mi padre profesó infinita devoción. Creía que era necesario explicar el origen de mi patronímico antes de darme a la aventura de relatar algunos pormenores importantes de mi vida; sobre todo aquellos que ayudaron a conducirme, ya después de la edad de Cristo, hasta

las manos de Julia y de la mafia. Con Julia hice un pacto de amor que terminó convirtiéndose en odio. Con la mafia hice un pacto de lealtad que terminó, como siempre terminan sus alianzas, con una ingratitud.

Anduve con dos peligros latentes a la vez, Julia por un lado y la mafia por el otro, y ese tiempo lo pude dividir entre lo deportivo y lo delictivo, entre jornadas apoteósicas en el ring y entre asesinatos de pendejos en la calle.

De tal modo que me parecía necesario comenzar a aclarar mi situación. Estuve durante algún tiempo reincidente en la perrera, con la propia crema, esa vez *intentando cortar la cabeza a la metáfora como si fuera un pollo*. La expresión no me pertenecía. Era original de mi hermano, quien siempre fue empleado de librería y quien siempre destacó como lector voraz. Y la dijo en ocasión cuando se apareció de visita con las cuartillas, con su mujer Lucrecia, y con una docena de lápices de puntas muy afiladas.

—Oye, ¿y Gerardo? —le pregunté a mi cuñada.

—En la casa —contestó ella. Enyesado, como una momia, desde el día de la bendita pelea en la playa.

No me interesé más por el patán y a continuación fue que surgió la idea de escribir una novela a quince asaltos.

—¡Escribe una novela! —dijo mi cabroncito hermano. Vas a estar mucho tiempo zampado en la perrera. Es probable que jamás vuelvas a salir con vida de la letrina. Así que escribiendo podrás distraerte y hasta los años te pasarán más apurados.

—¡No me mames! —le dije—, y hasta me reí de manera torva, pensando en las mierdas de *El rayo* y *El chubisco*, los esbirros de *El gusano*, quienes siempre mataban a puras cuchufletas. Mamadores de gallo y muy sandungueros los cabrones. Inclusive soltaron chistes sobre mi huevito en algún burdel de Bangkok, en el momento cuando jalaban los gatillos con el afán de mandarme hacia el infierno.

—¡Ese huevito está pichoncito! —dijo *El rayo* cagándose de la risa.

Y con los tiros, por supuesto, se me engurruñó más el cuero de las bolas.

Teoduldo me dijo que escribir una novela era fácil. Que era como vaciar concreto. Mi hermano siempre con sus ideas locas de libros y otras huevonadas. Vaciar concreto. Vaciar palabras. Así me dijo.

Levantar una historia como se levanta un edificio. Tan fácil como cuando el perro capón levanta la pata para mear.

—Creo que no podré hacerlo —le dije con sinceridad.

—¡Pues, claro que sí! —insistió él. Escribir es lo mismo que boxear. Te pones a darle coñazos a una historia y llega el momento en que ya la tienes derrotada.

—¿Cómo un nocaut?

—¡Exacto! Pero un nocaut es algo fulminante. Un nocaut es como si escribieras un cuento.

—¿No es lo mismo?

—¡No! —dijo Teoduldo. Una novela no es lo mismo que un cuento. Un cuento se refiere a un solo asunto. En cambio, una novela es algo más largo que tiene muchas cosas que contar. Es una pelea de largas tripas.

—¿Cómo un combate a quince asaltos?

—¡Exacto! Podría ser más larga o más corta, pero no tanto. Y debe ser intensa para que no pierda el interés.

—¿Cómo la pelea entre Dempsey y Firpo?...

—¡Exacto! —dijo mi hermano quien solía repetir con frecuencia esa palabra.

Mientras hablaba, su mujer permanecía a la expectativa. Así que tal era la intención de la visita de Teoduldo y de Lucrecia, de las cuartillas y de los lápices: la intención de que esos duros y desgraciados años de presidio que seguramente me aguardaban no se hicieran tan tediosos si me dedicaba a escribir una novela. Algo así, según me dijo, como hizo Henri Charriere cuando estuvo en su perrera, metido hasta el culo en Alcatraz, y sumergido en *Papillon*. Pero las cosas se simplificaron. No debí esperar tantos años para poder escribir esa aventura. Tampoco debí esperar mucho para salir de las rejas. Gracias a Cristóforo Lorenzo, el capo, y a *Doctor Peppers*, el jefe supremo de la conexión, casi inmediatamente me concedieron otra vez la libertad. Y cuando salí de allí ya casi había terminado los quince asaltos a punta de lápiz y papel. Solamente parecía faltar el campanazo final.

El cabroncito señaló además: “Toma, Betulio, aquí te trajimos. Ahora te encargarás de cortar la cabeza a la metáfora. De veras que tu vida es digna de contarse”. Así dijo mi hermano. No era para menos. Porque su pasión tenía mucho qué ver con la novelería.

Lucrecia, a su vez, movió la cabeza en señal de asentimiento y me preguntó por *Dempsey* y por Julia. ¡Qué estúpida pregunta! Estúpida, sí, porque ambos estaban bien difuntos. Ellos lo sabían. La noticia había rellenado las páginas de sucesos de todos los periódicos del país: EN EXTRAÑAS CIRCUNSTANCIAS FALLECE LA ESPOSA DE BETULIO GONZÁLEZ. Así titulaba la crónica. Eso era muy cierto. Lo reseñaba la prensa en letras muy negras y muy grandes. Era un título amarillista. El porqué de mi reclusión en esos momentos se debía precisamente a la muerte de la paranoica. Por tal motivo no quise contestar a la pregunta que hizo mi cuñada.

Teoduldo insistía con sus novelorías. ¡Qué hombre tan ladino, tan libresco, tan pajarero, tan inteligente y tan insistente en esos temas! Todo por una lógica razón. El vicio de los libros se lo ganaron desde muy temprano. Nunca llegó a escribir una línea, es cierto, pero la realidad de su vida siempre corrió en forma paralela con las fantasías que deparaban las lecturas y con las vidas singulares de grandes escritores.

Me decía que un tipo de apellido Castel había confesado los motivos por los cuales asesinó a una mujer, una tal María Iribarne. Contaba que el susodicho era un pintor sicópata y la susodicha era una mujer ajena. Yo no sabía de quién me estaba hablando, pero lo suponía. Seguramente se trataba de una cuestión novelesca. Aseguró que también yo podía relatar los motivos de mi crimen. Lo cierto es que el caso de aquel cabrón de apellido Castel era muy distinto al mío.

De mí puedo decir que no tuve criterio propio. Simplemente fui un boxeador manipulado por una conexión de criminales. Un pegador que de tanto machacar contrarios, de golpe y porrazo, se encaminó hacia un título mundial. La cosa resultaba sencilla. El código consistía en no defraudar a los jefes. O ganaba todas las peleas que me pactaban o me sabría a madres. Por suerte era muy bueno en la actividad de los coñazos. También eso lo aprendí desde un principio.

Pero no solamente me destacaba en el box. *Doctor Peppers*, quien era nuestro jefe supremo, me apreciaba porque consideraba que yo también me las traía como asesino a sueldo. Me pagaban bonos especiales por cada pendejo que mataba. Me sentía estupendamente. Dispuesto a darle panquecas a quien el cabecilla considerara necesario.

Aunque en los últimos tiempos llegué a sentirme exasperado por las manipulaciones de la mafia y por el genio terrible de mi mujer. Teoduldo

y Lucrecia, en la última visita que me dispensaron en la perrera, me hablaron sobre otros temas, muy festivos, por cierto, como si no estuvieran visitando a un hombre desgraciado. No me llevaron otro aliciente. Sólo páginas y lápices de grafito para que le hiciera contrapeso al tedio de los años de presidio resumiendo en parte mi desgraciada vida.

Apenas cuando se marcharon, lo primero que se me ocurrió para matar la ladilla fue instalarme a garabatear ideas, pretendiendo explicar el infame origen de mi patronímico. Desde entonces descubrí que eso de escribir novelas era fácil. Usted simplemente se instalaba a garrapatear su historia y, con un poco de paciencia y un poco de tozudez, la terminaba. Bueno. También se necesitaba tener nalgas de hierro para aguantar tanto tiempo sentado.

Ni siquiera un remordimiento mortificó mi conciencia luego del último crimen. Al contrario, apenas muerta Julia, una gran paz se apoderó de mí. ¡Tanto daño me hizo la desgraciada! Debo aclarar que esa fue la última vez que pude conversar con Teoduldo y con Lucrecia. No los volví a ver. Se los tragó la tierra. Lo juro. Y no sabría decir qué podría haberles pasado.

Pero alguien se preguntaría: ¿Por qué mierda ese pendejo se encontraba en la perrera? Muy buena pregunta, por cierto. Me resultaba fácil contestar. Me encontraba allí por culpa de Julia Fuentes, la cabra más loca que yo he conocido, y quien de paso fue mi mujer. No pasaba esa temporada en el infierno por haberla defendido. Nada de eso. Me hallaba zampado en el fondo de la alcantarilla porque le metí un pepazo en el mero centro de su orificio anal.

¿Y mi nombre? Dije que fue el mismo de un boxeador famoso, pero necesitaba dilucidar la cuestión. Eran vainas que todavía no había puesto muy en claro. Así que me convenía hablar de eso de una vez.

Mi nombre era Betulio González y fui boxeador como aquel grande a quien *Cocodrilo* usurpó el nombre, pero no era yo el mismo que levantó la mano a Venice Borkorsor, en Tailandia, según contó un periodista venezolano.

Cocodrilo, mi cabroncito padre, hombre de mal seso y de buen humor, malandroso, borrachón y faramallero, admiró mucho a ese boxeador. Era su ídolo, su sagrado. Para él representaba un santo viviente como la Madre Teresa de Calcuta. En los tiempos cuando vivía con nosotros nos hacía saber que tal apelativo era en honor a Betulio González,

el grande de Venezuela, el zulianito, deportista de mucha honra y de mucha gloria que puso en alto el nombre de nuestro país. Bueno, deportista. Si es que se puede llamar deporte a esa actividad donde pulula la mafia y donde las principales piezas que ella mueve —los boxeadores—, tienen el deber de reventarse la madre a carajazos...

Hubiera querido ser como Betulio. ¡Carajo, qué grande hubiera sido! Y puedo asegurar que llegué a ser campeón mundial. Pero por poco rato nada más. Luego de la faja y la corona, por orden expresa de nuestro jefe-cito, *El chubisco* y *El rayo* me llevaron a gozar en los burdeles y fue en uno de ellos donde me hicieron conocer el sabor a madres. No sé cómo pude aguantar tanto plomazo. Pero esto lo acomodé en alguna página luego de un borronazo, muriéndome en un hospital para pelabolas, noches después de ellos llevarme a un prostíbulo allá en Bangkok. En el baño me cayeron a tiros los cabrones. Ése era el sabor a madres. Me cosieron las tripas a plomazos. ¡Coño! ¡Cómo dolieron los pinchazos! Me revolqué entre orines colectivos y teñí de sangre todas las baldosas.

Entiendo que cuando me sacaron de la perrera no me encontraba en las mejores condiciones. Las rejas lo ablandan a uno. Mis músculos y mis bríos estaban desgonzados.

Además, ya estaba un poco viejo para el box y para el sicariato. Las ganas a veces a uno se le oxidan. De paso *Doctor Peppers* ya estaba cansado de exprimirme los cojones. Puras peleas de pacotilla con extravagantes propagandas que atraían como moscas a los grandes apostadores. Ya estaba bueno, se diría. A ese pendejo es conveniente eliminarlo. Hubo encuentros muy duros, por supuesto, que casi me lisiaron.

Entre esas excepciones, no puedo dejar de pensar en la pelea que tuve con el *Niño*. Se trataba de un excelente púgil puertorriqueño. Ese carajito sí fue bueno de verdad. Y además muy caballeroso. Fue de los que le echaron bolas al asunto. Todo lo contrario de mi persona quien, a pesar de que moría por el box, no resistía la tentación de *revolcarme en el fondo de la letrina*. Pero esa expresión tampoco era de mi propia cosecha. Se me grabó de tanto escucharla con insistencia en boca del viejo Carlos, ese cabrón que además de suegro fue mi coach.

¿Y mi apoderado? El mundo sabía que detrás de todo luchador se encontraba alguien que movía los hilos, los negocios, cualquiera que arreglaba el asunto de las peleas, un padrote que ganaba más que el

huevo que masacraba o que era masacrado. Ése era el apoderado. El mío, particularmente, no lo conocí. Nunca llegué a saber su nombre de pila. Sabía que lo hacían mentar *Doctor Peppers*, como una gaseosa tejana, y que era el jefe supremo de una organización con muchos tentáculos. Una especie de pulpo que se agarraba del cobro de vacuna, del narcotráfico, del contrabando de bienes y de chinos, del terrorismo, del lavado de dinero, del tráfico de valijas y que era palabra mayor en un cartel. A mí me movían sus antojos a través del capo pues, como se sabe, el capo es el tipo que da las ordenanzas dadas por el máximo jefe. En nuestro caso, el capo era Cristóforo Lorenzo, un tipo muy comprensivo con la familia a quien no le importaba que lo llamaran de cualquier modo. Imaginaba al enano como a cualquier Peppinello ganándose el puesto de segundón recurriendo a disfraces infantiles gracias a su pequeña estatura.

Le endilgábamos distintos apodos y nunca se enojaba. Le podíamos decir Nelson Ned, *El gusano*, el enano siniestro, el australopiteco, *El teletubi* y él lo único que hacía era chupar el tabaco y sonreír. Ned ofrecía su horrible cara de simio por el jefe y daba las órdenes para cumplir con los asesinatos, con los traslados de mercancía y con los encuentros pugilísticos que producían plusvalía para la organización. El negocio con chinos era sumamente rentable. No solamente entraban al país sin permiso, sino que de inmediato se podían nacionalizar. Además, esa piltrafa humanoide estaba al mando de un pelotón de narcomulas, que con las tripas llenas de dedales enviaba a distintos lugares del mundo. ¡Cabrones de mierda que supieron machacarme hasta sacarme el último jugueto!

¡Qué mala leche no haber tenido un apoderado como Don King! Así pensaba cuando estaba en manos de la mafia. Ese negro sí sabía levantar billetes y enriquecer a los púgiles. De paso no estaba cochino con la ley. Tenía los pelos estirados como las espinas de un puercoespín. Siempre lo podía encontrar en la revista *Puños*. O en *Guantes*. Se arreglaba más de la cuenta y se creía la última gota de Coca-Cola en el desierto. Ese negro le caía mal a muchísima gente, incluyendo al viejo Carlos. Decía mi suegro que era el auténtico refistolero. El viejo fue mi instructor de boxeo, el tercero que tuve después de *Cocodrilo*, y quien también se movía bajo la sombra de *Doctor Peppers*. Alguna vez fue profesional antes de ser entrenador de box. Yo hubiera alcanzado la

gloria en el ring. Pero empecé muy viejo por culpa de *El Mono* Parada. Fueron doce años que pasé oxidándome en un cubil de cucarachas. Además, en los últimos tiempos, a mí no me pusieron a pelear para conseguir la gloria, sino para producir dividendos para los tramposos.

¡Ahhhaaasss! *El Mono* Parada. El mejor amigo que tuve en esos tiempos. Madre pistola tenía el cabrón.

Era como mi hermano y a mí se me arrancaba las lágrimas nada más al recordarlo. La prisa con que vivió. La prisa con que lo mataron. Toda una carrera loca. Un torbellino de vida en busca de la muerte. De toda esa mierda me acuerdo.

Él andaba enamorado de una putica de burdel llamada Sandra pero que todos conocían como *La Frescachicha*. La plata que malandreaba por ahí corría a dársela a la zorra. Era muy bonita la degenerada. No pasaba de veinte años y tenía la cara blanca como porcelana. Tenía los pelos amarillos naturales. El cuerpo flaco y espigado. Tenía crecitas las nalgas y las tetas. Era tan rubia que por eso le decían *La Frescachicha*. Tan clara como una crema de arroz. La solicitaban hasta los perros. En el burdel donde trabajaba le hacían cola para cogerla.

Y ella que no le miraba el cabo al hacha. Tiraba con todos. Sin escrúpulos. Le gustaba esa vaina de la prostitución. *La Frescachicha* andaba como chivo pegándose en cualquier monte.

Una noche del noventa y cinco andábamos por los veintitrés. Habíamos corrido la suerte de no haber sido quebrados luego de acabar con tanta gente. A *El Mono* se le metió en el corral de la cabeza una idea más loca que una cabra. Me dijo que hasta ese día la Sandra andaría de puta. Me juró que la sacaría del burdel por las buenas o por las malas. A caricias o a carajazos. Que la llevaría a vivir decentemente. Que ya vería la coño de madre. Que le iba a enderezar la vidorria a cualquier precio.

Pero, según dicen, al mal torero hasta los cuernos le molestan. Y ese fue el problema. *La Frescachicha* no estaba dispuesta a vivir decentemente. Porque ninguna mujer se metía a puta por necesidad, sino por gusto. Así que la cosa se fue por el lado de las malas.

Andaba vuelto loco por culpa del perico. No era la primera vez que eso le ocurría. *El Mono* tenía esa costumbre de drogarse hasta los forros y de enamorarse de las putas.

Esa noche a que me refiero entramos al burdel y *La Frescachicha* no se encontraba en el salón, entre el grupito de tironas que esperaban a los clientes. En ese momento estaba ocupada singando con un tipo en una de las habitaciones. Como cuatro o cinco más le hacían la corte. La Sandra era la perra más buscada en ese sitio. A mí particularmente me daba asco pensar que debería tener la cuca como perol de chichero...

El Mono Betulio se arrancó para el cuarto donde la Sandra estaba trabajando y le tocó la puerta.

—¿Quién?

—Soy yo.

—¿Quién es yo?

—Betulio.

—¡Vete a buscar a tu madre!

—¡Putal! ¡Coño e tu madre! ¡Abre de una vez la maldita puerta!

—¡Ya te dije que no!

—¡Abre, carajo!

Pero *La Frescachicha* nada que nada. No le abrió la puerta y siguió con su trabajo.

El Mono regresó a la mesa donde me había dejado y se puso a tragar caña como un hereje. Como diez minutos después salió el sujeto que la estaba restregando. Otro de la corte se levantó para entrar al cuarto, pero ella le dijo que se esperara un momentito, que tirarían después que reposara un poco, que estaba cansada y que iba a descansar. Se fue hasta el salón donde estaba el grupito de tironas y una de ellas le dio de beber cubalibre del vaso donde estaba bebiendo. Betulio se paró de la mesa y fue a buscarla, pero ella le dijo que se fuera a la mierda.

—¿Qué es lo que quieres, puta?

—¡Que te vayas a mamar un huevo! —le gritó la Sandra.

Entonces él la jaló por las mechas y le metió un carajazo por la jeta. La bicha cayó pataleando en el piso como una cucaracha recién destripada.

La tipa que le dio de beber a *La Frescachicha* le tiró el vaso de cubalibre por la cara. Apenas lo rasguñó. Entonces Betulio sacó la pistola y le metió un solo pepazo. ¡Tremendo mierdero se formó! Por mala leche, la bala le entró por el culo y le salió por una teta. Quedó muerta de bola. Entre el griterío de las putas y del grupo de cabrones quisimos escapar. Pero allí se encontraban unos diputados con un chorrero de

gorilas y matones y se formó la plomazón. Así que a Betulio les supo a madres. Lo mataron como a un pendejo, yo caí preso por cómplice y me metieron a la perrera durante un montón de años. Eran quince para ser exacto, pero gracias al boxeo y a los buenos oficios de la mafia me rebajaron la condena. Fueron doce años de pudrición en un cucarachero.

Ahora estoy arrepentido. ¡Qué huevonadas! ¡Si no hubiera pasado esos años en la perrera! Esta cosa no la debí contar antes de que sonara la campana.

“Echa bien las cuentas para que después no te arrepientas”, solía decirme *Cocodrilo*, y era lo que intentaba hacer en esas páginas para que muchos cabrones pudieran entender con claridad todo lo que me aconteció. Así que iba por el asunto de mi apelativo.

La gente especulaba que había casualidades de casualidades.

Pero eso de llevar el mismo nombre y apellido de esa gloria nacional y ser boxeador a la vez, probablemente no fue una casualidad. Nací la misma madrugada —ya casi al amanecer— cuando el gran Betulio, en los años setenta, boxeaba en Bangkok. Según cuenta la historia, en el décimo asalto después de la caída, el verdadero Betulio González fue a la esquina de Borkorsor y levantó su mano. De esa manera quiso sentar un precedente o cumplir con una promesa de proclamar él mismo a su vencedor. Pero entonces se tejieron infamias a causa de esa actitud. A la gente le gustó muy poco que el cabrón levantara la mano a su rival. De la arrechera que eso causó en la afición sobraron comentarios venenosos. Los más leoninos dijeron que había dejado los calzoncillos en el camerino. Mejor dicho, que en el camerino había dejado el corazón y, algo más que el corazón, su dignidad. Fue la misma fecha cuando un señor llamado Miguel Thoddé narraba a los ansiosos y trasnochados aficionados los pormenores de la pelea. Nadie la vio por televisión. Según me contaron, todos estaban trasnochados y pegados a los transistores de radio.

—¡Pega Betulio! ¡Vuelve a pegar Betulio! ¡Sigue pegando Betulio! ¡De nuevo pega Betulio! ¡Se cayó Betulio!...

Pero la frase no era excepcional de aquel narrador deportivo. Provenía de una expresión similar que se dijo en ocasión cuando Ramoncito Arias peleó con Pascual Pérez por el título mundial. Eso lo debe recordar la memoria del mundo. Y en el instante cuando Miguel

Thoddé gritaba la locución que abortó la pelea, María Seferina, mi puta madre, también pegaba gritos con la esperanza de abortarme a mí.

Cocodrilo, mi padre, en esos momentos estuvo más pendiente de Betulio González que de su mujer. Más pendiente de los resultados de la pelea que de los resultados del parto. Más adentro de un centro de perdición que adentro de un centro de salud. Se hallaba con su compadre Teodoro Parada en el botiquín *El siete copas*, establecimiento que pertenecía a una puta a quien nombraban *La culebra*, el más famoso y concurrido del barrio en ese tiempo, rajando caña y pegando gritos como un loco cada vez que el narrador anunciaba un nuevo golpe. *La culebra* tenía tres hijitas a quienes llamaban *Las culebritas*. Eran tan víboras como la madre, les encantaba el salchichón de huequito y siempre andaban metidas en líos.

Cocodrilo me contó la historia desde que yo andaba en pañales. *El siete copas* no cerró en toda la noche esperando el acontecimiento. Pero cuando salí de la placenta de mi veterana madre, hacía bastante rato que Betulio había perdido. Los gallos seguramente ya estarían cantando. Mi padre repitió la frase muchas veces cuando yo era muchacho. Durante añadas la estuvo refrendando. Hasta hace poco no entendí un carajo la magnitud de la misma. Lo cierto fue que se me grabó en la cabeza de tanto escucharla. Cuando se encandilaba por los excesos del alcohol o cuando fumaba marihuana en compañía de su inseparable compadre Teodoro Parada, de pronto se levantaba imitando el vozerón de Miguel Thoddé:

—¡Pega Betulio! ¡Vuelve a pegar Betulio! ¡Sigue pegando Betulio! ¡De nuevo pega Betulio! ¡Se cayó Betulio!...

Y se empujaban la botella de ron y los pitillos de mafafa mientras se morían de risa. Así fue siempre hasta que no supe más de ellos. Porque mi padre podía guardar toda la maldad que le supuso la gente que lo conoció. Podía caerle a coñazos a mi madre cuando llegaba pelado o cuando le salía del forro de las bolas. Podía tener toda la fama de perdonavidas, cortabolsas, borracho, marihuanero, buscapleitos, cabrón y coño de madre. Pero eso de que tuviera buen humor, tampoco nadie se lo podía quitar.

Y su amigo del alma. ¡Dios lo guarde o el diablo lo proteja!

Ése sí que era un gran cabrón.

Celebraba las ocurrencias de *Cocodrilo* con aplausos, plomazos al aire y carcajadas. Su mujer, a quien por mal nombre le decían *La tiro fiyo*, también estuvo en trance de parto en esos momentos cuando Betulio se comía las de Caín allá en Tailandia. Todo el mundo en el barrio la conocía. *La tiro fiyo* fue mujer de burdel durante mucho tiempo. Hasta el día cuando Teodoro Parada se enamoró de ella y la sacó del tiradero para convertirla en una señora respetable. Siempre intentó representar con dignidad ese papel. Solamente regresaba hasta el fondo de la letrina cuando su marido le formaba zafarranchos sin ninguna necesidad. Cuando la echaba a la calle sospechando que lo traicionaba con sus puteríos o cuando se sentía atormentado por las brumas de sus vicios. Entonces ella, desconsolada, se acordaba de las viejas amigas del mabil. Regresaba hasta allí y tiraba con todo mundo de puro despecho hasta que el cabrón iba a buscarla.

Así que *Cocodrilo* y su compadre, cornudos ambos al fin, se entendían a la perfección y eran felices. La vida para esos proxenetas no era más que tiros y risotadas. En el salón de *El siete copas* levantaban las botellas de ron, los pitillos de marihuana y soltaban gritos de euforia. Cantaban rancheras de José Alfredo Jiménez y canciones de Daniel Santos. Mi padre era un imitador a ultranza de Luciano Pavarotti. De eso me acuerdo.

Teoduldo me contó infinidades de veces, y con lujo de detalles, muchas de las cosas que no podría recordar por asuntos de la edad.

Luego de celebrar las ocurrencias en el botiquín de *La culebra*, alguno de los adictos calaveras de mi cabroncito padre, con intenciones de echar más leña a la candela, le zahería:

—Yo no te entiendo, *Cocodrilo*. Si Betulio hizo el ridículo allá en Tailandia y se mostró como un marico levantándole la mano a su rival, ¿por qué entonces le pusiste a tu propio hijo un nombre así?

Mi padre, generalmente borracho o acelerado por la influencia de los pitillos, soltaba la carcajada haciendo gala de su buen humor y lo señalaba con su grueso dedo de saurio.

—Quien no te entiendo soy yo, becerro —decía—. Betulio es Betulio donde se pare. ¿Y sabes por qué me dio la gana de llamarlo así? Porque, además de que me salió del forro de las bolas, y sea del bando de quien sea, Betulio es el mejor boxeador que ha nacido en esta tierra.

Porque espero que mi hijo siga su ejemplo y porque espero que con su mismo nombre consiga las glorias que a él le negaron.

Por esa simple razón de *Cocodrilo* es que me llamaban Betulio González, así como el hijo del compadre Teodoro se llamó Betulio Parada, aunque después lo llamaran *El Mono*. Seguí su ejemplo hostigado por las indicaciones de *Cocodrilo*, pero a pesar de haber ganado un montón de peleas tampoco logré la satisfacción que a él le negaron. Quizás fama pero muy poca plata. Y todo por haber caído en manos de Julia, por un lado, y en manos de *Doctor Peppers*, por otro.

Un chorro de vida echado en la letrina. Todo el rato zampado con la mierda hasta el cogote. Logré tanto con el *Smith & Wesson* que con mis puños. Y ya, a los treinta y tantos, quizás aprendí más de Betulio Parada que de Betulio González.

Gracias a la insistencia de *Cocodrilo*, anduve metido en el cuadrilátero. Pero apenas llegué de mala manera a la cima del otro, me caí. Fue el día cuando la vida me supo a madres. Cuando bebí litros de un meado colectivo teñido a lo vinotinto...

En ningún momento pude mantener la gloria del admirado santo viviente de mi padre. Por suerte, *Cocodrilo* se perdió del mapa, seguramente murió y a mí me importó una cabeza de huevo no haber superado las hazañas del gran boxeador...

En la cárcel, donde la última vez cumplí condena por matar a mi mujer, por intercesión de Teo y de Lucrecia, escribí la mayor parte de estas páginas. Una historia impresionante, de película, que fácilmente podría llenar las salas de cine.

Pero no fui más que eso. Un hijo de puta. Un boxeador como muchos a quien la mafia exprimió hasta sacarme todo el jugo que acumulaba en mis cojones.

Así que no traté solamente de contar parte de la vida del otro Betulio, sino parte de la vida que me pertenecía. Aclaré lo de mi nombre porque fue algo que me preguntaron en no menos de un centenar de ocasiones, sobre todo cuando la gente asistía al gimnasio con el propósito de ver cómo aplastaba o cómo me aplastaban a coñazos. Porque si a ver íbamos, el nombre de Betulio González me había marcado...

Detrás de las rejas probaba poner en orden mis ideas, me dedicaba a cortar la cabeza a la metáfora como si fuera un pollo, hacía todo

lo posible por resumir todas las coñomadradas que nuevamente me habían aplastado en la desgracia. Era cierto. Para escribir no solamente se necesitaban cojones. También se necesitaban buenas nalgas.

Cerca de la letrina, al fondo de la cual me hundía sin remedio limitado por los barrotes, evocaba los recuerdos que me servirían de aliento. Porque de inmediato, al menos en este terruño, cualquier pelado mezclaba mi nombre con el boxeo. El de Betulio González fue un nombre que se inventó para que creciera en el cuadrilátero, para que se vendaran las manos y utilizaran los guantes, para que en ningún momento dejara de dar golpes a la vida. Se trataba de una leyenda del box que estaba en la cabeza de todos. Muchos pensaban que el pugilismo era un deporte de bajezas. Que era una afición perversa. Que todo se regía por mafiosos, por dinero, por peleas arregladas, por árbitros y apoderados que se vendían. Desgraciadamente, muchas personas que pensaban de esa manera sobre el pugilismo no dejaban de tener razón.

Inclusive, en la última pesadilla donde se reunieron *Cocodrilo*, Teodoro Parada y el verdadero Betulio, este último expresó que su razón era siniestra. Dijo que el boxeo fue algo que se inventó para dañar, para causar estragos físicos y cuya única meta consistía en formar borrachos vitalicios. Allí no se cayó, se equivocó Betulio. También otro *Doctor Peppers* debió manejar su vida. Muchos grandes han sido arrancados de la ignominia para fijar sus nombres en las glorias de ese deporte. Más aún, fue esa disciplina la que pudo mantenerme durante algún tiempo afuera de la letrina donde me hundía en forma inexorable. Pero ya a los treinta y cinco, ¡imagínense!

“El mundo es de los vivos y de los pistoleros”. Así me dijo alguna noche *El rayo Zambrano*. Me lo dijo entre tragos de whisky, rodeados de putas, en un burdel donde se movían pendusconas colombianas, italianas y cubanas, alguna noche cuando avalaba mi entrada a la conexión de *Doctor Peppers*. Mencionaron no menos de siete veces la palabra *Cártel*. La repitieron tanto que yo no hice más que llenarme de curiosidad.

—¿Y qué es el Cártel, hermanos? —les pregunté.

—Es un consorcio —me explicó *El rayo*—, algo donde todos tenemos un deber y un beneficio...

No entendí bien la explicación, pero era lo mismo. Ya para entonces estaba comprometido con lo que pudiera significar esa palabra. En esa oportunidad le había metido cuatro plomazos en las tripas a un timador de chinos. Como el desgraciado tardaba mucho en estirar la pata, entonces terminé reventándole el último plomazo en el pescuezo. Recuerdo que el sapo estaba desnudo, tirado en un monte, lleno de hormigas y de leche condensada, y creo que agradeció aquel último tiro que lo mandó de inmediato hacia las pailas del infierno. Después derrochamos los billetes que el capo le entregó a *El rayo* para que celebráramos el éxito de la prueba. Si mal no recuerdo, eso fue en el Morrison, en Sabana Grande. El sitio olía a lavansan. Era un cubículo sórdido, entristecido y muy patético. Ni siquiera la música lograba salvarlo de ese ambiente sombrío.

Luego de felicitarme, entre música, putas y viajes a los cubículos donde se tiraba, *El rayo* Zambrano, algo pasado de palos, se tornó medio pendejo y medio filósofo. Se puso a hacer disquisiciones sobre el mundo y a mí no me quedó más remedio que asentir a todo lo que me decía. Eso era cierto. El mundo era complicado. Nunca llovía a gusto de todos. A veces me daba por pensar que era así.

Su filosofía era un tanto cruda y escatológica. Para él, el mundo guardaba diversos significados: era una pelota de mierda que giraba entre los confines del universo, un balompié extraviado a causa de una patada de Dios, una inmensa fruta que iba pudriéndose entre las estrellas con el devenir de los siglos. Eso y mucho más era el mundo para *El rayo* Zambrano. Una carroña achatada hacia los polos, abultada hacia el ecuador y toda llena de gusanos.

Le contesté con algo que mi hermano Teoduldo me había contado y que seguramente había sacado de no sé qué libro: la manzana de Filippo, aquella que encontró el padre de un tal Alejandro. Una manzana macedónica toda podrida, según él quien leyó tanto libro, maltrecha y llena de bichos asquerosos que sólo sirvió para hilar el inútil discurso que debía darse en el congreso. Reconocía entonces que de esa manzana podrida que era el mundo sólo tenía tiempo de amar muy pocas cosas y que, para señalarlas, me sobrarían los dedos de un par de manos: mi hermano Teo, por ejemplo, el cabroncito *Cocodrilo*, mi querido amigo Betulio Parada (QEPD), mi quinteto de difuntos

animales, Julia, la vida de Joe Louis y, por supuesto, ciertas cosas de Luciano Pavarotti.

—¿Qué coño tiene qué ver Luciano Pavarotti con tu vida? —me preguntó *El rayo*.

—Mucho —le dije, y traté de explicarle.

Le dije que fue una manera muy dulce como el cabrón de *Cocodrilo* supo castigarme. Muy dulce y que confirmaba su buen humor. Porque bien jodedor y refistolero fue el hijo de puta. Luego le dije que otros tenores también tuvieron qué ver con mi vida.

¿Lalo Schifrin, José Carreras o el mismo Plácido Domingo? ¿Por qué no? A ellos los llegué a conocer, a admirar (y hasta a tenerles arrechera) gracias a *Cocodrilo*. ¡Qué cuestión tan jodida, digo yo! Tanto que le deleitaban las rancheras de José Alfredo, las canciones de Daniel Santos y aquello de *Yo no he visto a Linda*. Y de paso le gustaban los tenores.

Recuerdo esa noche en el Morrison. Fue la misma cuando le pegué cuatro plomazos en las tripas a un timador de chinos. Bueno. Por último terminé reventándole un tiro en el pescuezo.

Exceptuando a Teoduldo y a las voces de los grandes cantores europeos, de quienes obtuve conocimiento desde que llevaba uso de razón, el resto de mis amores se suscitaron en forma simultánea. En la misma época cuando el viejo Carlos me hizo saber que el boxeo era una vaina para apasionarse. Eso fue cuando *El gusano* me sacó de la cárcel. La mafia me necesitaba para engrosar su patrimonio. *El gusano* y yo fuimos fichas del Cártel, él siempre a las órdenes de *Doctor Peppers* y yo siempre bajo sus órdenes. Cristóforo Lorenzo siempre tuvo contactos con jueces corruptos. Primero con el doctor Cordero, quien era un lobo disfrazado con la piel de su apellido, y luego, según supe, con la doctora Diego.

Del ahorro del tiempo en la perrera que tuve luego de la muerte de *El Mono* y de la amiga de *La Frescachicha*, me sacó el doctor Cordero. Ahora, del problema que tuve con la muerte de Julia Fuentes me sacó la doctora Diego por mandato supremo del jefe mayor. Uno y la otra estaban comprados por la mafia. Y la mafia me necesitaba, entre otras cosas, para pelear en Tailandia. Fue ella quien intercedió ante la juez

para que yo pudiera pelear contra el asiático asesino. ¡Qué miedo sentía por el amarillo!

También debía hablar de mis animales. Fueron cinco y todos murieron de manera trágica. Inclusive, a uno de ellos lo deglutí. Los asesinó Julia, mi mujer, y ésa fue parte de la razón por la cual después la asesiné a ella. Nada más de acordarme, se me salían las maldiciones.

Con gran dulzura, en mis últimos tiempos como púgil, cuando ya mi fama crecía como la espuma, sacaba a pasear a *Dempsey*, el gran danés de apenas un año de vida, el cual me regaló mi hermano de una camada de su pareja de canes. Lo recuerdo como si fuera hoy. Vino a casa una mañana en compañía de Lucrecia con el propósito de dejármelo. Estaba cachorro. Pero creció rápidamente y se convirtió en un inmenso y hermoso can, como si lo hubiera sacado de uno de los cuentos que Teo solía inventar. Cada fin de semana lo montaba en mi moto y lo llevaba de paseo hacia algún parque de la ciudad. Al principio fue fácil cargarlo sobre las dos ruedas, pero a medida que fue creciendo, el paseo se fue convirtiendo en algo más difícil. La gente sonreía al vernos pasar. Decían: ¡Qué perro tan bonito! Un hombre, un perro, una moto. ¡Qué cosa tan extraña, tan única y tan simpática! Nadie suele pasear en moto a sus mascotas.

Su collar dorado le asentaba de perlas. Era una prenda de fantasía que combinaba perfectamente con su piel color grisáceo. El destino de los perros grises y amarillos estaba marcado por la desgracia. Sí, señor. De eso podía dar plena fe.

En una alta proporción eran víctimas de accidentes. Casi siempre se jodían bajo las ruedas de automóviles o trenes. Si a ver íbamos, de la gran cantidad de perros que encontramos vueltos chicharrones en la vía pública, en carreteras o en correderas suburbanas, el ochenta por ciento pertenecieron a canes de color áureo o de color sombrío. Pero debía advertir que *Dempsey*, mi gran danés, perteneció al veinte por ciento restantes ya que no murió a causa de un atropellamiento. No lo mató un cabrón con su carro y mucho menos lo escabechó el tren. El pobre perro fue víctima fatal de las últimas explosiones de mal genio que tuvo Julia Fuentes, mi mujer, así como también fueron víctimas de su paranoia el resto de mis queridas mascotas poco después de regresar de un fatídico día de playa.

Pero este no es el lugar que corresponde para tratar la tragedia de mi quinteto de idolillos. Imaginaba que *Mano de piedra*, mi piraña, a pesar de sus instintos fieros de dar dentelladas y devorar todo lo que caía en sus predios salvajes, debería estar en algún lugar del paraíso. Lo mismo pensaba de *Dempsey*, de *Muhammad Ali*, del *Bombardero negro* e inclusive del pequeño *Mickey*, queridas mascotas mártires del descabello, erradicadas quizás por la locura de mi mujer, víctimas fatales de la paranoia, a quienes hube de dedicar muchas líneas de esta novela a quince asaltos.

Recuerdo esa mañana cuando mi hermano vino a casa con Lucrecia y me trajo el cachorrito, procedente de los amores del casal de gran danés que tenía en su casa cercana al Metro de Agua Salud. La noche anterior yo había peleado, pero ni él ni su mujer asistían a mis combates porque el boxeo no les gustaba. Les parecía que era un deporte para bárbaros. Tan sanguinario como las corridas. Según la teoría de Teoduldo, golpear a un semejante hasta sacarle el juguito era algo tan inhumano como enterrar la espada entre las paletas de un toro. Abominaba de aquello que llamaba tauromaquia. Tenía toda la razón. Como muestra bastaban todas las manipulaciones que *Doctor Peppers* me hacía a través de *El gusano*. Pero eran asuntos de la mafia. Estaba obligado a guardar el secreto si no quería que los espalderos del capo, *El rayo Zambrano* y José *El chubisco*, sacaran sus jierros y llenaran mis tripas de plomo. Ellos querían que se matara como matan los esbirros de celuloide. Los tiros en la panza para que la muerte fuera lenta y dolorosa. Era una cosa muy seria. Estar adentro de la mafia era igual que estar adentro de una nube negra. En cualquier momento se podía caer.

Pues bien, un año antes de matar a Julia había peleado contra *Jimmi* Esparragoza. Fue el primer platillo que serví a los desalmados. Le pude ganar por K.O. (y no de muy buena manera, por cierto). Fue un combate difícil que me mantuvo al borde del colapso. En el segundo round recibí un par de caídas de un contrincante flaco como un espárrago. El cabrón de *Jimmi* era rápido igual que el relámpago y en el siguiente asalto sobrevino sobre mi cuerpo un cataclismo de puñetazos. Los brazos de aquel fideo se movían como pistones. Sus puños machacaban mi cuerpo sin piedad. Intenté recogerme sobre

mí mismo como solamente lo puede hacer un caracol adentro de su propio caparazón. Pero el espagueti era implacable. Un par de veces pude escuchar el conteo de protección. En el tercer asalto le di vuelta a la tortilla. El viejo Carlos acostumbraba ordenar golpes prohibidos cuando la cosa se ponía peluda. Así que dictaminó que apelara a mi último recurso, que buscara el golpe de conejo. No fue difícil conseguirlo en el tercero. El upper que debió encontrar la cara de mi rival, encontró la nuca. El cabrón cayó fulminado sorpresivamente. Se lo llevaron en ambulancia, bien jodido, al hospital, y supe después que se mantuvo varios días entre la vida la muerte. Fue un golpe parecido al que Luis Ángel Firpo propinó a Bill Brennan. Cuando fue rescatado de la muerte, el viejo Carlos, quien era una Biblia en eso del boxeo, me contó que Ingemar Johansson, cuarenta años después de la prohibición del *rabbit punch*, con ese mismo golpe logró poner fuera de combate a Floyd Patterson siendo ungido campeón mundial de todos los pesos.

—Los periódicos de hoy dicen que tu pelea contra ese muchacho fue buena —me dijo Teoduldo en la ocasión cuando fue con Lucrecia a llevarme el cachorro. Creen que, a pesar de tu edad, te podrás convertir en un gran prospecto. Imaginan que no te pesan los treinta y cinco y que todavía te queda mucho. Yo he leído algunas cosas sobre el box y la descripción que hace la prensa sobre la pelea de anoche me hizo recordar la disputa de Firpo contra Dempsey, la famosa contienda de las fuertes caídas. Firpo era argentino y Dempsey era norteamericano. ¿Has llegado a saber de ese combate?

Le respondí que sí. Pero resultaba extraño el comentario de mi hermano pues él, al igual que su mujer, sentía horrores por el box.

Ciertamente, la historia era putísima. Me la conocía al pelo. *Cocodrilo* me la contó muchas veces cuando estuve carajito y me la sabía de memoria. También el viejo Carlos la repitió en incontables ocasiones. Se celebró en el año 1923. Tuvo una duración de apenas tres minutos y cincuenta y siete segundos. Dempsey tumbó a Firpo siete veces en el primer asalto. Era un fenómeno. Pero también sufrió un par de caídas en una de las cuales Firpo lo sacó incluso del ring. No faltaron brazos que ayudaran a levantar a Dempsey quien regresó al ensogado como un energúmeno. Volvió a golpear fuertemente a su

rival y logró noquearlo en la que se consideró la pelea más dramática y más berraca de todos los tiempos.

—A propósito, ¿Por qué no llamas *Dempsey* a este futuro gigantón?

Aquello me lo dijo Lucrecia cuando me entregaba al pequeño gran danés. Se veía retoñito cuando eso y no era todavía ningún gigantón.

—¡Buena idea! —dijo mi hermano quien siempre celebraba las ocurrencias de su mujer (pienso yo que por estar jalando bolas para ganar indulgencias con ella). ¿Por qué no lo llamas *Dempsey*?

—¿Por qué he de llamarlo *Dempsey*? —les pregunté a la vez.

—Bueno, por el tamaño, digo yo —siguió él. Sería razonable. Jack Dempsey fue un gigante. Un peso completo. Algo así como un gran danés.

Me quedé mirando a Teoduldo y a mi cuñada. Algunas veces los acompañaba hasta el litoral central. Cuando íbamos a la playa pasábamos el tiempo muy feliz. Gerardo, el hermano de Lucrecia, era el único inconveniente. Le gustaba meterse en líos. Así que sonreí, a pesar de que la quijada me dolía por causa de un golpe que recibí de *Jimmi* Esparragoza la noche anterior, y les prometí:

—Se llamará *Dempsey*.

Y *Dempsey* se llamó hasta la hora de su muerte. Hasta el preciso momento cuando un viejo Ford lo arrastró con un cable de líneas telefónicas. ¿Cómo es eso? ¿Un viejo Ford arrastrando un perro muerto con una línea telefónica? —podría preguntarse alguien. Aunque usted no lo creyera. Así fue. Un viejo Ford arrastrando un perro con un cable de línea telefónica.

Muhammad Alí, por su parte, era un bocazas. Un hijo de puta era el desgraciado. Grande, verdolaga, con un pico perforado por debajo. Aquello me hacía recordar una vieja gaita. Yo no me explico cómo el perico teniendo un hueco debajo el pico pueda comer, no puede ser. Así más o menos decía la canción.

El cabrón no sabía mantenerse quieto. Era un recipiente de plumas y de malas palabras. Vivía en un palacio de cuatro por cuatro, en un rincón de la cocina, hablando pajas como un loco y partiendo semillas de girasol al tanto que su voz imitaba las desquiciadas expresiones de mi mujer. Sobre todo en los tiempos cuando su locura se inflaba en los

laberintos de los pasos de luna y su mal genio se acrecentaba a causa de su maligna enfermedad. *Muhammad Alí* sabía fregarle la paciencia.

Este plumífero jodedor comía hojas de almendrón, mangos maduros, pepas de guayaba, semillas de parchita, pedazos de manzana, bolitas de harina de maíz, pan salado y sobre todo semillas de girasol. De toda mierda. Era un cotorro feliz, cínico y malnacido, cuyo único quehacer consistía en reventarle las cotufas y quizás el caldero completo al cerebro ya achicharrado de quien fue mi mujer.

Su muerte fue producto de continuas indiscreciones, culpa de su desenfadada y viperina lengua pues, en una palabra, al meterse con la nariz de Julia realmente no estaba al tanto de lo que significaba una camisa de once varas. Terminó mal su atrevimiento, envuelto entre papeles de periódicos, entre anuncios de crisis fiscal en los Estados Unidos, al fondo del porrón donde solíamos echar los desperdicios. La ejecución se llevó a efecto en esos días cuando el paso de la luna transformaba en lobo a muchos hombres y en arpías paranoicas a muchas mujeres.

Pero no solamente tenía un loro y un perro, ya lo dije. También era dueño de otros animalitos. Un gato negro, un ratón blanco y una piraña rojiza.

El bombardero negro (mi gato prieto), a quien llamaba así por mi franca admiración hacia Joe Louis, era un animal que mi hermano, gran lector de narraciones, no dejaba de confundir con un personaje que aparece en las *Narraciones extraordinarias*, de Edgar Allan Poe. Teoduldo sentía predilección por ese señor quien parecía más mesonero de botiquín en quiebra que escritor de ficciones. Cada vez echaba el cuento de sus pederastas amores.

So, cabrones, debimos volver a mi gato. También fue un regalo de mi hermano. Este animal era dueño de una mirada que escupía tormentas de horrores. Tanto así que sus ojos parecían haber bebido los fuegos fatuos del infierno.

Pero no arribó desde Norteamérica, según sostuvo Teoduldo, quien leía todas las huevonadas rotas que podía encontrar entre estantes y callejas. Sus libros preferidos eran aquellos que se arriesgaban a jugar con la imaginación. Vivía el varón domado en una nube, entre una constante confusión, entre lo fantástico y lo real, y tenía un cerebro brillante, tan alto e indeterminado como el faro de una torre

abilónica. Pero quedamos en las mismas. Dije una torre abilónica y realmente no sé lo que pueda significar una torre abilónica. Así que, según pudo explicarme, *El bombardero* no provino desde la tierra de Poe sino desde la tierra de Dickens. Teoduldo decía que las novelas de Dickens eran como los culebrones de Félix B. Cagnet.

Así que, según me contó el susodicho, el gato viajó en un container donde ocupó una jaula excesivamente grande. Tampoco se llamó desde un principio con ese nombre que le impuse. Eso me lo dijo él. Su nombre original era *Offenbach*. Así lo llamó el novelista que supuestamente era amigo suyo y que, según contaba, vivió en una ciudad neblinosa llamada Londres.

El bombardero era un animal muy cojonudo. A pesar de su cacareada condición de minino nunca anduvo ronroneando, ni maullando, ni jodiendo a nadie la paciencia. Era un animal silencioso, comedido y de vida independiente cuyos únicos excesos se encontraban presentes en su sexualidad. Pero esa gana de tirar nunca la mostró en casa donde siempre hizo gala de la corrección que distingue a un caballero inglés. Debió exhibir sus bajos instintos sexuales en la oscuridad y con seres de su condición. Consiguió impresionar a las mininas con su porte y con su *miau* anglosajón. Todo un galán en el séptimo cielo como lo debió ser Humphrey Bogart en el séptimo arte.

Inverso a *Muhammad Alí*, su mesurado comportamiento en casa jamás hubiera chocado contra el genio de Julia Fuentes, de no haber sido por el libro del fulano Poe que muy gentilmente le prestó mi hermanito el último día, cuando fuimos a la playa. A causa del montón de cables pelados que debería tener almacenados en su cabeza, Julia también acabó con los días de mi queridísimo e incontrolado gato inglés.

Lo mismo debo decir sobre la suerte de *Mano de piedra*, *Mickey y Muhammad Alí*, quienes también, y gracias al genio aterrador de mi falsa costilla, encontraron finales poco radiantes. Toda aquella puta desgracia que sufrí me llevó a un momentáneo estado de depresión. Recuerdo que el resto de mis asuntos se complicaron durante el último entrenamiento a causa de un mal golpe que recibí por parte de mi *spar-ring*. Ocurrió en la víspera de mi encuentro contra el chino asesino. Antes de la pelea por la faja mundial.

Olvidar aquel trauma sería algo más que imposible. ¡Cómo escapar de sus influencias! Fue tan fuerte la estocada que se me fueron las luces.

Entonces sufrí un par de pesadillas en una de las cuales me perdí en un laberinto de negras pasiones con la perra de Jeanne, la hermana del sparring, mujer que se me insinuaba y que siempre quiso tener conmigo relaciones escabrosas. Si aún no lo he aclarado, debo decir que Sandy fue mi estopa de recibir golpes durante todo el tiempo que estuve peleando bajo la asesoría del viejo Carlos. Era el coletto y la aspiradora de *Doctor Peppers*. Sabía limpiar y chupar todos los golpes.

Hasta el día preciso cuando le salté uno de sus colmillos. Ocurrió cuando se acercaba el combate en Bangkok. Luego terminé regresando al lado de Julia, pero los pasos de luna se sucedían unos detrás de otros, su raciocinio marcaba bajo cero y sus instintos asesinos quizás superaban a los míos. Por eso ocurrió la tragedia que se veía venir. Me refiero al accidente de aquella mañana cuando comíamos sándwiches de queso y de jamón. El chile también estaba sobre la mesa. El tiro que escapó de mi *Smith & Wesson* entró precisamente por el culo de la perra. Eso me hizo pensar en *El Mono Parada*. Recordar el día cuando lo mataron después de haberle dado aquel pepazo a la amiga de *La Frescachicha*. Pero el plomazo que le entró a la paranoia viviente no le salió por una teta como a la amiga de la Sandra. En una palabra, de eso me acuerdo. Y a eso me refiero. A la mañana cuando asesiné a Julia Fuentes.

Segundo asalto Sobre orígenes familiares

Pero de Julia Fuentes no todas son malas memorias. Peores guardo de *Doctor Peppers*, de *El gusano*, de José *El chubisco*, de *El rayo Zambra*no y del resto de mafiosos que me aplastaron hasta verme jodido y sin una gota de jugo. De esos tipos de la camorra criolla que pusieron mi vida de cuadritos.

Julia Fuentes no fue un cero a la izquierda. Pero tampoco fue un cero a la derecha.

Jamás podría decir que su vida me fue indiferente. No sé si la quise o no. Era hija legítima de mi entrenador y de una vieja hipocondríaca (a quien no llegué a conocer) que, según ellos, murió unos meses antes de que nos conociéramos. No sé si pude quererla. A Julia, me refiero. Yo pienso que uno no está aquí para querer o para no querer. Que uno está presente nada más para fregarse los cojones. Ella me los fregó como nadie tiene idea. Por eso ahora se encuentra cuatro palmos bajo tierra. Quedamos casi a la par por un tiempo, ella en el fondo de una tumba y yo en el fondo de la letrina.

Pero la mafia también supo fregarme los cojones. Fue una combinación letal. Entre Julia y la mafia me baldearon como sólo la puta madre puede tener idea.

Por otro lado estaba mi hermano Teoduldo. Era uno de esos hombres que salía del trabajo en la librería y corría a su casa con la urgencia de echarse los shorts encima. Se trataba de un hombre moderado, sin vicios y con mucha cultura. Leedor de libros como ninguno. Hablaba de autores y de personajes como si fueran sus amigos.

Pero nunca se atrevía a contradecir a Lucrecia, su mujer. Ella representaba su conciencia. Movía los hilos de su vida como si fuera marioneta. Tan inteligente el pobre Teoduldo. ¿Y para qué? Le montó un negocio de libros a Gerardo, hermano de su mujer, y el cuñado no era más que una rata de dos patas que perseguía a cuanta ramera pasaba a tres palmos de sus narices. Putaño y bebedor, con tendencias hacia el sadismo. En todas partes andaba poniendo la cómica.

Alguien podrá preguntarse por qué no quise a mi puta madre. ¿Por qué me cayó siempre tan pesada? No lo sé. Le saco piojos a mi cabeza y no encuentro una sola explicación. Entre el rebaño de liendres sólo encuentro dudas. Una simple explicación se perdería como aguja en un pajar. Me decía a mí mismo que quizás no la quise porque no tenía corazón.

¿Que qué clase de criminal podía ser yo? Ninguno del montón, por supuesto.

A las personas que se planteaban esa pregunta les podía revelar con lujo de detalles los motivos por los cuales llegué a tales extremos. Me refería al poco amor que pudieron inspirarme los demás. Lo podría explicar a través de un inventario personal de las frustraciones que tuve y de las cosas buenas que conseguí.

La historia, la novela a quince asaltos que me encargó Teo, imaginé que debería comenzar desde la raíz, es decir, desde mis padres, ya que ni a abuelos ni a tíos tuve el honor de conocer. De verdad, nunca pude llegar a sentir amor del bueno por la vieja. Quizás por *Cocodrilo* sí sentí cierta simpatía. Pero ella tampoco llegó a sentir amor del bueno por ninguno de sus dos hijos y menos por los hombres con quienes conviví. María Seferina nos fregaba como si fuéramos perros, nos daba zamarras cuerizas y nos maldecía por cualquier cosa. Quizás tenía razones la vieja para enjuagarnos tanto, especialmente a mí. Podía ser

evidente que sintiera menos afecto por el hijo maligno que golpeó su panza desde que lo mantuvo en las entrañas. Nos apaleaba y nos aborrecía hasta la muerte. En cambio *Cocodrilo* no nos zurraba a nosotros sino a ella. Cuando cometíamos alguna travesura simplemente nos ponía a escuchar al ruiseñor de Módena. Además de imitar a Daniel Santos y a José Alfredo Jiménez, ya explicamos que le gustaba cantar como Pavarotti.

Del mismo modo, ni Teoduldo ni yo, sus únicos hijos, llegamos a sentir amor del bueno por María Seferina. Ni por ella ni por quienes contribuyeron con sus espermatozoides para hacernos llegar a escena. Prácticamente nos obligaron a actuar en esa tragicomedia de mierda que es la vida.

Mi hermano llegó a contarme que nuestra madre fue una mujer hermosa en un tiempo. Pero yo no la recuerdo así. Mi evocación se niega a mostrármela bonita, como él me la ofreció con sus palabras. Al abrir los ojos nada más al llegar al mundo la pude ver. Y de la pobre ya no quedaba más que una vieja ramera desgredada, una talega de pellejos cubriendo una calavera. Cuando *Cocodrilo* se vio obligado a huir para siempre perseguido por la nube de plomo que le hizo llover la policía, ella se dedicó a la cacería de hombres que pudieran traer algún socorro a nuestro chamizo. Se tiraba hacia ciertos lugares de tolerancia, virtualmente hacia los propios burdeles, a ofrecer sus servicios como puta. Y eran muy pocos los que se dejaban engatusar a pesar de la tanta agua oxigenada que se dejaba chorrear por sus mechas, a pesar de tanto colorete chispeando en sus cachetes, a pesar de la pintura que se frotaba en los hocicos, a pesar de tanto rimel en sus pestañas y a pesar de su destreza como pecadora. Los machos parecían estar a la expectativa, igual que venados asustadizos cuando escuchaban el ladrar de los perros, dispuestos a huir, cuando la avistaban. ¡Por las paticas de Júpiter, huyamos hacia la izquierda! Así decían los machos encabritados cuando ella asomaba por las zonas de tolerancia.

Ya nada parecía favorecerla. Ni vestidos de lentejuelas, ni zapatos con tacones puntiagudos, ni cabellera oxigenada. Nada. Luego del parto cuando nací, la vieja seguramente arrugó, se convirtió en una calavera cubierta de pellejos que bajaba del cerro hacia la ciudad; con el propósito sumamente difícil de echar guante a los incautos.

Mi hermano decía que cuando ella me parió, aprovechando de que sólo era arrimada, *Cocodrilo* le pidió que me endilgara aquel González, no precisamente por rendir honor a la puta madre (que muy poco se lo merecía) sino porque de casualidad era el apellido del boxeador que más admiraba. Pero también opinaba que ella tuvo toda la razón de sentir odio hacia mí y eso podría ser comprensible. Motivos no podían faltarle. Cuando salió preñada de lo que yo sería después de nueve meses, la belleza se le evaporó como sueño de pobre, quizás como le pasó a Cenicienta luego de que el reloj del palacio marcara las doce y la hada madrina terminara con su hechizo. La salud se le fue desmigajando en pedacitos como si hubiera sido un rompecabezas. Fui una maldición para su vida, una fecundidad tortuosa que ella compartió con un loco que no solamente repartía leñazos en el ring sino que terminaba de hacerlo en su propia casa y hasta en cualquier botiquín donde se encontrara. A lo largo del tiempo, nuestras vidas coincidieron. Además de otras cosas, y al igual que yo, el cabrón de *Cocodrilo* dedicó bastante tiempo al boxeo y a ese asunto de cobrar por conseguir guachimanes para tumbas. Arrastraba sus vicios y defectos. Tiraba una pata. Le pegaba al trago sin desatinos, tragaba monte como chivo, le encantaban las putas, las camorras, y de paso le deleitaba hacerse con las bolsas que no le pertenecían. Pero en el fondo resultaba simpático el hijo de puta de mi padre, quizás más que nuestra propia madre. Era un hombre feliz. Lo suyo era beber, fumar, planificar tandas de box y reventar tiros al techo del botiquín *El siete copas*.

Fui el segundo y último parto que tuvo María Seferina y también el más difícil. Según recordaba Teo, batía yo las garras en su vientre igual que un gato furioso metido en un gran saco de cabuya. Antes de que mi vida germinara, mi vieja estuvo hospitalizada de muerte a causa de las palizas que le propinábamos mi padre y este servidor, él desde el mundo exterior cuando llegaba pelado y yo desde sus entrañas que seguramente ya debería figurármelas como un cuadrilátero. Nunca hasta conseguirse a *Cocodrilo*, los hombres que tuvo le supieron suministrar tan descomunales leñas. Del mismo modo, nunca su primogénito le llegó a pegar tan fuerte como lo hice yo, lo cual me hacía sentir orgulloso.

Pero, ¿orgulloso por qué?, se podrían preguntar ciertos curiosos. Bueno, porque luego de que nací (precisamente la misma noche de la

famosa pelea en Tailandia) seguí teniendo buena pegada, y gracias a ella y a mi nombre alcancé cierta notoriedad en el boxeo por intercesión de los mafiosos que contactaban mis peleas. Subí tanto y tanto en esa disciplina (o al menos creí subir) que en el momento de caer, el golpe se hizo más fuerte.

A través de conversaciones con Teoduldo, quien se aventaba por la cárcel los días domingos para visitarme durante mi primera reclusión, llegué a saber al dedillo parte de las acciones cortesananas de nuestra madre y algo así como un resumen de nuestra vida familiar. A mi padre desde siempre lo conocieron como *Cocodrilo* y nada más cuando nació, por el acontecimiento casual que ya describí, me pusieron como nombre Betulio González, lo cual significaba que estaba destinado para destacarme en el combate. En los bajos fondos, en los botiquines del barrio y en los ensogados, a mi padre siempre lo llamaron *Cocodrilo*. Nunca llegué a conocer su nombre de pila.

Mas, no fui hijo del primero de los papás, a quien realmente no conocí, y que si escribía sobre él era porque mi hermano me había contado la historia. El primero fue el tipo que, según Teo, evacuó el semen entre las entrañas de nuestra patrona para que él apareciera a la vuelta de los nueve meses. El cabrón de su padre fue una mole enorme y peluda que derramaba olores nauseabundos, fragancias de albañales y efluvios de excrementos. En suma, no sería malo que, en este inventario de amores maternos, antesala de mi pelea contra la vida que pensaba memorizar en quince asaltos, también hiciera el repertorio de los padres adoptivos que nos correspondieron. A la vez, tuve la gentileza de pedir disculpas a los académicos, a los intelectuales y a los practicantes de la ética por las palabras subidas de tono que pudieran encontrar en esos folios y por lo mal contada que pudiera estar esa historia. Entiéndase que no era literato quien escribía. Solamente quería matar el tedio que las rejas producen y explicar algunas cosas, entre ellas todo lo que me aconteció entre Julia y la mafia. Pero lo que comencé allí lo pude terminar en el hospital.

Creí necesario empezar por el principio y terminar por el final, tal cual como ya lo apunté, y no como lo hacían ciertos pedantes que aseguraban ser amantes del lenguaje, del pato y de la guacharaca, y que se creían algo así como relucidos chupatintas a la hora de mal contar sus pendejadas. Abundaban mucho estos escritorzuelos. Se caracterizaban

por ser imbéciles de boínas. Llevaban cabellos largos, barbas de chivos y ridículos chaquetones negros. Se autoproclamaban iluminados de la literatura. Al menos cada seis meses convocaban a un cónclave de la palabra pura. Allí se reunían y se rascaban como burros. Todo un círculo cerrado. Un lugar donde rebuznaban lo que ellos consideraban la palabra pura.

Conocí muchos amanerados como éstos.

Pero, ¡carajo!, tal como estaban apuntando las cosas, al final era posible que terminara siendo como ellos, medio filósofo, medio amante del lenguaje, medio burro y quizás medio escritorzuelo. Y esto último sería lo peor. Por tal motivo escribiría una sola novela, a quince asaltos, y con eso sería suficiente.

Así que para que entendieran mi escrito, creí que era forzoso hacer una relación de todos los machos que tuvo María Seferina (y de quienes de una o de otra manera nos beneficiamos) a pesar de que apenas tuve la desgracia de conocer personalmente a muy pocos de ellos. Por tal causa precisamente debería comenzar por el primero, de quien tenía referencias muy precisas gracias a mi hermano.

Aquel quien dispuso sus espermatozoides para que Teoduldo apreciara en la historia familiar se caracterizaba por ser morrocotudo e hirsuto. Lo llamaban *Pacuso*. Mi hermano explicó que su mal nombre atendía a la suma de malos olores entre patas, culo y sobacos.

No podía oler bien quien diariamente asistía al botadero. Su faena consistía en escarbar montañas de basura. Sus compañeros de trabajo eran los buitres. Según Teo, pululaba entre los vaciaderos de la urbe haciéndole compañía y firme competencia a los zamuros y a las otras alimañas que volaban o se arrastraban por allí. Parecía un King Kong sobre collados de inmundicia, un mono inmenso y silencioso escapado de tiempos prehistóricos. Cuando no se dedicaba a la recogida de cartones, hierros, acumuladores inservibles, bronce, cobre o aluminio (para venderlos en las casas recuperadoras de metales), ese hombre que parecía venir de la era de las glaciaciones, con características más paquidérmicas que humanas, se consagraba a la carpintería. Regresaba en las noches con el cuerpo lleno de aserrín, hediondo a zamuro y a bicho muerto. Parecía ser que su único pecado, además de su desaseo y de sus faltas de aspiraciones para comprar rasuradoras, fue el acarreo de residuos sólidos a nuestra vivienda. Nunca llegó a comprar un desodorante

de bolita y menos con atomizador. Su repulsivo olor importunaba y sus oficios parecían más insoportables todavía. En ese tiempo, nuestra madre se daba el lujo de ser alérgica a las virtutas de madera y a la herrumbre de los hierros rancios así como al hedor de las bolas, de las patas y de los sobacos mal tratados. Lo envió al carajo tachándolo de cochino y dándose todavía esa pompa porque estaba demasiado joven, entera y muy bonita. De tal modo que *Pacuso* se mantuvo en nuestro rancho apenas el tiempo necesario para escupir sus espermatozoides.

El segundo marido de nuestra puta madre se dedicaba a los gallos. Y hay que ver lo importante que resulta ser la palabra de un gallero.

Tampoco lo conocí pero, según Teoduldo, parecía un lobo estepario, un animal salvaje, una bestia que sólo podía imaginarse en las sabanas africanas. Gruñía maldiciones y mordía a nuestra patrona cuando se encueraban. Chillaba estando en eso y se le salía todo lo animal que era. Las huellas de los mordiscos quedaban a la vista de la eventual María Seferina González. El cabrón era idéntico a una hiena sedienta de sangre. El segundo marido de mi madre fue el causante de las camorras que se formaban en la gallera. Nunca faltó el puñal en sus bolsillos y no como simple adorno, pues fueron muchas las veces que llegó fregándole la sangre. Pero como el que a hierro mata a hierro muere, este señor acabó mal. Después de una sesión de mordiscos dejó incrustado en la matriz de la vieja una criatura que debió ser nuestro hermano, la cual ella malparió a causa de pasar tanto trabajo. Aunque no era trapo para sastre, este señor fue cosido a puñaladas en el coso de los gallos; por negarse a sostener la palabra en una apuesta. No lo llegué a conocer ni puedo guardar por él el más liviano afecto. Nuestra madre no fue mujer sufridora por los hombres que se le murieron. Apenas blanqueó el ojo este señor, salió en busca de otro.

El tercero lo reclutó María Seferina cuando Teoduldo iba para los diez años. No fue la regla de excepción. Fue una incalificable bestia que a cada rato los cargaba a palos (a mi madre y a Teoduldo me refiero) y los sometía a todo tipo de humillaciones. Inspiraba el más sórdido de los desprecios. Ella lo soportaba por mera necesidad. Se escabulló de la casa para siempre en el momento cuando nuestra madre abortaba un nuevo vástago. Toda llena de dolores pujó hasta el agotamiento y lo que pudo salir de su vientre fue una criatura cabezona con características de extraterrestre, un pedazo de menos de medio kilogramo de carne

moribunda toda llena de correazos que se fue a la tumba, sin nombre ni apellido, como lo hizo el primer malparido.

El cuarto macho que tuvo fue *Cocodrilo*, mi padre, y tengo memoria para recordarlo por vivencias propias. Teo lo conoció a eso de sus doce años. *Cocodrilo* era chueco de una pata y se movía como una mesa con los sostenes descuadrados. El mal se le empeoró con el balazo que le pegaron. Pero eso lo supe cuando anduve crecídito. Ya había tenido tantos hombres María Seferina antes que él, que algunos virulentos me llamaban *El hijo de las siete leches*.

Mi padre era una mierda en pasta. Para su uso diario usaba unas botas ridículas, tan torcidas, tan ásperas y tan torpes como las extremidades delanteras de algunos reptiles. Por eso le imprimieron ese remoquete. Y naturalmente, por el vaivén cuando andaba caminando.

Todos en el cerro, gracias a sus botas y a su forma de caminar, lo llamaban *Cocodrilo*, apodo que en nada parecía molestarle, tan repetido por todos a la hora de aludirlo, que de su apellido y de su nombre de pila no quedó ni el jeroglífico. Me dijo Teoduldo que no solamente se comportó como buen saurio y que hizo honor a su remoquete dando coletazos y dentelladas en el centro del ring. Mi padre *Cocodrilo* también fue un gallito rendidor, no le miraba el cabo al hacha y se caía a trompadas hasta con el más pintado. Nunca lo pude ver practicando en gimnasio alguno, si acaso en casa, en el cuadrilátero improvisado que levantó ayudado por su compadre. Pero su vida era el boxeo y de cuando en cuando iban a buscarlo para que disputara peleas que nunca llegamos a presenciar. De él aprendí las primeras lecciones. Era fanático del gran Betulio. Vivió algo así como doce años con nosotros, armó un entablado para practicar y golpeó el saco en muchísimas ocasiones. También (y ya lo dije) levantó un ring en la barriada para promover coñaceras los fines de semana. Sábado y domingo, a las puertas del rancho, se fijaban programas en cartulinas. Ellos indicaban los enfrentamientos a efectuarse entre los muchachos del cerro. No había cumplido yo los diez años cuando me puso los guantes por primera vez.

Fue siempre así el muy cabrón.

Desde mi niñez, me enseñó a no dejarme apabullar. Aunque creo que ya venía aprendido desde el vientre, fue *Cocodrilo* quien me enseñó otras maneras de golpear. A excepción de la humillación que me hizo sufrir la maestra, nadie más pudo conmigo. Los pies de mi padre

fueron lerdos, pero sus manos y su mala intención se caracterizaron por la velocidad. Fue rápido, corajudo y sanguinario. Ganó no sé cuántas peleas y pudo llegar a ser boxeador profesional, pero sus cabos no lo ayudaron para convertirlo en leyenda. *Quiero que seas tan bueno como Betulio*, me decía todo el tiempo. Betulio era su obsesión. Me mostraba las fotografías recortadas de periódicos de los años setenta y ochenta cuando ese boxeador, a quien realmente no conocí más que en sueños y retratos, se batía triunfalmente contra pegadores foráneos.

Habían venido hasta aquí buscando la corona de Betulio y se largaron coñaceados. Su ídolo fue hasta la China, hasta el culo del mundo, a defender su título con éxito hasta que un hijo de puta llamado Miguel Canto le pegó en la mera madre, le dio donde debió pegarle, le arrancó la faja de campeón con un solo zarpazo y le puso la vida de cuadritos. Fue Canto y no otro quien lo envió a retiro, pero no se puede decir que hasta el fondo de la letrina; pues de ahí en adelante quedó con mucha fama y mucha plata. Y de tonto no tenía un solo pelo el malparido...

Sí. Fue Canto quien lo jodió. Lo sabe todo el mundo. No fue otro cipote. Pero la pelea más trascendental nunca dejó de ser la que tuvo con Venice Borkorsor. Todavía el eco de la voz de Thoddé resonaba a través del tiempo.

—¡Pega Betulio! ¡Vuelve a pegar Betulio! ¡Sigue pegando Betulio! ¡De nuevo pega Betulio! ¡Se cayó Betulio!

Mi hermano decía que esa madrugada cuando mi madre me paría, *Cocodrilo* tenía sus camataguas pegadas al transistor de radio. A todo volumen estaba puesto en el botiquín de *La culebra* y casi le pega un infarto con el inesperado desenlace de la pelea. “¡La sustancia! ¡La sustancia! ¡Seguramente Borkorsor usó las mismas trampas de Ardito y de Salavarría!”

Así comenzó a gritar mi padre, quien conocía toda la trayectoria de González. Se refería, según Teoduldo, a una sustancia semejante a la que usaba *El dragón chino* cuando luchaba contra los limpios. Mi hermano me dijo que una sustancia así la usó un boxeador llamado Ardito. Fue algo parecido a la botella de frescolita que le achacaron a Salavarría. Trampas y trampas que no dejarán de existir en esa actividad de mierda que es el boxeo. Yo fui una ficha más de los fulleros.

La noche cuando peleó Ardito contra Betulio, se untó la sustancia en los guantes y la pelea fue suspendida (con vergonzosa derrota para

Ardito, por supuesto) cuando se descubrió esa artimaña. Betulio quedó neutralizado, ciego como un topo, cuando la sustancia llegó a sus ojos. Pero la noche cuando nació, no fue una sustancia lo que usó Borkorsor para dominar al tabú de mi padre. Fue una parranda de golpes que lo dejó escuchando las voces de los tenores en un solo revoltijo, una paliza tan contundente que hizo que el mismo Betulio corriera hacia la esquina contraria, vuelto loco, a levantar la mano a su rival, según dicen.

El boxeo era una invención del demonio. Debería ser así. Así opinaba Teoduldo. Muchos iban a Roma y no le veían la cara al Papa. Así era el boxeo. Muchos se llenaban de plata y de gloria y a los tres meses se encontraban nuevamente jodidos, y en el fondo de la letrina. Otros, como yo, caían en manos de la mafia. Y había que ver lo jodido que eso era.

Supe de uno que después de mucha gloria terminó en un cuarto maloliente, sobre un piso adornado con flores de mierda, con cucarachas y otros bichos a modo de alfombra. Después de conseguir tanta gloria, tanta plata, tantas mujeres, el pobre infeliz terminó estirando la pata, alcoholizado y desnutrido, demente y pelando bolas.

Pero *Cocodrilo*, el hijo de puta, tenía la debilidad que casi siempre resulta pernicioso a los boxeadores. Además, le endilgaron algunos muertitos por allí. Era una tendencia común en la mayoría de los hombres que se batían en los cuadriláteros. Al chistoso de mi padre le gustaba pegarse a la botella de ron o de cocuy, y al pito de marihuana. Además, se dejaba colar en otros negocios que le generaban regocijo económico. Como el boxeo no le proporcionaba más que riquezas espirituales, de cuando en cuando se dedicaba a vender cosas que nadie sabía dónde las había comprado. Era duro de matar. Tenía cicatrices en la cara. Se trataba de golpes recibidos en plena faena pugilística. O quizás en altercados que tuvo con policías y pandilleros. Su cuerpo parecía un mapa esculpido a golpes de tiros y de puñaladas. Policías y malandros tuvieron con él sus encontronazos. Aquella imagen de su cuerpo forjado por la mala vida impresionaba. Tiros allá arriba, puñaladas allá abajo, tiros en el cuero cabelludo, puñaladas en la espalda. En sus últimos tiempos caminaba aún más renco, como un gran saurio herido, porque le soltaron un plomazo en lo pata ya defectuosa que, para colmo, la naturaleza no se la echó tan dotada de hermosura.

Pero ¡qué buena vaina era *Cocodrilo*! ¡Qué buen humor poseía! ¡Qué jodedor! ¡Qué bohemio era el cabrón! Se la pasaba pelado con

sus amigos escuchando rancheras y boleros que puyaban en la rocola del botiquín *El siete copas*. Se tiraba a *Linda* mejor que como lo hacía Daniel Santos. Se guisaba a *La culebra*. Le gustaba mucho cantar una canción de José Alfredo que se llamaba *Te solté la rienda*. Y de Pavarotti ni se diga. Casi estuvo a punto de reventarse el pecho cantando *La hija del regimiento*.

Pero, ¿qué mierda estoy diciendo? Sigamos con el asunto. Cuando eso sucedió, cuando el tiro le alcanzó el talón, dejó en forma definitiva el ensogado y se acentuó su pesado andar de reptil. Su presencia llevó una efímera escalada a nuestra casa. Su pasión seguía siendo el boxeo, pero ya no peleaba en el cuadrilátero. Por cierto, un tabique del rancho donde vivíamos estaba tapizado con afiches de pugilistas famosos. Una pared del gimnasio del viejo Carlos también estuvo tapizada con postales de estos genios del ring. Pero cuando *Cocodrilo* descansaba le gustaba leer. Repasaba de todo en sus días tranquilos cuando se apartaba de los vicios, sobre todo revistas deportivas y biografías sobre boxeadores. Alguna vez leyó un libro que quedó en mi recuerdo: *Una temporada en el infierno*. Esa afición de leer no se me pegó tanto a mí como a mi hermano. Así que *Cocodrilo*, en el fondo, tampoco era un analfabeta pendejo.

Teoduldo aseguraba que quien fue mi padre —ese demonio que seguramente era feliz en las pailas de su infierno—, arreó cierta escalada a nuestro hogar, un televisor, una nevera, un equipo de sonido, una lavadora, un juego de muebles y hasta un juego de tazas de porcelana china. Aunque premioso con los pies, fue bueno con los puños, con el puñal y con el *Smith & Wesson* que me dejó como herencia. Adquirí varias cosas de su persona, además de algunos discos con historia sobre Pavarotti (los mismos que usó en algún tiempo para atormentarnos), algún libro donde se denotaban mariconerías y un par de docenas de la revista *Guantes*.

Además del viejo revólver, heredé de él una pegada rápida y una esquizofrenia por el Do agudo. Por suerte no adquirí sus patas de cocodrilo. Y, sin duda, se trató del más alegre y próspero de los hombres que se emperraron con María Seferina González. Cuando tomaba aguardiente y fumaba marihuana se sentía el hombre más feliz y caritativo del universo, y a quien tenía paciencia para escuchar sus anécdotas boxísticas le servía como anfitrión. Eran los momentos cuando ponía

a funcionar el equipo de sonido. Pero además de rancheras y boleros, mi padre solía colocar *Los tres tenores*, donde un pianista llamado Lalo Schifrin, un zamarro hijo de puta y genio de la composición, arreglaba lo que deberían cantar José Carreras, Luciano Pavarotti y Plácido Domingo. Eran momentos apoteósicos donde resaltaba el lirismo y la pureza de esas voces. *Cocodrilo* parecía inspirarse en las ondas vocales. Ayudado por la botella y el pitillo intentaba fusilar la conjunción de esas tres figuras cantando clásicos de ópera, jazz y música popular. Casi siempre intentaba remedar el registro agudo de Pavarotti. Aquellos momentos de alegría causaban conmoción en nuestra casa. La gente opinaba que *Cocodrilo* estaba tan loco como perro atropellado, a causa de haber aguantado tantos coñazos en el cuadrilátero. De veras nos enloquecían tales registros. Nos castigaba con agudos en do mayor. Cuando por alguna razón intentaba reprendernos, no sacaba su cinturón para azotarnos. El castigo que infringía era muy original. Colocaba en el equipo a Pavarotti, seleccionaba la ópera *La hija del regimiento* e intentaba, emulando al gran tenor, alcanzar las nueve notas do agudas que reclamaba su papel en la ópera. En esos momentos, en lugar de causarnos placer, la voz de Luciano nos atormentaba. Por eso, cada vez que era abrumado por los golpes, las notas do agudas regresaban; pues fue el castigo más fiero que desde niño recibí.

Pero la gente del barrio le guardaba gran afecto a *Cocodrilo*. Era buena vaina. No aplicaba sus viejas manías de rompebolsas contra la tropa de por allí. Al contrario, le metía mano a otros más necesitados. Por eso la gente lo quería. A veces, para adularlo, en lugar de *Cocodrilo* lo llamaban Pavarotti. A él le gustaba más que lo llamaran así. Repartía plata, cigarros, botellas y pitillos a los cabrones que lo llamaban Pavarotti. En cambio, a quienes lo llamaban Pavarroti (con erre de cigarro) les repartía coñazos y plomo a granel.

Era diligente con todas las necesidades familiares, la nevera siempre full, no escaseaban trapos ni zapatos. Casi siempre corría para sufragar cualquier tipo de necesidad. Debió ser buen padre y mal esposo. Cuando estaba pelado nos repartía plata y le echaba cuerizas a la vieja. Hubiera podido buscar una mujer de mejor porte que María Seferina, a quien ya se le caían los cueros. Pero *Cocodrilo* seguía viviendo con nuestra madre porque decía a modo de chiste que le gustaban los pellejitos. Y me imagino que en el ring obtuvo algunos triunfos. No lo sé. Debió

conseguirlos. Era ágil de puños y lento de piernas. Pero debió retirarse del boxeo cuando le pegaron el tiro en el talón.

Al final de cuentas, eso del caminar de cocodrilo se le curó una tarde. Andaba yo, creo, por los doce. Era viernes. A la hora del crepúsculo, luego de aclarar su garganta con unos palos de ron, se puso a cantar un aria. Llegó el compadre Teodoro a buscarlo y siguió cantando. Terminó la letrilla y salieron juntos a las veredas. Según dijeron, iban a escuchar rancheras y a echarse palos en el botiquín *El siete copas*. Poco después los vieron correr cerro abajo como almas que llevaba el diablo huyendo de tanto plomo que les soltaba la policía. Seguramente fueron enviados a pasar una temporada en el infierno, pues nunca más se les volvió a ver el pelero en los alrededores.

Pasó el tiempo y no se supo más de ellos. María Seferina no se molestó en averiguar qué carajo le pudo pasar a su marido. *La tiro fijo*, en lugar de averiguar en la policía o en el hospital, corrió hacia los mabiles en solicitud de plaza de ramera. Pero Teoduldo pidió permiso en la librería donde trabajaba y comenzó a buscarlos por todas partes. No tuvo éxito en la averiguación. Ni en la morgue ni en la perrera. *Cocodrilo* y su compadre fueron tragados por la tierra.

Tal fue lo que aconteció con el pobre cabrón de mi papá. Aquella tarde lo vimos correr como venado y no como cocodrilo, lo cual le parecía a Teo un acontecimiento muy extraordinario. De él me quedó la pasión por defenderme, la admiración y el sufrimiento criminales.

Luego del parto paralelo a la pelea en Bangkok, apenas crecido, mi puta madre se fue quedando en el esqueleto. Su aspecto podía llenar a cualquiera de horror o de zozobra. Esa imagen que en algún tiempo debió notarse subyugante (al menos antes de que yo naciera), después de parirme comenzó a verse como la sombra larga y mamada de una perra, y apenas con un vistazo se podía notar que no gozaba en nada de buena salud.

Ella, quien en un tiempo fue clara como la aurora, glamorosa, despectiva de los malos olores, comenzó a llenarse de manchas que más parecían nubes negras anunciando una tormenta. El color de la piel se le tornó de clara a cetrina y el carácter le cambió de alegre a taciturno, puedo decir, de la noche a la mañana. Para ella, mi llegada al mundo debió significar algo así como la llegada del Apocalipsis. Alguna mala leche (seguramente la de *Cocodrilo*) le entró como si le inyectaran una

maldición. Como pregonan que a cada quien le espera una mala hora, la suya debió suscitarse al momento cuando me paría y Betulio era machacado contra el piso. Digo esto porque después de golpear y golpear me separé de su vientre en una madrugada tormentosa que, según contaba ella misma, parecía la víspera del fin del mundo. El hijo de madre vivió alrededor de una docena de años con nosotros. Así que, apenas desaparecido *Cocodrilo*, salió a buscar más hombres. Pero ya María Seferina estaba pasada de años y tan escasa de atractivos que nada fácil le resultó enganchar nuevos machos. El quinto y el sexto cabrón que tuvo fueron pasajeros y bellacos. Con ellos se fueron las comodidades que trajo mi taita en otro tiempo. Claro, para entonces ya yo andaba con pandillas en compañía de *El Mono Parada*, cometía las primeras barrabasadas y llevaba algo de comer para que María Seferina pudiera echar pasta a la tripa. Pero no conforme con eso, se fueron los rufianes cuando en el rancho ya no quedaba nada que saquear y (no sé cómo pudo hacerlo), la muy ladina arrió otro macho hacia la casa.

Andaría yo por los trece la mañana cuando de repente floreció el séptimo cabrón sobre el muy usado colchón donde ella dormía. Llegó así, sin que nadie lo invitara, igual que una flor de corral que nace sola sobre la mierda de las vacas. Al dormir roncaba como un tigre y el podrido aire de su aliento estremecía las láminas de cinc. No parecía menos abominable que los anteriores. Pero era bregador el pobre. Fue él quien por primera vez me llevó lejos del cerro a trabajar en algo que no fuera matar o robar, en las calles más concurridas de la ciudad, en un tarantín de buhonero. Lo ayudaba a vender reboñadas. Baratijas, manteca de raya, cocuy de culebra ciega, pija de guache, velas de sebo, estampas de santos. Compartía con mi madre el viejo colchón y se movía conmigo en el tremendo hormiguero que representaba el centro de la ciudad. A *El Mono* le arrechaba que yo anduviera de huevón trabajando de buhonero. Me decía que más pagaba el crimen. *Coño, Betulio, ese viejo te va a mariconear*, me decía. Pero a mí me gustaba eso de la buhonería. Hasta que un día lo mataron a tiros cuando subía hacia el cerro. Llegué a sospechar de mi tocayo. No se supo nunca quién, quiénes, ni por qué lo mataron. Porque era un pelabolas. Salió en los periódicos. Se comentaba acerca de sus antecedentes policiales y se cerraba el caso, como siempre sucede, advirtiendo que se trataba de un ajuste de cuentas.

Después de aquel cabrón se le sumaron nuevas decadencias a la vieja. Quizás el agua oxigenada, el colorete y el exceso de pintura en el jocico le permitieron a nuestra mañosa madre la gracia de un octavo y último hombre. Posiblemente fue embaucado por los tacones desmedidos y afilados de sus zapatos, o por el brillo atrayente de las lentejuelas de sus camisones. Pero ya estaba agobiada de penas y pellejos. La carne se le había podrido de tantos mordiscos y chupadas. Los bordes de sus ojos se le pusieron negros como a los mapaches. Las pepas se le pusieron grises. La piel se le llenó de huellas de patas de gallinas. Para colmo, los oídos se les quedaron sordos de tanto escuchar *La hija del regimiento*. Así que a cada rato andaba con la preguntadera. Las enfermedades llegaron unas detrás de otras, igual que ratas en la noche y aquel último hombre, sin embargo, sirvió para fines utilitarios: primero se encargó de cuidarla en un hospital de barrio adentro que funcionaba cerca del chamizo y ya, cuando no había nada qué hacer para mantener los pellejos de María Seferina sobre las costras de este mundo, se facultó para los gastos de su funeral. ¡Qué cosas! El reloj de su vida se paró en un santiamén. Luego del octavo, ya la pobre no se encontraba sobre el pellejo de este mundo. Al tanto que Jesús andaba sobre las zarzas purpúreas, sobre las aguas encrespadas, la muy desgraciada María Seferina González era ingresada a la morgue de un hospital de parias; para luego ser instalada en un ataúd de tercera y al final ser introducida en el agujero de un cementerio puesto a la orden por la alcaldía, para dar sepultura a los pobres de caridad. A los pocos meses la siguió su último marido. Nadie metió la mano por él. Nadie lo trasladó a centro de salud alguno. Alguien nos avisó muy tarde que terminó su tiempo en el mismo hospital de parias. Pero nunca llegamos a reclamar su cadáver en los puestos de la morgue, ignoramos si fue guardado en ataúd y menos llegamos a saber si fue enterrado, cremado o desaparecido de alguna manera. Cosas de la vida. ¡Qué final de película le correspondió a ese pobre cabrón!

Tercer asalto El infierno

Yo fui boxeador en un tiempo, como ya todos deberían saberlo, y tuve cinco animalitos, lo cual también todos deberían saberlo: un ratoncito blanco a quien llamaba *Mickey*, un gato prieto a quien llamaba *El bombardero negro*, un pez a quien llamaba *Mano de piedra*, un gran danés a quien llamaba *Dempsey* y un loro verde y deslenguado a quien llamaba *Muhammad Ali*. Cualquiera ha de adivinar el motivo por el cual coloqué tan rimbombantes nombres a mi quinteto de mascotas.

Pero al comenzar la novela a quince asaltos encomendada por Teoduldo ya todos estaban muertos.

Si no hubiese dicho quién los mató, alguien debería imaginarlo. Tampoco valía la pena ocultarlo. Los mató Julia Fuentes. Alguien que tomara tarde o muy adelantado estos papeles se preguntaría entonces quién fue Julia Fuentes. Yo le contestaría que ella fue mi mujer. Mi torturadora. Ella fue el adelanto de mi infierno. La peor equivocación que pude cometer en la vida.

Otro despistado se preguntaría entonces qué pasó con Julia Fuentes luego de haber matado a mis mascotas. También sería cuestión de conjeturarlo un poquito. Le recusaría diciendo que a mi mujer yo la

maté de un solo tiro. Nada más. Un tiro que le entró por detrás y le salió por delante. Se lo pegué con el *Smith & Wesson*. Con esa arma que los gorilas de *Doctor Peppers* llamaban el huevito. Sí, con el mismo jierro viejo que fue de *Cocodrilo*.

Ahora, sabiendo que fui boxeador, un tercero tendría la curiosidad de preguntarse dónde carajo se llevó a cabo mi primer asalto. Le contestaría. El primer asalto de mi vida no se suscitó entre los bastones que sostienen el ensogado de un cuadrilátero. Nada de eso. Aquel fue un asalto a mano armada, cuando andaba por los quince o los dieciséis años, y en esa ocasión me acompañaba *El Mono Parada* quien para la fecha corría exactamente con mi misma edad. Eso ocurrió como siete años antes de que a él lo mataran por andar formando escándalos en el burdel donde trabajó *La Frescachicha*. Entonces el destino me tendría reservadas otras sorpresitas. Me faltarían más de veinte para matar a Julia Fuentes, mi mujer, la hija de mi coach. Pero todo se lo buscó ella por víbora que fue.

Pasaron varios días desde el momento cuando Teoduldo y Lucrecia me trajeron las páginas para que yo, pobre y condenado infeliz, vaciara mis memorias. Pero desde entonces no regresaron y me puse a pensar que lo mejor que podía hacer era tratar de contar la historia tal cual, como me saliera del forro de los cojones. Así lo estuve haciendo. Y así la terminé apurando el último asalto, el décimo quinto, moribundo en un hospital de Bangkok y con las morcillas rellenas de plomo.

A veces me acontecía con mi mujer lo mismo que al poeta maricón que hablaba del infierno, según decía el chisme que en forma recurrente me contaba Teo. Era una costumbre que tenía el muy pingo de leer y atesorar libros. La historia sobre aquel poeta (que se me hacía que fue francés) se me había quedado grabada en el disco duro que todos guardamos en el coco; al igual que la que me contó sobre el borracho que compuso la cuestión del gato negro. Exactamente la misma que se le ocurrió relatar aquel domingo de playa cuando Gerardo, el hermano de su mujer Lucrecia, se metió en un lío por culpa de andar mirando los culitos.

Mi hermano me contó la historia de aquel niño de Charleville. Según parece, Rimbaud era un carajito tan buen poeta como maricón. De paso se encabronó con un tal Verlaine que también tenía cosas de loca. A ambos les picaba el almizcle. Así que eran maricones los dos.

Según el chisme, todo ocurrió al final de los amores que tuvieron. Mi hermano explicaba que Verlaine se sintió ahogado con esa tempestuosa relación de mariconería no correspondida por completo y debió dispararle en un par de ocasiones. No lo mató, pero estuvo a punto de hacerlo. Por eso pienso que los juques entre maricos resultan siempre peligrosos.

Junto a Julia me acontecía un drama cotidiano. No podía soportar su paranoia ni lo que venía luego de sus ataques neurálgicos. Aunque éramos macho y hembra, la reciprocidad cada vez se fue tornando más difícil. La vida me asfixiaba a causa de sus manías. Julia estaba loca como cabra. Inventaba las cosas más disparatadas. Me moría de sed por culpa de sus celos. De repente decía que era un asqueroso. No podía gritar debido a sus recurrentes obsesiones. Siempre fue víctima (y nos hizo víctimas) de su hipocondría. Por un lado me atormentaba ella. Por otro, *Doctor Peppers* y su combo de rufianes.

Cuando escribo *y nos hizo víctimas* es porque recuerdo a mi quinteto de mascotas. Ellos no tenían nada que ver con esa mierda donde nosotros nos hundíamos. Eran como ángeles inocentes. No debieron correr tan mala suerte. Pero así son las cosas, como dijo Oscar Yáñez, y la fatalidad quiso que se encontraran justo allí en el escenario de la tragedia.

Ella significaba el infierno, la pena eterna, pero a la vez simbolizaba la razón de la belleza de mi arte. Y mi arte, no era necesario decirlo a gritos, era el box.

En un principio la pude ver como la diosa de mi infierno. A expensas de su enfermedad podía notar cómo se elevaban las llamas. Su heredada enajenación me hacía arder y el demonio me mortificaba.

Pero afortunadamente, cuando emprendí la escritura de estas páginas, ya todo había pasado. Gracias a los santos de mi devoción (a Joe Louis por sobre todas las cosas, mi predilecto, a quien daba mis oraciones cuando me tocaba pelear), había podido escapar de esa buena buchada de veneno.

Aunque bueno con los puños, no fui pegador de alto vuelo. De carajito practiqué el box en el cuadrilátero que levantó *Cocodrilo* ayudado por su compadre. Ya de grande me conocieron como camorrero en las calles y botiquines de barrios. Apenas un par de veces disputé fuera de

las pocilgas, antes de que la mafia pudiera descubrirme. Y fue *El gusano* quien supo de mí en un *macht* penitenciario.

Antes de que la mafia me encontrara, ¡ni soñar con llegar a ser campeón del mundo! ¡Ni soñar en esos tiempos con ir a boxear en un lugar como Bangkok! Por esa razón no tuve tiempo de ganar mucha plata como boxeador. Antes de que *El gusano* llegara a saber de mí y llegara a interesarse por sacarme de la perrera, mi deber era sonar y sonarme bien para poder obtener unos churupos. Pero luego de eso, debí fregarme con más fuerzas los cojones.

Mi desahogo era la lucha en el ring y los momentos cuando comulgaba con mis mascotas. El trabajo paralelo como matón a las órdenes de *Doctor Peppers* no dejaba de mortificarme. En casa no tenía tranquilidad. Julia era obsesiva, víctima de la celotipia, insaciable en su afán de mortificarme. Una auténtica paranoica. Aún sabiendo que conjugaba tres ocupaciones a la vez —mi rol como boxeador, mis horas como portero de noche y mis ocasionales intervenciones como sicario—, no dejaba de joderme la paciencia, de inventar putas con quienes hipotéticamente salía a divertirme, de imputarme la poca abundancia de dinero, de ser el propio marrano dedicado a la manutención de cinco bestiecillas. Llegó un momento cuando me dije que no. Ya estaba hasta la coronilla. ¡Al diablo contigo, Julia! No podía seguir soportando que siguiera jodiéndome la vida. Llegó una razón para matarla. Me resultaba fácil. Matar también era mi oficio.

No digo que fuera un santo. Me gustaba pelear. Me gustaba reventar cabrones con el *Smith & Wesson*. Me gustaba guisar alguna pindonga de vez en cuando. Poco me deleitaba el beber, aunque andando con los hombres del jefe me pude zampar algunas barricadas. Lo de ellos eran las putadas, pero también le pegaban fuerte a la botella.

Y Julia estaba empeñada en joderme la madre cada vez que le salía del forro. Sobre todo me fregaba metiéndose con mis animalitos. Siempre guardó odio hacia mis mascotas. Bien podría justificar las arrecheras que llegó a inspirarle *Mano de piedra* o el mismo *Muhammad Ali*, el segundo por su lenguaje vulgar y el primero por sus costumbres predatoras. Porque si a ver vamos, mi loro jamás se molestó en lanzar un solo golpe, en hacer la bicicleta como Clay, ni en volar como mariposa ni en picar como abeja. La muerte de *Muhammad* fue a consecuencia de su lengua viperina. ¡Y qué escatológico! ¡Qué jerga

tan sucia y ponzoñosa poseía! ¡Qué forma tan bárbara de expresarse! De acuerdo a su idiosincrasia, *Alí* se hallaba más cercano al carnívoro *Mano de piedra*. Ambos parecían estar cortados a la misma medida, los dos parecían estar metidos en un lío de la misma calaña, con la diferencia de que el loro podía articular palabras, ofender y enredar como cualquier celestina, al tanto que el pez no podía hacerlo sin correr el riesgo de morir ahogado y terminar en la sartén. En resumen, la forma de morder de mi piraña representaba un hecho tan sanguinario como aquel de estar hablando pistoladas de sus semejantes.

En cambio, la sutil forma de ser de *Dempsey*, mi gran danés, se encontraba más cerca de *El bombardero negro*, mi gato inglés, quien en mal momento, y gracias al fatídico viaje de playa que hicimos con Lucrecia y con Teoduldo, se le antojó a mi mujer como el horroroso gato negro de aquel poeta que tenía pinta de mesero. Ambos demostraron siempre ser animales de gran nobleza a pesar de los excesos sexuales del minino. En cambio *Mickey* (¡pobre *Mickey!*), mi diminuto ratoncito blanco, siempre equivalió a una presencia incomparable, única, triste y desolada como un témpano de hielo al centro del Atlántico. Ese cabroncito murió como el propio angelito.

Pero volvamos a Julia. Mucho de sicópata se encerraba en su cerebro. También vivía pendiente del reloj, de mis horas de entradas y salidas, de los minutos que tardaba efectuando algún trabajo encomendado por el jefe y ordenado a su vez por el capo. A veces la veía afilando los cuchillos con esmero. Eran horas y horas que transcurrían al tanto que ella restregaba los filos sobre la piedra de amolar.

Decían que la curiosidad mataba al gato. Ahora no faltaría algún cabrón que se preguntara quién fue *El gusano*. ¿Pero acaso no lo dije? ¿Sería necesario repetirlo?

Creía que ya estaba suficientemente claro: *El Teletubi* era la mano derecha de *Doctor Peppers*, un abogado experto en sacar malandros de la perrera, en arreglar peleas que dieran buenos dividendos, en traer chinos al país, en crear empresas fantasmas, en fomentar casinos, discotecas, y en planificar la eliminación de los enemigos de la gran familia. Pero además, se ocupaba de otros negocios enchufados con el crimen y el narcotráfico, con lavado de dinero y la venta de armas. Y el máximo jefe de esos negocios, a la vez, era *Doctor Peppers*. A este

último sólo lo conocí por referencias. Ni siquiera en fotografías. Nunca tuve el honor de conocerlo personalmente.

El gusano representaba un adefesio, física y espiritualmente. El hijo de la gran perra poseía rasgos enanoides, casi del tamaño de un teletubi, y su cara era tan fea como la de un australopiteco. Tenía el cabrón, para encubrir a la mafia, una agencia de supuestos detectives privados que él dirigía a pesar de no ser detective. El clasificado de prensa que pagaba rezaba que se dedicaba a perseguir parejas infieles, a fotografiar chulos, a grabar conversaciones de amantes furtivos, correos de voz, registros de hoteles y todo de la manera más confidencial. De igual modo ofrecía espionajes industriales y desenmascaraba a empleados infieles. Eso anunciaba el pequeño recuadro del periódico.

Lo que no informaba la casilla era que también organizaba asesinatos. Guardaba en su oficina un arsenal. En un closet coleccionaba todas las pistolas habidas y por haber, conocidas y por conocer, existentes o por existir. Pero escaseaba de la más preciosa de todas, un antiguo *Smith & Wesson*, y eso le causaba desazón. A sus secuaces, José *el chubisco* y *El rayo* Zambrano, mi revólver les causaba risa. Para ellos, ése era un pobre hierro maricón. Los cabrones se burlaban de él y opinaban con retumbar de carcajadas que no servía para un carajo. Lo comparaban con una pinga. Como cuando uno orina entre un grupo de huevones y resulta ser que el huevo de uno es más pequeño que el de todos los demás. Que es el huevo más pequeño del mundo entero. Por eso a mi hierro lo llamaban el huevito.

Pero no era del modo cómo opinaban esos esbirros de mierda. La *Smith & Wesson* era más que un arma de orfebrería y no sé de dónde diablos pudo sacarla *Cocodrilo*. Representaba una antigüedad semejante a un tesoro egipcio, una joya encontrada entre tumbas del oeste de los western espaguetis. Eso le causaba envidia a mi mandamás. Porque *El gusano* podía tener todo lo que yo no podía tener, excepto tres cosas: mi estatura, porque era un maldito enano; mi revólver, porque era una pieza de arqueología, y mi habilidad para golpear; porque aunque manipulara las peleas no podía ser boxeador.

No era más que una cagarruta en manos de un gran chivo. Eso pensaba yo. Un chivo que meaba más que los otros chivos y que se mantenía a la sombra. Pero *El gus*, como a veces le decía, representaba una miniatura de mierda. Su tamaño no pasaba de uno cincuenta.

Como una cucaracha, podía esconderse fácilmente en el interior de una gaveta. Arrugado en forma prematura, encogido en su propio pellejo. Su nombre de pila era Cristóforo Lorenzo. Pero tenía muchos remoquetes: *El australopiteco*, *El enano siniestro*, *Nelson Ned*, *El gusano*, *El Teletubi*.

Era él quien me indicaba lo que debería hacer y yo estaba obligado a cumplir con sus órdenes, las cuales venían desde la sombra, so pretexto de correr un solo riesgo: ser eliminado. No tenía escapatoria y la cláusula única de nuestro contrato de palabra establecía un solitario código de una solitaria ley: nunca fallar y mantenerse fiel al jefe. No era conmigo nada más que se cumplía sino con toda la cadena de mafiosos. Para *Doctor Peppers*, la ley debería ser como la muerte. Y la muerte no hacía excepciones con nadie.

Mi trabajo, al igual que el trabajo de *El rayo Zambrano* y José *El chubisco*, era sencillo: golpear a un chino, por ejemplo, sacarle el aire a alguien de la competencia, extorsionar a ciertos empresarios o meterle cinco pepazos a un hijo de puta que realmente se lo merecía.

Julia casi siempre me acompañaba en mis encuentros pugilísticos, pero mis otras faenas eran cosa personal. Ella estaba al tanto de mi trabajo con la mafia. Sabía que me dedicaba al sicariato, además de cumplir mi labor como portero en *La jirafa*, una discoteca que se convertía en el propio relajó los fines de semana cuando se acercaba la media noche. También recordaba la ocasión cuando debí sacar de circulación a un joven criminal que frecuentaba una venta de hamburguesas. Lo recuerdo por las vueltas que da la vida. Estábamos recién arrojados y Julia me esperó en la moto a la vuelta de la esquina amparada por las sombras de la tenebrosa ciudad. De eso guardaba memoria. El muchacho pidió su hamburguesa y un frasco de salsa de tomate. Apenas dio el primer mordisco, aparecí con mi revólver. Descargué todas las balas contra su cuerpo. La sangre que botó se confundió con la salsa de tomate. Luego corrí hacia la oscuridad y huí con Julia. Al día siguiente compré el periódico y encontré la reseña del crimen. Se ofrecía una fotografía frente a un puesto de hamburguesas. La noticia anunciaba que un muchacho había sido asesinado en un supuesto ajuste de cuentas. En realidad, se trataba de un distribuidor de piedra y de bazuco que se alzó con la mascada de *Doctor Peppers*.

Los reporteros siempre andaban siguiendo los pasos a los criminales. Esa noche se me hacía difícil olvidarla. El cuerpo parecía yacer sobre un exagerado charco de sangre. El desmedido volumen de glóbulos rojos causaba impresión y seguramente el reportero gráfico que hizo la toma para la página de sucesos recibiría un aliciente de parte de la directiva; pues el periódico aumentaba su tiraje de acuerdo a la cantidad de horrores que podía mostrar a sus lectores. Pero el lector amarillista recibiría una pequeña decepción. Al repasar la leyenda que estaba al pie de la fotografía se explicaba que el exceso de pigmentación rojiza no se debía solamente a la sangre que arrancaron las balas a aquel estúpido tragón de hamburguesas, sino a la salsa de tomate a la cual era aficionado. Fue la única oportunidad cuando Julia me acompañó a trabajar afuera del cuadrilátero, en un encargo que me hizo *Nelson Ned*, por más señas, pues a las noches del *templo de la perdición* (así también acostumbraban a llamar a la discoteca La Jirafa) jamás se presentó. Pero Julia estaba pendiente de mí. Pendiente de joderme la puta paciencia. Conocía del horario laboral en la discoteca y cronometraba el tiempo cuando salía a cometer algún crimen. Debía explicarle los contratiempos que se me podían presentar para matar a alguien (después de todo nadie tenía el deber de esperar a su asesino a una hora precisa). Y me sentía jodido de vivir de tal manera entre Julia y la mafia.

Cometer un crimen a veces se convertía en algo complicado. Eso de matar por encargo no era tan fácil como soplar y hacer botellas. Ella no entendía ni jota sobre esas huevonadas. Si le decía que en un par de horas cumpliría con mi labor de matón y por casualidad tardaba un poco más del tiempo prometido, entonces sus celos maniáticos se volvían insoportables, me reñía como quinceañera y aseguraba que mi tardanza era producto de una posible infidelidad. Que en lugar de ir a matar a un tipo corría a meterme en la casa de las putas. Para ella resultaba más trágico el salir a singar que el salir a matar. Que en lugar de andar cumpliendo con mi coño de madre deber prefería ir a fregar alguna perra por ahí.

El tiempo que transcurría luego de la hora prometida la mortificaba. En la sala de nuestra casa, de una pared color lila, colgaba el reloj. Parecía un cuadrilátero anacrónico donde se desarrollaba una lucha entre dos púgiles de pesos dispersos, quizás un minimosca y un semipesado.

A veces mis obsesiones me llevaban a imaginar cosas fantásticas cuando pensaba o miraba ese reloj. El semipesado estaba representado por la aguja larga en tanto que el minimosca lo estaba por la aguja corta. El púgil de las horas intentaba apabullar al púgil de los minutos. Cada vez que la aguja larga intentaba su embestida, la aguja corta se defendía efectuando un quiebre de cintura, encogiéndose y lanzando un upper. Entonces el púgil de las horas terminaba pasando por encima de su contendora y se estrellaba aparatosamente contra el ensogado del tiempo. Esas imágenes ilusorias eran producto de la belleza de mi arte. Pero Julia aseguraba que también podían ser producto de una infalible locura. Una locura que se me habría desarrollado de tanto estar preso y de tanto andar jodiendo pendejos por ahí...

Llegando a ese renglón, cuando ya había rayado un montón de páginas, pensaba que sería necesario detenerse a reflexionar. Algunas personas se preguntarían a qué me refería cuando tentaba la belleza de mi arte. Mi cabrón deber era explicarlo. Al hablar de la belleza de mi arte me estaba refiriendo al boxeo, lo cual parecía ser mi tabla salvadora. A pesar de mi edad, gracias a la mafia, iba embalado hacia la cima. Pero apenas fui derrotado por la adversidad, no por otro hijo de puta que practicara el pugilismo, sino por Julia Fuentes y *Doctor Peppers*.

Rememoro que, cuando tuve la pelea contra *Kid Barlovento*, no funcionó el do de pecho como en otras ocasiones. En ningún momento intenté correr a su esquina para levantarle la mano como ocurrió con Betulio. Hubiese sido una vergüenza. Además, luego del *rabbit punch* que le pegué —con lo cual podía demostrar que quien a jierro mata a jierro muere—, no tuve fuerzas para seguir pegando. Ese negro había dejado pidiendo cacao a muchos púgiles. Se sabía que le encantaban los porrazos no permitidos. Por eso le acomodé su tetero con el golpe de conejo. Le hice tragar la misma leche piche que él le hizo tragar a los demás. Vengué así a todos aquellos pendejos a quienes él había jodido. Derrotarlo, sin embargo, no fue tan fácil que digamos.

Apenas le asenté aquel carajazo, me quedé sin fuerzas. Por suerte el negro cayó, el árbitro me envió a la esquina y vino el conteo de protección. Uno... dos... tres... cuatro... Lo pude ver aplastado al centro del rectángulo, con los ojos eclipsados, como una sabandija. Entre el público que quedó mudo por completo durante algunas fracciones de

segundo, encontré el rostro de Cristóforo Lorenzo. En otro lugar del ring size, en medio del torbellino, también pude hallar el semblante ya ácido de Julia.

No fue tan fácil ganarle a ese cabrón.

Y Julia esperaba que me machacaran como a un gargajo. Por eso apostó contra mí. Poque los designios de la mafia siempre eran inesperados.

Quizás ella estaba segura de que el negro me volvería mierda, tal cual como pronosticaron todos los periódicos y todos los entendidos en esa disciplina. Las apuestas se habían volcado contra mí. Inclusive Julia apostó sus ahorros al triunfo de *Kid Barlovento*. *El gusano*, por orden del *Doctor Peppers*, recogió el grueso de jugadas en mi contra y lo apostó el todo por el todo. Nadie, excepto él, arriesgaba una pelota de zurra a mi favor. Antes del combate, del negro sólo se escucharon maravillas. Maravillas que significaban horrores para sus contrincantes. Que llevaba más de veinte triunfos, la mayoría de ellos por KO, y que se apuntalaba como candidato, y en muy poco tiempo, hacia una faja mundial. Si acaso llegaba a ganarle, como compromiso inmediato, debería enfrentarme al asiático. Y eso sí me causaba terror pues el maldito chino había empaquetado un trío para la funeraria. Podía jurar que nunca quise esa pelea en Bangkok. Porque no tenía nada claro. Nadie me explicó si ganaría o si perdería. Nadie me dijo que sería un montaje. Por eso sentí terror nada más al meditar que viajaría a Tailandia. Porque llegué a pensar que la mafia simplificaba sus asuntos para eliminarme sin levantar sospechas y de paso obtendría pingües ganancias a costa de mi pellejo.

Recuerdo que antes de revolverme con el maldito le prendí la vela y le recé a mi beatífico. A Joe Louis, por supuesto. Le recé a mi cabroncito santo como nunca le pude rezar a otro. No me sentía medio cagado. Me sentía cagado y medio.

Yo tenía esa costumbre. Cuando venía una pelotera difícil le prendía velas y le rezaba el rosario. Entonces me ponía como una piedra, como un samurai, duro para aguantar carajazos. Los primeros asaltos cansaba al contrario de tanto recibir sus golpes. Cuando el contrario comenzaba a dar muestras de desaliento, entrompaba yo. Echaba mi puta paciencia de esponja hacia un lado y aporreaba a mi oponente hasta dejarlo sin resuello.

Ése era mi estilo y así les jodí la carrera a muchos ilusos.

Tal modo de boxear se había convertido en una constante. En un estilo. Pero no todo el tiempo salieron las cosas como quise. Un par de veces, aún estando en la perrera, me convirtieron en guiñapo. Al ser golpeado en forma salvaje podía caer contra la lona, el conocimiento se me esfumaba por fracciones de segundos y de inmediato llegaban a mi cabeza los discos que ponía *Cocodrilo* para castigarme. Comenzaban así las entonaciones vocales de los tres tenores donde sobresalía el garganchón de Pavarotti. Si los golpes eran peores de lo que pensaba, entonces no solamente podía escuchar al ruiseñor de Módena en el momento exclusivo de exteriorizar súplicas que repercutían en *La hija del regimiento*. Eran los arreglos de Lalo Schifrin, no para Liliana Cavani (*La piel*) ni para Brian de Palma (*Misión imposible*) y menos para Carlos Saura (*Tango*), sino para los tres tenores. Entonces esa música comenzaba a entrar a mi cuerpo con la fuerza de un tornado. Temblaba todo, desde mi dermis hasta el último refugio de mis vísceras. En los momentos cuando escuchaba el do de pecho, me levantaba como un monstruo de piedra, mis fuerzas aumentaban con una dosis de desesperación y luego podía aplastar a mis contrincantes con relativa facilidad. Eso fue lo que ocurrió cuando enfrenté al negro cabrón. Ni Schifrin. Ni el contenido de sus bandas sonoras. Ni Pavarotti. Ni su do de pecho. Ni ningún otro carajo. Allí prevaleció la ayuda del alma de Joe Louis. Eso fue. O quizás se interpuso la mano peluda del jefe.

Tomaba mis anotaciones. Escribía, subrayaba, recomponía, eliminaba o agregaba frases. Pensaba que contar mi vida estaba saliendo fácil. Nada más al acordarme de las trastadas que me habían pasado, el cuento me salía a chorros. Podía recordar y analizar con cierta tranquilidad. Al tanto que garrapateaba palabras rompía la caligueva que pega la perrera. No era un lugar seguro. Pero tampoco era un distrito tenebroso como lo pintaban.

Quizás más tétrica fue mi relación con Julia en los últimos tiempos. Sobre todo en los últimos, cuando su paranoia tomó ribetes inesperados. Y, ante todo, debería confesar mi verdad: no llegué hasta la perrera por los crímenes que cometí cuando fui contratado por *El gusano*, por decisión de la mafia, sino por haber asesinado a Julia Fuentes. Mi vida fue un abanico de múltiples ocupaciones y mi mejor oficio

fue el boxeo. Al menos era el que más me gustaba hacer. El peor de todos, trabajarle a un Cártel.

En mis años de infancia jodí la puta madre. Estuve de buhonero, recogí residuos sólidos, lavé carros, lustré zapatos, fui carguero en el supermercado. Cosas que creí no haber mencionado. Me inicié como lavatuercas, vendí periódicos, bazuco y marihuana. Fueron los tiempos cuando anduve con *El Mono Parada*. Con él aprendí a matar gente y fui a caer en la perrera cuando le metió un tiro en el culo a una amiga de *La Frescachicha*.

Cuando salí de la cárcel, gracias a que la mafia me puso la mirilla, comencé a trabajar con exclusividad bajo la asesoría de Cristóforo Lorenzo. *Doctor Peppers* daba buena paga y no debía matarme mucho para matar a los demás. De paso me prometía que podía llegar a ser campeón mundial. Y eso me daba gusto. Porque un campeón mundial era como un rey. Bueno. Como un rey. Hasta que otro le arrancaba las ínfulas de campeón mundial.

Yo tenía guáramo. Desde que estuve en el vientre de María Seferina. Por eso se estuvo quejando de mí hasta la hora de su muerte. Por eso. Porque me convertí en algo así como una maldición para su vida.

Quizás debí suponerme que sus tripas eran un ensogado. O sus vísceras un *sparring*, un saco o algo así. Cuando me parió, debió sentirse como un pegador al recibir un *rabbit punch*.

Porque desde el génesis supe castigarla con ensañamiento. Pasé toda mi época de gestación entrenándome en sus entresijos. Así, de tanto probar la dureza de mis puños, María Seferina se avejentó antes de tiempo. Se puso flaca como perra y se murió sin remedio alguno.

Así que fui para ella la peor de las maldiciones. Al parirme sus ilusiones se fueron al traste y desde entonces, gracias a mi aparición, se convirtió en un fracaso ante los hombres. Si antes de *Cocodrilo* consiguió malas parejas, después de *Cocodrilo* sólo pudo encontrar chulos y demonios, con excepción del último que tuvo. De verdad que le di mala vida a la vieja, no solamente antes del parto sino después cuando nació y anduve arrastrándome como culebra. Comencé la escuela y, al igual que mi querido hermano, nunca pude terminarla. Entonces alguien se preguntará por qué no pude hacerlo.

El problema fue la maestra Graciela Prado y la frase de un calavera que no fui yo. También guardo muy buenas memorias sobre esa señora.

Era tan maniática como después pudo serlo mi mujer. Fue ella quien dispuso enviarme por primera vez hacia el infierno. Hacia ese lugar donde los esqueletos y los demonios vivían en su libre albedrío.

La causa fue muy sencilla. Alguien había escrito en el pizarrón que la maestra era una puta. Eso ocurrió una tarde, bien lo recuerdo, cuando las cabronas nubes se pusieron negras como mi destino. En una caverna oscura encontré los esqueletos y la cara del demonio. Eso fue luego del recreo, cuando ella nos exigió que arrancáramos una hoja del block para escribir lo que redactaba en la pizarra: *La maestra Graciela Prado es una.*

Nos apuntó con una regla exhibiendo una actitud almidonada. *Debajo de la frase escriben sus nombres y apellidos,* ordenó.

Ella era de piernas asimétricas, quiero decir, uno de sus muslos tenía más centímetros que su par, de tal forma que parecía un engendro. Cuando caminaba dejaba un rastro que movía a la risa. El vaivén de sus canillas hacía imaginar las agujas de un reloj de pared al momento cuando indicaban las nueve y media. Pero sus miembros inferiores eran sagrados. Nadie se atrevía a chistar a su propósito, a menos que estuviera dispuesto a ver la cara al diablo. Y no eran feas sus piernas. De veras que no. A pesar de la edad, que en ese tiempo no sobrepasaría los cuarenta, todavía no se le había salido la instalación de su torrente sanguíneo y sobre su tersa superficie no llegaba a notarse un colapso varicoso.

—Dense prisa —dijo la víbora—, no puedo estar esperando por ustedes toda la tarde.

Así que todos nos apuramos ante su exigencia. Sacamos la hoja del block y nos dispusimos a escribir lo que apuntó con tiza en la pizarra, es decir: *La maestra Graciela Prado es una.*

Ella era solterona, rubicunda, de corta estatura, creo que rubia natural, sin afeites, sin tintes, sin agua oxigenada. Cojeaba de una pierna. Esa desgraciada tarde usaba un vestido de color escarlata y su piel flotaba como glóbulo blanco sobre un plasma sanguíneo. Yo quise hacer las cosas con calma. La paticoja nos había enseñado a leer con un método infalible y rudimentario al cual llamaba *Letra sangre*. Esa técnica consistía en infligirnos cinco golpes de regla por cada vocal y tres por cada consonante. Así que en cada sesión era posible que una mula se llevara hasta noventa y nueve leñazos y una puesta de rodillas sobre granos de

frijoles. No me resultó difícil aprender a leer y escribir con tan primitivo régimen e inclusive fui tan rápido moviendo mis ojos y mi entendimiento como agilizando mis puños. Apenas un mes de escuela bastó para convertirme en lector y redactor habilidoso. Pero las decisiones tuyas eran impredecibles y aunque muchas veces sufrí y presencié los castigos de su embrionaria técnica de lecto-escritura, también en otras ocasiones fui testigo de los premios que impartía en forma tan estricta.

La maestra se paseaba de fila en fila observando la labor de los discípulos. De reojo podía ver su rostro grave, su frente recogía una arruga quizá peloteada por su inminente menopausia o por su desolada insatisfacción sexual. Me di todo el postín para terminar con la labor encomendada, así que fui uno de los últimos en entregar la hoja del block. Ya cuando todos dimos por acabada la tarea, ella regresó con su cojera habitual al escritorio y comenzó a revisar página por página. Guardamos silencio esperando una decisión que era impredecible. Luego de inspeccionar las frases escritas, levantó una de las hojas y exclamó:

—¡González Betulio!...

Todas las miradas apuntaron hacia mí. Me puse de pie y, como si hubiera regresado la era de las glaciaciones, me sentí congelado y aterrorizado.

—¡González Betulio!

—Presente, maestra.

—¿Es esta su hoja de block?

—Sí, maestra.

—Entonces levántese y venga de inmediato. Verifique.

Me levanté y acudí de inmediato como me ordenó.

—Verifique.

Observé aquella hoja de papel, de caligrafía muy tortuosa, que en realidad se parecía a la que había escrito con mi propio puño.

—¿Es su hoja de block?

—Sí, maestra.

—Si es así, compare su letra con lo que está escrito en esta página.

Me mostró una hoja arrugada que habían dejado sobre su escritorio durante la hora de recreo. Pude leer perfectamente lo que decía aquella plana: *La maestra Graciela Prado es una puta*. La semejanza entre tal letra y la mía me acusaba. La caligrafía de ambas era exacta. El rostro de la maestra se congestionó, así que ya no parecía un glóbulo

blanco flotando sobre un albuminoide, sino una pelota de plasma encarnada cuyo color se confundía con el matiz de su vestido. ¡*Es usted un degenerado, un insolente, un perverso!* Estos y otros calificativos agraviantes me imputó la maestra Graciela Prado. Fui castigado con no sé cuántos tablazos. Pero eso no fue suficiente. Arrastrándome de los cabellos y de las orejas me llevó a la administración del plantel donde el director, al saber la gravedad de la falta, ordenó que me confinaran. ¡Al infierno!

—¡Ya verá! —me dijo amenazante. Ahora mismo le va a ver la cara al diablo.

La maestra Graciela Prado poseía un carácter tan perverso que el mismo director le temía.

—¿Qué piensa usted hacer con el alumno? —preguntó el atemorizado director.

—¡Llevarlo hasta el infierno! —rugió mi inclemente preceptora.

¡El infierno! Los niños de esa escuela siempre habían hablado de él. Allí, en un anexo de la dirección, esperaban sus pailas.

Ella misma me empujó hacia el abismo, hacia una oscuridad total, y cerró la puerta.

De pronto me encontré sobrecogido entre las tinieblas, ahogándome en un vaho oloroso a cementerio. Alguien estiró los brazos para recogerme. Era el mismísimo demonio. El lugar apestaba a azufre y lo primero que pude ver fue lo que comentaban los condiscípulos en los pasillos: legiones de demonios con pitones afilados, colas de iguanodontes, brujas y calaveras danzarines que escupían fuego y propugnaban espantos difíciles de soportar.

Cocodrilo, mi cabroncito padre, llegó por la tarde a rescatarme del despeñadero. Echó cuatro plomazos al aire amenazando con colgar al director por las bolas y a la maestra por los pelos.

No volví a clases desde aquel endemoniado día y por el resto de mi vida me negué a ingresar a otra escuela. Con el tiempo supe que el antro anexo a la dirección del plantel era un depósito donde guardaban los trastos inútiles y que entre esos cacharros se hallaban colgando disfraces de carnaval, esqueletos de plástico, tablas periódicas y hasta cubos de probeta que cayeron en desuso en un laboratorio de ciencias naturales.

Cuarto asalto Acusado por un crimen

Bueno. Quien tenía noches alegres, debería soportar mañanas tristes. Recuerdo que ese refrán lo inventó el cabrón de *Cocodrilo*.

Apenas muerta mi puta madre, trajiné claveteando pendejos y pegando atracos al lado de *El Mono Parada*. Hasta que lo mataron por andar detrás de las putas. Así que a nadie podría resultar extraño que ese segundo asalto que se me presentó tampoco se suscitara en un ring de boxeo, sino en otra calle de la ciudad.

Seguro estaba que el box me podía salvar desde un principio. Era mi única esperanza. Pero no tuve suerte. Quien nace salado ni que lo remojen con salmuera.

O a lo mejor que sí. Que sí la tuve. El enano siniestro me lo dijo después de haber matado a la lesbiana en la peluquería:

—La suerte es como la mosca, cabrón.

—¿Por qué como la mosca? —quise saber.

—Porque sí. Porque a la mosca le gusta pararse en cualquier mierda.

Así me dijo. Tenía razón. La mosca no veía la mierda donde de pronto se paraba.

Para completar, tuve un padre a quien le gustaba esa cosa de los puños, además del ron y de la marihuana, y desde pequeño me mantuvo practicando. *Golpea aquí, Betulio, cuando algún tipo intente magullar tu cara, entonces quiebra la cintura, das un paso hacia atrás, otro hacia adelante y después ¡zaz! lo sacudes por el hígado.* Los pensamientos de mi cabeza siempre fueron cuadrados como los cuadriláteros. Es precisamente por ese motivo que, en lugar de capítulos, decidí dividir ese escrito en interpretativos asaltos. No podía ser de otra manera, pues en cada uno de ellos estuve enfrentando mi destino a fuerza de puñetazos. También, además de puñetazos, a la vida anduve haciendo las puñetas...

Y el hijo de puta de Teoduldo no aparecía. ¿Qué le habría pasado? Seguramente Lucrecia se arrechó conmigo por la tanda de coñazos que se llevó Gerardo.

Debido a la destreza que siempre tuve para tirar la mano y para jalar el gatillo, algún día, por fin, fui descubierto por la mafia. *El Téletubi* me vio pelear en un match penitenciario. Llevó la noticia al jefe y el jefe ordenó de inmediato que me sacara de la perrera. Según supe después, necesitaban los servicios de un boxeador bueno y malandroso. Yo era el tipo adecuado. Además de que batiera los puños, debería carecer de todos los escrúpulos. También necesitaban un nuevo pistolero para surtir la demanda. Conmigo salieron premiados los cabrones pues me sabía desenvolver bien en ambos asuntos. Necesitaban de mí. De algo así como de un chivo expiatorio para ventilar disímiles asuntos. Y para sus proyectos criminales, yo estaba como mandado a hacer.

Así que el australopiteco, en un pestañear, como por arte de magia, me sacó de la perrera.

¿Cómo lo hizo? No lo sé. Así como un mago saca conejos de un sombrero. Solamente el diablo, los magos y los abogados conocen de esas trampas.

Apenas me arrancó del fondo de la letrina, huevonamente le dije:

—Doctor, no tengo plata cómo pagarle.

—Ya me pagarás —me dijo.

—¿Cómo?...

—Trabajando en nuestra empresa. Tienes mucho que aportar. Hoy puedes ir a divertirte con los muchachos. Mañana, a las cinco de la tarde, te espero en esta dirección. No me falles. Allí te diré con más calma en qué consiste tu primer trabajo.

De paso me entregó un fajo de billetes.

—¿Y estos bichos?

—Son para ti, cabrón. Para que te diviertas.

Sentía algo así como telarañas en los bolsillos. Llevaba doce años sin acariciar la lana.

Me entregó, además, una tarjeta que guardé en mis pantalones. Esa misma noche me hicieron saber que la empresa a la cual se refería no estaba construida sobre la norma, sino sobre las excepciones. Por supuesto, no era una empresa dedicada a los seguros ni a los bienes raíces. Nada de eso. Era una empresa dedicada al negocio del crimen. *El gusano* me presentó a los gorilas que siempre lo acompañaban. Ellos eran *El rayo Zambrano* y José *El chubisco*, según él, personal de confianza de su agencia de detectives privados. Se trataba de unos tipos tan rufianes como yo. Portaban pistolones sin ningún tipo de disimulo. La empresa a la cual prestaban sus servicios tenía registros para porte de armas. Nunca acepté esta prebenda de mi jefe inmediato. Al tratarse de revólveres, prefería mi *Smith & Wesson*.

Los esbirros del jefe inmediato eran unos desalmados que gozaban de muy buen humor. Siempre estuvieron tan dispuestos a burlarse de mí como a pegarme un tiro. Jodían la paciencia de mi puta madre como para que me pusiera de mal humor. Seguramente tenían la orden de probarme. O quizás la orden de matarme nada más al exprimirme el jugo.

Cuando llevábamos cierto tiempo haciendo y deshaciendo en equipo, alguna noche, en un remate de caballos, *El chubisco* y *El rayo* se burlaron de mi jierro. Mi revólver, según ellos, era como un pene pequeño y arrugado, en un meadero, rodeado de un grupo de huevones. Solamente les dije para defenderme: “No importa el tenerlo pequeño. Lo que importa es saberlo meter”.

Y los cabrones, como siempre, pegaron la carcajada. ¡Qué tipos tan simpáticos parecían!

El gusano, el día cuando me sacó de la perrera, también me presentó a una mujer de rostro ovalado como cáscara de ñema. Curiosamente pude observar que llevaba una Biblia en la mano. Tenía cara de puta, pero me la hizo conocer como la señora de Lorenzo. Me dijo que era mujer muy religiosa y que frecuentaba los templos de la ciudad. Después se marchó con ella en un carrazo último modelo y me dejó en manos

de sus espalderos. Los tipos también manejaban buen carro y tenían buena pinta. Se forraban con ropa fina. Pura marca. Zapatos de charol. Corbatas de seda. Hasta elegantes y felices se veían los sanguinarios...

Esa fue la primera noche. Una velada muy alegre, por cierto. Fue la noche de mi recibimiento por parte de la mafia. Mejor dicho, la noche de mi estreno.

Apenas nos despedimos del enano del circo y de su señora, *El rayo* y *El chubisco* me llevaron a un mabil. Me buscaron una puta para que me exprimiera las bolas. “Ya debes tener queso en los cojones”, me dijeron los muérganos. Y se rieron como siempre. Por cierto, *El chubisco* soltó un chiste sobre un hombre que era muy seco. Tan seco, tan seco, tan seco que alguna vez se hizo la paja y sólo logró eyacular leche en polvo...

Sonaba música caribeña. Tomé a la tipa del moño y bailamos salsa. Cuando nos cansamos de mover el esqueleto nos fuimos a la pieza. Tiramos como dos endemoniados. La pelandusca me estuvo jaloneando duro hasta la media madrugada. Le solté como cuatro polvos. Cuando salí de aquel cubil que olía a cementerio de espermatozoides destripados, ellos me esperaban en una mesa y se tiraban una botella de güisqui. Bien pelados estaban los pendejos y yo sentía las piernas desmayadas y abiertas de tanto jaleo en el cuarto.

—Bebe, cabrón, que para dormir te sobran siglos —así me dijo *El chubisco*.

Y me soltaron otro chiste al verme caminar así. Un tipo llamado Manolo caminaba con las piernas abiertas y un amigo le preguntaba por qué lo hacía de esa manera. Manolo contestaba que tenía subido el colesterol y el médico le había prescrito que no tocara los huevos...

Rajaban la caña hereje y se metían heroína hasta en los forros. Tenían los jocosos blancos como cochinos tragando nepe. Sabiendo que estuve preso por ser cómplice en un homicidio, me trataban con una consideración de la puta madre. Salimos del burdel y me llevaron a beber más caña en los bares vecinos. Seguí la rumba con otras putas. Le pegué al baile como nunca. Aquello de zapatear se me hizo tan placentero como tirar. Sentía que moviendo el esqueleto se me caía toda la telaraña acumulada en una docena de años. Llevaba un siglo sin curdearme y sin pegarme un pase. Aproveché la ocasión pues, según me dijeron los esbirros, esa era la bienvenida que me daba *Doctor Peppers*.

—¿Quién es *Doctor Peppers*? —pregunté.

—Es nuestro jefecito —contestaron a dúo, mamando gallo, los cabrones.

—¿Y dónde está él?

—En el cielo, como Dios —me dijeron.

Y se volvieron a reír. Se las sabían todas. Los pendejos se las daban de chistosos.

Era muy tarde. Me sentía borracho, con las piernas temblorosas y vuelto mierda. Cuando cantaron los primeros gallos, me preguntaron que hacia dónde podían llevarme. Entonces fue cuando me di cuenta de lo pobre diablo que era yo. No tenía donde caerme muerto. De verdad que no existía un sitio de mi propiedad al cual pudieran llevarme. Apenas caí preso cuando *El Mono* asesinó a la amiga de *La Frescachicha*, Teoduldo, quien ya vivía en otro lugar de la ciudad, debió vender el rancho donde nacimos para pagar por mi defensa. No sirvió de mucho. Apenas pudo rebajarme meses de una condena de quince años.

El chubisco y *El rayo* se quedaron mirándome con sus madres borracheras, esperando que yo les indicara alguna dirección. ¿*Hacia dónde te llevamos?*, me preguntaron como tres veces más.

Pero yo no sabía a dónde ir.

Así que lo único que se me ocurrió fue decirles a esos orangutanes que me llevaran a la casa de mi hermano. Cuando eso ya estaba viviendo con Lucrecia. Ellos me dejaron en una mediana cuesta de Agua Salud, cerca del rincón del taxista, y se despidieron con risotadas y con un par de plomazos a las nubes. Esperé por lo menos una hora al aire libre para que se me pasara un poco lo ajumado.

No podía decir que me recibieran mal. Mi hermano y su mujer se contentaron mucho de verme. Pero no entendían el motivo por el cual había salido tan temprano de la perrera.

—¿Te escapaste?

—No, nada de eso —les contesté un poco chispo.

—Pero no entiendo —dijo Lucrecia. Todavía te faltaban como tres años.

—Un abogado muy bueno metió la mano por mí.

No tuve tiempo de ladrarles más explicaciones. Estaba muy cansado, medio borracho y medio trono. Y para colmo todavía me temblaban las piernas. Me ofrecieron un cuarto y una hamaca. Allí me acosté

a dormir. Llevaba muchos años sin cerrar los dos ojos. En la perrera, uno se acostumbraba a dormir con un ojo abierto. Soñé un bojote de vainas. En un cuarto oscuro me caí a trompadas con el diablo y su séquito de brujas y esqueletos. Luego, en otro sueño, *El Mono* me llevaba a la casa de las putas. Me obsequiaba una tirada y abundante cerveza. En el sueño, lo pude ver feliz con *La Frescachicha*. Se despidió de ella y fuimos a trabajar. Ella también se fue a trabajar en su tiradero. Asesinamos de muy distintas maneras a no menos de cuatro pendejos. Podía ver el humo que botaba el pistolón.

Debí dormir un montón de horas en una habitación inmensa donde, además de la hamaca, se encontraba una montaña de libros. Cuando desperté, ya eran como las tres de la tarde. De veras que ya había perdido la costumbre de tragar caña y de rumiar monte como chivo. Me dolía la cabeza. Parecía que una aplanadora me había pasado por encima.

Me senté sobre la misma hamaca tratando de rebobinar los pensamientos. Entonces, en ese momento, me acorde de las risotadas de los esbirros y de la cita que tenía con *El gusano*. Revisé los pantalones y me encontré con la tarjeta y con un poco de billetes. El dinero equivalía a un par de sueldos mínimos. En la tarjeta pude ver la dirección donde funcionaban las oficinas de investigaciones privadas que regentaba Cristóforo Lorenzo.

Me levanté y salí del cuarto. Pero en la casa no estaban mi hermano ni su mujer. Seguramente se encontraban trabajando, él en una librería y ella en un hospital. Fui al baño y eché una cagada como nunca. Luego me duché. Encontré algunas rasuradoras en un cajón de primeros auxilios y eliminé los pelos de mi cara. Me eché abundante agua fría en la cabeza y eso ayudó a disipar la puntada que tenía. En doce años de presidio se me había oxidado la tripa cañera.

Habían colocado alguna ropa sobre el sofá. Teoduldo y yo éramos de la misma talla. En la mesa encontré sándwiches, un litro de leche y un par de notas. En una de ellas se advertía que siempre regresaban a las ocho de la noche. Me invitaban a comer los sándwiches y a tomar la leche. En la otra nota, se me pedía que abriera la gaveta de un chifonier que estaba en la sala. Así lo hice. En la gaveta encontré el *Smith & Wesson* que fue de *Cocodrilo*. Lo revisé. Estaba bien cuidado, limpio

y aceitado. Allí también encontré una caja de balas calibre 38. Llené el tambor.

Ya se acercaba la hora de la cita. Metí el jierro entre los pantalones, salí a la calle y tomé un taxi. Hubiera podido llegar fácilmente caminando. Pero no lo advertí en el primer momento. La oficina de investigaciones privadas se hallaba ubicada en un edificio de la próxima avenida, la Sucre, a unas cuadras de la casa de Teo y de Lucrecia. Guiado por la tarjeta subí hasta el apartamento donde funcionaba la supuesta agencia de detectives privados

En la sala de espera se encontraba solamente *El rayo Zambrano*. Apenas me vio, notó el cambio de mi cara. Soltó una risita de hiena y me preguntó por el huevito. Siempre con la jodedera. Sin mucho rodeo, señaló la oficina donde se encontraba el jefe.

Caminé hacia el lugar indicado y abrí la puerta sin tocar. Un vaho de aire frío se estrelló contra mi rostro. El enano estaba allí. Delante de él pude ver una copa llena con güisqui. Fumaba pacientemente un largo habano. La caja de tabacos era de madera y estaba al lado de un yesquero en forma de dragón. Ned se veía muy cómico fumando. Parecía un chimpancé con un trabuco en el jocico. Lo saludé y no contestó. Pero sonrió. Hizo un gesto y me señaló el sillón que estaba frente a él. Entendí que me invitaba a tomar asiento.

Levantó su muñeca izquierda. Jaló la manga de su traje. De un reloj amarillo que imaginé muy fino y de oro puro tomó la hora.

—Son las cinco y media, casi un cuarto para las seis—dijo.

Miré al cabrón sin encontrar una explicación inmediata a esa actitud. ¡Qué coño me importaban las horas! En la perrera el tiempo importaba una mierda. Levantó la copa y la vació de un trago. No parecía tener mucho en la cabeza. Yo había visto una cara como la suya en algún lugar. El menudo era la especie sobreviviente de un australopiteco. Con aquel tabaco entre sus dientes se veía más cómico.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté tuteándolo de paso.

—Que la cita era a las cinco. O sea que vienes retrasado, cabrón.

—Lo que pasa es que anoche le dimos duro. Llevaba mucho tiempo sin tocar mujer y sin probar un trago y tus empleados me dieron más de la cuenta.

—Entiendo la tardanza —me dijo—, pero no te la perdono. En esta empresa, para que todo funcione bien, es necesario ser puntual, exacto e infalible. Picasso decía que la puntualidad era el honor de los reyes.

—Estuve mucho tiempo en la perrera —le dije— y allí se pierde la noción del tiempo.

—Ya lo sé, Betulio. Alguna vez también estuve allí. Solamente espero que esto no vuelva a suceder.

—Puedes darlo por descontado —le dije.

—Eres muy bueno —me dijo. Desde hace tiempo me habían hablado de ti. Casi nadie pudo contigo en la perrera. Con nosotros encontrarás la ayuda para llegar a ser campeón.

—Eso espero —le dije—, pues ningún perro engorda lamiendo.

—De eso puedes estar seguro —me dijo *El gusano*. Dentro de poco emprenderás la meteórica carrera. No más peleíllas con púgiles vulgares de una penitenciaría. Así que debes entrenar con ganas pues los que te esperan son leones afeitados.

—Creí que mi trabajo estaría en la oficina de investigaciones privadas.

—No. Tu trabajo estará en el cuadrilátero. Aunque también te necesitamos para que mates a unos pendejos. De aquí en adelante pertenecerás a la familia de *Doctor Peppers*.

Me dijo que la conexión era eso: como una gran familia. Hermanos por parte de Dios. Como los apóstoles que rodeaban a Jesucristo.

Pero me dio por pensar que entre apóstoles nunca faltaba un Judas. Arañando y arañando mi cerebro, pude sacar una conclusión: el Judas de aquel clan no podría ser otro que el fulano *Doctor Peppers*.

El gusano se levantó del cómodo sillón abandonando el habano sobre el cenicero. Caminó hasta un extremo de la oficina y abrió un closet. Fue como una caja de Pandora. Quedé impresionado por las putas mierdas que pude ver adentro. Se trataba de un arsenal. Eran jierros de todos los estilos y tamaños.

—Imagino que luego de doce años de prisión te quedaste sin escardilla —dijo.

—Pues, te equivocas.

—¿Tienes la tuya?

—Sí, sí tengo mi jierro —dije.

—Me gustaría verlo.

—Aquí está.

Busqué el revólver entre los calzones y se lo mostré. Cristóforo Lorenzo quedó impresionado. Lo que luego parecería un huevito para sus gorilas, para él resultó ser cosa de muy buen gusto.

—¿De dónde lo sacaste?

—Era de mi cabroncito padre.

—Nunca, excepto en películas, había visto una mierda tan bonita como esta. Y te juro que he visto muchas. Coño. Es de colección.

—Era de mi jefecito —le dije. Con este bicho malandreaba.

—¿Malandreaba?

—Sí.

—Se ve a la legua que tienes pedigrí —me dijo *El gus*.

Los depósitos de Cavin se quedaban cortos con la cantidad y variedad de armas que guardaba en aquel closet. Además de vender droga, nacionalizar chinos, lavar dinero y contrabandear otras huevonadas, el fuerte de la conexión tenía que ver con la venta de armas a grupos guerrilleros.

Tomó un adminículo largo que, por mi puta madre, jamás había visto en la vida.

—¿Qué mierda es esa?

—Es un kalashnikov —me dijo—, un fusil ruso de alta precisión.

Lo pasó a mis manos. Aquella vaina pesaba menos que una pluma.

—¿Lo sabes manejar?

—No. Es la primera vez que lo veo.

—Es muy sencillo —dijo.

En pocas palabras me explicó cómo funcionaba. La mira de aquel fusil no permitía errar al momento de ser utilizado. Al manipular un botón proyectaba una lucecita roja. En el lugar donde se asentaba la fosforescencia, se metía la bala.

—Muy curioso —dije.

—Para ti resultará algo más que curioso —me dijo. No te necesitamos solamente en el cuadrilátero. Con este fusil, si quieres pertenecer al lucrativo mundo de *Doctor Peppers*, debes pasar la primera prueba.

Imaginé que la primera prueba para trabajar con la mafia debería pasarla en un polígono de tiro. Pero no fue así. Nelson Ned me explicó que esa primera prueba debería tener como escenario una peluquería.

¿Cómo era eso? ¿De qué mierda estaba hablando? ¿Una peluquería? Arrugué el entrecejo.

—Barájame el tiro —le dije.

—Ya está barajado —replicó.

—¿Tiene algo que ver con transformistas?

—No, nada que ver.

Al principio no le entendí un carajo. Pensé que, si de peluquería se trataba, esa primera experiencia como mafioso consistiría en reventarle la madre a un peluquero maricón. Así se lo dije. Mejor dicho, se lo pregunté nuevamente. Pero el abogado me soltó una mirada desolada.

—No, no es un maricón a quien le vas a reventar la madre.

—¿Entonces a quién?

—A Claudia.

—¿Claudia? ¿Y quién es Claudia?

—La mujer que ayer te presenté.

—Pero tú me presentaste a tu señora.

—Sí, te presenté a mi mujer. Es a ella a quien le vas a reventar la madre.

—Pero... coño. ¿Por qué? ¿Cuál es el motivo?

—El motivo son los cuernos que me está montando.

Lo miré de arriba abajo acariciando el kalashnikov. Seguía sacándole humo a su tabaco. No le daba vergüenza al enano confesar a un infeliz como yo que su mujer lo volteaba. Pensé que quien prometía amor eterno era porque desconocía los cuernos.

De todas maneras quise hacer algo para paliar la situación. Creyendo consolarlo, le dije al enano que era normal que eso sucediera respirando en una atmósfera saturada de cuernos y pezuñas, donde además se prestaban banquillos para ordeñar y jierros para marcar a los cabrones.

—Perdona la intromisión, jefe. Pero... ¿por qué no paso la prueba matando al hombre que la hace infiel? ¿Para qué carajo matar a tu mujer?

—Sería buena idea. Pero no lo hay.

—¿No hay qué?

—No hay hombre de por medio.

—¿Cómo?

—Que no hay macho en el asunto. Claudia no me engaña con un hombre.

—¿Entonces...?

—Bueno. Imagínatelo. La cosa es sencilla. Claudia es lesbiana. Me engaña con una mujer.

—¿Y esa mujer quién es?

—Su peluquera. Por eso te vas a llegar con *El rayo* hasta esa peluquería que queda, por cierto, en un sector muy mal alumbrado. Una sola bala estará metida en la recámara del armamento. No puedes pifiar. Con esa bala le vas a reventar la madre a Claudia.

—¿Y si llegara a fallar?

—Ni lo pienses. De ocurrir así, te sabrá a madres. Claudia estará hoy, a las siete y media, sentada en la butaca, arreglándose las mechas, besuqueándose con la lesbiana y sobándole la vulva. Entonces vas a llegar y desde afuera, a través de los cristales le mandarás el plumazo.

Así me dijo. Y cuando salí con *El rayo* Zambrano, ya la noche cubría toda la ciudad.

Caracas no es un lugar muy iluminado. Sin duda, las sombras, los constantes apagones y el desastre social contribuían con el alto índice de criminalidad.

Acaso media hora tardamos en llegar al sitio donde debería pasar la prueba. El gorila detuvo el carro al frente de una peluquería unisex que además ofrecía servicios de masajes, manicura y pedicura.

La oscuridad de la calle contrastaba con lo bien iluminado que estaba el recinto. Además, no se veía un alma por los alrededores. Ni un perro. Ni un borracho. Ni una puta. El caldo de cultivo se hallaba en su punto de ebullición.

—¿Qué esperas, cabrón?

Así me atizó *El rayo* Zambrano quien ya estaría al tanto de los planes del jefe y de la prueba que a mí me correspondía. Intenté entonces cumplir con mi encomienda lo más rápido posible. Saqué el kalashnikov del asiento de atrás y, sin perder más tiempo, puse el cañón en derechura de los cristales. Una mujer de cara ovalada se hallaba sentada en la silla giratoria. La reconocí de inmediato. Era Claudia. Detrás de ella estaba la peluquera trabajando entre los cabellos. Nunca había apuntado tan bien a alguien con el propósito de liquidarlo.

Manipulé el botón de la mirilla. La lucecita roja atravesó la oscuridad, el aire, la breve densidad de los cristales, y se posó en la frente de Claudia de Lorenzo. Quise hacer de aquellos segundos los momentos más precisos de mi carrera criminal. Jalé el gatillo con mucha suavidad y apenas pude vacilar una milésima de segundo. En forma inesperada, la mujer de cara elíptica se agachó para recoger algo del piso. ¡Mierda! ¡Ya había movido el índice! Quizás eso fue suficiente para que me supiera a madres.

La bala salió sin mucho ruido. Aquellos fusiles rusos, además de livianos y precisos, arrastraban la cabrona fama de ser muy silenciosos.

Durante otro par de segundos nada pareció suceder en el interior del salón de belleza. La vida fue cubierta en esos instantes por una suerte de nata que todo lo tornaba estático. ¿La bala había salido? Ni siquiera escuché la detonación. Ni siquiera los vidrios se volvieron mierda por la pasada del plomo.

Pero a los dos segundos, sí ocurrió lo inesperado. Claudia de Lorenzo pegó un grito y la peluquera se desplomó a sus espaldas. La mujer del enano saltó de la silla giratoria. No dejaba de pegar chillidos. ¡Putá madre! ¡Había fallado en la prueba para ingresar al Cártel! La peluquera lesbiana se contorsionaba en el piso, como una rata moribunda, a causa de la bala equivocada que le había entrado por el mero pecho.

En el mundo del box y en el mundo del crimen yo era como un ave de rapiña y mis puños eran como garras. A la hora de matar o de pelear me utilizaban como comodín. Nadie pudo vencerme cuando anduve al criterio de la mafia. Desperdiciar una pelea significaba la merma de mucho dinero para la conexión. Así que podía dejar por sentado que, al salir derrotado, José *El chubisco* o *El rayo* Zambrano (o quizás otro matón) se encargaría de empaquetarme para las pompas fúnebres. La regla estaba sobrepuesta sobre el no perder, sobre el no fallar. Quien fallaba se podía dar por muerto.

Ningún matachín, hasta entonces, había podido conmigo, excepto alguno que me disparó cuatro veces. Era de la misma familia y parecía sentir celos por mí. Aquel cabrón apenas me rozó un costado de la sien izquierda dejándome el rastro de una cicatriz que aún cargo pegada en el pellejo. Muy urgente, *Doctor Peppers* lo envió de paquete a la funeraria. En los periódicos leí sobre aquel suceso. Se dijo que después

de amarrarse los naipes fue emboscado en un pasadizo que por mal nombre llamaban El callejón de la puñalada. Algún párrafo de la noticia no dejaba de decir la verdad. Ciertamente fue emboscado. Pero no por asuntos de barajas. *El chubisco* y *El rayo* se camuflaron y lo mataron, luego de contarle algunos chistes, en aquel callejón.

Pero al poco tiempo que salí de la perrera, *El gusano*, a quien debía agradecer, me puso en manos de un entrenador de box. Se llamaba Adán Quintero, era buena vaina el cabrón, pero no tuve suerte con él pues todo el entrenamiento que hice bajo su ala me salió por la culata. Este señor no llenó la prueba requerida.

Pero Ned guardaba otros trabajitos para mí. Para ocultar mis conexiones, me consiguió chamba como portero en una discoteca, la cual era regentada por un sujeto a quien llamaban El Greco. Este tipo era una de las principales fichas del Cártel. No sé cómo se las ingeniaba, pero repartía monte en todo Méjico, en la gran Caracas y en mucho territorio de gringolandia.

Cristófano Lorenzo, desde el momento cuando me sacó de la perrera, anduvo oliéndome los pedos. No sabía si era desconfianza o afición por lo que yo hacía. El enano siempre estaba cerca de lo que yo estaba inventando. Pendiente de todo lo mío. Casi podía decir que le gustaba la fragancia que saltaba de mis bolas. Era un tipo despaturrado y de cara simiesca, feo como pelea de perros. Para nada guardaba remordimientos de conciencia. Llegaba en buen carro y andaba en buenas pintas. Bebía los mejores licores y fumaba los mejores tabacos. Me parecía haberlo visto antes en alguna parte, en un zoológico o quizás en Animal Planet, en algún cortometraje dedicado a la vida feliz de los gorilas o tal vez en el recinto de ciencias naturales de la escuela donde estudié de carajito. Tenía la estampa de un australopiteco. Era como la fotografía de un ancestro humano. Un cabrón de la época de Pedro Picapiedra. De aquella imagen evocada en lo que creí predios del demonio, me había grabado el nombre: Australopiteco. Y hasta un texto que reposaba a pie de página, y que pude leer acuciado por el terror, se me grabó en el coco: Los australopitécidos pertenecieron a una familia de primates antropoides que dejaron de caminar en cuatro patas para utilizar dos en la fabricación de herramientas.

Cristófano Lorenzo no llevaba tanto parecido con un gusano como con un primate. No entiendo de dónde le sacaron el apodo de

El gusano. Quizás por lo venenoso. Pero no existía entre los humanos nada más cercano a un antropoide que Cristóforo Lorenzo. ¡Qué semejanza tan cabrona!

Particularmente, al malnacido no le molestaba que lo llamaran como lo llamaran, *El gusano*, *El Teletubi*, El enano siniestro, Nelson Ned, cualquier mierda. Parecía ser que al cagajón no le cuadraba muy bien aquello de doctor Cristóforo Lorenzo (nombre que le quedaba grande en base a su estatura). Al poco de conocerlo, gracias a las joderas de *El rayo* y *El chubisco*, supe que dejó de caminar con cuatro miembros para usar dos en otras cosas, como sus antepasados del pleistoceno. ¡Qué avezados para ingeniarse chistes eran ese par de criminales que terminaron echándome plomo en un meadero de Bangkok!

¿Y el segundo jefe? Carajo, tenía una calaña como para cogerle cria.

El gusano era una rata, un abogado inescrupuloso, una miniatura cargada de maldad que siempre actuaba con premeditación y alevosía. En nombre de una red de terroristas y narcotraficantes, a la cabeza de la cual se encontraba un dios que nunca se veía pero se escuchaba nombrar como *Doctor Peppers*, esta cagada humana tenía la potestad de comprar conciencias, jueces y policías, sacar criminales de la cárcel, ordenar ajusticiamientos, importar y exportar armas, mover el monte y hacer de la sociedad todo un rollo controlado por los tentáculos del crimen. Poseía cierta inclinación a la colección, arreglo y fabricación de artefactos. En el diseño de pistolas ponía todo el genio de las patas que dejaron de funcionar millones de años antes de Cristo. Guardaba un arsenal en su oficina. Apenas conoció de mi destreza, me sacó del bote y me metió en su selecta lista. Pero no solamente me necesitaban como sicario. En mi peso fui campeón en un nacional penitenciario. La mafia me necesitaba para explotarme en el box. Ella cuidaba con esmero las fichas que producían buenos dividendos. Por tal motivo, al tipo que me pegó el tiro en la sien, *El chubisco* y *El rayo* se encargaron de pegarle cinco pepazos en el mondongo. En las páginas de un diario local, al día siguiente de haber sido fulminado, se especificó que lo lapidaron en una emboscada, en el mismo Callejón de la puñalada, a eso de la medianoche. ¿El motivo? Jugar a la baraja. Pero aquella vez se equivocaron los periodistas. Desde mi punto de vista, se trató de un ajuste de cuentas.

Varios meses después me sentí radiante bajo la protección del enano siniestro. Adán Quintero había dejado de entrenarme. Ahora mi instructor era el viejo Carlos y su hija Julia parecía deslumbrarse con mis triunfos. Me hizo ojitos desde un principio. Me dejé embaucar por sus apetencias. No sé qué atractivos pude ver en aquella paranoica que hubiera podido ser bella sin el desorden genético de su nariz. Que hubiera sido perfecta si el Titanic que llevaba por conciencia no se hubiera hundido hasta el culo del Atlántico.

Nunca fui feliz. Desde que nací no conocí más que desgracias. La mayoría de esas desgracias yo mismo las propicié. Mi vida anduvo media complicada hasta el momento cuando salí de la cárcel. Pero al salir de ella se terminó de embrollar. Entre Julia y la mafia hicieron de mi vida una tragedia.

Se sabe que un enamorado canta como un sapo en el charco. O que los sapos cantan en el charco cuando están enamorados. Así que, como esa vez estaba pelándome la pava por su culpa, soltaba la lengua como un desaforado. Julia llegó a preguntarme entonces qué tales eran los oficios de camorrista y de sicario. La pregunta me la hizo cuando estábamos sentados en el puentecito debajo de la quebrada, lugar donde nos gustaba contemplar las caras de la luna y el transcurrir de la corriente. Me sentí movido a responder a su cuestión. Así que le dije que el de camorrista era un trabajo duro, que siempre era necesario fajarse como los buenos, pero que el de sicario era más sencillo.

¡Putas! Le expliqué que se trataba de una cosa igual al juego del cochino degollado. Porque el cochino degollado era una jodedera así. A uno le entrompaba un coño de madre y le preguntaba si en la casa habían descabezado algún cochino. Como era un juego, uno estaba obligado a contestar que sí. Entonces llegaba el mismo cabrón y le preguntaba si le tuvo miedo a la sangre. Si decía que no le tuvo miedo a la sangre del cochino, entonces le echaban tierra en los ojos. Así más o menos le expliqué a Julia de qué se trataba el oficio de sicario. Sólo era un juego cabrón y nada más.

Como no era muy buena en entendederas, se lo tuve que explicar de modo más sencillo. Le dije algo así. Uno arrancaba con su moto hasta el sitio donde se encontraba el tipo a quien le encargaban asesinar, le pegaba los tiros y luego escapaba en una sola carrera, solo o con ayuda, eso obedecía a una gran cantidad de factores. Le pregunté si al fin había

comprendido. Ella movió la cabeza en forma afirmativa. Pero aún me quedó la duda de que mis palabras le hubieran prendido el bombillo.

El pago del trabajo como matón dependía mucho de la persona a quien se destinaban los plomazos. Algunos eran oro en polvo. En cambio otros valían menos que gallina flaca. El malandro que traicionaba al Cártel no arrojaba buenos porcentajes. Desgraciado el pájaro que cagaba su propio nido. Valía más el plomo que se gastaba. Había que matarlo porque era ley de ese contrato sin papeles y sin firmas que se mantenía con el anónimo jefe. Tratándose de infelices, el porcentaje era menos que cero.

Aunque diciendo verdad, para mí no existía nada tan divertido como arrancarle la vida a tales sujetos. Me encantaba liquidar a quienes estaban del carril contrario de la ley que establecía la conexión. Cuando uno llegaba y pegaba los tiros en la barriga, de inmediato podía ver cómo blanqueaban los ojos, cómo las manos apretaban allí por donde entraban los plomazos, cómo empezaba a chillar y vomitar como un cerdo para que la vida no se marchara de manera tan simple. Uno los veía estirar la pata. Al final terminaban muriéndose. Se quedaban tranquilitos, con el puro susto entre ceja y ceja. En un dos por tres ya eran difuntos. Por eso creo que morir no es cosa tan complicada.

De igual modo, aquello de propiciar muertes dolorosas también era parte del trabajo. Hacer que la pelona llegara retrasada (como aquellos viejos trenes con chimeneas) eran destrezas que se exigían. Otras veces nos ordenaban muertes instantáneas. Porque a decir verdad, la mafia era muy considerada.

Pero solamente a los tipos que se desnucaban con rencor le servían esos tiros en la panza, esa muerte lenta, agónica, difícil y dolorosa. Eso le expliqué a Julia y terminé extrañándome. Extrañándome de que realmente fuera tan diestro en mi oficio. Aprender a matar era como aprender a montar en bicicleta. Una vez aprendido, jamás se podía olvidar. *Doctor Peppers* me hizo creer que me apreciaban como al gran Betulio. Pero aquellos tiros que los chistosos me pegaron en la panza me hacían pensar todo lo contrario.

El viejo sabía más trampas por diablo que por viejo. Como entrenador fue lo mejor que tuve y de no haber cumplido yo dos años más de la edad de Cristo cuando comencé con él, seguramente otro

hubiera sido el tango. Con unos diez años de menos nada difícil hubiera resultado escapar de las manos de Julia y de la mafia. Junto a él gané como veinte peleas que me sirvieron para escalar hasta la mejor posición en el ranking. *Doctor Peppers* me enviaba saludos a través del australopiteco. La mafia se sentía muy contenta de mí y pronto —me mandaban a decir— colocarían sus apuestas a mi nombre. Gané veinte para empezar esa carrera loca que probablemente se dirigía a la muerte. La primera, la segunda, la tercera, la cuarta...

La quinta pelea no fue fácil. Julia y yo comenzábamos a vivir juntos y, quizás de tanto derramar el semen (cuestión que es inevitable en todo principio de pareja), mis fuerzas y mis habilidades como pegador se vieron debilitadas. El viejo me lo decía, pero yo no estaba en tiempo de hacer caso: “¡Cuidate! No tires cuando se te acerquen los combates. No desparrames la leche en esos días. Deja las ganas para después”. Se refería a la abstinencia que debería guardar antes de medirme a coñazos con un púgil local muy bueno que se llamaba José Rodríguez y a quien le decían *El zamurito*.

Pero yo estaba durante esos días con mis excesos amorosos. Ni modo. Fornicaba una y otra vez. Sin descanso. ¿Qué más puede hacer un recién amancebado con los escrotos podridos de semen? De tanto sacrificar espermatozoides no me encontraba en el mejor de mis momentos. Así que no fue viable en extremo mi pelea contra José Rodríguez, quien venía de ganar siete combates. Apenas comenzando el segundo asalto, *El zamurito*, por un pelo de cochino, casi me hizo morder el piso. Tal vez hubiese llegado a ser campeón. Coraje le sobraba. *El zamurito* era del patio. Quizás se trataba de lo mejor que tenía el viejo Carlos antes de que yo llegara. Se trataba de un gallito que se había criado en ese corral y lo conocía bien. Se ganaba la vida lavando carros en una quebrada. En las tardes iba por su entrenamiento. Tenía buen upper. Lo pude ver en sus ejercicios y en sus peleas contra otros. Era rápido. Nos llevábamos bien hasta la ocasión cuando nos enfrentamos. Pero de veras que yo no quería hacerlo. Prefería boxeadores que vinieran de otros gimnasios. Gallos de otros corrales. Fue idea del viejo que así ocurriera. De él, de *El gusano* o de *Doctor Peppers*. Era la misma huevonada.

—El próximo sábado pelearás contra *El zamurito* Rodríguez
—me dijo.

—¿Contra *El zamurito*?

—Sí, contra *El zamurito*.

—¿Por qué no contra otro?

—Porque quiero medir fuerzas entre ustedes, están muy parejos y deseo saber con cuál de los dos puedo contar a la hora de sortear compromisos más importantes.

—¿Y el que pierda?

—Ya sabes donde irá a parar.

—¿A dónde?

—Al fondo de la letrina.

Fue una pelea contra mi voluntad, pero no pude hacer nada para evitarla. *El zamurito* y yo congeniábamos. Éramos buenos amigos. Es más, un parentesco de primos se enredaba entre nosotros. Parece ser que su madre fue hermanastra de *Cocodrilo* o algo por el estilo. Llevaba más tiempo que yo bajo la tutela del viejo. Sufría una enfermedad incurable que no lo detenía. Era diabético. No parecía sufrir de esa enfermedad, muy poco se le notaba, pero a mí me lo contó en muchas ocasiones. Hasta la noche de aquel sábado cuando sostuvimos nuestro enfrentamiento. La enfermedad lo estaba devorando por dentro. Le habían prohibido comer azúcar. Sin embargo, muchas veces, luego de los adiestramientos, pude sorprender al muy cabrón con los bolsillos llenos de chupetas. Su ansiedad por comer dulce era incontrolable. A los meses de esa pelea se murió. Bueno. Le hizo una trampa a su destino. No lo mató la enfermedad directamente, tampoco debió morirse a consecuencia de los trancazos que se llevó en el cuadrilátero. Me enteré de que estiró la pata como un triste ratón.

Cuando me enfrenté a él, con todo dolor de mi alma, descubrí que algo estaba en juego. Apenas un día antes del combate llegué a enterarme de que *El zamurito* Rodríguez había pretendido sin éxito alguno a la que ya era mi mujer. Así que mucho estaba en juego. No era un trofeo. Quizás se trataba de algo más importante que un triunfo. Era una cuestión de honor que le tocaba defender, no tanto su status como boxeador sino su dignidad como hombre. Quizás por timidez jamás llegó a mencionarme su interés por Julia. Lo descubrí a través de una confesión de ella misma. Y porque las cosas se notaban. Se veían

por encima, flotaban como espumas sobre la superficie de nuestras miserias.

—Por eso *El zamurito* aceptó pelear contra ti —me dijo Julia. Porque si logra derrotarte, quedará claro que es más hombre que tú. Y por eso mi papá dispuso cuadrar esa pelea. Quiere matar la culebra por la cabeza. Quien pierda de ustedes, no sé qué podrá hacer.

Así que el trofeo sería algo así como el amor de Julia Fuentes.

Yo sabía qué hacer en caso de salir derrotado: quedar con la mierda hasta el pescuezo. Porque la mafia no me perdonaría y Julia Fuentes, menos. Pero le dije:

—Si es así, te doy mi palabra de que no seré yo quien pierda la pelea.

Sin embargo, como ya lo había menudeado, nada sencillo resultó cumplir con lo ofrecido. La carrera del boxeador era como subir a una empinada montaña de mierda con un fardo de mil kilos auestas. Las cosas se tornaban más difíciles con cada nuevo contrincante. Luego del cuarto triunfo, los oponentes se habían tornado resbaladizos, ágiles con sus piernas y con sus golpes. Para ese entonces conocía muy bien el lugar donde entrenaba y enfrentaba a mis rivales. Ya había leído en las revistas de *Cocodrilo* y en las revistas del viejo (*Guantes y Puños*) vidas sobre grandes boxeadores. Así que guardaba una idea clara acerca de quiénes fueron Max Schmeling, Jack Dempsey, Joe Louis, *Kid Gavi-lán*, Jack Johnson, Rocky Marciano... De ellos, el más peculiar por su heroísmo resultaba ser Schemeling quien, según *Guantes*, fue adorado por los nazis y a la vez escondía judíos en su casa.

En las noches, cuando aún no convivía con Julia, solía visitar al viejo en un anexo del gimnasio que les servía de vivienda. A veces Lucrecia y Teoduldo me llevaban en la camioneta pues para entonces seguía viviendo con ellos en Agua Salud.

Las paredes de la sala estaban tapizadas por litografías que mostraban a boxeadores famosos. Nada más cuando me sentaba a una hora determinada con el propósito de hojear las revistas, el viejo encendía la radio (no tenía televisión) y sintonizaba un programa que hacía énfasis en el deporte de los puños. Permanecía atento a esas transmisiones que comentaban vidas de pugilistas. Fue así, a través de la radio y las revistas, que me hice partidario de la carrera de Joe Louis. Aquel grande fue conocido como *El bombardero negro*. Fue tiempo de aprender algo más de teoría y de práctica en esa disciplina. Así que llegué a enterarme

de otras curiosidades. El nombre completo de Louis era Joseph Louis Barrow. Una de esas noches de visita, un locutor de radio profundizó sus comentarios sobre este peleador. De esa manera pude enterarme que en 1937 se proclamó campeón del mundo tras vencer por K.O. al estadounidense James Jack Braddock. *El bombardero negro* acumuló 68 victorias profesionales. Solamente perdió ante el alemán Max Schmeling. El comentarista enfatizó el hecho que ya conocía por las revistas: el régimen nazi presentó aquella victoria como un ejemplo de superioridad de la raza aria. Los cabrones estuvieron muy contentos hasta dos años después cuando se llevó a cabo la revancha. En esa ocasión, Louis venció por la vía rápida a Schmeling y los gringos lo celebraron como el triunfo de la democracia. ¿Qué tal? Al menos dejaba de ser analfabeta funcional en esto de los asuntos del box.

En noviembre, seis meses después de lo que podría referir como mi inicio formal en las filas de *Doctor Peppers*, se suscitó mi enfrentamiento contra *El zamurito*. Ya el viejo entrenador se había encargado de llamar el interés del colectivo a través de previos anuncios a la prensa y a la radio. Se decía que el combate definiría un título mosca. También se exageraba en cuanto a los triunfos particulares colocándonos un número superior que casi duplicaba nuestros récords verdaderos. Se exageraba en cuanto a nuestra calidad. Así que la noche de aquel sábado, el gimnasio se vio colmado de espectadores. Pero esa manipulación de datos no era algo descabellado. La mano de la mafia tomaba su puesto para comenzar a explotarme como boxeador.

Aún recuerdo la fecha del combate con un amargo sabor. *El zamurito* hizo todo lo posible por defender su dignidad. Lanzó no sé cuántos upper, un zigzag contra el mar neblinoso de mi rostro, una andanada de puñetazos contra un bulto que se le escurría como la puta madre. Sus piernas se movieron buscando el punto glacial del equilibrio. Hasta el tercer round me sentí bloqueado, pero era mi costumbre aguantar como una piedra. En ese asalto, uno de sus puñetazos abrió el cierre de la cicatriz que trazó un plomazo en mi sien. La sangre brotó de mi cabeza. Entonces las cosas cambiaron. Cambiaron porque desde ese instante comencé a pelear como sabía hacerlo. Debía vencer a mi cabroncito primo por el amor de Julia Fuentes.

Sin embargo, *El zamurito* tenía mucho coraje. No lo esperaba: algo así como una patada de mula se estrelló contra mi ojo izquierdo. Aquel

golpe me reventó la puta madre. Me hizo ver estrellas, como si millones de meteoritos machacaran mi pellejo. No fue sino en el sexto cuando pude dar vuelta a la tortilla. También ignoro de dónde pude sacar fuerzas adicionales para verlo estampado como un chorizo contra la lona. Lo cierto fue que se trató de un combate muy complicado.

Una hora después de la pelea, Julia me sirvió un par de churrascos. Pero no con el fin de que los comiera con guasacaca, a caballo, como siempre me gustaban. Ella me explicó que la carne fresca era lo mejor para reducir la hinchazón de los traumatismos. Un par de churrascos, uno sobre la herida de mi sien, otro sobre mi ojo izquierdo. Cristales de sábila sobre mis costillas. ¡Por Dios! Me sentía muy adolorido. Pero eso fue cuando estábamos empezando a fornicar. Después de un año se complicó su paranoia, aún más cuando los animalitos comenzaron a llegar a nuestra casa. Cuando eso ya no ponía churrascos sobre mis traumatismos ni sobre mis platos. Ni bistec a caballo ni cristales de sábila y hasta apostaba en mi contra cuando me enfrentaba a un pingo.

Cosas de la vida. Desde esa ocasión, *El zamurito* Rodríguez no regresó al gimnasio. No volvió a pelear. Lo veía merodeando por las calles como perro apaleado. Seguía lavando carros en la quebrada, pero ya ni siquiera hablaba de boxeo. Me saludaba desde lejos. Con el tiempo no lo pude ver más. Muy tarde para poder asistir a su entierro supe que había muerto. Jodido por su enfermedad, quizás loco por tanto coñazo recibido, *El zamurito* tomó una trágica determinación. No lo mató el azúcar. Se tragó un tubo completo de matarratas. Alguien me dijo que su entierro fue pobre y sin dolientes. Me dijo que la urna salió de las arcas del municipio. Que murió como un ratón de mierda.

Y Teoduldo que no llegaba mientras yo gastaba las páginas con tanta escribidera. ¿Qué pasaría? ¿A dónde se iría a meter el gran cabrón?

Aunque a veces el encono no era de quien lapidaba, sino de quien mandaba a lapidar. Trabajar para tramposos era tarea muy complicada. Nunca se podía chistar. No se podía decir ni pío. Cero pretextos. La mafia jamás aceptaba explicaciones. Y de paso el Cártel era despiadado. Sólo obedecer. Obedecer o morir. Quien pagaba era quien

mandaba. Quien mataba era quien obedecía. Y a veces quien mandaba era como la mierda. Se trataba de una conexión. Un oscuro consorcio. Quien mandaba era mandado a la vez.

Cristóforo Lorenzo ordenaba la manera como la mafia quería ver morir a sus enemigos. No eran caprichos que se le metían en su siniestra cabeza. Eran fríos cálculos del jefe supremo. “Ya sabes, Betulio, le vas a pegar donde es. Quiero que los tiros le abran huecos en las tripas para que se joda por todo lo mal que se portó con Doctor Peppers...” O de otra manera: “Betulio, evítale el sufrimiento. El tipo no es mala gente, era de la familia, pero debe ser eliminado. Ya no le conviene al jefe. Los tiros, por favor, que sean en la cabeza o en la nuca. Ah, y antes de dárselos dale gracias por los favores dispensados”. Uno llegaba y pegaba los plomazos allí donde nada más le ordenaban. Ni modo de pegarlos en otro lado que no fuera donde se le prescribía. Aquel australopiteco de bufete se enfurecía cuando se mataba como a la mafia no le daba la gana. “No es un juego”, decía. “Es un trabajo serio. Si haces las cosas como a ellos no les gusta, entonces te eliminan”.

Ah, pero Julia. En un tiempo fue distinta y no se me ocurría nombrarla para mal.

Cuando andaba en plena juventud y me la pasaba con *El Mono* jodiendo pendejos por ahí, luego de una pelea callejera donde envié a cuatro pelones contra el piso, me descubrió Aníbal Reyes, un viejo pegador que fue entrenador en el *Wilbaldo Zabaleta*, quien ostentaba más de cien triunfos en su pasado boxístico y que, según supe después, estuvo en la lista negra de los derrotados por el papá de Julia. Desde carajito anduve deseando ese momento, es decir, el de ser descubierto por algún instructor de boxeo pues esa disciplina había sido siempre mi pasión. Aníbal Reyes me preguntó dónde vivía. Para esa época vivía en el cerro. Se lo dije. Le señalé el lugar donde se escuchaban los ladridos de los perros y los plomazos de los malandros. Le pude explicar que en aquel ranchito estaba viviendo con media docena de astutos animalitos. “Eres muy bueno con los puños”, me dijo aquel viejo flaco que acomodaba las canas de su cabeza con un peinado almidonado parecido al que usó Elvis Presley. “¿Estás dispuesto a pelear en el ring?” Ya andaba con Betulio Parada de matachín por esos lares. Pero si había dinero por delante, estaba dispuesto a pelear en el lugar que me dijeran. Le contesté que sí y entonces me dijo: “Enviaré a alguien que te sacará pronto

de la pobreza”. Estaba por los veintitrés, muy joven todavía. Pero el día cuando aquel viejo pegador con peinado de rockero envió a alguien, ya no me encontraba en el ranchito. Me hallaba en la perrera porque *El Mono* le metió un tiro en el culo a una amiga de *La Frescachicha*.

Para entonces ya habíamos ahorcado a no menos de media docena y yo particularmente había pulverizado a varios maricones que se aventaban al barrio en busca de pitillos. Esos maricones de mierda casi siempre resultaban siendo hijitos de mamá, de un hijo de puta banquero o de un cabrón diputado a quienes les aplaudían todas las gracias. Me pasó, sin deseos de echármelas de grande, algo así como le pudo suceder a Mike Tyson cuando fue a caer en la jaula por algo parecido (según pude leer alguna vez en la revista *Guantes*).

¡Qué mierda! Según la revista, el cabrón estuvo en reformatorios desde que tuvo diez años. También él fue una persona vulnerable. Vulnerable a ser manipulado por un refistolero que tenía los pelos de la cabeza tan estirados como púas de puercoespín.

Aunque a veces no me gustaba decir esas cosas. Y no me gustaba decirlas porque mi vida estaba condenada a estar pareciéndose a la vida de los otros boxeadores, a la de Dempsey, a la de Pambelé, a la de Tyson. Y podría asegurar que mucho a la de *Kid Pambelé*, por ejemplo, no tanto por ser un pegador frío, calculador y con un remate fulminante, sino por haber sido en otro tiempo una cifra insignificante en el marketing de la puta vida.

Acabando de ganar las cuatro primeras peleas en la mirilla de la mafia, le rellené las tripas de plomo a uno de aquellos drogones que nunca dejaron de reproducirse. Caí nuevamente en el zoológico (así llamaba Cristóforo Lorenzo a la cana, aunque yo prefería decirle la perrera). Como uno nunca entiende lo que se traman esos tipos de la pandilla, me puse a pensar que *Doctor Peppers* lo había analizado mejor. Que ya no me necesitaba y que pasaría otra chorrera de tiempo en la chirola. No entendía lo que se tramaban conmigo. Ni siquiera imaginaba el pingüe negocio que los cabrones harían con mis costillas. Por eso, en menos del tiempo que se tarda en pelar una mandarina, apareció *El gusano* a lidiar otra vez mi libertad. Prometió que volvería muy pronto a sacarme de allí y cumplió con su palabra. Así que no estuve más que algunos días en la letrina.

Recuerdo el día cuando Ned me sacó por segunda vez de la perre-
ra. En la sala de espera de la policía estaban mi hermano, su mujer y el
viejo Carlos. Cuando me abrieron reja y salí, allí los pude encontrar
reunidos en una sala conversando animadamente como si se hallaran
en una celebración. Lucrecia platicaba sobre pastas y paellas. Teodul-
do y el viejo hablaban de literatura y de boxeo. Yo pensé que el viejo
me guardaría reconcomio por la muerte de su hija. Pero nada qué ver.
Apenas nos encontramos me abrazó y me dijo que ella merecía estar en
el lugar donde se encontraba. *Además fue sólo un accidente*, se justificó.
Por su parte, mi hermano dijo:

—Lo único que lamento es que ya no podrás escribir la novela que
te encomendamos.

Pero estaba equivocado. En menos de quince días había escrito a
chorros y creánme que a la metáfora ya estaba cansado de torcerle el
maldito pescuezo.

Luego de tal coincidencia, mi hermano y su mujer caían de visita
en el gimnasio. El viejo contó que en el pasado, antes de conocer a Cris-
tófano Lorenzo, aquel lugar se vio bien destartelado. Tuvo un ring tan
viejo que cualquiera podía llegar a suponer que fue recogido en el ba-
surero. Tenía máquinas de ejercicios de fabricación casera. Las pesas
eran de cemento y de piezas primitivas de automóviles. El saco estaba
re lleno de arena y aserrín. La tabla inclinada representó un tablón que
solicitaron en el aserradero. Nada más al compenetrarse con la familia
de *Doctor Peppers* llegó el progreso. Lo único que no habían cambia-
do en el gimnasio era la esponja de recibir golpes. Se llamaba Sandy y
casi siempre lo acompañaba su hermana que era meretriz. En animada
charla, el viejo contó a mi hermano que el sparring era un ex boxeador
alcohólico de los más mediocres que se puedan suponer y que quien
hacia la limpieza era una puta llamada Jeanne la cual ocasionalmente
trabajaba en un burdel.

El viejo Carlos era un entrenador de boxeo que en sus períodos
de púgil tuvo ciertos destellos de grandeza. Pero siguiendo la ley del
noventa y nueve por ciento de los pegadores, el tiempo lo regresó nue-
vamente hacia la miseria. Estuvo allí, metido en la letrina, hasta que
Doctor Peppers le tendió la mano.

En un tiempo llegó a boxear como profesional en programas que
incluían a grandes figuras del box y ganó buenos machacantes. Pero

como muchos, ese dinero se despilfarró en celebraciones, en tiraderos, en antojos caros de las putas.

Siguió en lo suyo, que era el box. Cuando comencé a entrenar con él, lo primero que me preguntó fue sobre mis creencias. “¿Tú crees en Dios y en los santos?” Le dije que creía mucho en Dios y que en los santos me costaba creer un poco. Pero le confesé que sí creía en el cielo. Creía en el cielo precisamente porque ya había tenido oportunidad de conocer el infierno. Entonces me dijo que debería creer en algunos venerables. “¿En cuáles de ellos?”, le pregunté. Y el viejo Carlos me dijo: “Debes creer en Joe Louis por sobre todas las cosas, en Mantequilla Nápoles, en Ray Sugar Robinson y en otros. Existen muchos virtuosos en esto del boxeo. Se debe alumbrar a Max Schmeling quien es un santo alemán. Pero también es necesario prender una velita a Jack Dempsey, a Luis Ángel Firpo, a Kid Gavilán, a Jack Johnson, a Rocky Marciano...” Y mencionó muchos más. El inventario fue largo. Una catajarra de boxeadores de quienes entonces no tenía ni la menor idea.

Pero a uno solo de esos santos le supe rendir mi devoción: a Joe Louis, *El bombardero negro*, a quien hice un nicho en algún lugar predilecto de la casa y a quien prendía velas y rezaba cuando debía vérmelas feas en el cuadrilátero.

La lista que mencionó el viejo Carlos era un chorizo. No parecía mentira que sus santos fueran boxeadores. Eso lo constaté la primera vez que fui a su casa. Pero tampoco era mentira que fueran milagrosos. Comprobé lo segundo a medida que fui entrenando bajo su protección y bajo los augurios maniáticos de Julia. Aquel lugar destartalado era un santuario oloroso a mirra e incienso, a sudor de cuadrilátero, a coraje de vencidos y triunfadores, a esperma y especias. Pero también era un santuario con fragancia a matadero, con humedad de sangre de degollado, con costras de vencidos y de vencedores. Las velas alumbraban los afiches de quienes había nombrado. El viejo solía rezar a todos estos luchadores muertos con la fe de que podían hacerlo ante la Virgen. Todos los lunes, pues era día de las ánimas, los alumbraba y les oraba con fervor. Su hija, quien a la larga se convertiría en tormento antagónico a los que ya reservaba la mafia, cuidaba de que en ese santuario no escasearan los recursos para la adoración.

Era de tal forma. Los cabrones mártires que no ocupaban sillones en el congreso celestial, allí sí los reservaban. En el interior de aquel

templo con ínfulas de gimnasio permanecían a la expectativa, con los puños levantados a punto de golpear, y parecían mejores que aquellos que ocupaban escaños en las iglesias con sus caras melancólicas y sus estampas llorosas de derrotas. Se trataba de santos valientes que vendieron caras sus derrotas. Pero de todos ellos en quien más creí fue en Joe Louis, sin duda, mi cabroncito santo.

En forma general eran altivos, fieros, optimistas. Pero incliné mi balanza hacia *El bombardero negro*. Me quedé creyendo con más convicción en Louis porque al invocarlo sentía que se movían con más rapidez mis piernas, mis brazos y mis rígidos puños. Me crecían con ganas los cojones. Gracias a él pude lograr triunfar en las peleas más difíciles. A lo largo de esa etapa de mi perra vida supe que *El bombardero negro* (nombre con el cual terminé bautizando a mi gato inglés), era el más milagroso de todos y de esa forma se convirtió en el bienaventurado pegador de mi más firme devoción. A pesar de que el viejo Carlos no dejaba en el abandono a los demás púgiles ya pasados a la historia, también se inclinaba por esta gloria. Su casa, que al principio fue un gimnasio de poca monta y de mucha ruina, y que logró mejorar gracias a los favores de la mafia, era la capilla del box. Trabajando bajo su tutela llegaron los momentos más estelares de mi vida. Si es que mi puta vidorra pudo realmente tener momentos estelares.

Pero también, del mismo modo, bajo su cabrona ala me sorprendieron los tiempos más desgraciados.

Después, como creí haber advertido, *El gus* me encontró trabajo con otro sujeto del Cártel a quien llamaban El Greco. Me recomendó diciéndole de todo lo que yo era capaz. Y de veras que era capaz de muchas cosas. Reventar dientes, ganar o perder peleas para la mafia, llenarle la panza de plomo a cualquier cabrón.

Comencé a chambear como portero de discoteca demostrando mi destreza como duro. El australopiteco me comentó hasta la infamia de que *Doctor Peppers* me tenía destinado a ser campeón mundial de boxeo en peso welter. Me tenía engrosando. Papeando bien para subir de peso. En un principio, ni yo mismo me lo creí. Luego fueron aumentando mis probabilidades. Tanto las de ser campeón del mundo en peso welter como las de morir como un perro en el intento.

Pero eso muy poco le interesaba a El Greco. Necesitaba más de los servicios de un despanzurrador de pendejos y de un matón que no le

temblara el pulso a la hora de una necesidad. Además de transportar la droga a medio mundo, el cabrón guardaba sus méritos en eso del lavado de dinero.

La puerta de la discoteca a la medianoche, cuando ya todo el mundo andaba ajumado y con los jocosos llenos de perico, era un infierno. Así que por obvias razones, como el mismo demonio lo solicitó, El Greco necesitaba un cancerbero, un inescrupuloso matasiete que pudiera controlar a fuerza de carajazos a los perdonavidas que llegaban a tragar monte y a mover el esqueleto.

Trabajé para el cabrón, y con mucho gusto, como portero de noche en la discoteca La Jirafa, bien llamada por los usuarios y por los detractores “el templo de la perdición”, nombre que le venía de perlas pues hasta allí se aventaban putas y malnacidos que ya se encontraban dilapidados. Ese centro de relajos quedaba cerca de un grupo de supermercados y restaurantes chinos, frente a unos tarantines donde abundaban los perros, los maricones, las putas, la venta de bazofia y los montones de basura. Laborando allí aumentaron las muescas en la cache de mi jierro. Bastaba contar las putas cortaduras en la empuñadura de nácar de mi *Smith & Wesson*.

Pero a veces me embargaba la nostalgia. Tanto luchar para un carajo. De todas formas terminé pegado como sietecueros y no sobre la lona de un cuadrilátero, sino sobre el suelo pelado de un meadero de burdel.

Decía yo. Por suerte, en la segunda reclusión, sólo me escarmenaron por la muerte de Julia, la hija de mi entrenador, la cabra loca que cinceló mi vida de cuadritos. Cristófano Lorenzo me defendió en los tribunales. Sostuvo la tesis de muerte accidental y en complicidad con la doctora Diego, la juez, me sacaron pronto de la perrera. Argumentó que no podía ser de otra manera. El puto balazo en el culo de Julia Fuentes no pudo ser el producto de un aborrecimiento sino de una casualidad. Porque a la gente que se mataba por tirria se le pegaba en las tripas. Mantuvo en su defensa que un tiro en el culo borraba toda sospecha de premeditación y alevosía. Todos estuvieron de acuerdo en el tribunal y yo duré menos tiempo tras las rejas que un pedo entre las cuerdas de un chinchorro.

En realidad, un revólver no se podía disparar sin que lo accionaran a menos que la mano del diablo se propusiera a jalar el gatillo. Leyendo

un periódico atrasado que se coló durante aquella reclusión, llegando de mano en mano hasta las mías, pude enterarme de lo que aconteció a un cabrón a quien seguramente, y del mismo modo que a mi persona, condenaron por homicidio culposo. Se trataba de un caballero que estuvo toda la noche jugando a la baraja con su mejor amigo y cuando se le acabó la plata le apostó lo único que le quedaba, una escopeta *Winchester*, la cual colocó sobre la mesa donde realizaban las apuestas. Echaron barajas y volvió a perder. De la caligueva que eso le produjo, le dio un vergajazo a la mesa. Saltó el cenicero, saltó el cigarro, saltó la baraja, saltó el dinero y de la escopeta saltó el disparo. Ese fue el fin del hecho y el inicio de su reprensión.

Nuestro caso no fue distinto. Aunque no jugábamos a la baraja, algo más o menos parecido se suscitó entre mi mujer y yo en la mala hora cuando escupió el tiro el revólver. En ese momento compartíamos el desayuno. Me hacía el *willi* (algo así como el pendejo), como si me importara un huevo pelado el que ella hubiera acabado con mis animalitos.

Yo leía el periódico. Principalmente me concentraba en la página deportiva, pues un acontecimiento boxístico entre Mike Tyson y un paquete dublinés estaba a punto de escenificarse. Al tanto que leía todos los detalles de la pelea en puerta, ella, en medio de su celotipia paranoica, se dedicaba a fregarme con odio todo el amor que llegué a sentir hacia mis animalitos ya difuntos. A medida que leía no podía olvidar los crímenes que la perra cometió contra los míos. Sabía que no podía escapar de la justicia si asesinaba a mi mujer, pero después de lo que hizo me sentía obligado a tomar venganza. Julia Fuentes merecía acabar con los plomos en su maldita panza. Hacía poco tiempo que su malevolencia había despachado a mis mascotas de este mundo.

En ese momento, como dije, estaba repasando la página deportiva. Bien podía recordar lo que ojeaba esa mañana cuando Julia murió a causa del plumazo en el culo. Mike Tyson y un irlandés de nombre Louis McBride pelearían a la medianoche en el MCI Center de Washington y diecisiete mil localidades ya habían sido vendidas. Millones de aficionados se quedaron con los crespos hechos, sin acceso a un puesto alrededor del cuadrilátero, y pagaron la bicoca de cuarenta y cinco mil dólares para seguir la escaramuza, en vivo, desde un televisor gigantesco. También me insultaba a causa de su misma enfermedad

mental por un supuesto pasado amoroso y muy reciente que en realidad existió. En esa crisis de celos sacaba a flote a la rata hermana de mi sparring. Jeanne era una mulata monumental que escapó conmigo en una de las pesadillas paralelas que tuve al finalizar el accidentado entrenamiento con Sandy. Trabajaba en burdeles dos días a la semana y el resto se encargaba del aseo del pequeño domo. Julia, en esa pesadilla, víctima de su propia paranoia, denunciaba mi desaparición y buscaba mis huesos como si hubiese sido un asesinado en fragmentos. Pero eso también tendría tiempo de contarlo.

Recuerdo que Jeanne me acosaba, pero yo, fiel a los postulados del loco amor que la otra me ofrendaba, trataba de escapar. Ella quería que la singara, pero trataba de evitarla por todos los medios. Me decía cosas. Me invitaba al burdel. Yo le decía que Julia nos podía sorprender. Entonces ella me dijo: “No es por Julia. Lo que pasa es que eres maricón”.

Y eso que dijo me llenó de coraje. Desde la noche cuando *El Mono* mató a la puta que era amiga de *La Frescachicha* no había vuelto a entrar a una mierda parecida. Los burdeles eran lugares asquerosos donde corría el semen colectivo, donde el ambiente olía a espermatozoides putrefactos y donde los pachulíes que se respiraban parecían peores que el monóxido de carbono que uno tragaba en las correderas urbanas.

Me sentía picado por lo que me dijo. Una noche fui hasta uno de los burdeles donde ella trabajaba en compañía de *El rayo Zambrano* y *José El chubisco*. La busqué y me la cogí. Ni siquiera me cobró la tarifa mínima. No me exigió un solo centavo. La perra tenía muy bonito el nido del pájaro. Le habían forjado un tatuaje en la frente. No sé quién carajo le dibujó una tarántula encima del mero hueco. Me sacó el piri-picho y se sorprendió por el tamaño. Aquella vez fue feliz con el poco chorizo que le ofrecí. Le demostré ser machote en el ring y en la cama. Pero desde la cabrona noche mi pájaro no quiso saber más de aquel nido resguardado por la araña. Así que los celos de Julia no se justificaban.

Al tanto que escribía este panfleto con ínfulas de novela, recordaba los últimos instantes que compartí con mi mujer antes de que el tiro le entrara por el culo. En el santiamén del último desayuno que nos llevamos, masticaba un sándwich de jamón con queso untado con chile, pues así era y seguirá siendo mi puta costumbre, y ante la imposibilidad de gritar mi desespero por sus crímenes o ante mi impotencia de soltar

mis habituales maldiciones para defenderme de sus impropiedades y de sus juicios malsanos, solté a la mesa el seco puñetazo.

Julia estaba en esos momentos de espaldas, inclinada su cabeza sobre el piso, mientras recogía la bolsa de jamón que había soltado. Así que su culo se hallaba en la exacta derecha del cañon de mi revólver.

Mi puño, que era grande y pesado como un yunque, cayó sobre la mesa. Los sándwiches saltaron, las tazas de café saltaron, el chile saltó, las servilletas saltaron y el *Smith & Wesson* soltó el disparo. El mismo diablo que habitaba nuestro infierno debió jalar el gatillo pues, que recuerde, yo no lo hice. Por mala leche, el culo de Julia estuvo allí, en la horizontalidad de la boca de fuego, cuando mi viejo y añorado revólver desenganchó el escupitajo. De quejarse, no puedo decir que lo hizo en forma inmoderada. Fue un disparo para gente que merecía morir con mucho sufrimiento.

El balazo fue perfecto: en el mero hueco de su cagadero, como nunca llegó a pegarlo a la clientela que la mafia no deseaba ver sufrir. Apenas arrugó mostrando un leve ademán estupefacto. Pero la muerte no le dio tiempo para nada. Los ojos se le tornaron vidriosos, su cuerpo fue poseído por breves convulsiones y la vida se le fue en un pedo más pronto de lo que pude suponer. Cuando Julia soltó su último suspiro, los delirios de un poeta maricón se desataron en mí como un bálsamo que aliviaba los aporreo de mi alma. Más tarde, las delicias de la condenación serían profundas. Un crimen, de prisa, para que la ley me hiciera caer en la letrina.

Quinto asalto Portero de noche

“La ventura es paño que poco dura”. Así también dijo alguna vez mi cabroncito padre. Lo que mal empezaba, mal acababa.

Mi amor por Julia comenzó con un mordisco y terminó con un plomazo.

No convivimos durante mucho tiempo. Un año nada más o algo así. Sólo el lapso suficiente para enloquecer y asesinarla. Julia era una mujer lánguida, estéril, hipocondríaca, paranoica y anoréxica; yo era un sicario apasionado por el boxeo y manipulado por la mafia y me gustaba andar despaturrando gente por ahí. Ella tenía un carácter insoportable. Yo únicamente deseaba conseguir dinero al precio que fuera necesario. De portero en una discoteca, aplastando pendejos en el ring o despachando sin remordimiento alguno, por intermedio del enano siniestro, a los enemigos de la colusión.

Era una mujer tan peligrosa como la mafia. Le pegaban ataques de neuralgias. Eso de que le pegaran ataques, para mí hubiera carecido de importancia. Pero lo que venía después de la neuralgia ponía los pelos de punta. A causa de sus crisis celotípicas, muchas veces la descubrí con el mecate en el pescuezo. Luché contra la muerte para poder salvarla.

En otras ocasiones (luego de sus indeseables ataques), la vi tragar frascos completos de pastillas. La encontré babeando sus vísceras. A la otra vuelta tragó el contenido de una papeleta de *Campeón*, una sustancia matarratas que no sé por cuál motivo no pudo matarla. O quizás sí.

Recuerdo la ocasión cuando el veneno se le metió en las tripas. Su panza bailoteaba, se estiraba y se encogía como balón defectuoso y mal inflado. Muriéndose maldecía a la puta bruja que la había parido. No encontraba qué hacer con aquella Julia moribunda. Lo único que se me ocurrió fue llamar al viejo Carlos. De lo más tranquilo me dijo: “Si ella quiso envenenarse que se muera. Es su decisión. Pero si quieres intentar salvarla, entonces métele un frasco de agua oxigenada”. Por casualidad estaba un frasco de agua oxigenada que ella utilizaba a la hora de arreglarse las uñas y los pelos. Se lo hice tragar. Le llegaron convulsiones. Vomitó todo su veneno y le salvé la vida, aquella primera vez, como se puede salvar la vida de una perra.

Así que gracias a la idea del viejo y a mi estúpida intervención, logré salvarla en el último campanazo.

En la segunda ocasión, obstinado de sus incurables manipulaciones, la llevé a complacerle otro de sus antojos. Quería comer pollo a la broaster. Fuimos a la pollera y en un descuido, adentro de su refresco, vacié un par de papeletas de veneno. Comimos pollo, tomamos las gaseosas y regresamos a casa. Una hora después vi que metía su cabeza en la poceta. Se quejaba terriblemente de un dolor de estómago y vomitaba. Al menos sesenta minutos estuvo tirando su bilis. Luego de vomitar se tragó medio litro de agua y se fue tranquilamente a la cama. Al día siguiente amaneció con un hambre atroz. Por eso pienso que los venenos hoy día no son tan efectivos como lo fueron en el pasado. Hubiese deseado conocer la fórmula de la cicuta. “Quiero comer pollo a la broaster otra vez”, me dijo en la tarde.

Pero lo peor no fue el que atentara contra su vida (ni el que yo intentara asesinarla), sino que ella atentara contra la mía. Luego de alguno de sus ataques de locura, por un pelo de cochino, casi machacó mi cabeza con una inmensa llave de apretar tubos subterráneos. En otra ocasión, por causa de lo mismo, me atacó a puñaladas. Alguna vez me disparó con mi propio jierro. En las últimas peleas, las más peligrosas que tuve, no dejó de apostar contra mí. Dormía con mi enemiga.

Me maldecía a cada instante. Metía el revólver debajo de mi almohada. Apenas un año y algo más y ya no la soportaba.

Pero al principio de nuestro romance, todo fue diferente. Todo muy bonito. Todo funcionó suavemente, como una melodía, casi a la perfección.

Apenas arrejuntados, el jefe supremo me envió saluciones por éxitos en beneficio de la empresa y un cheque suficientemente alto para obtener una casita. ¡Cómo no agradecer! Compramos nuestra casa. Ella se independizó del viejo y yo me mudé de la casa de mi hermano. Los primeros días me pareció vivir en un paraíso. Después la vivienda se convirtió en otro anexo del infierno.

Julia estaba loca de atar. Empeoraba a cada momento. Los primeros cinco meses fueron felices. Pero en adelante las cosas empeoraron. Crecía su hipocondría y sus trastornos mentales. Cada vez consumía más pastillas y menos alimentos, cada día vomitaba con más frecuencia. Su peso debería ser menos de minimosca.

Ella vivía perennes trastornos emocionales, el insomnio la torturaba, la ansiedad la corroía, la depresión la apuñalaba, los dolores de cabeza la atormentaban, las perturbaciones de su sistema digestivo, la inestabilidad de su sistema nervioso, quizás una enfermedad hepática, cierta avería de riñón o un agazapado mal de seno. Eso pensaba yo. Una mujer no podía ser tan desquiciada si la máquina del cuerpo le funcionaba bien.

Era neurasténica. Cuando la histeria subía de tono intentaba convertirme en su víctima. Entonces Julia se transformaba en algo bestial. Me castigaba con silencios o con gritos. En ella se acumulaban todos los males del universo. Eso la llevaba al consumo compulsivo de medicamentos, opiáceos, diuréticos, betabloqueantes. La casita no tenía cajas de Cruz Roja. Guardaba estantes completos de fármacos. Nuestras vidas parecían sostenerse sobre chorros de lava ardiente que caían en el infierno. Mi mujer gritaba maldiciones a los cuatro vientos, se quejaba de su insuficiencia cardíaca y debido a una gran variedad de causas su sistema nervioso desembocaba en una anorexia subyacente. Últimamente sólo lograba tranquilizarse cuando se ensañaba contra mí y contra mis animalitos, cuando enumeraba los males de los cuales virtualmente deberían morir ellos y morir yo: balazos, golpes, puñaladas, asfixias, arrollamientos, ahorcamientos, envenenamientos,

aplastamientos y otros finales de tragedia. Todos los días pedía para que me mataran. Víctima de su demencia, tejía tramas imaginarias de horror, situaciones apócrifas muy cercanas a la realidad, donde sobresalía el momento de mi asesinato y el degollamiento de mis mascotas.

Por cualquier motivo, no solamente por mi inclinación hacia los animales —*Dempsey, Muhammad Alí, Mickey, Mano de piedra, El bombardero negro*—, me insultaba a diario. A veces me aludía de fracasado. Cuando empeoraban sus crisis se negaba a dormir junto a mí y menos a aceptar la más leve ternura. Su cerebro se ahogaba entre anfetaminas y estados patológicos. Sin duda, necesitaba un psiquiatra. Pero argumentaba que quien necesitaba un psiquiatra era yo. Lo bueno de todo era que guardaba nuestros secretos criminales. Aunque me acompañó a matar algún pendejo por ahí, de su boca no se escuchó la más breve reseña sobre el particular.

Alguna vez cuando estuve de visita en casa de Teoduldo y de Lucrecia, comenté lo mucho que sufría a causa de sus depresiones. Me dijeron que requería ser chequeada por el psicoanálisis. Pero probablemente ambos necesitábamos de eso. De un tipo a quien mi hermano nombraba como Freud. ¡Qué carajo sabía yo dónde poder encontrar al cabrón!

Pero también mencionaban a otros loqueros a quienes tuve interés por apuntar, unos tales Jung y Adler, de quienes hicieron muy buenos comentarios. Según ellos, fueron lumbreras que estuvieron pendientes del comportamiento de generaciones enteras. ¿Por qué no? Julia hubiera sido el paciente ideal para que estas putas celebridades realizaran sus estudios. A medida que se acentuaba nuestra convivencia, podía notar cómo se extendían sus ramificaciones, cómo metamorfoseaba, cómo cambiaba su personalidad en la búsqueda del sufrimiento. Al ritmo que pasaba el tiempo podía observar la permutación de su cuerpo, el cambio de su postura, el canje de su modo de andar, el trapicheo de sus nervios, el regateo de su cerebro, quizás la mudanza de sus células. No encontraba ningún tipo de ayuda para sobrellevar esos momentos difíciles. Tenía que estar pendiente de mis asuntos. Nuestros días se suscitaban sin esperanza alguna. Del otro lado veía la luz. Pero entre la luz y nosotros se extendía el abismo. Y más allá de ese abismo debería encontrarse el cielo donde moraba *Doctor Peppers*.

Imposible resultaba llegar sano y salvo hasta el lado opuesto. Eran muchos puñetazos y balazos que estaban de por medio. Nos parecían negados todos los caminos, excepto aquel que conducía hacia la depresión nerviosa, hacia la actitud desesperada, inclusive hacia los olores fétidos y hacia el mal.

Al principio llegué a amarla, pero luego de seis meses de vida en común aquel amor se convirtió en odio incontrolable. Me figuraba que alguna de sus enfermedades terminaría con su vida y con la mía. Sus pies hinchados, por ejemplo, o su arritmia cardiaca. Julia no hubiese necesitado un plomo en el culo para morir. Respiraba hondo en un ficticio estado de viudez. Pero no veía concretarse el desenlace fatal. Otras veces la conjeturaba inmortal, indestructible, victoriosa sobre mi cadáver como el cazador que pisotea al león muerto.

¿Qué tal? Viéndolo bien, escribiendo de la cabrona forma como lo estaba haciendo, nada difícil me resultaba terminar siendo chupatin-tas. Lo único que molestaba era el par de nalgas. ¡Tanto tiempo sentado, enhebrando la encargada historia, y el cabrón de mi hermano y su mujer no aparecían por lado alguno!

No me quedaba más remedio que seguir consumiendo cuartilla tras cuartilla. Hablar sobre mi mujer y sobre el combo de camorrones que dirigía *Doctor Peppers*. ¿Qué más se me podía ocurrir?

Julia era una neuralgia viviente y un rencor atípico, incomparable.

Yo conocía de las tres mil y una ocasiones cuando metía la cabeza en la poceta con el propósito de vomitar lo que había jartado. Estaba al tanto de todas las porquerías de su maldita enfermedad. Pero ella sabía más de mí que yo de ella y decía que mi afición por noquear pendejos y matar a los cabrones que me encargaba el capo era una enfermedad más peligrosa que la suya. Que era una manía no apta para enfrentar el manicomio sino la silla eléctrica. Estaba enterada de buena tinta del número de muescas que rayaba yo en el nácar de mi antiguo *Smith & Wesson*. Bastaba haber asistido a una función de cine donde exhibían algún film de *western espagueti*, para conocer las rarezas de los pistoleros que solían hacer incisiones en las cachas de sus revólveres y de esa manera señalar con orgullo el número de individuos que habían pasado por la fritanga. Podía ser yo uno de esos asesinos. De hecho, lo era. Había matado más gente que Clint Eastwood y Lee Van Cleft juntos en las ficciones fílmicas de Leone. Incluso, podía afirmar que los

soldados matones que aparecían en los films de Tarantino se quedaban cortos.

Cada vez que regresaba de aquel antro donde laboraba como portero de noche me sucedían cosas temibles. Casi siempre al filo de la madrugada o al comienzo del amanecer. En los alrededores del “templo de la perdición”, que así también llamaba la gente al lugar de depravación donde yo laboraba como abrelatas, (un sitio que de verdad estaba anotado en el registro subalterno con el nombre de La jirafa), ocurría que se movían muchísimos monstruos de dos o de cuatro patas. Me sentía inclinado hacia los perros, mis arcángeles predilectos, quienes no hacían otra cosa que husmear entre los estercoleros; principalmente cuando en la zona se retrasaba el servicio de aseo domiciliario y el olor de las montañas de basura se percibía a kilómetros.

Veía cómo destilaba el agua podrida donde hervían las larvas que sufrirían metamorfosis. Las moscas eran abundantes en tales basureros. Hasta la puerta que resguardaba como un guardia pretoriano llegaban las fragancias de mariscos, pellejos de pollos, faldas de res o trompas de cochinos. Los perros escudriñaban en la madrugada metiendo las narices entre los cerros de inmundicia que arrojaban los comerciantes chinos de la zona. La mugre de los abastos madeirenses y todas las sobras de las arepas, huesos de pollos, cortes sobrantes de parrillas, tripas o cualquier tipo de bazofia de los puestos de hamburguesas. Esa mierda se complementaba con el mal servicio de aseo urbano que ofrecía la alcaldía del municipio.

Los perros no eran agresivos. Comer no significaba un reto pues sobraba el bodrio y se encontraba por montañas. Por el sexo sí, pero incluso pululaban tantas perras que la violencia se tornaba llevadera. Si acaso se daban cuatro mordiscos. No molestaban a nadie esos animalitos de la calle, excepto cuando algún cabrón caminaba a la deriva sin mirar al suelo y de pronto, entre la semipenumbra, colocaba las suelas de sus zapatos a una plasta.

Alguna madrugada esto fue precisamente lo que aconteció. Pude ver cómo un coño de madre mataba un perro por haberse ensuciado los zapatos. El hombre ni siquiera estuvo zampado en la farra del “templo de la perdición”. Andaba vestido de negro y se confundía con las sombras. Apareció en el arrabal de manera expedita, como un fantasma. Se movía entre las tinieblas de una de las tantas callejuelas que empujaban

hacia La jirafa. De pronto se detuvo. Soltó una maldición. Levantó la bota izquierda y comprobó que los cueros estaban llenos de mierda. El individuo en cuestión dio rienda suelta a todos sus instintos salvajes. Soltó tres putadas sin notar mi presencia en la sombra. Se acercó al primer perro que husmeaba en la basura y logró ahorcarlo. Llevaba una cuerda de nylon. Recuerdo que para esos días, la prensa amarillista estuvo reseñando las andanzas de un criminal en serie que se dedicaba al asesinato de prostitutas. La policía, como siempre, no podía dar con el homicida. Cinco mujeres dedicadas al comercio sexual habían aparecido asesinadas en distintas zonas de la ciudad en un lapso de tres meses.

El hombre disfrutó rebanándole el pescuezo a aquel animal. Entonces fue el momento preciso cuando salí a cobrar la afrenta, como salen los matones de película, *Smit & Wesson* en mano con el propósito de lapidar al matachín. Por supuesto, no fue un encargo de la mafia. En la mañana, la policía recogió a un perro y a un hombre muertos. No hubo escándalo alguno a causa de otro cadáver tirado por las calles. Nadie pudo dar con la cuerda de nylon. Hombre y perro significaban lo mismo. Eran parte de la bazofia cotidiana que se almacenaba en los alrededores de aquel suburbio. Una cifra más de la infinita cuenta de cangrejos almacenados en el frigorífico de los cuerpos policiales. Los diarios notificaron lo que nunca dejaban de notificar en estos casos. Ajuste de cuentas. Pero estaban equivocados. Además de vengar la muerte de un perro, también vengué la muerte de cinco prostitutas. No cabía duda: aquel tipo que maté era el asesino de la cuerda de nylon, pues los casos de ahorcamientos a meretrices dejaron de reportarse desde entonces.

Quizás me estaba alejando un poco del tema de mi mujer y del mío propio, de su muerte que fue el motivo por el cual caí nuevamente en la perrera y del tanto tiempo que sufrí a causa de su chifladura. Pero, como decía *Cocodrilo*, de todo tiene la vaca. Por tal razón pasé a comentar lo odioso que resultaban los perros de un par de patas, especialmente cuando se trataba de los mismos que llegaban a contonearse en el infierno particular de aquel capullo, tinieblas por demás donde yo actuaba como cancerbero. A muchos de ellos les quebré la puta vida cuando me destacaba como abrelatas de la discoteca.

A una hora determinada, los danzantes, drogados o borrachos, comenzaban a salir del “templo de la perdición” y yo veía llegada la hora del amanecer, el momento exacto cuando retornaba a casa sin saber qué suerte me aguardaba; la mullida cama que me acogería o la sarta de insultos que Julia Fuentes me propugnaría hasta que mi sufrimiento lograra sosegarla.

Trabajando como cancerbero en las puertas de ese infierno a muchos les pude partir las putas madres. Pero no menos de una de esas escaramuzas tuvo cola. Alguna madrugada terminó a tiros la fiesta. Eran gajes de mi oficio. Sobre todo cuando aparecían por allí camorberos de otras familias que querían acabar con el suertudo de El Greco. El Greco era un capullo encargado de un negocio de *Doctor Peppers*, la discoteca La jirafa, mejor conocida como el “templo de la perdición”. Ese tipo movía mucho billete y era de gran confianza para el jefe. Parecía ser que mató a un viejazo para obtener ese poder.

Pero volvamos al box. Quizás eso de estar metido en un ensogado, recibiendo y repartiendo leña a cada rato, satisfacía mi jodida personalidad. Disfrutaba partiendo a puñetazos la avalancha de jocos que se me presentaban. La sangre me causaba goce y estupor. Ella era la verdadera droga del boxeador. Ese maldito menjurje que corría por las venas, en lugar de causarme daño me enaltecía. ¡Qué bien podía sentirme en aquellas noches estelares cuando convertía en guiñapo los rostros de mis contrincantes! y qué alegría tan indescriptible me invadía cuando mi propia facha era torturada. Entonces volvía el martirio que nos imponía *Cocodrilo*, Pavarotti con su do de pecho o los tres tenores bajo los arreglos de Lalo Schifrin. Golpeaba hasta esperar la cuenta del réferi. Al tanto que mis contrincantes quedaban aplastados contra la lona podía escuchar los números coreados que parecían himnos. ¡Uno... dos... tres... cuatro...! Eran millones de criaturas encantadoras que gritaban rodeando el cuadrilátero, un suave concierto espiritual, la fuerza y la paz, las nobles ambiciones, ¡coño, qué sabía yo!

Sexto asalto

La suerte es como la mosca

El viejo vestía con galanura. No tanto con la elegancia que pudo mostrar el gran Don King en apoteósicas peleas del siglo XX, pero ahora conservaba un par de nuevas gabardinas que solía utilizar en los momentos brillantes del espectáculo, un sombrero gris de los años cuarenta, unos zapatos de charol y un *Citizen* que apretaba a su muñeca izquierda. Se vestía así en mis combates. ¡Carajo, qué elegante se veía!

Por mi parte, desde que caí en manos de la mafia, mi vida pareció dar un giro positivo. Tiempo hacía que Julia ya no dormía en un cuartucho del mismo gimnasio, ni yo en la hamaca donde mi hermano guardaba el montón de libros para la venta. Estábamos arrejuntados y teníamos techo propio. Además, podíamos comprar ropa de buena marca que se vendía en las tiendas del jefe, alguna de ellas falsificadas de grandes firmas, las cuales podíamos obtener por benevolencia del capo a precios regalados.

Había comprado casa de platabanda en una urbanización y todo gracias a la generosidad del enano siniestro, quien siempre le habló bien de mi persona al *Doctor Peppers*. De igual modo, obtuve una moto nueva, pues siempre me gustaron esas máquinas, e inclusive las prefería

antes que cualquier carro. Pero lo que más me gustaba era compartir mis momentos de ocio con una comparsa de animalitos, cinco en total, que me entretenían cuando el tedio entraba por la puerta. Los amaba y les dedicaba mucho tiempo libre. Pensaba que era mejor así en lugar de andar como los otros cabrones, entre taguaras, putas y burdeles. Era un hombre dedicado a mis tareas.

¡Qué madres tareas, por cierto!

En ese momento alguien se estaría preguntando en qué terminó el asunto con Claudia de Lorenzo. Que era lógico que la mafia me hubiera mandado a la mierda apenas fallara en la prueba inicial. ¿Recordaría alguien el encargo que me hizo el australopiteco porque su mujer le montaba los cuernos con una lesbiana? Me refiero a la primera labor que me encomendaron. Sí. A la faena de reventarle la madre con un plomazo de kalashnikov. Los lectores no serían tontos. Muchos se estarían preguntando: ¿Cómo fue que el cabrón quedó trabajándole a la mafia si falló en la primera prueba que le hicieron? No entenderían ni les faltaría razón pues el asunto no estaba bien claro.

Eso era lo que quería explicar antes de que se me olvidara y pasara a otros asuntos. Como todos deberían saber, mi prueba de fuego para formar parte de la familia del *Doctor Peppers* consistía en reventarle la madre a Claudia de Lorenzo.

Pero, por mala suerte, en lugar de soplarme a Claudia me tiré al escabeche a la peluquera. Y aquello, según tenía sentenciado, me sabría a madres. Luego de fallar, le dije a *El rayo* Zambrano, quien me supervisaba en la prueba, que podríamos vernos al día siguiente para rendirle cuentas al jefe. Si el cabrón me decía que sí, de inmediato me iría lejos huyendo de los mafiosos. Pero *El rayo* no parecía haber nacido por la tapa de la barriga. Es decir, como los del Federal, no tenía un pelo de tonto. Sacó la pistola y con ella en la mano me dijo que no. Nelson Ned le había dado las instrucciones de siempre. De ser positiva la prueba, que me llevara a celebrar en los burdeles. De ser negativa, que me presentara a su oficina.

—El doctor Lorenzo te espera, cabrón.

Así me dijo. Y quizás también la muerte, pensé.

Me apuntó con la pistola nueve milímetros y me sacó el jierro. Ese jierro que ellos llamaban el huevito.

—Es por tu bien, pendejo —me dijo—. Además, todo en la vida tiene solución.

Yo imaginaba cuál podía ser la solución: tres o cuatro plomazos en la panza. Al día siguiente un perro sentiría mi olor y las autoridades determinarían que se trataba de un ajuste de cuentas. Era la historia de todos los que morían reventados. La que se repetía. La que no tenía fin. La historia del gallo capón.

Hubiera podido machacarlo en el asiento. Fácilmente. Mis manos eran rápidas como centellas. Nada más con desviar el cañón y metérselo en el jocico hubiera arreglado la situación. Pero un sentido innato de responsabilidad me arrastraba hacia la fatalidad. Así que decidí enfrentar la decisión del capo.

Entré a la oficina del enano siniestro apuntado por *El rayo* Zambrano.

En ese momento, con el tabaco en la boca, Cristóforo Lorenzo se estaba sirviendo un trago a la roca. Chupaba como una esponja y echaba humo como una chimenea.

No era necesario que su esbirro ofreciera explicaciones. De haber matado a Claudia no me hubiera llevado hacia la agencia sino hacia los burdeles.

Me quedé mirando al australopiteco pensando que en cualquier momento me escupiría tres putadas por inepto. Apenas con un gesto, *El rayo* me enviaría hacia el otro mundo.

—¿Mató a Claudia?

—No —contestó el gorila. Mató a la peluquera.

El gus no mostró sorpresa alguna. Se dio todo el postín que le salió del forro de las bolas. Botó el tabaco que ya se le acababa, abrió la cajita de madera, tomó un nuevo habano del montón y cortó sus extremos con un raro utensilio. Luego se lo metió en la jeta. Tomó el yesquero en forma de dragón y encendió el cigarro. Aquella luz azul parecía gas neón. Aspiró y botó el humo de inmediato. ¿Alguien desearía tener alguna idea? Parecía un chimpancé con una rama seca en el canasto.

Como un condenado esperé la orden para mi asesinato. Lo seguí viendo un momento. *El gusano* tenía un puro encendido y una sonrisa malvada entre los dientes. Seguramente estaba pensando.

Sabía que en aquella deformada cabeza sólo se amasaban pensamientos siniestros. No era necesario sacar tantas conclusiones acerca de mi

futuro inmediato. Lo más probable sería una bala perforándome las tripas. Por pendejo, pensé. Hubiera sido preferible esperar un poco más de tiempo y salir de la perrera por mis propios medios. La mafia no perdonaba ni aceptaba los errores.

—Para entrar en la familia debes demostrar que eres muy malo —dijo el capo. Cuantos más hayas matado, *Doctor Peppers* te querrá más.

No sé si el cabrón fumó un par de minutos. Tomó un trago y miró con sarcasmo al esbirro.

—Guarda la pistola, *rayo*. Parece ser que este pendejo nació lechudo.

—Pero, patrón.

—¡Obedece, cabrón! ¡Guarda la pistola!

El rayo Zambrano obedeció. El australopiteco se zampó de un solo envión lo que restaba de güisqui. Los hielos sonaron como pedazos rotos de cristal.

—¡El gran Betulio! Naciste enmantillado. ¡Qué suerte has tenido, hermano! —exclamó *El Teletubi*.

Y de inmediato soltó la puta carcajada. *El rayo* le hizo coro nada más que por jalar.

¿Se había vuelto loco el maldito enano? ¿Estaba borracho o drogado el hijo de perra? ¿Se trataba de una burla para matarme de todas maneras? Marcó el frenazo al parar la carcajada.

—¿Y su revólver?

—Lo tengo en mi bolsillo, jefe —dijo *El rayo* Zambrano.

—¿Por qué no se lo devuelves? Anda, muchacho. Hazme caso.

—Pero, patrón.

—¿Qué estás esperando, cabrón? Devuélvele su jierro.

El secuaz obedeció. Ya tenía el *Smit & Wesson* entre mis manos cuando le volvió la chifladura. Soltó otra vez el carcajeo. Pero esa vez *El rayo* no le hizo coro. Se metió las manos a los bolsillos y me miró de manera infausta.

¡Putra madre! Casi le caí a pepazos al par de cabrones. Entonces Ned repitió algo que jamás olvidaría:

—La suerte es como la mosca, cabrón. Se para en cualquier mierda.

Y de inmediato me dijo:

—Jalaste el gatillo con frialdad. El errar fue una circunstancia. Además las cosas volverán a su lugar. No mataste a Claudia, pero acabaste con la vida de su amante. Matando al perro se acaba la rabia. ¡Qué suerte tienes, carajo!

Traté de sonreír pero no pude. El enano siniestro me señaló con el habano y me dijo:

—Aún no has pasado la prueba, pero ya la pasarás. *El rayo* te llevará hasta el lugar donde lo espera Arnulfo. Con Arnulfo tendrás la oportunidad de demostrar que tienes guáramo.

—¿Quién es Arnulfo? —pregunté.

—Alguien que fue de la familia y ya no es —dijo el capo. Lo conocerás en pocos momentos. Es más, gracias a él podrás enmendar tu fallo.

Soltó otra bocanada. Le dijo al *rayo* que antes de mandarlo de viaje lo saludara de su parte y le recordara al tal Arnulfo el asunto de los cuatro cantoneses. No quise preguntar quién era Arnulfo ni qué asunto era ése de los cuatro cantoneses. Cristófano Lorenzo sacó de una gaveta un rollo de billetes. Me sentí aturdido. Sin contarlos, arrancó unos pocos de la liga y se los entregó al esbirro.

—Si las cosas salen bien con Arnulfo entonces llévalo de visita a los burdeles. Cuidalo como si fuera tu padre. Betulio será nuestro campeón del mundo. Si algo le pasa a este prospecto lo pagarás muy caro.

De Claudia no se supo más. Tiempo después, entre chistes, los esbirros me contaron que Ned la envió a París o Nueva York. Claudia desapareció y nadie supo ni cómo ni dónde. Se borró del mapa, para siempre, sin dejar huella. Volví a saber de ella a miles de kilómetros de Caracas, cuando ya a *El rayo* ni al *Chubasco* le importaba que supiera la verdad pues estaban a punto de rellenarme las morcillas.

No sería la primera vez que ganaría perdiendo.

Pero la cosa no terminaba allí. La misma noche que hice las paces con el enano siniestro, *El rayo* me llevó a enmendar la prueba fallida. Me dijo que yo era como la prestobarba. Si con la primera me pasaba, con la segunda repasaba. Era muy tarde, como las once.

El camorrero conducía. Dejamos la ciudad y nos encaminamos por una vía donde no se veía circular otro vehículo. En el trayecto soltó unos chistes que había tomado de la red. Me dijo que los mafiosos acabaron con Alí Babá y los cuarenta ladrones a cambio de las tierras de Aladino y los tesoros de Simbad. Se sagaba de la risa como un loco.

También pudo reirse mucho al recordar a Moisés. Me dijo que cuando Moisés estaba en el desierto y cayó maná del cielo, ahí estaban los mafiosos mezclando el maná con coco rallado. El buen humor estimulaba a ese cabrón.

Pero no tenía idea dónde nos encontrábamos ni qué se proponía el esbirro. Por suerte me devolvieron el jierro. Iba en el asiento con el revólver montado. Un movimiento en falso y fácilmente lo hubiera utilizado. Pero *El rayo* manejaba de lo más tranquilo soltando cuchufletas y burlándose de mi huevito.

La noche estaba muy oscura. Se sentía a plenitud como una sangre negra esparcida en medio mundo. Así llegamos a un sitio del cual no tenía ni la menor idea. Se veía puro monte y oscuridad. Mi compañero apagó el carro y prendió una linterna. Bajamos. Comenzamos a caminar y a apartar arbustos. A unos cien metros del lugar donde dejamos el vehículo se podía alumbrar un lugar despejado. Allí se encontraba un hombre encadenado a un árbol. Estaba desnudo, todo lleno de leche condensada y se lo estaban comiendo vivo las hormigas. Quería gritar pero no podía. Su boca estaba cubierta de adhesivos. Zambrano le alumbró la cara. El pobre hombre tenía los ojos hinchados, llenos de bichos y rojos de tanto llorar.

—Bien, cabrón, esta prueba es fácil de pasarla —me dijo.

—¿Qué debo hacer?

—Sacar de penas a este pobre diablo. Métele todas las pepas, menos una, en las tripas.

El hombre se retorció lleno de dolor y de impotencia. Sus ojos soltaron chorros de lágrimas.

—¿Qué estás esperando? —me preguntó *El rayo*.

Estaba esperando que me explicara algún motivo. Pero apenas un instante me bastó para entender que la mafia no daba explicaciones. Así que hice lo que me ordenaba el esbirro. Apunté a la barriga de aquel pendejo y le solté cuatro pepazos. Vimos cuando se arqueó como una lagartija. Respiraba dificultosamente.

El mismo *rayo* le dijo:

—Oye, Arnulfo. El jefe te manda saludos. Mandó a decir que esos cuatro plomazos son por los cuatro cantoneses que le robaste.

El hombre, de dolor, parecía dispuesto a romper las cadenas.

-*Doctor Peppers* te dio casa, carro y buena vida. Tú le pagaste desvalijándole la comisión.

Viendo que no podía reventar las cadenas, el hombre se enroscó sobre sí mismo intentando neutralizar el sufrimiento. El matón le puso la luz en la barriga. Por los cuatro huecos no solamente brotaba sangre. También pude ver que le salía un poco de mierda revuelta con frijoles y tocino. Debo decir que ver al pobre diablo en esas condiciones me partía el alma. De dejarlo así, su congoja hubiera sido larga.

Pasaron diez minutos y nada. El herido respiraba con mucha dificultad. Era duro para morir aquel Arnulfo. Le pregunté a *El rayo* intentando acabar con esa angustia:

—¿Qué debo hacer con la bala que queda en el revólver?

El matachín me dijo:

—Ya van a ser las doce de la noche y debemos ir de visita a los burdeles. Así que apúrate. Reviéntale el plomazo de una vez en el pescuezo.

Sin vacilaciones, cumplí con esa sugerencia.

Mis bichitos de mierda eran muy simpáticos. Conformaban un quinteto poco armónico y, por supuesto, a todos, menos a uno, imputé apodos o nombres de boxeadores. Empezando por el primero, puedo decir que se trataba de una puta piraña sedienta de sangre. Nadaba en un estanque cristalino lleno de burbujas. Su hobby parecía ser causar terror a las ocasionales ranas y sardinas que cada tres o cuatro días le arrojaba para su sustento. Sus ojos poseían una expresión malvada semejante a la de Julia cuando sufría los ataques de neuralgia. Era un animal rojizo y de aspecto agresivo que podía reconocerme apenas acercaba mi rostro al cristal de la pecera. Y como pegaba duro a su sustento de sardinas y de ranas, lo había bautizado con el nombre de *Mano de piedra*.

No parecía extrañar sus ancestros amazónicos. Le interesaba un cagajón de perro el gran río donde alguna vez en su pasado debió desplazarse en pandilla devorando todo lo que echaba sangre. Parecía deleitarle el paraíso doméstico lleno de burbujas que era visitado con frecuencia por arenques y sapillos. Cuando *Mano de piedra* veía las imágenes plateadas que caían en sus dominios, inmediatamente sus instintos ancestrales se exacerbaban. Parecía mostrar una sonrisa siniestra. Una ráfaga de dientes afilados incrustados a sus mandíbulas volvía

picadillo a los aterrorizados almuerzos. Parecía jugar con su alimento y sin mostrar ningún interés en matar el hambre, se divertía mostrando la potencia de sus mordiscos que por momentos transformaban el estante en un rompecabezas vinotinto. Era algo así como una masacre cotidiana. No entiendo por cuál motivo, pero el viejo Carlos, en una de las pocas ocasiones cuando visitó nuestra casa, se fijó en el aspecto estremecedor de mi pez y me preguntó si le había puesto algún nombre.

—Así es —le dije. Se llama *Mano de piedra*.

Al suegro no le gustó ese nombre. Me dijo que, preferiblemente, debería haberlo llamado *Don King*. No quise preguntarle por cuál oscura razón le resultaba preferible. Seguramente por aquel empresario ambicioso de pelo punzante como puercoespín que, según la revista *Guantes*, amasaba fortunas devorando sardinas en el cuadrilátero. El muy cabrón las engullía sin necesidad de abrir las latas.

También era dueño de un gran danés que me regalaron Teoduldo y Lucrecia una tarde cuando se aparecieron en mi casa. Producto de una nueva camada, lo había criado desde bebé. Se trataba de un perro gris a quien no le faltaban cuidados veterinarios ni buena alimentación. Asistía más al consultorio veterinario con mi perro que al consultorio siquiátrico con mi mujer.

Ocasionalmente le brindaba paseos sabatinos en motocicleta. Julia no lo miraba con buenos ojos. A pesar de que la mayor parte de su tiempo lo pasaba en la casa que le construí en el patio de nuestra residencia, notaba que Julia exteriorizaba hacia él un odio extremo. Ella no estaba de acuerdo con mi disposición casi religiosa de brindarle caminatas. La razón de ese odio era comprensible. Me ocupaba más de mis mascotas que de ella. Nunca o muy poco me molesté en llevar a Julia de paseo, ni siquiera a un cine ni a una fuente de soda. Apenas la trasladé de un lado a otro para que fuera testigo de mi trabajo de sicario.

En cambio, cada mes, acudía con el más grande de mis animales hasta el consultorio del doctor Pereira, el veterinario más renombrado en la ciudad, quien de paso cobraba los honorarios más costosos. A ese reputado doctor sólo lo visitaba gente de mucha plata. El doctor Pereira pesaba a mi perro como el viejo Carlos me pesaba a mí cada vez que se acercaba una pelea. Revisaba su corazón con estetoscopio, lo mimaba como si se tratara de un niño, le recetaba medicinas para los parásitos y vitaminas con todo tipo de letras, con la finalidad de

mantenerlo alejado de las enfermedades. Quizás por eso no se ganó jamás el cariño de mi mujer. Cada vez que por casualidad nos topábamos otros perros en el camino, cuando dábamos los acostumbrados paseos, el mío los convertía en cagarrutas. A esa bella bestia le puse el nombre de *Dempsey* en honor a una de las glorias más espectaculares de todos los tiempos. “¿Por qué no lo llamaste Firpo?”, me preguntó el viejo en esa ocasión. Le dije que no. Firpo fue muy bueno. Pero Dempsey fue el verdadero campeón.

La tercera mascota se trataba de un loro al cual, debido a su lenguaje procaz, llamé *Muhammad Alí*. Nunca conocí un animal tan bocazas como ese. Era propietario de una jaula gigantesca con las características de una catedral bizantina que alguna vez pude ver en un libro de mi hermano. Ese animal se convertía esporádicamente en un espectáculo digno de circo debido a sus dotes interpretativas, a su gran destreza imaginativa y a su capacidad de retención mental. Podía contar hasta cien. Pero no era como la generalidad de los animales de su especie. *Muhammad Alí* mostraba una inteligencia fuera de todo parangón, la cual, bajo mi influencia, parecía especializarse tanto en tomaduras de pelo como en cuestiones de pugilismo. Conocía mucho sobre boxeo, el cabrón. Tenía nociones de quiénes eran Mike Tyson, George Foreman, Macho Camacho o Sugar Ray Leonard. Conocía al pelo de púgiles que habían dejado el pellejo en la lona, Salvatore LaSerre, Isao Kimura, Segundo Encinas y Mario Chávez. Disfrutaba además de otras grandes cualidades que no podía dejar de reseñar. Su cuerpo verde mostraba algunas plumas rubias. Hasta parecía tener intenciones de convertirse en cantante de ópera debido a su prodigiosa garganta. Eso no dejaba de ser cierto. A pesar de ser un loro, exhibía una faringe de rruiseñor. Su voz de tenor hubiera podido sorprender al mismísimo Pavarotti. Ardiente y melodiosa, con una capacidad innata para la representación, sus funciones mitigaban mi tedio en los días cuando la melancolía, los remordimientos o la paranoia de mi mujer intentaban triturarme.

A veces dejaba de pensar en los negros negocios donde era mi deber participar para beneficio de la mafia. También renunciaba a mortificarme por las muecas que se multiplicaban en la cache de nácar de mi *Smith & Wesson*. Dimitía de los horrores que veía venir con la tortuosa relación que mantenía con Julia Fuentes y forjaba ilusiones

con mi querido cotorro. Lo veía como un ruiseñor de alta alcornia que fácilmente hubiese podido alcanzar la Escala de Milán. Tal cual como yo, era un pájaro de estirpe pura condenado a vivir en una jaula. Pero a veces su atrevimiento me hacía temblar. Ese gusto por la mala lengua lo condenaba, principalmente cuando su mordida escogía la figura de mi mujer. Craso error. Especialmente cuando se metía con su nariz.

También criaba un ratoncito blanco, un hamster que carecía del genio de mi emplumado, de la sexualidad de mi minino, de la alegría de mi perro y de la voracidad de mi pez, al cual acudía cuando el insomnio me agarraba a garrotazos. Fue el único de mis animales a quien no imputé nombre de boxeador. Lo llamaba simplemente *Mickey* aunque jamás intentaba ser gracioso ni llevaba nada en común con el muñeco de Disney. *Mickey* sólo se permitía dar vueltas y vueltas en una especie de molinillo con características de noria. Se trataba de la más humilde e insignificante de todas mis mascotas. Con mi ratón tuve sueños terribles, al igual como los tuve con *Muhammad Ali*, principalmente en los tiempos cuando las alucinaciones me devoraban.

Citaba a mi gato con el nombre de *El bombardero negro* como muestra de decoro al santo de mi devoción. Ese santo no era otro que Joe Louis.

Joe Louis o *El bombardero negro* (era lo mismo), a pesar de su inocencia, era dueño y señor de una ojeada maligna. Se trataba de una mirada que infligía terror tal cual como si hubiera bebido los fuegos fatuos del infierno.

Pero la única pifia que cometió ese animal fue el pecado original: hacerle el amor a todas las gatas habidas y por haber. Bueno. Si es que el puto coger es un pecado.

Provenía de aberraciones librescas de Teoduldo quien, como ya se sabe, destacaba como empleado de librería e insaciable lector. Era un animal grande, negro y de aspecto misterioso que fácilmente pudo haber salido de las páginas de Poe, aquel poeta con pinta de mesonero que pasó su corta vida escribiendo, tragando caña, guisándose a la prima y pasando las de Caín por sus tendencias hacia el láudano. Fue el mismo que cambió mi vida de manera violenta un día después de haber pagado con un *rabbit punch* el zafarrancho que propició Gerardo, hermano de Lucrecia, en aquel inolvidable y fatídico viaje de playa cuando se dedicaba a la exploración de los culitos.

Mi hermano estaba acostumbrado a vivir de la mentira de los libros y de la imaginación propia y ajena. Le gustaba que compartiera con él ese mundo supuesto que habían inventado los hombres que se dedicaron a ese deporte de alto riesgo llamado literatura. Aseguraba así que el gato (que también me regaló) era un paquete muy especial que había viajado desde Londres, en el cubículo neblinoso de un container, y que, según él, se lo había enviado un gran novelista a quien mucho admiraba (mi hermano solía tener seducciones amistosas con ciertos autores que leía).

De los espavientos que podía sentir hacia aquel señor que dedicó su cabrona existencia a un oficio de suicida, no me quedaba la mínima incertidumbre; en cambio, del cuento de que se lo había enviado un gran novelista especialmente para él, guardaba yo todas las inseguridades. Estaba convencido que su historia provenía de otra historia que había leído, según era su costumbre. Mi hermano leía narraciones y luego echaba el cuento como a él le salía del forro.

Al principio, aquel animal no se llamó como lo llamé hasta los postreros días de su vida, *El bombardero negro*, en homenaje al gran boxeador, sino *Offenbach*. Pensaba que *Offenbach* era un invento de mi hermano tanto como un invento del deslumbrante novelista que supuestamente se lo regaló. Creo que debió ser el producto de la fantasía de un extraordinario escritor conjugada con las ilusiones de un lector poco pasivo. Porque, según sostuvo, al hacérselo llegar desde Inglaterra, también lo hizo destinatario de una carta donde de manera muy explícita le hacía comentarios sobre el notable felino y lo primero que en ella explicaba era que se llamaba *Offenbach*; porque a veces a las dos de la mañana su canto poco melodioso en procura de las hembras ofendía la esencia artística de Johann Sebastián Bach. En otras palabras, hubiese podido acabar cualquier concierto de violines de tan exquisito músico. Pero definitivamente, nada más al hacérmelo llegar, le cambié el nombre de inmediato. Yo no era músico. Era un simple cicatero de los cuadriláteros en manos de la mafia y mi bestiecilla debería llevar un nombre que fuera de mi gusto.

No hedía, no olía, era un taimado completamente silencioso, inusualmente comedido, extraordinariamente preactivo. En un principio comía cucarachas, ratones, murciélagos y lagartos. Parece ser que en aquella embarcación transatlántica no fue atendido de lo mejor

ni tuvo la suficiente libertad para cazar ratas. Además, las ratas ocupaban un segundo o un tercer plano en su vida pues tampoco parecía llamarle la atención. Su único empeño se centraba en hacer el amor con todas las de la ley, y de eso nos quedó constancia. *El bombardero negro* parecía tener siempre los cojones repletos de esperma. Y así como lo comentaba en los momentos cuando intentaba cortar la cabeza a la metáfora, mi hermano disertó que el día cuando lo recibió en una jaula inmensa y rectangular, tan rectangular e inmensa como el mismo gato, encontró allí mismo la carta de recomendación que le enviaba el fulano chupatintas donde incluía todos los detalles relativos a su envío. Con una caligrafía de la puta madre le explicaba que era un adorador de su minino y que lo enviaba a esa ciudad violenta y tenebrosa debido a que sus días como novelista estaban contados. Su antiguo dueño sufría de un inexorable mal y sabía que su bestia preferida lo sobreviviría. Según mi hermano, en la carta le explicaba detalles sobre su remesa. *Offenbach* —el futuro *Bombardero negro*— contaba mucho más de seis años, algo extraordinario en un animal de su casta. Su comportamiento casi correspondía al de algún ser humano y, como tal, casi siempre era imprevisible. Se trataba de todo un señor gato inglés, cuya piel muy negra semejaba un traje de alta costura, un smoking para estrenar un premio Nobel o para otras grandes ocasiones. Sus ojos europeos eran como agua de mar bajo capas de heladas invernales y nunca dejaban de brillar como si adentro de ellos se hallaran incrustados un par de diamantes. Se trataba de un animal inmenso que no parecía perder tiempo en la ancestral cacería de ratones.

Sus movimientos pretendían abarcar asuntos de mayor jerarquía. Cuando no estaba pensando en la forma de cogerse a sus hembras, estaba pensando en la manera de treparse a la mesa o a las cortinas. “Nadie puede estar seguro de ser el dueño de un gato pues los gatos son los animales domésticos más independientes que se conocen”, decía mi hermano haber leído en la misiva que hipotéticamente le enviaban desde Londres. Eran palabras de su incierto amigo el escritor enfermo. Pero además, se trataba de una regla inglesa sobre tales bestiecillas. Teoduldo especulaba que no solamente sería un criterio anglosajón pues los gatos tenían sentido horizontal y universal. Apenas lo dejó en nuestra casa, lo primero que hice fue cambiar su nombre —*Offenbach*— por el de *El bombardero negro*. El animal me hacía recordar la revancha triunfal de

Joe Louis ante Max Schmeling, aquella derrota que odiaron Hitler y todos los cabrones nazistas que llegaron a soñar con la raza pura.

Era imprevisible, como ya dije. Durante el tiempo que vivió en casa pude notar que ni en su dieta ni en sus tendencias lúdicas aparecía el nombre de ratones. En cambio, sentía una pasión irracional hacia el queso, exaltación que podía significar un absurdo en animales de su especie. ¿Cómo era posible que detestara comer ratones cuando se suponía que los ratones, a quienes de verdad debería apetecer el queso, representaban su comida preferida?

Pero detestaba el pescado, inclusive a *Mano de piedra*. En los momentos cuando trepaba a la mesa, a las cortinas o al alféizar, se quedaba mirando con odio frío a ese animal que no dejaba de amenazar moviendo sus dientes afilados. *Mano de piedra* no era simplemente un pez. Era un monstruo. No representaba al mero anfibio cohibido por su entorno sino al peje antropófago, al sanguinario, a la bestia terrible y prehistórica que supo sobreponerse a la especie más depredadora; al tiempo. Alguien me trajo ese animal desde aguas amazónicas. Así que gato y pez se contemplaban con rencor, no con hambre. El felino deseaba devorar al pizco, pero a la vez el pizco deseaba devorar al felino y en ambos casos no parecía moverlos el hambre sino un sentimiento mutuo de aversión. Entre ellos se suscitaba una guerra fría, una confrontación de actitudes y miradas encontradas, maldiciones trituradas entre dientes, contaminadas de odio, que deseaban solventar un desequilibrio.

En cambio, *El bombardero negro* observaba con piedad a *Mickey*. Con su inquisidor examen visual parecía decirle: *No te preocupes por mí, no te voy a devorar. Alí se estremecía cuando Louis le soltaba un latigazo con su lengua carrasposa. Su verde plumero se erizaba. En cambio, perro y gato se toleraban mutuamente.*

Para ese tiempo se presentó algo así como una catástrofe, y luego otra. Además de los ratones, *El bombardero negro* detestaba el pescado como fuente alimenticia, cuestión que también rallaba en el absurdo. El pescado era una fuente de proteínas normalmente preferida por la generalidad de los gatos. De igual modo, las porquerías que expendían en las casas para mascotas, esas pepas repulsivas a base de harina de pescado, lo desazonaban. Pero era adicto al queso. Especialmente al queso de crineja, al queso de chiva y al queso de mano. A esas cosas y nada más. Y a las mininas, por supuesto. Aquéllas lo apetecían como ningún otro manjar.

Alguna vez lo vi perseguir a un ratón. El roedor se había acercado peligrosamente a un pedazo de queso. *El bombardero negro* se atrincheró detrás del sofá y fácilmente le dio cacería. Apenas lanzó el zarpazo, lo dejó en paz. El ratón se alejó todo maltrecho y el férido no quiso mover otra garra para rematarlo. Estaba visto que el centro de su universo no se correspondía con el comer o el asesinar sino con el fornicar.

Cabían otras explicaciones. Estaba claro que no dio el zarpazo con el propósito de devorar al ratón, sino con el propósito de evitar que éste devorara su cuajada. Julia se sentía perturbada por la actitud de aquella bestiecilla, no tanto por sus gustos inclinados hacia el queso ni por la indiferencia mostrada hacia los ratones, sino por sus ardientes y persistentes deseos de copular. Pero, ciertamente, mi mujer solía perturbarse por las cosas más ínfimas.

Teoduldo, en mis ocasionales visitas dominicales a su casa de Agua Salud (donde vivía con Lucrecia), cuando yo le exponía los problemas que podía causarme aquel animalito formando berrinches en los techos vecinos, me decía que la solución era sencilla. Es decir, exacta. En su magistral escuela, el supuesto novelista amigo de mi hermano le sugería que tal tendencia libidinosa se podía corregir con una espontánea cirugía. El doctor Pereira, quien era oficialmente el veterinario de mis mascotas, podía castrarlo y aquello no afectaría más que su relación con las gatas. Pero no estuve de acuerdo, primero con la solución que asomaba el supuesto novelista amigo de mi hermano, ni con el asomo de esa idea por parte de Teo, y menos por la perseverancia insidiosa por parte de mi mujer.

—¿Te refieres a que es necesario extirparle las bolitas?

—Exacto —dijo Teo.

—Pues, no estoy de acuerdo —dije en forma terminante.

Y de veras que no estaba de acuerdo. Castrar a *El bombardero* por su tendencia a copular con las gatitas me hubiera parecido un acto tan cruel; como castrar a un ser humano por su innata pasión hacia las mujeres. Nunca hubiese podido atreverme a tanto con una criatura tan hermosa. Tan hermosa y atípica al mismo tiempo, la cual parecía tocar las regiones de la eternidad.

Pero debo decir que meses después de su llegada, los techos, las salas, los contenedores de basura, la plaza pública, las calles y la barriada entera se vieron plagadas de gatos negros idénticos al mío. Algunos

más claros, otros más oscuros (sin duda, producto del mestizaje), pero todos evidentemente creados con su esperma. Tantos gatos dieron origen a una catástrofe doméstica. La exagerada población felina comenzó a ser centro de preocupaciones. Los parroquianos no podían dormir a causa de los clamores de las insaciables amantes. En una palabra, el estilo de vida de mi gato afectó el estilo de vida de los gatos (y de los mismos humanos) a más de un kilómetro a la redonda.

En medio de todo esto se presentó una nueva catástrofe. Ocurrió que en un momento determinado comenzaron a aparecer felinos muertos, los especímenes cuyo prototipo había llegado hipotéticamente en un container desde Londres. Amanecían fulminados entre retortijos de garajes, en los peroles del aseo domiciliario, a orillas de las aceras, entre jardines pintorescos, en los basureros de los supermercados, en los porches y gallineros, entre los pasadizos de una casa de gobierno y las barras de los bares. En menos de un año, el hermoso férido que supuestamente perteneció a un novelista cubano residente en Inglaterra, implantó un récord en lo que a engendrar pueda referirse. Teoduldo hablaba de los leoninos comentarios de la prensa: más de cuatro mil quinientos *Bombarderos* recientemente fecundados y propagados sobre nuestro sector residencial. La vida de aquella barriada podía dividirse entre el antes y el después de mi querida mascota.

Pero sus correrías amorosas llegaron a lo que podía figurarse un feliz término. Ocurrió que a nuestra casa, de golpe y porrazo, apareció una gata bella y esbelta, una gata que, de haber sido ungida como dama, habría alcanzado el porte y la donosura de Marlene Dietrich. Provenía de las estepas de Siam y nada más al verla la existencia de mi gato cambió por completo. Durante algún anochecer desapareció en compañía de semejante beldad. Mi férido regresó semanas después, moribundo, perdido por siempre en un vacío perfecto a causa de una pasión desahogada. Corrí de inmediato hacia el consultorio veterinario del doctor Pereira quien pudo salvarle la vida en forma milagrosa. Apenas restablecida su salud, el gato negro no volvió a salir de nuestro hogar. Por aquellos días, mi hermano Teoduldo llegó a casa con Lucrecia llevando a cuestras una infausta noticia: el famoso novelista cubano que había sido su amigo, el antiguo dueño de mí querido *Bombardero negro* (el otrora *Offenbach*), había fallecido en un neblinoso hospital de Londres.

Muchos detalles asombrosos, por cierto. Teoduldo me embaucó con la historia del felino. También Julia lo hizo al extremo de hacerme comer gato por liebre.

Séptimo asalto

La nariz de un boxeador

Estábamos sobre el ring y el viejo Carlos no hacía otra cosa que repetir lo que siempre me había contado *Cocodrilo*. Nunca llegaron a conocerse, nunca llegaron a pelear en el mismo cuadrilátero. El viejo venía de la grande. Supo fajarse en sus tiempos como boxeador profesional y en alguna ocasión perteneció al grupo de pegadores de Rafito Cedeño. No menos de una vez ocupó pancartas con los más cotizados. Me dijo que el gran Betulio, luego de ganar en forma arrolladora a un compatriota, le entró lo que podía denominarse un síndrome de aceleración: “¡Tráiganme al chino! ¡Tráiganme al chino!”, gritaba a sus promotores. Pero no se lo trajeron. Caso contrario, lo llevaron donde estaba el chino para que se midiera con él. La pelea sería por la faja mundial. Se lo llevaron al chino, hasta Bangkok. Entonces el chino lo arrolló a puñetazos y el mismo Betulio, en una actitud inexplicable, le levantó la mano. Nadie supo jamás por qué a Betulio se le ocurrió tomar esa actitud. Eso ocurrió en el preciso instante cuando María Seferina me traía al mundo.

Tal cuestión era historia. Treinta y cinco años después, alguien que llevaba el mismo nombre y apellido de esa leyenda del box, al cual para

colmo comenzaban a mencionar como el gran Betulio, se preparaba para una pelea estelar.

En aquel momento lanzaba golpes contra la humanidad de Sandy y en los minutos de descanso el viejo me palmeaba con satisfacción.

—Ahora debes ir preparándote, Betulio —me dijo.

—¿Por qué?

—Porque el jefe ha cuadrado una pelea importantísima donde pondrá en juego sus millones. No está permitida tu derrota. Si pierdes, te sabrá a madres.

Nunca llegué a preocuparme por saber cuál era el sabor a madres. Hasta la fecha cuando pude ser campeón mundial, me acuerdo.

Sin querer, pensé en los pistolones de José *El chubisco* y *El rayo* Zambrano. Estaba condenado a no fallar. De hacerlo, rellenarían mis tripas con plomo.

—¿De quién se trata? —le pregunté al viejo.

—No más paquetes para el fogueo. De ahora en adelante sólo pelearás con los buenos. Únicamente así podrás ser campeón. Pero si llegas a malgastar la oportunidad se acabará todo para ti. Tú sabes cómo es este negocio.

—Te pregunté de quién se trata —le dije.

—El próximo que te corresponde es *Nino Pecas* —y al decir esto comenzó a darme nuevamente golpecitos en la espalda con muestras de afecto y satisfacción.

—¿Quién es *Nino Pecas*? —pregunté entonces sin poder ocultar mi curiosidad.

—Es un pegador de Puerto Rico que promete ser tan bueno como tú. Pero debes tener cuidado. Ese carajito es un león afeitado. Está entre los primeros del ranking.

Me sentí contento por una parte. ¡Era la primera vez que me mediría con un extranjero! Pero a la vez me sentí nervioso. Si venía del extranjero y estaba entre los primeros del ranking debería ser bien taimado con sus puños.

El viejo continuó con su explicación.

—Yo lo conozco y conozco también a su entrenador, Jaime Ríos, uno que peleó conmigo en Caracas la misma noche cuando Foreman noqueó a Ken Norton. *Nino Pecas* es un muchachito de veintidós años que no aparenta lo que es. Viene de abajo como tú. Se inició en peso

minimosca en San Juan, pero ha comenzado a subir con rapidez. Es peligroso. Sus manos son muy rápidas. Tiene cara de ángel, llena de lunares oscuros, de ahí su nombre como boxeador. Es un muchacho inocente y flaco cuya patada de mula ha dejado a muchos en el camino.

—¿Cuál es su récord?

—Veinte ganadas. Trece por nocaut y siete por clara decisión.

—¿No ha perdido ninguna?

—No.

Las bolas se me encurrucaron cuando escuché decir su average. A pesar de ser un cagón de veintidós años, trece nocauts eran trece nocauts.

El viejo se recostó a la esquina del ring, pues estábamos montados sobre las cabronas tablas, y mi sparring ya había bajado a sentarse alrededor del polígono. Los podía ver de reojo. Sandy y su hermana tenían caras de idiotas sentados como únicos espectadores de una pelea que nunca comenzaría, una disputa de fantasmas que solamente podían presenciar los que se encontraban en el límite del más allá. Julia no se encontraba con nosotros en esos momentos. Odiaba a Jeanne y aseguraba que me la guisaba. Yo no lo había hecho más de una vez. Todavía recordaba mi huevito en su boca como una salchicha inerte y rellena con ajo. Tampoco podía olvidar la noche cuando nos dimos duro en el burdel donde trabajaba. A ese sitio me llevaron los esbirros de Ned.

No menos de una vez tuvimos disputas por ese motivo. Pero en realidad solamente una noche nos cogimos. Estaba dispuesto a jurarlo por el alma de María Seferina González, mi puta madre, si fuera necesario. Del resto, excepto en sueños, nunca volví a tener otro encuentro con ella. Las tantas singadas que me achacaba con Jeanne eran producto de su fantasiosa celotipia. La ocasión cuando casi me partió la crisma con una llave de tubos no solamente se debió a sus ataques de neuralgias.

En esos momentos andaba en lo suyo, la muy perra, despilfarrando los reales que me enviaba *Doctor Peppers* y que tantos plomazos y coñazos me costaron.

Tirándolos por la borda como era su costumbre, comprando trapos y medicinas. Ya yo conocía de su hipocondría y de los remedios que compraba: frascos enteros de aspirinas, pepas para evitar su babeante

epilepsia, cajas de pastillas para modular su presión arterial, menjurjes para los vómitos, emplastes para su frente y otras huevonadas.

Aun así, su carácter no mejoraba. Sus explosiones de mal humor eran recurrentes. Todos los días corría hacia el consultorio médico y luego hacia la farmacia. Los cabrones matasanos y los farmacéutas pertenecían a la misma calaña de especuladores y tenían negocio redondo con sus manías. Casi todo lo que ganaba recibiendo porrazos en el ring y agujereando pendejos en las calles se lo tiraba ella a los médicos y a los farmacéutas y lo que quedaba lo despilfarraba en tiendas. Parece ser que había heredado las mañas de su difunta madre.

Si debo hacer un paréntesis para tratar de explicar el caso con más objetividad diría lo siguiente: la bruja y el entrenador ya no compartían vida en común. A la vieja, a Dios gracias, se la había terminado de escabechar el enfisema pulmonar que estuvo abonando su vida de hechicera con aquello de la fumadera de tabaco. Julia me contó de esas cosas en los días cuando mis animales no la habían terminado de trastornar. A orillas del riachuelo cercano al gimnasio, mirando la luna que se inflamaba con cada beso que le daba. Fueron los tiempos románticos de nuestras vidas. Los únicos días felices. Los únicos.

Esos momentos me resultaban inolvidables. Julia entre mis brazos y arriba, redonda y romanicota, la cabrona luna. La quebrada cristalina que corría sobre un lecho de piedras blancas podía escuchar nuestras promesas de amor, un amor que se iría al carajo apenas me pusiera a criar mis mascotas. *Cocodrilo* era un tipo jodido y ocurrente. Decía que el hombre promete y promete hasta que lo mete. Y luego de metido, olvida lo prometido.

Sentados en una piedra del tamaño de la bola de un gigante, arrullándonos como dos inocentes palomitas, Julia me resumió las extravagancias de la vieja que la trajo al mundo. Fue una estrella. Hipocodríaca, epiléptica, anoréxica. También ella sufrió ataques de neuralgias. Pero además de eso, que no era poco que digamos, también fue esperpento de las artes del demonio. Por suerte trabajaba a domicilio pues el viejo, que de tonto no tenía un pelo, no permitía que en su gimnasio se ligara la magnesia con el magnesio. En otras palabras, no consentía que el mamarracho de su mujer ligara el boxeo con la brujería. Ni él, ni Dios, ni la mafia, lo hubieran permitido.

La vieja, según Julia me contaba, salía muy temprano de casa con sus paquetes de barajas, con sus rollos de tabacos, con sus velones, con sus esencias, con sus libros de magia, con sus frascos de pachulí. Su fuerte era la lectura del tarot y la práctica de la magia negra. En los tiempos cuando no trabajaba con la mafia, le iba mejor a ella con la brujería que al viejo con el boxeo.

Cuando Ned me puso en sus manos, el viejo comenzó a hablar de su juventud, de su pasado como boxeador profesional y de sus días de gloria barata que despilfarró entre botiquines y burdeles. Antes de que los pandilleros lo absorbieran, no hubiera podido perdurar sin las artes diabólicas de su mujer. Pero, por lo visto, la madre que ya se achicharraba en el infierno, no había hecho nada por ella.

La magia no pudo protegerla de las enfermedades. Pero eso sí: mi coach llegó a contarme con lujo de detalles, en esos días cuando vivía entrenándome, que la vieja llegó a pertenecer a una cofradía de brujas perversas y diabólicas.

El viejo no prestaba atención a las excentricidades de su hija. Tomaba en broma las agonías de Julia. Para burlarse de la situación, decía que su hija arrastraba los males que anunciaba la canción de Shakira, que era loca, que no veía lo que hacía, que no escuchaba lo que se le decía y que no hablaba jamás; excepto para malherir a sus semejantes o para expresar ideas que jodieran la paciencia. Ciega, sorda, loca y muda, tal cual como el estribillo de la famosa canción. Y por sobre todas las cosas, esa cosa: que estaba chiflada, maniática como una cabra, fuera de todo control, a la margen de sus cabales, infaliblemente paranoica.

Quizás pensando en el inmenso rollo donde me encontraba metido, me quedé alelado en el cuadrilátero. Todavía tenía las bolas enfurruñadas cuando él me aclaró que el próximo contrincante era un león afeitado que venía de Puerto Rico. Por ese motivo se me ocurrió romper el hielo lloviendo sobre mojado.

—¿Qué tal es el Niño? —desde ese momento, en forma sarcástica, preferí llamarlo Niño.

Mi *coach* sonrió.

—Ríos, mi viejo rival, su entrenador, dice que es un alquimista del box —dijo el viejo recostado al tubo de una esquina, con la gorra ladeada y con sus brazos estirados entre los ensogados.

Me quedé mirándolo. Todavía era un rancio pegador. Podía tener algo más de setenta años, pero su complexión se mantenía fuerte. Eso era lo bueno del boxeo. O te mataban temprano, en el momento preciso de fregarte, o podías durar eternamente hasta que el Parkinson y el Alzheimer se encargaran de ti.

Un dinamismo afanoso brotaba de sus poros. No sabía estarse quieto el cabrón. Era alto, de pellejo barnizado por el sol, flaco y seco como palo de escoba, medio calvo; tenía los brazos largos y los puños grandes y macizos igual que piedras. Cuando articulaba palabras se le torcía la mandíbula inferior y a veces poco se le entendía lo que trataba de decir. Sufría el mismo mal de Aníbal Reyes. Cualquiera podía llegar a pensar que aquel jodido defecto era el producto de alguna congestión cerebral. Pero no era así. Esa característica tenía su origen en el ring. Su viejo historial sobrepasaba las cien peleas. Su mandíbula estaba sostenida en pedacitos.

Se trataba de una vaina rarísima. La plancha dental no le encajaba bien en las encías, se le colgaba de la lengua al hablar y las palabras se le pegaban. La nariz no le servía para un carajo. Del mismo modo que la mía, la tenía aplastada como cagajón de perro. La suya tenía los tabiques vueltos añicos. Era un producto acabado por desmanes pugilísticos.

—¿Un alquimista del box? —pregunté como pendejo—. ¿Qué mierda es un alquimista del box?

—¿Un alquimista del box? Eso que te deberías figurar. Es un boxeador que ha convertido sus puños en oro puro, un tipo capaz de volver cagarrutas a todo lo que se le enfrenta —explicó con su habitual verbo comprimido.

Los forros de mis cojones estaban pálidos de la impresión. Lo que me venía en adelante no eran pañitos de agua caliente.

Perfilándose la gorra, el viejo Carlos me mostró la postal de periódico donde aparecía el próximo contrincante. A simple vista parecía un bodrio. Sin duda, no aparentaba gran cosa el puertorriqueño. Tenía cara de muchacho inocente y cuerpo de escuálido alfeñique. Llevaba puesto un pantalón de boxeador, blanco y brillante, con una *N* y una *P* bordadas a cada extremo como el calzón que utilizó el Macho Camacho la noche del primero de marzo de 1997, cuando venció por nocaut a Sugar Ray Leonard. Acarreaba el torso desnudo y se notaba que se

había cuadrado para la pose fotográfica. Los guantes oscuros cubrían parte de su rostro y detrás de ellos se podían observar sus facciones de querubín. Ese semblante estaba cubierto por un archipiélago de puntos oscuros que parecían representar minúsculas ínsulas en un mar devastado. Viéndolo así, *Nino Pecas* no metía miedo.

¿Qué les podía parecer? Aquella cabeza sólo necesitaba de una guirnalda para ser sagrada. Tenía aspecto de santo. Nadie podría creer que se tratara de un boxeador. Viéndolo con esa facha, cualquiera podía atreverse a pensar que era un Francisco de Asís disfrazado para la pachanga. En su cara no se mostraba un rasguño, una hinchazón, un labio cercenado, un ojo a la vinagreta girando sobre un universo oscuro. Cero hematomas. No parecía una cara de boxeador. En aquella imagen tampoco se notaban ojeras y menos una nariz desportillada. Sobre todo esto: ni una nariz vuelta mierda. Lo del resto de sus facciones, pase, pero aquello de su nariz parecía constituir un rasgo apto para aparecer en el libro *Guinness* o en la sección de los suplementos titulada *Aunque usted no lo crea*. Aquel órgano de apariencia jamás descascarillada me llamó poderosamente la atención. Solamente podía tener un calificativo. Se trataba de una nariz invicta. Una nariz que no estaba hecha para la derrota. Una nariz que podía ser destruída, pero no derrotada.

Claro. Me llamó poderosamente la atención porque en esa página postal de *El Nacional* se podía leer y confirmar lo que el viejo me había dicho: que llevaba un historial de veinte peleas, ganadas todas al hilo, trece por nocaut y apenas siete por decisión. Su peso no parecía ser de 66,6 kg, según la reseña mostrada por el diario, el necesario para ser welter como yo lo era en esos momentos, pues había logrado escalar peso desde el minimosca. Daba la impresión de pesar menos que una paloma. Así que era verdad que venía de abajo del mismo modo como lo hacía mi persona. En realidad me había hecho subir, desde que empezó a entrenarme, en seis categorías; primero como minimosca, seguido por mosca, gallo, pluma, ligero y welter. Algunas vitaminas me hicieron tragar, por órdenes del jefe mayor, para que mi cuerpo se hiciera más consistente. Chorros de pasta y algunas que otras posturas de esteroides. Ahora, respecto a *Nino Pecas*, me preguntaba qué cabrón mafioso podía ser su apoderado.

Allí, sobre el ensogado, ignorando la presencia de Sandy y de Jeanne, seguí observando la postal, repasando la leyenda y

escudriñando la evidente nariz de aquel joven pegador. Al contrario de quien esto escribe, El Niño todavía no había perdido una pelea y llevaba al hilo unas cuantas más que yo. Con un récord así de impresionante, a quién coño no se le infartaban las criadillas.

Tal suerte de detalles podía lograr que cualquiera se chorreará. ¡Veinte peleas y su nariz campante, intocable, sagrada como la de un santo! No podía decir lo mismo de la mía, por supuesto, ni el viejo Carlos hubiera podido decir lo mismo de la suya ni de su propia quijada, ni sus santos (que eran boxeadores) hubieran podido decir lo mismo de las suyas. El joven de la postal llevaba buena página como pegador, pero mi nariz y la del viejo (y la de algunos de aquellos venerables) estaban aplastadas como cagajón de perro. Y eso de comentar sobre la trompa de un boxeador se hacía inevitable en ese ramo del pugilato. Era normal que cuando se andaba por la calle, la gente, al fijarse en el morro, descubría que su interlocutor era boxeador.

Eso de hablar de los jocosos me daba un poco de vergüenza. Porque mi propia nariz, aunque también desportillada, no fue aplastada desde un pincipio por los puñetazos. La marca que me quedó en ella nada tenía qué ver con mi oficio pugilístico. En una palabra, mi morro parecía cagajón de perro por culpa de Julia Fuentes.

No sé si valdría echar el cuento. Para referir el caso de mi protuberancia debería hacer un paréntesis. Mi párpado izquierdo estaba abollado y mi mandíbula traqueteaba cuando mordía con fuerza el protector dental, lo cual me inducía a reflexionar que el oficio de boxeador incrementaba las decadencias. De algo sí podía darme a pensar: a la larga, en mis años dorados, cuando ya no pudiera cumplir funciones de estelar en el cuadrilátero (si acaso no me mataban antes los esbirros de la mafia), hablaría en forma comprimida como mi entrenador y como Aníbal Reyes. Otra marca de mi cabeza también escapaba a mis recuerdos: la cicatriz de mi sien izquierda, por ejemplo, producto del disparo que me pegó un cipote. Ese cipote ya estaba bien muerto y enterrado. *El chubisco* y *El rayo* se encargaron de eso. Por orden superior le rellenaron las tripas de plomo en un pasadizo conocido como *El callejón de la puñalada*.

Pero fue Julia Fuentes, como ya lo dije. Fue ella quien tuvo que ver con el cagajón que llevo en el centro de mi cara.

Allí estaba en el periódico. Lo leía con atención montado sobre el cuadrilátero. El jovencito puertorriqueño con cara de bienaventurado tenía, además de un récord impresionante, una nariz impresionante. Con veinte peleas ganadas sin que le tocaran el morro, el imberbe *Nino Pecas* se veía tan peligroso como el mono que descuartizó a las Lespanaye, según contaba mi hermano Teoduldo en algunas ocasiones. Las Lespanaye, así las llamaba mi hermano quien, como dije, se caracterizaba por ser un buen lector. Las citaba de tal manera para no entrar en pormenores de pronunciaciones francesas. Las Lespanaye fueron las viejas que aparecieron descuartizadas en el primer caso de cuarto cerrado de la literatura moderna, precisamente en el arquetipo de narración policíaca que, según Teo, relató su santo predilecto en *Los crímenes de la calle Morgue*.

Me encontraba todavía entre las cuerdas, repasando las deportivas de *El Nacional* de Caracas y recibiendo instrucciones del viejo Carlos.

—¿Qué pasará después de la pelea? —quise saber.

—Depende —dijo el viejo.

—¿Depende de qué?

—Depende del resultado.

—¿Y si llego a perder?

—Si llegas a perder, te sabrá a madres —dijo con todo el peso de su quijada descuartizada. Esa es la ley de este deporte. Y también es la ley de nuestra conexión. No sé qué será de ti si te dejas joder. Si pierdes, no me gustaría estar en tu pellejo. Ni siquiera Pavarotti, si Pavarotti trabajara con la mafia. Ella no perdona.

Muy cierto lo que dijo. El boxeo representaba algo así como el canto de la ópera. Si a Pavarotti, quien era el mejor del mundo, llegaba a fallarle la voz alguna vez, entonces se desmoronaría. Seguramente también le sabría a madres.

—Perder no debe pasar por tu cerebro porque eso sería tu perdición —siguió el viejo quien siempre tenía argumentos convincentes. Acuérdate de Clay cuando Foreman le fracturó la mandíbula. Por un momento el mundo se volteó contra él. Acuérdate de la derrota que sufrió Oscar de la Hoya ante el puertorriqueño Félix Trinidad y del mordisco que le pegó Mike Tyson a Holyfield. En el boxeo, los ídolos se desmoronan fácilmente. Así que a entrompar como un tren. Un

boxeador no retrocede ni para agarrar impulso. Y menos, Betulio, cuando está en manos de la mafia.

Escupió en el perolito de aserrín que siempre dejaba en una esquina y continuó:

—Si pierdes te irás al excusado, lo cual es lo mismo que caer en una tierra movediza, pues entenderás que el fondo de la letrina también es una mierda móvil. Y te diré otra cosa al respecto. Si pierdes, es probable que aparezcas en cualquier sitio con las morcillas llenas de plomo.

Cuando mencionó el mojón del fondo de la letrina recordé a mi hermano quien, en cierta ocasión, expresó algo parecido. Me dijo que un boxeador derrotado era exactamente igual a un león muerto. Un león muerto perdía la belleza, la furia, la fuerza y la razón de la existencia. Un león muerto era simplemente eso: un león muerto. Me dijo que lo aprendió de un escritor de Norteamérica. Un tipo a quien llamaban Papá Hemingway. Pero a ese señor nunca lo conocí y con lo que Teo me dijo tampoco me cayó en gracia pues fue un frío y calculador asesino de indefensos animales.

Creí que el viejo iba a callar y que mi sparring regresaría en ese momento al ring para continuar mi entrenamiento. Pero Sandy y Jeanne se quedaron allí, sentados en la sección que solía ocupar Cristóforo Lorenzo cuando a mí me tocaba pelear, en *ring size*, esperando la orden del entrenador. La orden no llegó de inmediato. El viejo Carlos no calló. Tratando de aleccionarme con ejemplos, como era su costumbre, utilizando frases escurridizas, insistió sobre la carrera pugilística de Holyfield. Me habló de su invicto amateur en 174 combates. Me habló de sus famosas peleas profesionales contra George Foreman y Larry Holmes y de su ruidosa derrota ante Riddick Bowe.

Además de los libros de ficción que solía leer Teoduldo, también había podido repasar folletos y revistas sobre boxeadores famosos. Especialmente un par de ellas, *Guantes y Puños*, publicaciones que por casualidad coleccionaron *Cocodrilo* y el último entrenador que tuve. Así que la trayectoria de Holyfield no me resultaba ajena del todo. Le repliqué:

—¿Holyfield?

—Sí, Holyfield.

—Pero no quedó como cagajón de perro —argumenté—. Acuérdate que un año después de su retiro, regresó. Regresó y entonces el cagajón de perro fue el mismo Ruddick.

—Sí —replicó el viejo—, pero al hacer la defensa ante Michael Moorer volvió a caer en la letrina.

Julia andaba gastando los cabrones cobres entre tiendas, médicos y fármacos y sabía que estando Jeanne aplastada en alguna silla del gimnasio no se aparecería por allí.

Me dio tiempo de pensar un par de pendejadas sobre mi mujer, cosas tan huevonas que no valdría la pena referir.

Bajamos del ring y me acompañó hacia el saco de arena. Estuve golpeando duramente y Sandy y Jeanne nos seguían mirando, él de manera torva y ella chispeando esas miradas carnales que las putas no dejaban de lanzar. Si no lo utilizaba en mis ejercicios, de todas maneras Sandy cobraría su sueldo completo. Estaba allí para servir, el gran carajo.

Jeanne compartía un par de oficios: en algunas noches se ocupaba de oficiar en los burdeles y en algunas mañanas se ocupaba de baldear en el gimnasio. Veía en sus ojos una extraña ansiedad por mí. Julia la odiaba. Pero, por María Seferina, lo podía certificar una y mil veces: sólo la había singado una vez.

Ver a Sandy allí sentado como un buda me enardecía. Aquello me sacaba la piedra. Me daba dolor de bolas que los demás cobraran de mi arte como pegador y de mi destreza como esponja de chupar golpes...

Mis entrenamientos eran largos al igual que mis conversaciones con el viejo. En ese momento cuando pegábamos la hebra sobre mi próxima pelea, nos encontrábamos en el centro de su gimnasio y yo sudaba a chorros luego de golpear durante media hora el saco de arena. Poco después, Jeanne seguía donde mismo, pero Sandy me esperaba en el ring aplastado en un taburete con los codos en sus rodillas. Ahora no parecía un buda: parecía la estatua de Rodin, *El pensador*, con la diferencia de que su pose se antojaba más cercana a la defecación que a la reflexión. Sus puños ya enguantados descansaban contra su chichonera. El cabrón contaba mi misma edad, estaba sobre los treinta y cinco, pero la droga, los tiraderos y el alcohol le habían quemado las cotufas. Ya no tenía fuerzas para combatir más de seis minutos, es decir, un par

de rounds. Como todos, en un tiempo vivió sus sueños de grandeza como pegador. Pero de tales sueños no quedaban más que pesadillas.

El jefe le pagaba un sueldo fijo por las golpizas a las cuales estaba condenado.

—No se te olvide nunca lo último que te dije —me dijo el *coach* mientras golpeaba el saco. No quiero que al final de tu carrera te conviertas en pasto de letrina —esa frase solía utilizarla no solamente al estar conversando conmigo sino también cuando charlataneaba con cualquier carajo.

Eso del mojón al fondo de una letrina siempre lo anduvo repitiendo. Crucé un upper contra la imaginaria barriga del saco de arena y luego dejé de golpear. Me volví hacia el viejo Carlos y le dije:

—¿Crees que podré?

—Más te conviene. Además no pierdo mi tiempo entrenando pen-dejos. Sé que tienes guáramo. Apostaría todo lo que tengo, con los ojos cerrados, a tu favor. Pero debes tener cuidado, Betulio. Es muy rápido el puertorriqueño. Debes conseguirle la nariz a como dé lugar. Para mí, es su talón de Aquiles. Ya viste en la postal de *El Nacional*. A *Nino Pecas* nadie le ha tocado la nariz.

Eso era lo difícil y lo comentaba todo mundo. Los periódicos lo decían a gritos. Lo difícil era conseguir la nariz del Niño...

Lancé media docena de puñetazos contra el aire imaginando un universo perlado de pequeñas islas oscuras al centro del cual se encontraba la principal de todas ellas, isla Nariz. El viejo sonrió. Se sentía orgulloso de mi rápida pegada y de mis movimientos de piernas.

Putá madre. Tanto como a Joe Louis, admiraba la trayectoria de Muhammad Alí, su estilo de bocazas, el movimiento de canillas que sacaba de quicio a sus contendores y su fuerte pegada. Veía los videos de sus peleas, especialmente la revancha que dio a Sonny Liston. Liston sólo duró dos minutos y doce segundos pues durante el primer asalto Clay lo sorprendió con un fulminante golpe que nadie pudo ver, un estacazo tan extraño que fue llamado *pegada fantasma*. El video lo repasé más de veinte veces y de veras que tampoco pude descubrir el puñetazo que liquidó a Liston. Quizás fue una farsa o un imperceptible *rabbit punch*.

Sin embargo, ocurrió otra cosa extraña en tal pelea y eso lo sabían todos los aficionados. Me refería a la legendaria confrontación entre

aquellos pesos completos. Liston cayó, pero Alí no acudió a su rincón del cuadrilátero como es preceptivo en el boxeo, razón por la cual el réferi no terminó su cuenta de protección. También pude ver otras del más grande, en videos, por supuesto, como aquella de marzo del 71 cuando se enfrentó a Joe Frazier en el que fue llamado *Combate del siglo*.

Pero (¿qué sucedía?) era mi deber detenerme en un punto exacto: la invicta nariz de *Nino Pecas*.

Normal resultaba que cuando se andaba por la calle, la gente, al fijarse en la nariz, descubría que uno era, o al menos debió ser en el pasado, boxeador. Lo decía al recordar la postal que me mostró el viejo sobre *Nino Pecas*, aquella página completa de periódico donde, aún más que en su archipiélago de lunares, me llamó la atención esa nariz intocable.

Y si era de jocosos que debería debatir, entonces ándele.

La mía, luego de la cuarta o de la quinta pelea bajo el auspicio de *Doctor Peppers*, comenzó a ser como cagajón de perro. Pero el primer abollamiento ocurrió a causa del amor y de la monomanía de quien entonces parecía adorable ser. Fue algo parecido al debacle suscitado entre Tyson y Holyfield en la ocasión cuando el primero, en un eventual ataque de locura, le arrancó a su rival el lóbulo de la oreja. Mi maltrecha nariz tenía historia propia, inédita, quizás interesante para cualquier cronista deportivo, y debería resumirla así:

Sucedió la misma noche cuando gané el duro combate a *Zamurito* Rodríguez. Julia y yo (todavía no vivíamos juntos) escapamos del pequeño gimnasio apenas fui a cambiarme al camerino. Nos tomamos de las manos. Estábamos enamorados en esos tiempos. Caminamos algunas cuadras y nos sentamos sobre una piedra grande y ovalada a orillas de la quebrada, apostados ante un cielo lleno de estrellas donde la luna parecía actuar de madama. No faltaba nadie en ese sitio. ¡No había nadie! Allí nos dimos besos y amapuches. Mientras compartíamos lenguas, el astro aludido hundía su cara de plata en la translúcida corriente. Ella fue la primera en ruborizarse al servir de testigo a mi defenestración.

La noche cuando infligí el nocaut a *Zamurito* Rodríguez, en acto de romántico amor, a orillas de un afluente donde el cabrón satélite se bañaba, Julia me mostró por vez primera su ternura de alacrán. Pero noté algo sorprendente: la luna desnuda no era plateada sino amarilla.

Amarilla, sí, como una arepa con margarina o con mostaza. Así que aquello de plateada y vaporosa era su vestuario exterior, el disfraz que utilizaba para engatusar a los románticos.

Eso se notaba a simple vista. La luna parecía una ramera desnuda bañándose en el mabil de la quebrada, esperando al sol para que la singara, y su sexo era un cráter oscuro del tamaño de una ciudad cosmopolita.

Aquel pubis estaba enclavado en el Mar de la Tranquilidad. Era un nido de pájaro sin pájaro. Se le veía una mancha pequeña como toalla sanitaria que se estuviera quitando después de los días de la menstruación.

A lo lejos se dejaba venir una música de Vivaldi mezclada con una ranchera de José Alfredo Jiménez. Era como juntar fijoles negros con huevas de esturión. Las fulanas *Cuatro estaciones* venían fundidas con *Te solté la rienda*. La repetición de los tensos ritornellos orquestados contrastaba con la música de mariachi que provenía de un bar cercano. Por suerte no eran los odiados do agudos de *La hija del regimiento*. En ese tiempo estaba empezando con la mafia, apenas peleaba en categoría minimosca, parecía un alambre por lo flaco y estaba pendiente de las revistas de boxeo que dejó *Cocodrilo* después de irse al carajo.

El catorce de noviembre de 1966, según refería una de las viejas crónicas de *Guantes*, Muhammad Alí, de apenas 24 años, se enfrentaba a Cleveland Williams quien también sobrepasaba la edad de Cristo. Williams se mantuvo boxeando desde el 59 hasta el 72 y tuvo un récord de 58 KO. Se decía que era muy rápido con los puños (podía conectar 16 golpes en 5 segundos), pero aquel fatídico catorce de noviembre se topó con Alí, quien lo tumbó tres veces en el segundo round. Los golpes del más grande parecían rayos rompiendo la defensa de Williams y en aquel segundo solamente la campana pudo hacer algo para salvarlo. En el tercero lo envió a la lona nuevamente y el árbitro suspendió la desigual pelea. Alí volaba como mariposa y picaba como abeja. Todos envidiaban su estilo y su peculiar pegada. ¡Era el más grande de todos!

La música de Vivaldi mezclada con la ranchera de José Alfredo Jiménez conformaba un sonido atípico. Caviar con caraotas o espaguetis con burritos. De tanto luchar se debió acabar la fuerza de mi mano izquierda. Julia entonces no era la feroz mujer de los ataques neurálgicos.

Las lenguas se nos iban anudando. Me dio una caricia suave sobre el pájaro y yo hice otro tanto sobre el nido. Luego me dijo:

—Ahora voy a morderte la nariz. Cierra los ojos.

Entonces, como estaba en plan de amores, no pensé que hablaba en serio. Cerré los ojos, tal cual como me lo había pedido, esperando que su boca se uniera nuevamente a la mía. Pero no fue así. Sentí su dentellada en mi prosbosis. Apretó mi órgano con su perfecta dentadura colocando el mismo sello que hubiera podido plasmar sobre mi protuberancia un buen pegador. A lo lejos se seguía escuchando *Tè solté la rienda*:

*Se me acabó la fuerza
de mi mano izquierda
Voy a dejarte el mundo
para ti solita
Como al caballo blanco
le solté la rienda
a ti también te suelto
y te me vas orita.*

Pero era tanto mi dolor que llegué a confundir la canción de José Alfredo con alguna de las composiciones con do de pecho que Lalo Schifrin compuso para el trío de tenores.

De esa puta noche me acuerdo.

Octavo asalto Otra pelea difícil

Las muescas que mostraba la cache de nácar de mi antiguo y oxidado *Smith & Wesson* podían referir las historias de mis crímenes. Pero sabía que hasta allí no llegaría la eficiencia de la policía tercermundista. Ellos todo lo arreglaban a plomazos y sus dictámenes se sustentaban en ajustes de cuentas.

Para mí eran como CD con propia historia. Me refería a las muescas, por supuesto. CD que sabría contar con lujo de detalles los pormenores de cada uno de mis asesinatos. Pero eran muchas muescas, muchas historias, y debería escribir al menos mil páginas para detallarlas sin el temor de que alguna de ellas se descarrilara.

Precisamente allí estaba el problema. No contaba con muchas páginas y Teoduldo y Lucrecia se piraron desde el preciso día cuando las trajeron.

Quizás por eso no encontraba mucho espacio para hablar detalladamente de mis crímenes. Unos cuantos sí, por supuesto, pero nada más cosiendo las páginas por los bordes.

Del mismo modo como recordaba el azaroso día de playa que tuvimos, también me llegaba a la memoria la última cena que ella me

preparó una noche antes de partir. Apenas llegué de visitar a Teoduldo y a Lucrecia, ya Julia me tenía preparada la comida. Desde hacía tiempo andaba yo con ganas de merendar conejo con salsa berbecue y esa noche creí encontrar la maravilla. Me sentí feliz por tamaña sorpresa y hasta me hice la ilusión que entre nosotros las cosas se volverían a componer. Allí estaba sobre la mesa el plato con el fulano conejo horneado. Un conejo sin cabeza, sin cola y con salsa de berbecue. Además lo acompañaba otra salsa, de champiñones, y se veía deliciosa.

Comí el conejo y sentí tan delicioso su sabor que raspé hasta los huesitos. ¡Qué me iba a imaginar que esa maldita noche Julia me haría comer gato por liebre! ¡Que esa noche devoraría con todo mi apetito a *El bombardero negro!*

Gato por liebre, sí, pero no cualquier gato. Sin saber, de la manera más inocente, me había embuchado a *Joe Louis*.

Al evocar esa postrera comida no pensaba en la última cena de Cristo, pero creí que la traición de Judas, en comparación con la traición de Julia, fue cosa de novato.

Por eso pensaba en las muescas del que fue mi propio revólver.

Eran cisuras silenciosas que quedaron plasmadas en un jierro que, al asesinarla, pasó a manos de la policía. Sabido era que los tiempos habían cambiado. Los gendarmes del orden público poco se ocupaban de descifrar el lenguaje de las armas que ocasionaban los crímenes; en especial cuando se sabía de antemano que la misma saltó de la mesa una mañana a la hora del desayuno, cuando mordisqueábamos sándwiches de jamón y queso untados de chile, para librarme de un infierno a corto plazo.

Me ardía como carbones calientes el pescuezo. Sí. No podía haber otra explicación. El maldito sparring me había aplicado el golpe de conejo.

Estaba pensando precisamente en la mañana cuando a Julia le entró el plumazo por el culo. En lo que sucedió después y en otras cosas más. Imaginando cómo sería la facha del jefe supremo. Jamás nadie se la había visto. Terminé pensando que ese misterio de la mafia no necesitaba exhibir su cara. Ned la mostraba por él. Así que, a buen capellán, mejor sacristán.

Apenas se murió la vieja, no hice esfuerzo alguno para huir ni para desaparecerla. Hubiera sido el mismo amargo buche en guargüero ajeno. Escapar, andar de pueblo en pueblo escondiéndome debajo de las piedras como los escorpiones. Enterrarla, quemarla, comérmela en pedacitos. Quizás la hubiera pasado con salsa berbecue. Cualquier cosa. Al final resultaría siendo la misma huevonada.

Nada más estiró la pata, llamé al entrenador y se lo dije. De inmediato, el entrenador llamó al enano siniestro. Y seguidamente, *El gus* llamaría a *Doctor Peppers*. Se acercaba la pelea por una corona mundial y el jefe había apostado la mitad de su patrimonio. La querella sería en Bangkok, contra un chino asesino. De la manera más tranquila. Como si hablara con él de alguna de las artimañas que utilizábamos para matraquear peleas. Para dar la paliza. Para encabronar a un pingo...

—No fue mi intención, viejo —le dije.

—¿Cómo fue? ¿Cómo pudo suceder?

—Estábamos desayunando. Entonces se saltó el tiro. Yo no sabría explicar cómo sucedió.

—¡Qué vaina, Betulio! Esto no lo perdonará el jefe. ¡Y ahora que venía la pelea contra el chino!

Eso fue lo único que se le ocurrió decir.

Al viejo loco parecía importarle más la pelea que tendría yo con el chino que la noticia de que su hija había muerto en un incidente no muy claro.

—¿Qué puedo hacer, viejo?

—No lo sé. ¡Qué puedo saber! Puta madre. Supongo yo que llamar a la policía. Pero no lo hagas todavía. Primero hay que consultar con el jefe.

Julia estaba allí tirada en el piso. En su mano engurruñada apretaba un pan de jamón y queso untado con chile. ¡Coño! Un sándwich arrugado en su mano izquierda y un tiro zampado en el mero hueco de su culo. Ni siquiera botó un chorrillo de sangre. Nada. Como si hubiera muerto de embuste, en una obra de teatro o algo por el estilo.

Sería muy difícil escapar de aquello sin los buenos oficios de la mafia. Ya lo presentía. Así que, conociendo como son las vainas en este país, toqué la puerta a mi segundo comodín. Es decir, llamé a Cristóforo Lorenzo.

—¿Gusano?

—¡Cabrón!

Así me dijo el muy zoquete: ¡Cabrón!

—Coño, Ned. Me acaba de pasar algo arrechísimo.

—Ya lo sé. Te estaba llamando por eso. Acabo de hablar con el entrenador.

—Y yo acabo de matar a mi mujer.

—¿Fue a coñazos?

—No. Fue accidental. Se me escapó un tiro.

—Coño, te fregaste.

—Te lo juro. Fue un accidente. ¿Qué puedo hacer?

—Llamar a la policía. Pero espérate. Primero voy a consultar con *Doctor Peppers*.

Cuatro minutos después me llamó él.

—Llama a la policía. Comienza diciendo que fue un accidente. Cuando llegue, ponte sentimental, llora como un maricón. Las lágrimas de los cocodrilos también se anotan en los informes.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

—Voy a llamar de una vez a la doctora Diego. ¡Coño, pero apúrate! Llama enseguida a la policía y comienza explicando que fue un maldito accidente.

—¿La doctora Diego? ¿Y qué pasó con el doctor Cordero?

—No preguntes estupideces y comienza a hacer lo que te digo.

Cuando todo pasó, me enteré de que el doctor Cordero había dejado de ocupar puesto en los tribunales y la doctora Diego se peloteaba las condenas a punta de dólares. Esas cosas pasaban. El mundo era un mercado donde se compraban voluntades y conciencias.

—¿Seré condenado?

—Lo más probable. No se sabe. ¿Quién te manda de pendejo?

Así que de una vez llamé a la policía. Ni siquiera llegaron a buscarme con sirenas. Sin escándalos ni un coño. Nadie llamó a la prensa. No hubo cámara de televisión que enfocara el crimen. Lloré como un maricón y hasta los guardias se conmovieron.

El australopiteco arribó a la sede de los cuerpos policiales poco después. De seguro ya había pagado algún soborno. Ni siquiera me esposaron. Andaba suelto como un corderito. Me llevaban juguitos y pasteles. Ni me gritaron, ni me maltrataron, ni me perrearon. Ni siquiera me sacaron la madre.

—¿Qué fue lo que le pasó con su vieja, compadre?

—Se me fue un tiro.

Y al decir esto mis ojos empezaron a saltar lágrimas, lo juro, como el cobarde más miserable. Eso sería parte del libreto.

Los fulanos policías pelaban la margarita de pura compasión. Alguno hasta me ayudó a jipear. Me palmearon con lástima.

—Cálmese, compadre. Los hombres pujan pero no lloran. Además esas vainas le pueden suceder a cualquiera.

Mi cara había estado saliendo en las páginas deportivas, comenzaba a levantar fama a punta de coñazos y la gente se figuraba que yo sería como el renacer del mito del verdadero Betulio González.

Me mantuvieron en la perrera. Debí llenar un balde de lágrimas, un batido de mocos y agua salada. Pero en eso que llaman sala especial, sin compañía de matasietes ni malandros. Con muchos privilegios. Los maricones llegaron a atenderme mejor que mi mujer. Era algo así como estar en el fondo de una letrina sin cucarachas, con poca mierda y con mucho desinfectante.

Mi revólver quizás no lo volvería a ver. Le hice puñetas. Eso no me preocupaba. Solamente en las cabronas series de televisión se podían ver exhaustivas investigaciones que llevaban a la captura de asesinos en serie. Aquí no sucedía así. Se ignoraba esa ciencia denominada balística. Los mismos polizontes pensaban que eran huevonadas de películas. Los periódicos repetían los dictámenes policíacos y ellos repetían la misma receta. Ajuste de cuentas, accidente, asesinato a mano armada. El enano del circo me explicó días más tarde que el mío era un homicidio culposo y prometió que cualquier sentencia sería revocada. Para eso contaba con la doctora Diego.

Mi jierro pasaría a manos de un funcionario y luego, lo más seguro, a manos de un hampón. Era lo que siempre sucedía. Nadie se ocuparía de preguntar por el significado de tales ranuras y apenas algunos, al notarlas, las tomarían en broma. Según escuché comentar en sus putas juergas de oficina, era un arma tan primitiva, tan extraña y tan oxidada que parecía provenir de los llamados *Western spaguettis*. Si mal no recuerdo, alguno de aquellos funcionarios policiales, entre café y café, llegó a mencionar la película *El bueno, el malo y el feo*.

Para ellos, los neófitos y encabronados guardias, no tenían importancia los enigmas que guardaban los jierros en sus entrañas, así como

tampoco tendría importancia alguna el que cada incisión pudiera explicar el misterio de un crimen que pudiera contarse.

Y tal como dije, cada una de las putas cuchilladas guardaba una historia diferente, algunas al final de mi jornada de trabajo en La Jirafa, otras tantas por llamadas de *El gusano*. Muchas se atribuían a los ajustes de cuentas. Así que cada rayita equivalía a un muerto, un muerto del sexo masculino, por supuesto. Nunca recibí órdenes para matar a una mujer, excepto a Claudia de Lorenzo. Esa condición no dejaba de parecerme una ironía del destino. Ironía el que mi detención se debiera precisamente a la muerte de una mujer. Para colmo de la sátira, por el asesinato de quien fue mi legítima concubina.

Pero en eso de matar, como dije, cada rayita del jierro guardaba su cabrona historia.

Solamente una muesca del que fue mi oxidado *Smith & Wesson*, lo puedo asegurar, tuvo final feliz. Los hechos los recuerdo con severa precisión: estaba comenzando un año y Julia preparaba sándwiches con jamón y queso. De eso me acuerdo. Incluso hasta pude verla sonreír. Por un instante creí que resurgía el amor, que no volverían los ataques neurálgicos y que podríamos ser felices como ocurre en los cuentos de hadas.

Esa mañana no se notaban sus ideas delirantes. Ni siquiera se creía víctima de una conspiración y sus celos desmedidos por las putas no los mostraba en ningún momento. Por un instante nos creímos felices. Como esos pajaritos cagones que sólo saben cogerse a besos...

Aquel día al cual me refería, tal cual como los versos de un poeta que solía recitar Teoduldo, Julia amaneció de bala. Olvidó sus males. Hicimos el amor como jamás lo habíamos hecho y me trató con ternura que lejos pudo parecerme de alacrán. ¡Qué contradicción! ¿Qué podía pensar de lo que vendría después? ¡Qué horror! Un golpe a la mesa y un seguro balazo en pleno culo.

Parecía ser la Venus del amor. La Venus del amor en el preciso día cuando se iría a morir. Se sentía feliz. Se veía feliz. La recuerdo en el momento cuando preparaba los sándwiches.

—Me siento feliz —me dijo. Ya esos animales que tenías no perturbarán la paz de nuestro amor. Ahora no pensarás en ellos. Pensarás sólo en mí.

A todos los había matado. Eso parecía haber sido el mejor remedio para su hipocondría, para su paranoia, para sus ataques sorprendidos, para su descabellada celotipia.

Su chifladura parecía haberse disipado con sus crímenes. De veras. Cuando Julia dormía luego de que hicimos el amor, el insomnio me agarró desprevenido como atentado terrorista. Pensaba en mis animálitos y no creo que fueron de cocodrilo las lágrimas que por ellos derramé. Fueron sinceras. Lágrimas de dolor, de rabia, de impotencia y de despecho.

No puedo olvidar esa mañana cuando la envié a ocupar su puesto correspondiente en el infierno.

Me sentía preocupado pues un compromiso muy peligroso me esperaba a la vuelta de la esquina. Nada más y nada menos que un chino asesino, en Bangkok, por un título mundial. Sabía que perder significaba firmar mi sentencia de muerte. La mafia había colocado su patrimonio a la vencida. Al menos eso era lo que me habían dicho el viejo Carlos, *El gusano* y su dueto de esbirros. Como abre boca, debería enfrentar a *Kid Barlovento*, el cual, según comentarios del viejo, era un paquete. Luego de él iría por el plato fuerte, por el título gordo contra el amarillo.

Pero antes de todo, me afanaba en saldar otros compromisos con *Doctor Peppers*. Y no precisamente relacionados con el box.

A través del australopiteco me había ofrecido un bono de diez mil bolívares fuertes para matar a un gordo de mierda.

La madrugada anterior a ese compromiso, como no podía dormir, me puse a revisar el tambor de mi *Smith & Wesson*. Las balas 38 estaban metidas en su sitio esperando por el débito que debería efectuar nada más al amanecer. Todo estaba en orden, menos mi sistema nervioso. No podía dormir. Coño. El desasosiego me jalaba por las bolas. Me sentía descontrolado. Malditos nervios.

Entonces, a eso de las cuatro de la mañana, como no lograba pegar los párpados, me dirigí hacia la salita y al ver el receptor de televisión opté por encenderlo.

Lo que estaban televisando llamó de inmediato mi atención. Transmitían un hecho que ponía la carne de gallina. Estaban mostrando en la pantalla de CNN el ajusticiamiento de Sadam Huseín.

Una semana atrás, gracias al *rabbit punch*, había enviado al traste a *Nino Pecas*, no sin antes sufrir los embates de un excelente pegador que aprendió a pelear, como Clay, porque alguien le robó la bicicleta. Había derribado a mucho púgil en su natal Puerto Rico.

Todavía me dolían los golpes que me había dado el lunarejo. Pegaba duro ese Niño, quizás tan duro como pudo pegar en un tiempo *Mano de Piedra* Durán. Especulaba que mi triunfo fue producto de mi eterna lucha contra la adversidad. Nunca me dejé vencer por el desaliento hasta el momento cuando la tragedia hizo pasto de mi vida. Me guié siempre por prospectos del box. Algunos ejemplos me ayudaban a no echar para atrás ni para tomar impulso. Pero siempre tuve mis ídolos, además del santo al cual le entregaba entera devoción. Y entre mis ídolos se hallaba *Chapo* Rosario. También *Chapo* Rosario y yo éramos dos granos de arena, parecidos al igual que Pambelé, al igual que Tyson, al igual que Rondón y muchos otros que llegaron al boxeo por accidente. Para nada sería bueno imitar etapas oscuras, pero yo lo hice. Y bien recordaba al *Chapo* esa madrugada cuando revisaba el jierro. Lo recordaba muy bien luego de la derrota ante Frankie Randall. Pero de por medio se hallaban sus problemas. Los que tuvo con las drogas y el alcohol. *Chapo* Rosario y sus recurrentes entradas a prisión no eran cosas ajenas para mí. Su carrera fue dignamente respetable. Siempre lamenté su última derrota. La muerte lo sorprendió muy joven aún, cursando la misma edad de Cristo, y su cruz fue un edema pulmonar. Al *Chapo* lo encontré en videos que guardaba el viejo Carlos. También en la revista *Guantes*. Pude ver por televisión la histórica pelea en Las Vegas frente a Julio César Chávez, en repetición, y aquella por el título de la WBA, ante Anthony Jones, donde demostró todo su coraje.

En casa tuve cuatro mascotas antes de que Teoduldo, luego de mi décimo cuarto triunfo, me regalara la antítesis del primer animal que me obsequió, un gato negro y enorme, venido desde la nebulosa tierra de los anglos, a quien terminé llamando *El bombardero negro* en honor a Joe Louis. Desde entonces fueron cinco. ¿Sería una necedad seguir hablando de ellos?

Ellos se repetían una y otra vez en mi conciencia.

El inicial fue el gran danés que me regaló Teoduldo y Lucrecia. Lo miré crecer entre los rincones de la casa, le di lo mejor que un pulgoso puede ambicionar y como mi hermano supuso que sería un animal que

no tendría rivales en los momentos cuando lo indujera a confrontaciones callejeras, me pidió que lo llamara como un gran boxeador. Por eso se llamó así, *Dempsey*. Era un can enorme, invencible ante sus semejantes, y en casa se comportaba, puedo asegurarlo, de manera cívica y tranquila. En algunas ocasiones lo montaba en la moto y lo sacaba al parque. Trotaba en su compañía en las veredas y le manifestaba un aprecio fuera de orden. *Dempsey* y yo (al igual que el resto de mis ya difuntos animales) estábamos conectados, nos entendíamos bien, éramos amigos perfectos. Ocasionalmente lo llevaba a consulta veterinaria y el doctor Pereira se ocupaba de mantenerlo en saludables condiciones.

También, como se sabe, poseía un loro llamado *Muhammad Ali*, animal de lengua viperina y de muy despierta inteligencia que al final se le ocurrió la fatal idea de improvisar bromas a costa de la hipocondría y del morro de mi mujer. Eso para él, conociendo del criminal genio de Julia, fue como jugar a la ruleta rusa.

El loro tenía una grabadora en su puta cabeza. En alguna ocasión presencié una pelea televisiva, un nocaut fulminante, y sorprendentemente cincelo en su memoria el conteo de protección. Sabía contar hasta cien y podía distinguir los colores primarios.

Había conocido perros jodedores que se atrevían a cantar rock, pero loros que contaran como réferis, imprimiendo asombroso dramatismo cuando iban por la pista del último número, era algo muy diferente. Además, echaba pestes contra sus semejantes, en especial contra Julia quien, a la larga, tomaría represalias nefastas contra él.

Tampoco tenía rival. Como era tan bueno en una como en otra cosa, le otorgué ese nombre, *Muhammad Ali*, no en desagravio sino en honor al más grande, y, por supuesto, por tratarse de un bocazas sin igual.

Los sarcasmos de *Ali* eran tan inocultables como la tos. Julia representaba el blanco de todos sus dardos venenosos. Por mala suerte, ese animal se comportaba extremadamente detallista y nunca pudo dejar de fijarse en su nariz. No era de pegador, no había sido estropeada por los golpes, sino por su propia naturaleza.

Mano de piedra, el pez, sí era un horror viviente. Tenía muchos parecidos con el monstruo de la laguna negra. Sus quijadas prehistóricas colmadas de afiladas cuchillas podían amedrentar los espíritus más

templados. Nada más al verlo descuartizar su ración de sapos y sardinas causaba viva aprensión.

Pero el gato era un animal huidizo, comedido, oscuro, misterioso, sin afinidades boxísticas, el cual fue condenado a muerte desde el primer instante cuando Julia, luego del mal día de playa que tuvimos, leyó el fatídico relato de Edgar Allan Poe.

El más inocente y desquiciado de todos era el hámster, *Mickey*, triste ratoncito blanco hijo de la fatalidad que daba vueltas sin parar a su molinillo. Las veinticuatro horas del día, sin descansar un minuto, aceptando con devoción el suplicio de su infierno. No lo veía alimentarse. Parecía un juguete de cuerda.

Pero Julia era otra la mañana de los sándwiches y eso me hacía sentir feliz. Inclusive miró sin rencor la jaula ya vacía que tanto la exasperó en otros momentos, la misma donde en ese amanecer ya no se encontraba un *Muhammad Ali* adormecido por el frío y por los malos tratos que últimamente soportaba a causa de una nariz. Al cabrón cotorro lo obtuve como regalo luego de salir airoso en otra pelea complicada que se me presentó, la octava de mi carrera, contra un pegador tan alto y tan flaco como un tronco. Para entonces ya estaba en peso pluma, y no me refiero al loro sino a mi categoría como boxeador.

De todas, la más difícil fue contra *Kid Barlovento*.

Se llevó a cabo en su propia casa, en Barlovento. Era nombrado así: *Kid Barlovento*. Llevaba buena hilera de triunfos el pendejo, veintiséis por KO, un empate y una derrota. En los círculos boxísticos nadie, excepto la mafia, daba un centavo por mí. Me pesaban los años, mi estilo no era muy convincente y me movía como buey a fuerza de latigazos. Pero sólo tenía una salida para poder seguir respirando: ganar. Si no ganaba, las cosas me sabrían a madres.

A mí me infomaron que la pelea contra él sería como soplar y hacer botellas. “Le das cuatro vedugazos al pendejo y luego irás a Bangkok por el título mundial”. Así me dijo el australopiteco.

Todas las apuestas estaban en mi contra, primero porque era visitante y segundo porque los brazos de aquel quemado eran largos como los de un orangután. Podría agregar una tercera adversidad, mi average. El negro había machacado veintiséis contra la lona. El público asistente a la confrontación era otra contrariedad. Nadie daba nada por mí, ni

siquiera un centavo partido por mitad. Casi todos lucían el mismo color de piel de mi contrincante. Los alrededores del cuadrilátero parecían una carnicería de Mercal en momentos de ofertas. Cuando se dio inicio a la pelea, todos comenzaron a gritar pidiendo eso que vinieron a comprar; mi carne machacada y mi sangre fluyendo como torrente rojizo. Esa pelea fue mi más dura comprobación para disputar un título mundial, inclusive resultó ser más difícil que mi enfrentamiento contra el Niño.

Cuando salimos al centro del ring, de inmediato comprendí mi desventaja: mis brazos eran más cortos y más débiles que los de mi contendor. Movía mis piernas con la agilidad de siempre, que no era muy impresionante que digamos, a un ritmo menor que como lo hacía el negro, y mis extremidades superiores lanzaban menos golpes que las suyas. De paso, mis puñetazos no llegaban a su objetivo y su cuerpo se me escabullía como una sombra. Por el contrario, los golpes de *Kid Barlovento* comenzaron a triturar mi cuerpo con relativa facilidad. En eso sí me destacaba: asimilando las energías de los oponentes hasta extenuarlos como alguien que eyacula.

La pelea no duró más de cinco rounds, pero ya en el segundo comenzaba a sentirme derrotado. El negro había vuelto mierda mi sien izquierda. La cicatriz que forjó un balazo cedió como malla mal cosida y mi sangre comenzó a manar para deleite de los espectadores. Los gañotes de la gente soltaban gritos de regocijo. Para el segundo asalto, me había tumbado en un par de veces. Sonó la campana y regresé a mi esquina. La sangre de mi herida había saltado a mi ojo siniestro y ofuscaba mi visión. El viejo colocó en el saliente que nos correspondía el taburete de madera y debió dirigirme para que pudiera sentarme. A seis metros, en su rincón correspondiente, pude ver difusamente a un contrario que aplaudían. Su barbilla terminaba como quijada de chivo mostrando una fugaz pelambre propia de zonas xerófilas. Sonreía en forma pernicioso seguro de que triunfaría sobre mí, lo más seguro, en el próximo round. Era un negro raro, como enviado desde un desierto de Afganistán. Sus cejas parecían aletas de sombrilla y ofrecían protección a unos ojos que soltaban chispas. Ese par de pepas chispeantes y rojizas circulaban en el universo de su cara, un caos oscuro como los intestinos del agujero negro. La distancia entre esas semillas de odio y su nariz podría ser de pocos centímetros. Su facciones invictas contrastaban con las mías.

Fue una de las más duras. Quizás la peor. Fue la pelea de la puta madre.

El viejo limpió mi cara cagada de sangre. No era tan grande mi herida, pero cualquiera sabe que la cabeza es muy escandalosa. Tenía ese defecto desde la vez cuando me rozaron el plumazo. Apenas tocaban mi cicatriz, se abría como una cuca.

—¡Maldita sea! —dijo el viejo—. No vuelvas a alejarte de ese hijo de perra. No le des oportunidad a que te siga golpeando. Te sabrá a madres. Si pierdes te matarán.

—¿Cómo hago?

—Métete adentro. Sus brazos son como látigos. Búscalo adentro y golpéalo al hígado lo más rápido y contundente que puedas. Si acaso fallas en el intento entonces busca el *rabbit punch*.

Comenzando el tercero, el negro me apaleó tan fuerte que inclusive salí expelido del ring. Sin duda, poseía el efectivo estilo del más grande de todos los tiempos. Lo imitaba a la perfección. Paseaba en su bicicleta, con los brazos caídos, echaba hacia atrás y hacia delante con una elegancia pugilística que me sacaba de quicio, y cuando me acercaba para vapulearlo entonces me sucedía como a un ratón cuando se veía caer en la trampa. Porque era el momento preciso cuando sus largos brazos se revertían transformándose en látigos que me martirizaban. Eso fue lo que sucedió comenzando el tercero. Me hice la ilusión de que vacilaba en su nociva bicicleta y quise aprovechar para sacudirle mis puños. Pero sólo pude dar con el vacío. Mis pies trastabillaron, mi cuerpo vaciló y allí mismo sentí cómo se me venían los verdugazos que me suspendían a mansalva hasta echarme fuera del cuadrilátero.

El público estaba de lo más contento pues *Kid Barlovento* se estaba luciendo en su propio patio. La gente daba la pelea por descontada y el árbitro estuvo a punto de dejar la confrontación hasta allí indicando nocaut técnico. Las palabras del viejo también machacaban mi cerebro: *Te sabrá a madres. Si pierdes te matarán.*

Hubo el intento. Enviaron al negro a su esquina y a mí me agarró los guantes el réferi y me preguntó si aguantaba un coñazo más. Le dije que sí.

Volvimos a encontrarnos en el centro del cuadrilátero. Lancé un upper y lo fallé. Mi contrincante aprovechó para darme una nueva sacudida. Una coñaza que me sacó nuevamente del ring como corcho de champaña.

Pero aquel matracazo no significó el fin de la pelea. Al contrario, apenas choqué contra el piso, sentí que subía a mi cabeza una inundación de adrenalina. Comencé a ver al desgraciado como si fuera el mismísimo demonio. El golpe que me lanzó contra el piso hizo que las acciones se tornaran un trampolín. Apenas choqué, pude saltar como resorte y el mismo réferi, al igual que los concurrentes, se quedó impávido con mi reacción. A partir de ese momento me metí adentro. Le golpeé el hígado con una celeridad de máquina. Luego lancé golpes cruzados que lo enviaron a besar la lona.

Pero la pelea tampoco terminaba allí. El negro poseía mucho coraje. Se levantó de inmediato, con los brazos caídos y su bicicleta a todo tren, por supuesto imitando el mejor estilo de Alí, y lanzó una nueva andanada de porrazos. Estuve cuerpo a cuerpo contra él y esta vez los golpes apenas me alcanzaron. Volví contra su hígado. Sacudí el bulto rápido y en forma rotunda. Debí haber reventado aquel lugar tan importante donde seguramente guardaba sus alcoholes. Fue, sin proponérmelo, mi penúltima pelea, la más brava y encarnizada de mi carrera. Después vendría mi lucha contra el chino, pero entonces mi vida dio un vuelco inesperado en ocasión cuando Lucrecia, la mujer de mi hermano, invitó a mi propia mujer a un domingo playero. Las cosas cambiaron desde entonces. Gerardo se metió en problemas por culitos. Julia mató a mis animales. Yo maté a Julia. La mafia me hizo conocer el amor de madres. Todas las cosas cambiaron de repente. ¿Qué más podría explicar?

Luego del crimen, la perrera. Esos días grises donde el sol no maduraba. La única visita cuando Teoduldo y Lucrecia se aparecieron con las páginas. La mediación de Cristóforo Lorenzo. “Te sacaré de la mierda nuevamente”, repetía. “Ya hablé con la doctora Diego. ¿Cómo poder evitarlo?” “Doctor Peppers no puede suspender la pelea contra el chino. Allá en Bangkok te espera, cabrón”. Soltaba su carcajada como si caer en la trampajaula y salir de ella fuera pan comido para un pájaro como yo.

Entonces me consolaba escribiendo esas pendejadas, probando atrapar con mi memoria el montón de imágenes que escapaban como agua entre las manos. Intentando hacer lo sugerido por Teoduldo y por Lucrecia. Haciendo el intento de torcer el pescuezo a la metáfora.

En los rincones de la celda buscaba la razón de mi desgracia. Las razones de la sinrazón. La vida que era meramente complicada. De veras que la perrera no me causaba mucha depresión. Quizás por la costumbre. Pero a veces me sentía como un pedazo de hielo en el Atlántico. Desvalido y muy solo. La imagen del iceberg en el Atlántico se pasaba de hermosura. Más bien parecía un mojón en el fondo de la garita.

El recuerdo de la penúltima pelea aparecía en muchos de mis insomnios. Fue muy dura. Casi me sentí morir. Un hombre allí, aplastado contra el piso igual que un mono muerto. Mi rival terminó en las tablas, con los ojos abiertos, mirándome desde abajo cuan largo era con sus pepas rojizas y chispeantes. Aquellos fanales desbordaban odio profundo. El aliento se le esfumó y ya no pudo sostener el peso de su cuerpo. Los concurrentes quedaron de una pieza, extrañados como los fanáticos de aquella noche inolvidable de mi nacimiento, cuando Miguel Thoddé narraba desde Tailandia la pelea entre Betulio González y Venice Borkorsor.

Conformaron un cementerio silencioso. Cada espectador era una tumba. Y se quedaron así, de una pieza, igual que monumentos funerarios, vacíos de palabras sin saber por qué.

El viejo Carlos y yo sí sabíamos el por qué. El *rabbit punch* era un golpe prohibido. Y ese precisamente fue el trastazo que le apliqué a *Kid Barlovento* cuando ya me sentía en las últimas. Aquella pelea me hizo recordar nuevamente la que se llevó a cabo entre Luis Ángel Firpo y Jack Dempsey en el año 1923.

Apenas acababa de salir de un fuerte compromiso ante un boxeador de los buenos y eso me hacía sentir en las nubes. Mi fotografía en los periódicos y los comentaristas deportivos de la prensa, de la radio y de la televisión dándome bomba como nunca jamás me la habían dado. “Jalen, pero no se guinden”, me decía yo por lo bajo viendo las turbas de proxenetas corriendo detrás de mis glorias como boxeador.

Pero hasta allí me llegó la cuerda.

Ya sabía quién vendría después de *Kid Barlovento*: un chino cabrón que había mandado a no sé cuántos a la tumba. Me esperaba allá mismo, en Bangkok, en el mismo sitio donde el verdadero Betulio dejó olvidados los calzoncillos. De ganarle al amarillo se pondría buena la cosa. La mafia ganaría y yo también. Al menos era la cuenta que sacaba. Ya tenía la fama. De ganarle al maricón me llegaría entonces

la fortuna. Pero solamente eran sueños de pendejo. Ilusiones de un mortal que soñaba con la gloria.

Sabía que sería muy difícil derrotarlo. El chino se había metido en el bolsillo una catajarra de triunfos y la prensa allá en Tailandia comentaba que el próximo rival sería un paquete venezolano, es decir, un saco más de papas que colgaría sin esfuerzo en la varilla de sus triunfos.

El alma de María Seferina quizás me advertía que parara. Que ya era suficiente. El chino era un verdadero matón. Un matarife con guantes y con cara de gorila.

El pellejo levantado de mi sien izquierda, la costra de sangre que cubría parte de mi rostro, el ojo atrofiado, hinchado y rojizo, mi cuerpo vapuleado, mi relación infeliz con una paranoica. La vida misma me decía que huyera hasta el culo del mundo. Hacia un lugar donde ni Julia ni la mafia pudieran encontrarme.

Todas esas cosas me ponían a pensar.

Y un chino matón para completar la gracia.

Ya para entonces no tenía deseos de continuar como púgil. Me sentía viejo y aporreado. Sabía que los golpes me reventarían tarde o temprano y a pesar de mi ambición boxística, intuía que el almanaque ya comenzaba a pesarme. Así que llegar a la altura del verdadero Betulio González sería algo más que difícil. ¡Habían transcurrido algo más de tres décadas desde el amanecer cuando se suscitó aquella loca pelea donde él levantó la mano a su rival!

Pero también sabía que la mafia, en caso de no reventarme a golpes, me reventaría a plomazos. Que tarde o temprano me haría conocer el sabor a madres.

Sin duda, la cuesta se había tornado más penosa en cada nuevo compromiso. Antes de *Kid Barlovento*, el Niño, el puertorriqueñito de cándida apariencia, cuyo rostro parecía de una inocencia colegial, resultó ser un hueso duro de roer. Supo defenderse como un campeón y de no haber sido por su famosa nariz, ahora no estaría recordando mi triunfo. Por suerte no hubo revancha. Porque a *Nino Pecas* después le fue bien. Ganó un par de peleas con buena bolsa y, según pude enterarme, se retiró del boxeo. No perdió con ningún otro, hizo fortuna y la supo aprovechar. En un año dejó de ser mártir del cuadrilátero. Supe de él muy pocas cosas. Se alejó del ring y se asoció en una agencia de

viajes. Eso me dijeron. Al menos no tomó el camino del alto porcentaje de pegadores que se embalan entre la droga, el alcohol y el crimen.

Brilló con luz propia. Al menos no dejó que la mafia fuera su conciencia.

Noveno asalto

Instrucciones para matar a un gordo

Recuerdo que el resto de los panes esperaban en la mesa junto al frasco de chile. No eran cuatro sino seis, dos de los cuales estaban envueltos en servilletas y metidos en una bolsa plástica. Julia me había dicho que no iría al gimnasio porque allí se encontraba Jeanne haciendo el cepillado. Que no quería ver la cara de la puta que se encargaba de baldear. Hasta me había pedido el favor de que llevara un par de sándwiches a su padre.

Ese cabrón trabajaba con constancia, día a día, noche tras noche, y se ocupaba, además de mí, en la preparación de otros boxeadores que poco prometían. Eran pendejos que servían para el relleno de carteles antes de que llegara la hora de las peleas estelares. Valían menos que cagajón de perro.

Un adhesivo apretaba la cuca de mi sien izquierda. Me dolía la cabeza. El cuerpo lo sentía estropeado. Para paliar el dolor me había tragado varias aspirinas.

Aquella mañana no tenía el deber de entrenar ni deseaba hacerlo. Aún me estaba reponiendo de la paliza que me dio *Kid Barlovento*. El viejo me había dado un par de semanas de descanso luego de mi

enfrentamiento con el negro, pero en realidad ya tenía pocas ganas de seguir en esa brega. El capo trataba de alentarme. Me decía que *Doctor Peppers* se sentía orgulloso de mí. Pero el récord de aquel chino sanguinario hacía que mis cojones volvieran a encurrucarse. Había empacado tres para las pompas fúnebres y no menos de una docena habían quedado parapléjicos.

Y yo estaba un poco viejo y acabado para el ring. Mis años no eran una pendejada. Pesaban como sacos de papas en el espinazo de un pegador.

Hubiera querido llegar a un acuerdo con la mafia. Decirles lo que yo pensaba. No más peleas. Que se conformaran encomendándome trabajos de sicario. Pero no. Pensaban distinto a como uno pensaba. Ellos me querían allí, en Bangkok, para que un chino me destripara.

Mis lucros como pegador, hasta ese momento, se hallaban al mismo nivel de mis ingresos como sicario. Mis golpes, a pesar de ser rotundos y certeros, no surtían tantas ganancias como mi dinamismo de matón a sueldo. Tampoco obtenía mucho como cancerbero de discoteca. Pero cuando El Greco necesitaba sacar a alguien de circulación, me obsequiaba buenos bonos. Era el capullo de la conexión.

Cristóforo Lorenzo me buscó una noche en la discoteca. En pleno barullo del “templo de la perdición” llegó para ordenarme otra tarea. Como siempre, esperaba ver el resultado de mi trabajo en los periódicos. La garantía eran las páginas de sucesos donde reseñaban, además de otros delitos, los casos de ajusticiamiento.

Aquello de matar no resultaba tan trabajoso como los combates en el cuadrilátero. Mi vida era el box, pero ya me sentía cansado. Viejo como cabrón. Tan vuelto cagarrutas. Con algo más de la edad de Cristo. Apaleado como piñata. Y un chino maldito a la vuelta de la esquina esperándome para ordenar mis funerales.

Por eso también quería salirme del ring. De verdad me daba un poco de culillo. No había que pensarlo dos veces después de la pelea contra *Kid Barlovento*. Prefería continuar como sicario. Que el box se fuera a la mierda antes de que acabara con mi vida.

Traté de explicarle otras razones a Nelson Ned para que éste a la vez tratara de explicarlas a *Doctor Peppers*. Esa era mi intención. Le dije que la treintena que llevaba encima representaban un paquete muy pesado para moverlo en el ring. Estaba convencido de que matar gente

le resultaba más lucrativo a la conexión. Que mi trabajo como sicario no era más que un compromiso de saneamiento. Con esas ideas quise aclarar las cosas ante el enano siniestro. Solamente liquidaba a aquellos cabrones que transitaban el carril contrario al jefecito, aquellos que irrevocablemente andaban en sentido de reverso y que resultaban más productivos en posición horizontal. Las víctimas de mi *Smith & Wesson* tenían rabo de paja. Traficantes de drogas, ladrones de carros, funcionarios corruptos, abogados logreros, armeros, reincidentes... Le rogué al cabrón. “Dile a nuestro patroncito que ya basta de peleas”. Así le dije. Lorenzo me contestó después de una ambigua sonrisa:

—Te sacamos de la perrera para que pelearas. ¿Es que no te acuerdas?

El próximo compromiso involucraba a alguien pesado como un tiranosaurio. No era un pez gordo. Nada qué ver. Se trataba de un pendejo. Pero últimamente se había transformado en una ficha enemiga a nuestra organización. Tampoco era un compromiso de boxeo. Se trataba de un maldito barrigón, un fiscal de tránsito matraquero, a quien debería eliminar. Un sapo, un soplón.

Así me lo dijo Cristóforo Lorenzo. El australopiteco me mostró fotografías y me describió las características del cliente inmediato. Parecía ser que el enano se regodeaba al detallarlo, tal cual como pude descubrirlo después: abultado y de cara rolliza, y no tenía otra fortuna en el mundo más que su insignia de cabo de tránsito terrestre.

Primero me lo mostró en fotos. Se trataba de un pobre diablo. Llevaba uniforme de fiscal y arrastraba su talla de ballena como una cruz. En un primer momento no pude notar nada insano en él, excepto su volumen. Pensé una pendejada al respecto. Con un millón de barrigones como el condenado, la tierra hubiera sido capaz de salirse de órbita.

Pero del resto no se notaba en él más que un uniforme de matraquero. No podía tener felicidad, ni mucha fortuna, un hombre con la imagen de quien estaba viendo en el retrato. El dinero se lo consumiría su saco de basura estomacal y su apetito compulsivo. Esa imagen me hizo recordar a *Mano de piedra*, pues los dientes que vi en la reproducción parecían dientes de piraña dispuestos a devorar sardinas y sapillos en cantidades industriales.

La sentencia de muerte del tiranosaurio la dictaba el chivo que más meaba: *Doctor Peppers*. El motivo era obvio: el cabo había propinado

alrededor de cinco golpes cojonudos a nuestra conexión. Era un soplón. Estando de servicio en una alcabala junto a contingentes de la policía y de la guardia nacional, la última vez, logró detectar una cantidad muy significativa de cocaína. El gordinflón se las traía. A simple vista podía pensarse que tenía olfato de perro. Su nariz varias veces había estado metida en el asunto, apuntando hacia el lugar donde se ocultaba nuestra mercancía.

El australopiteco me sacó de dudas. Ese pendejo destinado a morir no estaba parado precisamente en el lado perfecto. Su virtud como funcionario no existía. En verdad, había propinado algunos golpes duros a la mercadería de nuestro jefe supremo.

Pero todo en beneficio de otros narcotraficantes. Ése era el problema. Le trabajaba a la competencia. A otra conexión. A otros cabrones cuyo jefe máximo hacían mentar *Red Rider*.

—¿Cómo carajo hace? —le pregunté a *El gusano*.

—Muy fácil —me contestó. Le dan el pitazo. La competencia le dice por dónde pasará nuestra mercancía y el cabrón sopla al gobierno para que éste le tienda la emboscada.

—¿Cómo hace la competencia para enterarse de los sitios por donde pasará nuestra mercancía?

—También es fácil de contestar. Eso se debe a los traidores que están infiltrados en nuestra familia. En todas partes hay traidores. En nuestra familia, la traición se paga con la vida.

—Entonces hay que matarlo.

La mano derecha de *Doctor Peppers* asintió.

—Sí, hay que matarlo —dijo.

—¿Y cuánto vale la vida del cabrón?

—Vale oro.

—¿A cuánto equivale el bono por reventarlo?

—Mucho. Te caerás para atrás cuando lo sepas.

—¿Cuánto?

No contestó de chupulún el hijo de perra.

—¿Cuánto, *gusano*?

—Nada más y nada menos que diez mil bolívares fuertes —contestó al fin.

La cifra bailó un joropo en mi cabeza. Casi me pegó un patatús. Era mucha plata. Nunca había ganado diez mil en ninguna de las

peleas auspiciadas por el cartel. Ni siquiera sumando las ganancias de todas las reyertas que protagonicé. Yo era solamente una apariencia manipulada por la mafia. Todos los coñazos que recibí de por vida no costaron tanto azogue.

Me puse a pensar que no sería difícil montarme en ese bono. Ned cumplía siempre con el pago. Además, no parecía ser cosa tan difícil. Matar la ballena para sacarle la manteca. Aquel decir, por supuesto, lo aprendí de *Cocodrilo*.

—¿Y los plomazos? ¿Dónde quiere el jefe que le pegue los plomazos?

—En las tripas, por supuesto —dijo tranquilamente *El Teletubi*.

En ese momento completé la idea de que el cabo Castañeda era un tipo apto para que mi *Smith & Wesson* entrara en acción. Lo imaginé con cara de cerdo (único detalle acertado de mi hipótesis en el momento de conocerlo personalmente) agarrándose la barriga cuando le pegaba los pepazos. Porque los cabrones tiros deberían entrar en el sitio exacto que me ordenaban: en los chorizos estomacales del pendejo.

La cabeza me estuvo dando vueltas, buscando una explicación por la cual los hijos de la puta madre ofrecían tanto billete.

Algunas fugaces razones asomaron a mi mollera. Seguramente el Cartel deseaba dejar un ejemplo como precedente para que nadie se inmiscuyera en sus asuntos. Hice un avalúo imaginario de la personalidad del condenado, un bosquejo instantáneo e impreciso de cámara polaroid donde sobresalía su supuesta malevolencia. Me gustaba la idea de que el tipo jugara en el equipo de los malos, que se moviera en el raíl de viceversa, que mantuviera sus esfuerzos intentando engañar a la vez a la ley y a los mafiosos. Así podría cumplir el trabajo con la frialdad que me caracterizaba y de paso le pondría la mano a una pelota de billetes.

Imaginé que, cumpliendo una chamba tan jodida, el tiranosaurio debería tener mucho caudal.

—¿Está forrado de billetes?

—No se le ve el billete por ninguna parte —dijo *El gusano*—. Es un pendejo. Tan limpio como la pata de un santo. Desde hace quince años conduce un *Corcel* que ya pasa el aceite en latas. Vive alquilado en un rancho que casi se le viene encima. Jamás sale a viajar en vacaciones. La plata que se gana sólo le sirve para rellenar la cloaca que tiene

por tripas y para rellenar las de su mujer. Porque las tripas del cabo Castañeda y de la vieja que tiene son como alcantarillas que les cabe de toda mierda. Pero esa habilidad para detectar los alijos no se la cree nadie. El imbécil recibe los pitazos de nuestra competencia para hacer los decomisos.

—¿Y su mujer? ¿Está metida también en el asunto?

—No lo sé ni me interesa saberlo. Es una gorda que solamente sabe meterse en su plato.

—¿Cómo? —no le entendí.

—Que vive para comer, no come para vivir.

—Pero seguramente la vieja se dará sus lujos —le dije— y hasta puede que tenga un amante que se encargue de desplumarla.

—Lo dudo —argumentó *El gusano*. Dudo que algún huevón, así esté ciego, llegue a interesarse por un saco de grasa como ese. La manteca hiede.

—Entonces, ¿a qué se dedica?

—Lo único que hace la bendita condenada es tragar como bulímica. Nunca en su puta vida ha entrado a peluquería alguna. Su imagen es nefasta, pero le importa un rábano. Sólo visita tiendas de pacotilla. Eso sí, lo que se gana el cabo lo despilfarra de inmediato en el supermercado. Es su único vicio. Lo de ellos es hartarse y engordar como puercos. Imagino cómo podrán hacer las cositas, cómo se verán en pelotas. Seguramente resultará una misión imposible.

—¿Y el cabo? Seguramente tendrá sus debilidades, los terminales de lotería, los caballos, las putas de los burdeles, alguna rata por ahí que le saque los reales.

—Nada qué ver. No juega ni solitario. Ni siquiera debe masturbarse. Tampoco le gustan las putas. Y de paso es monocuco.

—¿Monocuco?

—Coño, que tiene una sola mujer, que conoce un solo culo. Pero te repito. Ese cochino está metido en el equipo de los malos.

—¿Cómo lo sabes?

—El Cartel tiene buenos confidentes.

—No se sabe —dije yo—. Puede que tenga buenas fuentes sin necesidad de pertenecer al equipo de los malos.

—Pero no te creas. El gordo no tiene una libra de tonto. Debes marearlo. Inventarle un cuento.

—¿Cómo hago?

—Ingéniate alguna vaina. Dile que vas de parte de *Red Rider* y de su blanco caballo. Será suficiente para que a la hora de matarlo no te atormente Pavarotti.

—¿Quién es *Red Rider*?

—Es el dios de la competencia, así como el nuestro es *Doctor Peppers*. Cuando le digas que vas de parte de *Red Rider* se cagará. Y, efectivamente, será así: irás de parte del jefe, pero del nuestro, y esta vez para matarlo. De todas maneras, lo único que debes hacer es meterle los tiros en la panza.

—¿Y *El rayo Zambrano* y José *El chubisco*? ¿Irán conmigo?

—Debes ir solo y matarlo en un sitio donde nadie te vea.

Se quedó rascándose la barbilla. En ella se le notaban algunos pelos de australopiteco. Me puse a pensar viendo la cara de Ned. Cabrón y siniestro el maldito enano. Después me dijo:

—Ah, y otra cosa, ¿has visto la última película de moda que está en el cine?

—No. Llevo mucho tiempo sin ver películas.

—Pues debes ir a ver la cartelera.

—¿Por qué?

—Porque el tipo a quien te corresponde matar la víspera de año nuevo es exactamente igual al protagonista de la película que está de moda.

—¿Cómo es?

—Como un engendro del mismísimo demonio.

—¿Y cómo se llama la película?

—*Shrek*, se llama *Shrek*, y es una comiquita.

Eso fue lo último que conversé con Cristóforo Lorenzo en momentos cuando La Jirafa se estremecía de puro relajo en una fiebre de viernes por la noche.

Al día siguiente, apenas saliendo de mi trabajo como cancerbero, detuve mi máquina frente a una sala de cine que no quedaba lejos de la calle del hambre. Efectivamente, estaba en cartelera una película titulada *Shrek*. El protagonista parecía un engendro infernal.

Décimo asalto

La historia que sale de los forros

Bien. Para no fastidiarme en la perrera continuaba intentando cortar la cabeza a la metáfora. Pretendía contar la historia tal cual como salía del forro de las bolas.

La mañana de los sándwiches, pues de esa manera la recuerdo, ya no se encontraban en casa mis queridos animales. Todos habían muerto y entonces andaba trastornado pensando en una manera de vengarlos.

Yo no sé por qué. En mis planes ya estaba presente la posibilidad de asesinar a Julia. Inclusive llegué a cavilar en eso mucho antes de que exterminara mis mascotas. Pero en un principio pensé que no sería a tiros, como al final sucedió, sino a través de otros medios.

Pero apenas los mató, ya no hice sino pensar en cualquier posibilidad. No quise ser imaginativo como el soñador de mi hermano. Sentía irreprimibles deseos de eliminarla.

Cocodrilo y mi madre solían repetirlo con frecuencia: “Quien a jierro mata, a jierro muere”.

Eso decían cada vez que un matón amanecía tieso en las veredas.

Cada vez que puñaleaban a un cabrón que había puñaleado a otro.

Cada vez que ahorcaban a un estrangulador.

Cada vez que un beneficiado por el código amanecía con la pata estirada.

“Quien a jierro mata, a jierro muere”. Eso decían María Seferina y lo repetía mi cabroncito padre.

Julia, sin embargo, no debería morir así porque no usó ningún jierro para matarlos.

Imaginé entonces que podía cortarle la cabeza, tal cual como hizo ella con *Muhammad Alí*, a quien no se la desbastó con hacha ni cuchillo sino con una delgada y resistente cuerda de nylon. Que debería morir asfixiada como hizo que muriera *Mano de piedra* a quien, dominada por su paranoia, le rompió el estanque con una sola estocada. Que debería tragar todo un tubo de matarratas como se lo hizo tragar a *Dempsey* maquillando su producto alimenticio con ese tóxico. Que debería morir aplastada del mismo modo como aplastó a *Mickey* contra la estructura de su molinillo utilizando la pesada llave de acomodar tubos subterráneos. Que me la debería comer con champiñones y salsa berbecue como ella me hizo comer a *El bombardero negro* la mala noche antes del viaje al litoral.

Julia no era vieja en edad pero, según estuve escuchando, había heredado las canas de su madre. Escuché decir que la vieja bruja ya difunta llevó los pelos largos, blancos y enredados.

Así que mi mujer vivía retocándose con tintes las raíces de sus cabellos (que ella llamaba rodapié) para que no se le vieran las pompas de jabón.

Además del cabello, Julia se la pasaba pintándose las uñas. Sus zarpas eran temibles: largas, con dobleces que podían escapar a la imaginación de cualquier novelista de terror, siempre pintadas entre color negro y ceniza. A pesar de su nariz poco perfecta (de la cual no se cansó de solazarse *Muhammad Alí*), la loca de mi mujer era muy bella todavía. Su estampa parecía ocultar una congénita demencia. ¡Pero sus uñas...! Poco resultaban divertidas las jodidas. Aquellas coberturas protectoras, planas y córneas, a veces me causaban impresión. Sabía que estaban conformadas por células muertas recargadas de queratina. Sus lúnulas no parecían de este mundo.

No hacía mucho que había cumplido con otro encargo, esa vez de El Greco, como era que llamaban al mafioso dueño del “templo de

la perdición”, dando al traste con Omar *El Químico*. Al regresar pude comprobar que las manos de un hombre, aún manchadas con la sangre de sus víctimas, se quedaban cortas ante las garras de una arpía.

Habían ocurrido cosas imprevistas para esos días cuando la tragedia se dejó caer como nube negra sobre mis mascotas. Lucrecia, en una de mis visitas dominicales, logró convencerme para que invitara a Julia a pasar un día de playa. Como dijo la misma Lucrecia, sería un día en familia, un domingo distinto, una fecha inolvidable donde, en la camioneta de Teoduldo, iríamos todos hacia el litoral. ¡Y qué boca! ¡De chiva tuvo que ser! ¡Qué acierto tuvo mi celestina cuñada al pronosticar que sería un domingo inolvidable! Una data que ha quedado guardada en mi memoria como el principio del fin y que recuerdo sencillamente como el día de los culitos.

Al principio creí que no seríamos muchos temporadistas quienes disfrutarían ese domingo de playa, pues el viaducto que conduce hacia Maiquetía se desplomó unas semanas atrás y el paso vehicular hacia el mar sólo podía realizarse a través de una trocha que hacía la distancia más larga y el recorrido más complicado. Cuando le hice llegar a Julia la invitación que le extendía Lucrecia, pensé jubilosamente que la rechazaría de plano, como era su costumbre. Pero no sucedió así. Aquella vez aceptó de muy buena manera el convite hacia la playa. Inclusive, creo que se entusiasmó más de lo previsto. Nunca antes pude ver a mi mujer tan arrebatada por un paseo dominical. Como si el demonio hubiera metido la cuchara en el plato de sus ideas para que todo ocurriera como desgraciadamente ocurrió.

Estaba tan distinta ese día que me guardó de comer, cosa que jamás acostumbraba. Abrió el horno y sacó una liebre descuerada que a simple vista se veía deliciosa con sus champiñones y con su salsa berbecue. Llevaba días sin ver a mi cojonudo gato, pero no sospechaba que sus instintos criminales llegarían a tanto.

Aquel domingo me enteré de una culera verdad. Como si una venda hubiera estado tapándome los cabrones ojos durante todo lo largo de nuestra relación. Un trapo que me arrancó Teoduldo de la manera más inocente contándome la historia de aquel señor llamado Edgar Allan Poe, un desgraciado cuya vida de mierda parecía estar trazada paralelamente con la mía. Aquel pobre diablo no fue manipulado por criminales, pero al final de su vida unos políticos lo pasaron de

burundanga para que votara por ellos. Por un lado la prima Virginia, por otro las miserias que imputaban ciertos magazines. Fue en ocasión cuando Gerardo, el hermano de Lucrecia, salió a cazar culitos sobre la arena del litoral y se formó el zafarrancho en la playa. Aquel día, aquel inolvidable día, ya había comenzado el principio del fin.

Julia me pidió dinero apenas al levantarse de la cama. Salió a la calle con el propósito de comprar calmantes para sus dolores. Le importaba un pito el ahorcamiento de Huseín. Se quejaba de que mis bestiecillas la enloquecían.

Dio un portazo al salir. Respiré con alivio al sentirme solo. Saqué el *Smith & Wesson* de debajo de la almohada.

No había remedio. Habían sucedido muchas cosas en los días cercanos al holocausto. Lo llevé a la sala. Le hice la pajita. Lo coloqué sobre la mesa. Al cabrón revólver, me refiero.

Me duché apenas terminé de masturbar el jierro. Después salí del baño y me puse los pantalones. Revisé nuevamente las muescas de la cacha. Le di vueltas al tambor. Sonó como rueda de patin. Allí adentro se encontraban las putas balas. Cinco, las únicas que le entraban en el buche.

Era víspera de año nuevo. Al tanto que me vestía para salir a matar al cabo Castañeda, volví a encender la televisión. Otro suceso importante estaban abordando. Un periodista de CNN hablaba en ese instante sobre el estado crítico que atravesaba la salud de Fidel Castro. Según decía, le habían desviado el cauce de sus tripas. Las habían conectado a un recipiente de heces que se asentaba a un costado de su pelvis. En forma estúpida pensé que nuestras vidas no eran más que soplos de las eras y que existíamos como simples marionetas movidas por un dios mentecato y muy borracho. “Nuestras vidas son cagajones que van a dar a la letrina que es el morir”. Tal frase la reiteraba mi cabroncito padre. Eso pensé, por supuesto, de la manera más estúpida.

Luego de la información repitieron el video donde le pasaban factura a Huseín. Le cobraban con un mecate en el pescuezo más de cien crímenes cometidos. Pocas horas antes había transitado en el caldoso y su influjo maligno seguramente se paseaba sobre el mundo. Eso lo podía jurar. Pude ver cómo un par de verdugos inmutables intentaban convencerlo, como se convence a un niño para que tome la

amarga medicina. Esos tipos querían ablandarle el ánimo a Sadam, persuadirlo para que se dejara colocar un trapo negro en la cabeza y un mecate gris en el cogote. Huseín aceptó la soga, pero no se dejó engastar: se negó a admitir la máscara oscura haciendo gala de una gran dignidad. Se dejó llevar con resignación hacia el suplicio al tanto que miles de millones de personas del mundo entero dejaban de dormir o de fornicar para dar rienda suelta a sus instintos escabrosos. Esa madrugada Huseín se convirtió en un controlador de la natalidad. No condenaba niños a la incineración (como pudo hacerlo Hitler, su maestro, en los campos de concentración), pero millones de ellos dejaron de concebirse esa noche por la simple razón de que millones de parejas dejaron de fornicar.

La gente no hacía el amor porque no lograba aglutinar pensamientos libidinosos. ¿Qué hijo de puta podía concentrarse en el amor viendo cómo le estiraban el pescuezo, con la mayor frialdad, a un semejante? Sin duda, la antevíspera de ese año nuevo se convirtió en una noche de Halloween. No fue martes trece. Tampoco fue noche de muertos vivientes. Freddy Krueger brillaba por su ausencia. Pero igualmente fue una noche de terror.

Luego de aquella repetición me di gusto para salir. Casi todos los canales de TV retransmitían la misma historia de kurdos y chiítas. Ciento no sé cuántos crímenes cometidos de un solo manotazo. Volvían con lo mismo. A cada rato la repetición: los verdugos colocaban el mecate gris a Huseín. Huseín no hacía ni pío. Se deslizaba por la tabla y se le quebraba el pescuezo. La escena fue retransmitida hasta lo aborrecible. Lo sacrificaron no menos de ciento ochenta y no sé cuantas veces, y la mentalidad enfermiza del mundo se privó de amar y de dormir el mismo número de ocasiones con obsesión perversa. La gente salía a las calles y a las plazas del mundo a celebrar la ejecución. Muchos opinaban que Hitler lo esperaría en el infierno con un banquete diabólico cuyo plato fuerte sería las cenizas de tantos niños calcinados. Lo felicitaría. ¡Qué alumno tan brillante!

Por un buen rato seguí como otro enfermo mental el desarrollo de la estrangulación. En momentos de comerciales me entretenía recontando las balas del tambor. Eran cinco. Cinco pepas de plomo que debería incrustar en el mondongo de un puerco.

Los canales de televisión se encabronaron para contar la misma historia desde un principio. Sentí que mi cabeza se transformaba en un cajetín abominable, en una plasta de sesos donde no circulaban las ideas. La imagen de un gordo adquiría espacio en mi cabeza. Un gordo que equivalía a un bono de diez mil bolívares fuertes.

Aquella idea me impulsó a apagar la televisión.

Así que preferí vestirme rápido. Me puse los zapatos. Me coloqué la camisa. Tomé el *Smith & Wesson*, lo escondí entre mis pantalones y, aunque mi moto esperaba en un rincón, opté por tomar un taxi.

Un taxi, pues con el mercado lleno imposible hubiera sido llegar en menos tiempo.

Esa ciudad era un caos. ¡Qué mierda! El subdesarrollo sudaba a sus anchas. El tercer mundo era un hormiguero. Hasta los perros conducían un último modelo. Muchos nuevos ricos. Mucho carro. Mucho petróleo. Mucho bocinazo. Exceso de billetes. Mucho loco suelto, mucho matachín a sueldo, mucho tarantín atravesado en el lugar donde deberían transitar los automóviles. El contraste entre pobretones y nuevos ricos era un hecho singular. Le había dicho al taxista que me llevara hasta el lugar donde funcionaban las oficinas de tránsito terrestre. Pero bien parecía que le hubiera pedido que me llevara hacia las calles de la luna. A cada momento se encontraba con un cráter y sin ningún tipo de glamour dejaba caer el camastrón. Ni modo. Que se fundieran las llantas del traste, la carrocería, el tren delantero y el motor. Deduje que el carro no era de su propiedad. Pero eso poco venía al caso.

Bien sabía yo que existía una vía más expedita hacia tránsito terrestre donde seguramente esperaba mi próxima víctima. Pero el muy listo daba rienda suelta a su viveza criolla y escogía las vías más intrincadas. Por supuesto, en un principio pensé que hacía aquello para cobrar un precio exorbitante. En cada agujero que caía el carro me acordaba de la forma como resbalaba de la tabla del patíbulo el ex hombre fuerte de Irak. También pensaba en mis mascotas. ¿Qué hubiese pensado *Muhammad Ali* de aquel taxista? Lo menos, recordarle la gran perra.

Las oficinas hacia las cuales me dirigía quedaban al lado de un mercado. Para colmo era sábado, víspera de año nuevo, y todas las mujeres querían ponerle el guante a una pantaleta amarilla. Era costumbre que en la noche cuando moría el año, las mujeres usaban la prenda

íntima de ese color para que les otorgara buena suerte en el amor. También sacaban maletas con el propósito de que el nuevo año les deparara muchos viajes.

El taxi avanzó bajo el diluvio de luz que ahogaba ardientemente a la mañana. Quizás para cobrar más, quizás para evadir al colapsado mercado, quizás para contar una breve historia sobre el box (eso estuve pensando), el taxista dio un exagerado rodeo al sitio que me correspondía llegar.

Durante el recorrido me reconoció. Me había visto en los periódicos. Me dijo que también pudo asistir a una de mis peleas. Me dio su felicitación por haber ganado la pasada. Dijo que había leído acerca de mi escaramuza contra *Nino Pecas* y auguró erróneamente que llegaría muy lejos como boxeador.

—¿Contra quién será el próximo compromiso? —me preguntó.

—¿El próximo?

—Sí, el próximo.

—Bueno. Contra *Kid Barlovento* —le dije.

Y de verdad ese era el combate más próximo que me esperaba. Se decía que *Kid Barlovento* era candela pura. Tal era el abreboca para luego ir por la faja mundial.

—He visto algunas de tus peleas —me dijo. Eres muy bueno. Lo único que se te opone es la edad. Algunos periodistas dicen que estás muy viejo para la gracia. ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y pico.

—¿Y el tiempo dónde lo perdiste?

—En la perrera —le dije.

El muy bastardo me dijo que había estado en el gimnasio presenciando alguna de mis peleas. Justamente estuvo allí en la difícil pelotera que protagonicé con *El zamurito* Rodríguez. Pero confesó que no había asistido al espectáculo por gusto propio, sino porque su cuñado lo había llevado hasta los predios del ring sin pagar un centavo.

—¿Y quién es su cuñado? —pregunté.

—Sandy —me dijo—. Medio loco ese cabrón. Tiene un trabajo raro, de gente masoquista y sin oficio. Es *sparring*. Solamente los *sparrings* y los maricones tienen guáramo para aguantar grandes vergas.

—¿Es usted el esposo o algo parecido de Jeanne?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque me dijo que es el cuñado de Sandy.

—No, nada qué ver. Sandy es mi cuñado porque está arrejuntado con mi hermana menor. Pero todos viven en mi casa, Jeanne, Sandy, Olga.

—¿Olga? ¿Quién es Olga?

—Mi hermana menor, la mujer de Sandy.

—A ella no la conozco.

—Tampoco yo. Tiene un carácter medio coñoemadre. Creo que nadie la conoce, ni siquiera el mismo Sandy.

—Nunca la he visto en el gimnasio.

—Mi hermana es una mujer de costumbres solitarias, como los gatos. Nunca sale de la oscuridad y menos a un lugar donde se ve sangre y mucha gente. Pero es una pendejada hablar de esa tarambana. Sería mejor que conversáramos un poco sobre boxeo. ¿Recuerda usted a Miguel *Happy* Lora?

Comenzó hablando sobre un pegador que yo tampoco conocía, que nunca había visto en libro, periódico ni película alguna. Ni siquiera lo escuché nombrar por *Cocodrilo* ni por el viejo Carlos. Se refería a Miguel *Happy* Lora, nombre que nada me decía. Según él, poseyó grandes reflejos, una buena pegada y un juego de cintura desconcertante. La precisión de sus golpes era su principal arma, me dijo. “Fue un pegador muy macho. Pero hablemos de otra cosa”, continuó tuteándome esa vez. “¿Tienes noción de quién fue Jhon Shorts Douglas? Pues para que sepas, fue el octavo marqués de Queensberry. ¿Y sabes qué mierda importante hizo este tipo? Creó las reglas modernas del boxeo. Para colmo fue padre de lord Alfred Douglas”.

—No sé de quién me habla. Tampoco sé quién fue Alfred Douglas —dije.

—¿Lord Alfred Douglas? La historia dice que fue un amor homosexual que tuvo Oscar Wilde.

El nombre de Wilde me sonaba, me sonaba, me sonaba. Ya está. Me sonaba porque mi hermano se encargaba de sonarlo.

Pero yo no sabía ni me interesaba saber quién había sido lord Alfred Douglas. A Oscar Wilde a veces lo mencionaba Teoduldo. Era otro maricón. Alguna vez mi hermano me detalló un cuento sobre un ruiseñor y una putísima rosa. O algo así. Mi hermano era seguidor de esas cosas que dictaba la imaginación. Pero eso me lo contó muchísimo

tiempo atrás. En ese tiempo, ni siquiera estaba viviendo con Lucrecia. Decidí callar un momento para luego preguntar:

—¿Ya vamos a llegar?

—Ya casi —dijo el viejo.

—¿Cuánto falta?

—Unas cuadras nada más.

—Me gustaría que se diera prisa. Me están esperando en tránsito terrestre para algo muy importante.

—¿Alguna revisión?

—Algo más importante que eso.

—¿Más importante?

—Sí, más importante.

—¿Aun más importante que el boxeo?

—Aun más que el boxeo.

Pero no pareció interesado en seguir mi conseja. No se dio más prisa de la que hasta entonces se había dado. Se trataba de un hombre de aspecto triste que sobrepasaba la mediana edad. Su cabello era gris y su cara se veía hinchada como la de un borracho compulsivo. Se rascó primero la cabeza. Después se rascó la barba de tres días y me habló de otros boxeadores. Le encantaba estar parlotando sobre boxeadores. De esas historias parecía guardar un rollo.

Comenzó con Floyd Patterson. Coño. Y por un instante me pegó cierta nostalgia. El boxeo es parte de la historia colectiva de las masas, pensé. Rememoró la noche del 26 de junio de 1959 en el Yankee Stadium de Nueva York. Me dijo que en esa ocasión, Patterson perdió el título de campeón mundial de los pesos pesados ante un sueco de nombre Ingemar Johansson quien le hizo morder siete veces la lona. La última caída, antes de la cuenta del *Knock down*, fue a consecuencia de un golpe al cuello, prohibido en el boxeo, pero el réferi se hizo de la vista gorda. “Fue un rabbit punch espectacularmente escandaloso”, dijo. “¿Sabes qué es un rabbit punch?”. Me hice el willy y contesté que no pensando que me diría que la pelea que tuve con el Niño la gané gracias a un golpe de conejo. Yo estaba familiarizado con el término. A no menos de cinco cabrones hice morder la lona gracias al *rabbit punch*.

—Debió ser tan interesante esa pelea como la que protagonizaron Firpo y Dempsey —dije para variar—. Miles de veces había hablado sobre esa bendita pelea. Era mi historia de box preferida.

—No lo sé —dijo el taxista—. Nunca he podido ver la pelea entre Firpo y Dempsey.

—Entonces no ha visto usted nada —le dije—. Porque esa fue la pelea madre de todas las peleas.

Estaba dispuesto a contarla de nuevo. Pero no me dio tiempo.

Sacó de su bolsillo un cigarro arrugado como una pinga, se lo llevó a la boca y con un gesto mecánico lo encendió con un yesquero.

—Algo sí me parece interesante —me dijo.

—¿Qué será?

—Que te guste el boxeo y que a la vez te llames como un gran boxeador.

—Fue pura casualidad —le dije.

—¿Casualidad?

—Así es. La madrugada cuando nací, Betulio González estaba peleando en Tailandia.

—No puedo creerlo.

—Pues, no lo crea.

Recordé el chiste del hombre que contaba ciento cinco años y aún se hallaba campante y de buen ánimo. Su fórmula de larga duración consistía en no contradecir a nadie. Cuando le preguntaban el método para alcanzar tan larga edad, lo confesaba. Y si alguien contestaba que no podía creerlo, de inmediato decía él lo mismo que yo le dije: “Pues, no lo crea”.

—¿De veras? ¿Naciste esa noche, de casualidad, cuando Betulio perdió en Bangkok?

—Así es.

Aquello pareció causarle un nítido sentimiento de nostalgia. Echó una chupada al cigarro y dijo:

—Fue la noche cuando todos pensábamos que Betulio no podía perder. Todo mundo estaba escuchando esa maldita pelea.

—Ya lo creo. Me echaron el cuento muchas veces —dije—. Dicen que el narrador gritaba como un loco.

—¡Claro que sí! —dijo el taxista. Nadie pensaba que Betulio perdería esa pelea pues el narrador, que estaba allá presente, lo daba a él como triunfador desde un principio. “¡Pega Betulio, pega Betulio, se cayó Betulio!” Aquella frase nos dejó a todos orinando afuera del perol. ¿Y sabes una cosa?

Pensé que diría que perdió una bonita apuesta a favor de nuestro pegador, pero me quedé impresionado cuando dijo:

—El mismo año, el mismo día, la misma madrugada cuando perdió Betulio en Bangkok, también nació el único hijo que tuve. El hijo que me mataron no hace mucho en una venta de hamburguesas. Así que sería tu tocayo y tendría exactamente tu misma edad. ¿Y sabes cuál era su nombre?

Negué moviendo la cabeza. La pinga de cigarro saltó a su boca como un ramalazo humeante

—Betulio —me dijo. Muchos Betulios nacieron la fraudulenta madrugada de esa pelea.

Tardó un momento en contar la historia sobre el suyo. Por supuesto, la refirió a su manera, sin mencionar en ningún momento que su hijo tuvo rabo de paja y que fue un distribuidor de drogas.

Sí. Era cierto. Personalmente conocía de buena tinta al muy cabrón de su hijo. Había intentado estafar a *Doctor Peppers* y yo mismo lo mandé al infierno por una orden expresa de *El gusano*.

El carro continuó cayendo en huecos y metiéndose en callejuelas.

El viejo parecía tener trabada la sonrisa. Igual que un gallo viejo que le costara hacer kikirikií. Que le costara este mundo y el otro des-hacerse de su canto.

Para entonces había tirado el cigarro con forma de huevito. Habíamos dejado de hablar sobre boxeo e intenté poner freno a sus sandeces. Ya no faltaba mucho trecho por andar. Podía bajarme y caminar aquellas cuadras a pie. Pero no lo hice. Así que le pregunté:

—¿Cuánto debo por la carrera?

—Nada —me dijo, y de veras, conociendo cómo es la generalidad de los taxistas, su benevolencia no dejó de sorprenderme—. Ya me pagaste.

—No creo haberlo hecho.

—¡Claro que sí! Me pagaste con el nocaut que le propinaste a *Nino Pecas*. ¡Qué clase de coñazo! Con esa pelea ya eres digno de admiración. Además, me haces recordar a mi hijo. ¿Sabes? Él también nació la noche de esa famosa pelea. También se llamaba Betulio y lo mataron como a un perro.

Tenía toda la razón pues yo mismo lo había matado como se mata a un perro. El trabajo lo realicé meses atrás, encomendado por la mafia,

la noche cuando Julia me acompañó a las inmediaciones de una venta de hamburguesas. Me fue cancelado, billete sobre billete, por el australopiteco. No fue mucho el bono por ese fumón. Estaba más rayado que los discos de la rocola que sonaron en el botiquín de *La culebra*.

El carro caía en los huecos y el *Smith & Wesson* bailaba boleros con mis tripas.

Siguió el taxista con su cuento. Comprendí que la exoneración del cobro por el servicio prestado se debía más a una extraña obsesión por relatar un asunto criminal que a un acto magnánimo. ¿A cuántos usuarios dejaría de cobrarles nada más por describirles la historia amañada sobre el crimen? Respecto al muerto, puedo decir que lo conocí precisamente en el momento cuando me tocó la tarea de confundir su sangre con la salsa de tomate. Después de eso, cuando me pagaban el bono por el trabajo realizado, Ned aseguró que era un gargajo.

—Créeme —me dijo. Si llegara a encontrar a quién mató a mi hijo, no dudaría en torcerle el pescuezo.

¿Qué se le va a hacer? La vida está colmada de estas casualidades... El pobre hombre había encontrado al asesino de su hijo sin darse cuenta. Y, por supuesto, no le torcería el pescuezo.

Como no contesté de inmediato, el viejo trató de justificar su hipotética actitud...

—Sería cosa razonable, ¿no es así? —así dijo.

Claro que sí: sería cosa razonable, pero entre las cosas que también eran razonables estaba el que ignoraba que le hacía una carrera al propio matón de su retoño.

La maraña de la ciudad y una tranca de los mil demonios permitieron que expusiera su historia con lujo de detalles.

Aquí está más o menos lo que me contó. Una cagada. Una versión que me produjo náuseas en el día venturoso cuando en el país se vendían pantaletas amarillas a cantidades industriales.

Su hijo Betulio adoraba la salsa de tomate. Eso me dijo. A su hijo lo mataron por culpa de la salsa de tomate. Cada vez que comía algo, pedía el frasco con la salsa. Poco llamaban su atención otros condimentos. Ni la salsa árabe, ni la salsa de ajo, ni la guasacaca, ni el queso. Menos la berbecue ni la de champiñones. Nada de eso. Lo suyo era la salsa de tomate.

También fue un obsesionado por la comida chatarra. No le gustaba meter los pies debajo de la mesa. Odiaba las sopas, los frijoles le daban

náuseas, las ensaladas lo deprimían, el arroz lo atormentaba, los guisados le causaban mal humor, la barbacoa se le subía a la cabeza. Lo suyo eran los perros calientes, los pepitos, las hamburguesas, los tacos, los burritos. Y la salsa de tomate. Por sobre todas las cosas. Por eso también fue que lo mataron. Y por el culo de paja que estuvo arrimando a la candela. A muchos hombres los matan por el amor a una mujer, pero a éste lo mataron por la salsa de tomate.

El taxista contó la historia a su manera. Según su versión, la afición nocturna de su hijo consistía en llegar hasta un kiosco ubicado en “la calle del hambre”, muy cerca del “templo de la perdición”. Un par de meses atrás, salió a punta de la medianoche hacia ese sitio. Cada vez hacía lo mismo. Los platos con comida que su madre le guardaba amanecían como ella los dejaba. Al cabrón no le gustaba meter los pies debajo de la mesa.

Aquella noche, Betulio se ubicó en un puesto donde vendían hamburguesas y mientras comía sentado sobre una silla plástica llegó un pistolero y, si mediar palabras, lo cosió a plomazos. Su cuerpo quedó estirado sobre la misma silla de polietileno, cara al cielo brillante de luceros, y la sangre que manó de su cabeza se unió a la salsa de tomate desparramada en el piso conformando un solo revoltijo.

La policía llegó a los minutos del suceso y detrás de ella aparecieron los periodistas regando fognazos con sus cámaras fotográficas, interpelando a uno que otro curioso, formulando sus conjeturas. Ningún testigo se atrevió a dar una explicación sobre lo sucedido. Pero antes de la policía y de los periodistas llegaron los perros callejeros que siempre andaban por la zona. Solían recorrer la franja de tolerancia como zamuros sin alas. Se terminaron de comer la hamburguesa que el muerto dejó a medio comer y se lamieron parte de los sesos, de la sangre y de la salsa de tomate. Olvidaba decir que uno de los plomazos se lo metió justamente en el parietal.

Naturalmente, nadie sabía nada de nada, ni siquiera los mismos vendedores de los tarantines. Cuando sucede una cosa de tal naturaleza, nadie sabe nada de nada. Todos se hacen el *willi*. Saber algo es complicado. La policía recogió el cadáver, lo metió en la furgoneta y arrancó hacia la morgue. Al día siguiente, la noticia apareció en las últimas páginas de los diarios regionales. La leyenda era la misma de siempre. Ajuste de cuentas.

Eso fue más o menos lo que el viejo me estuvo relatando.

La historia sobre aquel Betulio debió tener anexos pormenores, pero la carrera, que llegaba a su destino, quizás no permitió detallarlos. Yo únicamente cumplí con pegarle los plomazos.

En el fondo, la galopada no me salió gratis. Pagué el servicio con otro servicio, con una dádiva de comprensión, de compasión, de casi escuchar a punta de pistola lo que me importaba un bledo. Dejó el tema del boxeo con el propósito de mortificarse con una historia donde la víctima era de mi edad y para colmo ostentaba mi mismo nombre. Pero tengo el pellejo duro para esas cosas. ¡Ah!, según él, su hijo no se metía con nadie, no quebraba un plato, no tenía cables pelados con la mafia. Se trataba de un muchacho buena gente quien lo ayudaba como avance en aquello que llamaba la ruleta. Los clavos le cayeron a la medianoche. Yo no tenía nada contra él. Solamente cumplía con mi trabajo.

Entre la sombra, luego de darle su ración de plomo, tuve tiempo de ver lo que sucedía. Los perros que merodeaban “la calle del hambre” se aglomeraron rápidamente en el kiosco de los acontecimientos y le pasaron colete con la lengua al revoltijo de sangre con licuado de sesos y salsa de tomate. Parecían vampiros de cuatro patas, bien enfebrecidos, y no era la primera vez que tomaban la sangre de un ajusticiado en la zona.

La otra era la historia del ruletero, fábula plagada de subjetividad, de lugares comunes, réplica exacta a la que contaban todos los que eran privados de los seres que querían. Se trataba del negocio del crimen y yo pertenecía a él. La historia conformaba una cadena, una sucesión de quebrantamientos a la ley, una fábula sin fin.

Intenté pagar para que dejara de contar la fábula sobre Betulio. El billete saltó de mi mano a la suya y de la suya a la mía, así sucesivamente, y al final se quedó tranquilo en el bolsillo de mi camisa. No aceptó mi reembolso, supuestamente por admiración ante mi pelea contra el Niño, pero en el fondo me estaba cobrando con su cuento.

Para consolarlo, antes de bajar del camastrón, le dije algo que seguramente estuve leyendo por ahí: *El hombre no es más que una sombra; la vida no es más que un sueño*. Quien la hubiese escrito, en el lugar donde la hubiese escrito, en el momento preciso cuando le salió del forro de las bolas, también estuvo fusilando de muy mala manera al autor de la frase arquetípica, es decir, a Calderón de la Barca.

Opté por guardar silencio y palmear su espalda en forma compasiva. Aquella actitud fue peor pues sólo logró activar su sistema lagrimal. Dos chorros de lágrimas rompieron el frágil tapón de sus legañas. En ese instante comencé a sentirme mal, tal cual como si se repitieran los entretelones del penúltimo round que sostuve con el Niño. Escuché nuevamente el do agudo que alcanzaba la voz de Pavarotti en la ópera *La hija del regimiento*, de Donizetti (de tanto escucharla terminé aprendiendo el nombre del autor), y casi sentí que nuevamente me moría.

El taxista terminó partiéndome el alma con las virtudes de Betulio. Aquel pobre diablo se consolaba con la frase maquillada que fusilaba la de Calderón. Pero yo me quedé algunos minutos con el nudo en la garganta. De haber sabido el pobre que también tenía mi rebusque como sicario, le hubiera pegado un patatús.

No era el primero que me lanzaba al escabeche mientras se hartaba una hamburguesa en un tarantín de comida chatarra. Pero, que recordara, sí fue el único amante de la salsa. De todos modos, la campana no lo hubiese salvado por haber nacido en el mismo momento de la pelea cuando nació. Lo hubiera reventado a plomo de todas maneras. Una cucaracha no tiene culpa de haber nacido cucaracha.

Me hubiera gustado maquillar los párrafos de mi novela. Apuntar palabras que sonaran bonitas. Embellecer cada línea para el disfrute de las almas sublimes. Para que mejor la hubiesen llegado a comprender aquéllos que agarraron tarde o un poco trasapeladas las páginas que me trajo mi hermano en compañía de su mujer. Cumplir de verdad la orden de torcer el pescuezo a la metáfora. Pero de poeta no guardaba yo la mínima noción. Sólo podía escribir mi historia como salía del forro de las bolas.

Antes de que me dejara cerca de tránsito terrestre, mi memoria comenzó a rebobinar los tiempos de mi nacimiento, de mi infancia y de mi adolescencia. Me refiero al período transcurrido desde el instante de mi llegada al mundo hasta la fecha cuando comencé a joderme como los buenos. Por ejemplo, el primer asalto de mi vida no ocurrió entre los cuatro palos de un cuadrilátero sino en alguna calle de Caracas, con una pistola en la mano en lugar de un guante de boxeo, en compañía de *El Mono*.

Recordé no sé por qué, y con tristeza que se me chorreaba, los días cuando anduve en compañía de ese inolvidable amigo. También fue otro grande con muy mala estrella por ser autóctono de la fatídica madrugada cuando Miguel Thoddé narraba la pelea.

Con este cabrón no adquirí los hábitos para ser un buen boxeador, pero sí los hábitos para convertirme en un matón sin escrúpulos. La profesión suya fue la de sicario y el peor crimen que cometió no fue el plomazo que le pegó en el culo a una amiga de *La Frescachicha*. Fue transitando en yunta cuando cometimos el peor crimen. Andábamos de adolescentes y cumplíamos un encargo de *La culebra*.

Su apellido era Parada, como ya se ha de saber. Se trataba del hijo de Teodoro, compadre de *Cocodrilo*, y había nacido, de igual modo, en ocasión de la memorable pelea en Tailandia. En el transcurso de la aurora cuando nuestro gran Betulio levantaba de manera insólita la mano a su rival, el padre de *El Mono* Parada estuvo con el mío zampado en el botiquín de *La culebra*, rajando caña como herejes y escuchando a través de la radio los pormenores de aquel combate tan recordado en nuestro país. Eran uña y sucio y para entonces malandreaban en conjunto. Todos los fines de semana se empinaban incontables botellas de ron y se zampaban no sé cuántos pitos de marihuana. Vivían la vida feliz reventando plomo. Eran unos cabrones hijos de la puta madre.

Cuando fumaban y tragaban mucho aguardiente, cuando se sentían alebrestados, cuando se chupaban los pitillos, sacaban sus jierros y echaban tiros al aire. Les encantaba aquella reventadera de cartuchos, sobre todo en los tiempos de navidad cuando las percusiones de las balas se confundían con el fragor de los tumbarranchos. El techo del bar estaba vuelto un colador. Pero las putas se sentían de lo más contentas. Aquello de la reventadera de tiros levantaba los ánimos caídos y era parte del show del botiquín *El siete copas*.

Teodoro tenía una pistola nueve milímetros. En cambio mi cabroncito padre no dejaba de sentirse orgulloso con su viejo revólver, aquel *Smith & Wesson* que guardó mi hermano para entregármelo cuando saliera de la perrera. Ese jierro parecía haber sido sacado de un museo de vaqueros de Fort Worth. O de una de aquellas películas de western espagueti.

En la fecha cuando nací, al tanto que ellos bebían en el botiquín de *La culebra*, la mujer del compadre de *Cocodrilo* y la suya propia se encontraban en trance de parir.

Debió tratarse de una gran casualidad. Al tanto que María Seferina González pujaba para sacarme al mundo, también ellos estaban pujando para que ganara nuestro púgil. El enfriador estaba repleto de cerveza. En la barra no debió faltar la consabida botella de ron. Durante la misma amanecida, en la misma barriada, *La tiro fijo*, la mamá de *El Mono* Betulio Parada, lo estaba pariendo a él. Ni mi padre ni su compadre estuvieron pendientes de los partos que nos trajeron.

Lo cierto fue que no arribamos de París. Tampoco nos trajeron en picos de cigüeñas. Ni siquiera llegamos agarrados sobre crestas de zamuros. Cuando mi padre regresó de *El siete copas* a eso de las nueve de la mañana, bien pelado y bien amanecido, farfullando por la derrota de Betulio, ya María Seferina me había parido.

—¿Y eso? —preguntó el cabrón, ajumado y defraudado, al tanto que reparaba en mí.

—Es el hijo tuyo —contestó mi puta madre.

—Parece una rata peluda de dos patas —opinó él (al menos eso fue lo que después contó María Seferina).

Ni *Cocodrilo* ni su compadre estuvieron pendientes de los sufrimientos que atravesaban sus mujeres en el momento del alumbramiento. Ellos mismos parecían estar pariendo para que Betulio ganara la pelea. La misma fue anunciada en un principio para la medianoche. Pero terminó con el canto de los gallos. Estuvieron más pendientes de los desconsuelos de la gloria y de la envolvente voz de Miguel Thoddé que de los martirios que sufrían sus propias concubinas.

Después de aquella alborada pasaron los años y Betulio y yo fuimos creciendo como árboles torcidos.

Como par de víboras, para ser más precisos.

Desde pequeñitos, desde los tiempos cuando aún no andábamos de pie, nos arrastramos como culebras y todavía después que caminamos nos seguimos arrastrando hasta que a él lo mataron por andar enamorado de una puta. *Cocodrilo* y su compadre gozaban cargándonos juntos y sacando cuchufletas a nuestras costillas para que pendusconas, cabrones y maricos se cagaran de la risa.

Para ellos y para el grupo de canapiales éramos como un par de graciosos chimpancés. Nos llevaban al botiquín de *La culebra* y se ingeniaban las peores patrañas para que se rieran de nosotros todos aquellos hijos de malas madres que rajaban la caña en bruto.

Teodoro tenía adiestrado a su Betulio y él mismo le puso el remoquete de *El Mono*. Lo llamó así porque aún a gatas a causa de la poca edad que tenía, el muchacho impresionaba por su habilidad para trepar a las mesas del dispensario de aguardiente, a la barra donde confluían los fines de semana gran cantidad de charlatanes e inclusive por hacer maromas y pegarles mordiscos bien fuertes a quienes se atrevían a acercarlos los pellejos.

Era más avisgado que yo el cabrón, más sagaz, inclusive más feroz que una alimaña. No contaba dos años todavía cuando le arrió un pico de botella en la espalda a una de las putas que solían aventarse al botiquín. *Cocodrilo* llegó a contar que aquella noche fue de espanto y brinco. A su compadre Teodoro le reventaron un frasco de aguardiente en la mollera por haber traído semejante bestia al abrevadero. Se formó la trifulca. Al cabrón de la puta a quien *El Mono* tuvo la cachaza de clavarle un pico de botella por el lomo, le soltaron cuatro plomazos en una pata. Fueron tiros merecidos. Fue él quien le reventó la botella en la cabeza al compadre de mi padre. El tipo era del barrio. Después se supo que le mocharon la pata, la cual se le cangrenó, por culpa de esos plomazos. Para esos amigos, la vida era una fiesta.

No dejaron de ir a *El siete copas* ni dejaron de llevarnos para hacer gracias. Teodoro tenía adiestrado a su Betulio. Le preguntaba: “¿Cómo le hace el culo a la gallina?”. Y *El Mono* chupaba y estiraba su bamba como culitos de gallinas cuando se encontraban azoradas de calor. No se puede decir que *Cocodrilo* y su compadre no gozaron con nosotros.

El Mono Betulio anduvo conmigo a todas partes. Me acompañó a la escuela hasta el día cuando la maestra Graciela Prado me hizo conocer el infierno. Hasta el día cuando me acusaron de haber escrito que ella era una puta. Cuando dejé de asistir, el compadre de *Cocodrilo* le dijo a su hijo que tampoco volvería. Que aquel centro de enseñanza era una mierda. Así lo dijo. No valía la pena continuar estudiando en una escuela donde una de las instructoras era una sádica desquiciada.

Creo que anduvimos juntos desde que nacimos hasta que lo mataron en aquel burdel donde trabajó *La Frescachicha*. A *El Mono* nunca

le gustó eso del box. *Cocodrilo* con su fiebre levantó un ring y cuando estaba sin hacer nada ponía a pelear a los muchachos. Era el entretenimiento que más le gustaba. Los domingos en las tardes la gente sacaba las sillas de sus casas y se sentaban alrededor del cuadrilátero. Tenía cuatro pares de guantes de boxeo. Los muchachos hacían cola para caerse a carajazos. *Cocodrilo* le pagaba un fuerte a cada triunfador.

Pero a Betulio Parada no le gustaba el pugilismo. Apenas a los trece comenzamos a andar con las pandillas. Me decía que me alejara de esa huevonada. “Tu papá está loco”, decía. “La marihuana le ha vuelto cotufas las neuronas. ¡Qué empeño tiene el coño en que seas como el gran Betulio González!”

Eso me decía y yo lo entendía bien. Pero en realidad mi padre estaba loco. La pasión por la lucha, esa fiebre que corría entre sus venas como sumo hirviendo de remolacha, el aguardiente y la misma marihuana parecía que le quemaban las cotufas. Esa calentura ardía en su cabeza igual que lava de volcán.

Antes de los trece, Betulio y yo trabajamos lavando tuercas en talleres mecánicos, haciendo mandados, puliendo zapatos, cargando bolsas del mercado, ayudando a limpiar el botiquín de *La culebra*. Después nos cansamos. Haciendo esas huevonadas no dejaríamos de ser un par de pendejos.

Pero lo de *Cocodrilo* sí fue el box. Y para esa enfermedad tampoco se encontraba remedio. El box era un virus maldito. Apenas se metía al cuerpo, ya no salía más.

Unos días antes de que se perdiera para siempre de nuestras vidas, lo encontré otra vez en el botiquín, en compañía de su compadre Teodoro y un grupo más de parroquianos, comentando cosas de ese deporte que lo entusiasmaba tanto y viendo por televisión, a medida de que se hartaban de aguardiente, los comentarios que ofrecían en la antesala de una pelea refrita que aconteció en los setenta.

Aquella noche transmitirían el clásico boxístico entre Foreman y Muhammad Alí. *El siete copas* estaba de bote a bote. Se decía que mil millones de personas estuvieron al tanto de tan magnánimo espectáculo. Con el tiempo supe que Alí fue el más grande. Pero también con el tiempo, cuando ya entrenaba bajo la tutela del viejo Carlos, tuve oportunidad de enterarme de que solamente un enemigo logró vencerlo en forma incuestionable: el nombre de ese invencible competidor

era Parkinson. En un principio pensé que el viejo me hablaba sobre un gladiador más rápido y más potente, más ligero con sus piernas y con una pegada de burro. Que se refería a uno de esos boxeadores sucios (tal vez como yo) acostumbrados al *rabbit punch*. También llegué a creer que me tomaba el pelo, pero luego descubrí que todo aquello que me decía era una gran verdad. A los treinta y nueve años enfrentaba a su contrincante más peligroso. Parkinson le estaba ganando los mejores rounds de su carrera. Pero Parkinson no era un contrincante común como los otros. Era el mal. El mal que quizás lo llevaría a propagar el bien. El único que a final de cuentas, algún día, lo elevaría sobre este mundo para que volara como mariposa y picara como abeja.

Décimo primer asalto

Cinco obras de caridad

El Mono y yo le dimos duro al crimen. Pero a él lo mataron en un burdel luego de matar a la amiga de la Sandra y a mí me zamparon a la perrera durante doce años. Con él aprendí el oficio de fanfarrón. Algunas veces asesinamos en sociedad. Fueron pocos nuestros crímenes, pero sí muy horrorosos.

Yo, quien además de pegador era un matón, de puro acordarme se me erizaban los pelos.

Nunca hasta que lo mataron dejé de juntarme con él. Era cierto. Desde que nacimos anduvimos al rastro como serpientes.

Cocodrilo se sentía orgulloso de mí. Me decía que los hombres deberían ser machotes. En algo nos parecíamos, menos en sus patas.

Eso de que anduviera con Betulio por la calle le gustaba. Nunca había trabajado nada en serio. Su vida era una fiesta y no le escaseaba la plata para la parranda.

Se me viene a la mente la época cuando vivíamos en el cerro. A veces prefería quedarme en el rancho escuchando las narraciones de Teoduldo. Pero a *Cocodrilo* no le gustaban esas cosas sacadas de los libros. Solamente llegó a interesarse por *Una temporada en el infierno*. Y

por la revista *Guantes*. El resto de las historias le daban mala espina. Le entraba algo así como mucho coraje cuando las escuchaba.

Cuando se sentía enojado por eso, no sacaba la correa, no me pegaba, no me insultaba, no me jalaba las orejas.

Pelaba por el disco y lo subía en el aparato. ¡Qué material tan bueno! digo yo. Lo puso más de mil veces y nada de rayarse. Sonaban a todo volumen las canciones que cantaba Pavarotti, sobre todo *La hija del regimiento*, donde el tenor de Módena afilaba tanto su voz que parecía que a uno le estuvieran taladrando los cojones. No contento con eso, sacaba luego el *Smith & Wesson* y reventaba plomos al aire. Cuando pasaba la cojonera, sacaba otro disco. Daniel Santos. Y se ponía a cantar *Yo no he visto a Linda*. Por eso mi hermano prefería contarme sus historias cuando *Cocodrilo* andaba pelado por ahí, en *El siete copas*, en los otros botiquines o en las casas de las putas.

Pero yo sabía calmarlo de una manera muy sencilla. Si deseaba aplacar las cojoneras a mi cabroncito padre, me colocaba los guantes de box. Me bastaba mostrarme zalamero y decir: *Quiero boxear el domingo. Búscame un cabrón que sea bueno para matarlo a carajazos*. Y eso era el mejor remedio para que se tranquilizara. Sonreía. Se sentía feliz de que yo manifestara mi deseo de querer participar en el próximo programa. Su más grande ambición consistía en convertirme en un púgil de la talla de Betulio González. Nunca se cansó de decirlo en el botiquín de *La culebra*, inclusive cuando estaba muerto de una mona y hablaba de los buenos negocios que veía venir con el cuadrilátero. Como los borrachos se imaginan grandes empresas, él se imaginaba que podía llegar a tener compañías boxísticas a la talla de Don King. Soñar no cuesta nada.

A los trece años (que fue más o menos la edad que tenía yo cuando lo vimos correr cerro abajo perseguido por las balas de la policía), muy poco podía entender de los negocios que él decía tener. Una cosa sí pareció casualidad: cuando desapareció de la barriada, también Teodoro, su compadre, se evaporó como un espectro.

Para esos días, María Seferina ya estaba tan seca como cuero curtido de perra y a pesar de todos los pesares, apenas pensando que a *Cocodrilo* lo habían matado, salía toda embadurnada de tintes, magnolias, colorete y agua de colonia a rebuscarse algo en las zonas de tolerancia.

Cuando eso ya Teoduldo trabajaba en la librería. No ganaba gran cosa, pero le quedaba tiempo para instruirse.

María Seferina arrastró su último macho hasta nuestra vivienda. Cuando eso ya Teoduldo se encontraba viviendo en otra parte. Al poco tiempo, cuando ella se murió, a mí no me quedó más remedio que meterme de lleno con *El Mono*. A mí me gustaba andar con Betulio Parada y su pandilla. Fue la época cuando cometimos crímenes horribles.

Teo ya vivía en Agua Salud. Trabajaba en la librería, visitaba botiquines y conversaba con chulos y amamantados ante las barras llenas de botellas de cerveza. Cuando conoció a Lucrecia dejó de beber. Se convirtió en varón domado. Se arrojó con ella y no volvió a los botiquines.

Fue precisamente desde entonces (desde el momento cuando María Seferina se murió) cuando comencé a desarrollar habilidades de matón.

Antes de cumplir catorce años, vi cómo Betulio asesinaba a un hombre. Aquel crimen no encontró su causa en afrenta alguna, no fue debido a rencillas personales ni a carencias de afinidades. Ver a ese individuo acibillado por *El Mono* no me causó pavor sino sorpresa. Lo cazó como se puede cazar a un conejo. Dio con él en un paraje solitario y no le metió menos de cinco pepazos.

—¿Por qué lo mataste? —le pregunté.

—Porque sí.

—Pero él no te había hecho nada. ¿Por qué lo jodiste?

—Porque me pagaron.

—¿Te pagaron?

—Sí. Mira.

Me mostró los billetes. Desprendió una parte de ellos y, sin contarlos, me la entregó. Era mucha plata. Yo entonces no sabía que a algunas personas les pagaban por matar. “¿Quieres aprender el oficio?”, preguntó, y yo le dije que sí. Matar no era un trabajo tan cabrón. Nada difícil resultaba jalar el gatillo. Muy rápido aprendí la faena de sicario.

Después me resultó sencillo eso de *quebrar* a los demás.

Montábamos en su motocicleta (todavía no tenía la mía) la noche cuando fuimos hasta un conjunto residencial. Cargaba yo el *Smith & Wesson* sin permiso de *Cocodrilo*. Pero ese armamento le causaba a mi

amigo mucha gracia. Es bueno aclarar que el día cuando caí preso, yo no cargaba el jierro. Por esa razón, Teoduldo lo mantuvo engavetado hasta que alcancé la libertad gracias a la mafia.

Habíamos llegado hasta allí con el propósito de quebrar a un abogado rebuscón, uno de esos cabrones que se prestan a negocios ilícitos y peligrosos. Eran casi las doce. En el estacionamiento no se encontraba el carro del sujeto que andábamos buscando. Así que debimos quedarnos escondidos, amparados a la sombra, esperando que apareciera. Un par de pitbul salió a gruñirnos. Pero Betulio parecía tener una contra para perros. Nos quedamos acurrucados al lado de la moto y al rato los bichos nos olieron y se largaron con el rabo entre las piernas...

Era viernes por la medianoche. La luz de un par de faros y el ruido de un motor bien entonado aparecieron de pronto en el estacionamiento. Nada más cuando el carro llegó a su paradero, Betulio corrió hasta la puerta del chofer. Se escucharon tres detonaciones. Al día siguiente supe que se trataba de un abogado intermediario que andaba enredado con piratas de carretera. Un estafado pagó para que lo eliminaran. Betulio me prestó el periódico dos días después. Como se trataba de un doctor, no se decía en el periódico que fuera un ajuste de cuentas. El titular rezaba textualmente: *Asesinado reconocido abogado en un centro residencial.*

Pero después seguimos en lo mismo. Durante mucho tiempo. Hasta que cumplimos veintitrés.

Betulio no paró de matar hasta que lo mataron en el burdel donde trabajó *La Frescachicha*. Se lo escabecharon unos tipos del gobierno. Me metieron preso una docena de años. A mí me contaron que su funeral fue pura parranda. Una miniteca toda la noche, mucha caña, mucha jeva y mucho monte. Pusieron mil veces una canción que decía *Nadie es eterno en el mundo*. Me dijeron que él pidió esa rumba para cuando lo quebraran. En el cementerio se juntaron cientos de motos. No menos de mil panas lo acompañaron hasta el hueco. A la hora cuando le echaron la primera paletada de tierra, todos sacaron sus pistolas y echaron al aire los plomazos. Al poco acabaron con el prostíbulo donde lo mataron. No se quería morir mi cabroncito amigo. A los días anduvo espantando en el cementerio. Le salía al guardián de las criptas y a la gente que visitaba sus difuntos. *La tiro fijo* tuvo que mandarle a hacer nueve misas para que se quedara quieto. Eso me lo contó un pana que vino a caer en la perrera.

Lo que pasaba era que Betulio vivía alumbrado en los últimos tiempos. El perico y las putas lo volvían loco. Vivía obsesionado con la matadera. Era como un vicio. Ya pasados los veinte cometimos el crimen más horrendo. No quisiera acordarme. Fue el más espeluznante asesinato donde yo participé. Tampoco fue mucha la plata que nos ofrecieron por matar a otro prestamista. *La culebra*, la misma dueña del botiquín *El siete copas*, fue quien nos contrató. Ella era una mujer de unos cincuenta años de edad, pero todavía con atributos para merecer. No estaba vieja la condenada y cuando de singar se trataba prefería buscarse jovencitos. La única pata torcida que aceptaba era la de *Cocodrilo*.

En su pasado, un arrejuntamiento le dejó tres hijas. Como a ella le decían *La culebra*, a sus hijas las llamaban *Las culebritas*. Una de *Las culebritas*, que ya era mayor de edad y estaba un poco acomodada gracias a su nido de pájaro, había sido estafada por un abogado del diablo. Con engaños amorosos el jurista logró quitarle una casa, un negocio de peluquería y un automóvil. *La culebra* nos contrató para hacer ese trabajo. Como punto de honor exigió que la cosa no se arreglara a puro balazo. “Verán, el tipo es una fija los fines de semana en la barra del California. Se cree con derecho a enamorara cualquier mujer. Se la quiere dar de galán. Impresiona a punta de audacia y de billetes. Puta que se le acerca a la barra, puta que se coge. Lo llaman El atrapamoscas. Todos los fines de semana le habilitan una habitación para que goce. Lo corea una cuerda de jalabolos. Todos se ríen de sus audacias, de sus aventuras amorosas, de sus chistes. Ustedes llegan un viernes por la noche al California y allí encuentran al cabrón con cualquier carajita bonita (pero muerta de hambre) y con un combo de chupamedias que no lo dejan ni orinar tranquilo. Pero no quiero que lo maten a balazos. Mi deseo es que sufra. Quiero que lo guinden de los cojones. Así como les digo. Merece lo peor. Mi plan es el siguiente...” Y enseguida nos explicó su plan. El plan que llevamos a cabo para acabar con la vida de *El atrapamoscas* no lo diseñó Betulio Parada ni Betulio González sino la mente perversa de *La culebra*.

En efecto, todos los viernes en la noche, Samuel Fernández (que así era su nombre) aparecía en el hotel California con el simple deseo de gozar la vida. Se sentaba ante la barra de la tasca y allí bebía, enamoraba mujeres, derrochaba dinero, cantaba. Era un hombre como de cuarenta, corpulento, bien parecido, pedante, con una fama bien ganada

como seductor. Según decían, todas las semanas estrenaba una hembra distinta.

El plan para asesinarlo fue muy bien concebido. *La culebra* se trajo una mujer desde Cartagena para que contribuyera en ese crimen. No existía una manera más perfecta para acabar con *El atrapamoscas*. Por conveniencia, de esa mujer no conocimos ni nombre ni apellido. Era una prostituta de impresionante belleza. Porte distinguido, rubia natural, espigada, senos enormes y elegancia indiscutible.

Betulio y yo esperamos a las afueras del hotel. Imagino que al entrar la catira a la tasca del California, las miradas de los hombres se derritieron. El grupito que acompañaba a Fernández indudablemente intentó hacer algo para acercarse a la recién llegada, pero al final se estableció lo que era una regla. La mejor mujer para el pez más grande. En menos de media hora, *El atrapamoscas*, reconocido seductor de aquel negocio, estaba al acecho de la rubia. Ella se hizo esperar. Luego de la medianoche, los proxenetas y la mayoría de clientes de la tasca se habían marchado. Ella aceptó acompañarlo a su habitación. El hombre estaba muy seguro de sus dotes fascinantes. La catira fue al baño y cuando salió le mostró todos sus atributos. Fernández quiso comenzar con la faena, pero la colombiana le pidió el favor de que fuera al baño para asearse. Esa fue su perdición. La mujer abrió la puerta y entramos. Lo sometimos simulando un robo. Lo atamos. El maricón decía que nos daría todo su dinero, pero que no lo matáramos. Quiso chillar y le reventamos el joco. Cubrimos su cuerpo y su rostro con cinta adhesiva. Prácticamente lo empaquetamos como a una momia. Murió asfixiado el gran carajo, pero puedo jurar que no es algo digno de recordación.

Al día siguiente, el doctor Samuel Fernández fue hallado colgado de los cojones, tal cual como lo quiso *La culebra*. A partir de esa fecha intenté cumplir mi trabajo de la manera más limpia, a simples plomazos, aunque no muchas veces salieron las cosas como quise que salieran.

Por nada del mundo quise acordarme de la tanta gente que maté, pero olvidar lo que pasó con Omar *El Químico* también se me antojó muy difícil.

Ocurrió mes y medio antes de volver a la perrera por causa de la muerte de Julia Fuentes y tuvo que ver con la persona encargada de poner los discos en “el templo de la perdición”. El DJ Omar *El Químico*

no la tenía tomada conmigo. Al contrario, parecía ser que le caía en gracia la forma como yo despaturraba a los pendejos que llegaban bellicosos. Pero yo era un cancerbero fiel a los postulados de un mafioso comprometido con los narcos. Un mafioso que también pertenecía a la conexión de *Doctor Peppers*.

El trabajo de este DJ era la música tecno, el hip hop y las armonías electrónicas. Su presencia en la discoteca de El Greco había tomado gran importancia. Lo llamaban *El Químico* por la destreza que exhibía en la elaboración de mezclas musicales. Se las traía. El hijo de la puta madre era ingenioso, no se limitaba a poner discos sino que creaba nuevas combinaciones rítmicas que a las dos de la mañana sostenían el ánimo de los trasnochadores vecinos a “la calle del hambre”. Podría afirmar que desbancaba a ídolos de la guitarra eléctrica, a Eric Clapton, por ejemplo, y a Jimi Hendrix. En La jirafa era considerado como un dios. Las mujeres lo adoraban. Se decían muchas cosas sobre él. Llegó de lejos. Venía desde Nueva York, de Sydney, de Londres, de Madrid, por mencionar algunos lugares. Su música andaba arrasando espectáculos, girando sobre sí misma como puto huracán. Se rumoraba que venía de recorrer festivales con Los hermanos Chemical, con Los ritmos digitales, con Los hermanos Dust. A los oídos de El Greco llegó el comentario de una probable demanda que levantaría Omar *El Químico* en los tribunales. De paso conocía de muy buena tinta el negocio de lavado de dinero que llevaba el patrón. Tenían firmados contratos muy costosos y muy comprometedores para el jefe. Además, sabía de sus cables pelados con el Cartel. Una palabra del DJ bastaría para enviarlo tras las rejas. Una demanda lo llevaría a la ruina. De tal manera que sucedió lo que sucedió. Antes de que se levantara más polvo sobre aquel asunto que estaba a punto de explotar en los tribunales, El Greco me ofreció cuatro semanas de paga a cambio de su pellejo. Pero no sé si la idea de matarlo se le ocurrió a él o al dios que se movía bajo la sombra.

Nunca pude ser enemigo personal de Omar *El Químico*, aunque tampoco podría negar que algo presente en él me perturbaba. No sé si era la facilidad con que las mujeres lo buscaban. Tampoco sé si podría tratarse de la enorme cabellera que llovía sobre su cara y que a cada movimiento parecía barrer sus hombros. O quizás eran sus ojos, profundos, imputantes, como una llama que nunca dejaba de arder.

Algo existía de inextricable en su pelusa que a mí me resultaba chocante. Acaso se me antojaba como una jungla prehistórica jamás mancillada por el paso de peines ni cepillos. Una vegetación capilar tupida como una amazonia en tiempos primitivos. Algo que se tornaba impermeable a todo contenido líquido, inclusive a los intentos de jabones y champús.

Su aspecto era extraño a causa de esa pelambreira y a causa de esa manera tan desfachatada como se vestía. Sobre todo su pelusa. Algunas ramificaciones de esa jungla se extendían en forma de bejucos nudosos colgantes de su silla turca. Formaban rulos y rulos en cadena. Creo que imitaba el peinado de Jimi Hendrix. Quizás su aspecto tan distinto a la generalidad le hizo pasar el examen para ser asesinado.

Omar *El Químico*, sin embargo, fue otra excepción: no jugaba en el equipo de los malos, su música era extraordinaria y sus fans llovían de casi todos los extremos de esa ciudad cosmopolita donde moría tanta gente. No cumplía con los requisitos que eran de mi gusto para trazar una nueva muesca en el *Smith & Wesson*. No era un traidor. No merecía morir con las morcillas rellenas de plomo.

Por eso lo asesiné con un puñal.

Yo mismo preparé la celada para mandarlo hacia el infierno. El caso de *El Químico* fue una particularidad. Lo resolví con una daga de acero oxidado que también perteneció a mi cabroncito padre, arma que mataba más por la infección que por el tamaño de la herida. Consumado el hecho, me deshice del cadáver, limpié la sangre del utensilio criminal y, siguiendo una regla casi moral, en la cache de nácar no tracé la muesca para el inventario de mis crímenes.

Todo lo resolví de la manera más sencilla. Nadie parecía estar dispuesto a morirse con tantas ganas como él. Nada más con una puñalada, Omar *El Químico* quedó estirado en el piso, entre las piedras de una represa, rígido como podía estarlo en una cama de cemento. Resultaba comprensible que, después de lo que le hice, el pobre Omar no intentara hacer ningún tipo de movimiento. Una sola puñalada bastó para mandarlo al otro mundo. Bueno. Una sola. En el lado izquierdo de su pecho. En el lugar preciso donde dicen que anida el corazón.

Como pude explicar, de inmediato limpié la sangre del acero ruginoso. Apenas hice aquello, se me ocurrió mirar la cara del DJ. Sus facciones estaban crispadas. Pero como el crimen lo cometí a pleno día en

un pasaje solitario cercano a un lago artificial, el cuerpo quedó tirado entre unos guijarros voluminosos. Ese cuerpo ya no se arriesgaría a realizar ningún tipo de mezclas para disfrute de una caterva de endemoniados en “el templo de la perdición”. Ni siquiera se movía un centímetro el pendejo. Era lógico que así ocurriera. Estaba muerto y bien tieso.

Su mirada vidriosa reflejaba al sol y al fijarme bien en sus cabrones ojos sentí pánico. Su mirada siempre me causaba miedo. Eso fue lo que creí sentir, miedo, pues en sus pupilas parecía moverse una señal, quizás una evidencia que luego podría condenarme.

Al fijarme en ellas (en las pupilas del difunto), noté que se trataba de una imagen difusa que en forma inexplicable se había grabado allí. Viéndolo bien (quizás bastaría con utilizar una lupa como decía mi hermano que lo hacía un tal Sherlock Holmes), la policía no tendría inconveniente en averiguar quién había asesinado a Omar *El Químico*. En sus pupilas quedó grabada, como en la pantalla de una cámara fotográfica con memoria congelada, la figura del asesino. Eso fue lo que pensé en aquel momento. Al menos esa fue la terrible impresión que yo sentí.

Así que bastaría realizar una somera experticia a la mirada del cadáver para determinar quién había sido el criminal. Tenía un puñal clavado en el pecho, en el lado izquierdo, exactamente en el lugar preciso donde llevaría encajado lo que fue el núcleo de su vida.

Aquel muerto me causó muchos dilemas. Tan fácil me resultó matarlo como difícil me resultó deshacerme de él. Antes de retirarme del lugar del hecho me puse a pensar en lo que pasaría cuando se lo llevaran para hacer los estudios patológicos. En el departamento de necrología no faltaría un detective médico que encontrara la solución a ese asunto. Lo había visto en televisión. Los detectives médicos eran infalibles. Sabía que ellos, al hacer una experticia al cuerpo del delito, optaban por centrar su atención en las pupilas de las víctimas. Imaginé lo que podría ocurrir cuando el detective médico llevara a cabo la investigación en el cuerpo de Omar *El Químico*: sacaría de su maletín una lupa grande y espectralmente reflexiva. La colocaría a una distancia prudencial y examinaría el ojo izquierdo de la víctima. En efecto, allí podría ver a un hombre de rasgos medianamente definidos que levantaba con fines indiscutibles, en su mano derecha, un horroroso puñal oxidado. Detectaría así que la última imagen percibida por Omar *El Químico* era la figura de su propio matador. En el ojo izquierdo encontraría la misma

fotografía con ciertas variantes de tiempo y espacio, como puede ocurrir con alguna cinta de celuloide. Allí también se toparía con el culpable, quizás con rasgos mejor definidos y más exactos, y lo peor del caso sería que la imagen grabada en esas pupilas me pertenecía.

¡Mierda! ¡Que deducción! Y eso que no era mi costumbre ver películas ni leer novelas de aquel señor a quien mi hermano llamaba Sir Arthur Conan Doyle.

El corazón me saltó desacompasado. Si no hacía algo de inmediato, antes de abandonar el lugar del crimen, sería descubierto de manera infalible. Se me ocurrió entonces abrir y cerrar los ojos del muerto con la esperanza de que mi retrato se borrara como una ligera onda que estremece al agua para luego diluirse en el vacío. Pero nada. Mi imagen seguía allí como un inexcusable designio.

Por último, saqué nuevamente el puñal y opté por arrancarlos. Muy cuidadosamente comencé a seccionar su tejido ocular. Luego eché sus ojos al lago. Cientos de pececitos voraces se abalanzaron sobre las pupilas que contenían mi viva imagen en el momento de cometer el crimen. Los peces más voluminosos se abalanzaban sobre los más chicos y sobre la mirada delatora que me contenía.

Fue una falsa impresión seguramente. Ese fin de semana fui a visitar a Teoduldo y a Lucrecia. Sin demostrar mucho interés, le pregunté a mi hermano si la imagen de los asesinos quedaba grabada en las pupilas de las víctimas.

—Sí, pero sólo en las novelas policíacas —me dijo. Leí un caso así en una historia de Agatha Christie. Son vainas. Inventos de los escritores, tú sabes.

De todas maneras terminé de tranquilizarme cuando los periódicos reseñaron el asesinato de Omar *El Químico*. Habían encontrado el cadáver cinco días después de su muerte. Los cuerpos policiales coincidieron en que su crimen fue un ajuste de cuentas.

Por un segundo cruzó sobre mi cabeza un negro larguirucho como un tronco quemado, que me aportó un aceptable bono en mis inicios con la mafia. Fue el segundo contrato criminal que me otorgó Nelson Ned luego del intento fallido de asesinar a su mujer. *El rayo Zambrano* y José *El chubisco* me acompañaron. Eso de moverme bajo la supervisión de los esbirros no era de mi agrado.

—¿Para qué tienen que enviarme con ustedes?

—Para ver si tienes guáramo, cabrón.

Así me dijo *El rayo Zambrano*.

El chubisco conducía y se remojaba las tripas con medio frasco de brandy.

El Teletubi me entregó el bono por adelantado. Nos movíamos en plena madrugada. El par de gorilas se detuvieron a las puertas de una pollera y señalaron a un negro que bebía con una puta de cabello oxigenado.

—Ese es el tipo a quien tienes que reventarle los tiros del huevito —me indico *El rayo Zambrano*.

Ellos le decían huevito a mi pene y a mi *Smith & Wesson*.

—¿En la cabeza? —pregunté para saber.

—No, pendejo. En las tripas.

En las tripas. Entonces supe que se trataba de un tipo condenado a pagar una traición.

Un vigilante con cara de estúpido se quedó mirando el carro cuando nos paramos. Naturalmente, era un carro robado. *El chubisco* le hizo señas y él acudió al llamado. Le dijo:

—Mi compadre se va a bajar y le va a meter cinco tiros al negro que está allí sentado con la puta. ¿Estás de acuerdo?

El vigilante no dijo sí ni dijo no. Se puso pálido cuando vio los pistolones que ellos le mostraron.

—¿Pero por qué?

—Porque le rompió el virgo a una carajita.

En un minuto le inventaron un cuento. Lo del virgo era un invento de esos jodedores. Era costumbre de ellos andar inventando chistes. Al final, *El rayo* le dijo:

—Así que te portas bien porque si no también te vas a morir. ¿Entendiste?

El vigilante movió la cabeza en forma afirmativa, no dijo ni pío y yo me bajé del carro.

—Nosotros vamos a dar la vuelta a la manzana —dijo *El chubisco*. Es cuestión de un momentito. Cuando volvamos a buscar a mi compadre, ya todo habrá terminado.

El carro arrancó y yo fui a sentarme ante la barra.

Pero deduje una cosa después de cometido el crimen: aquel niche murió por culpa de la densidad de su vejiga.

Desde la barra pude escuchar la conversación. Resulta que el negro le dijo a la catira de pelo oxigenado que lo esperara un momento a la puerta del botiquín donde yo fui a matarlo a las tres de la mañana. Fui a lincharlo y sin el consentimiento de Julia quien opinaba que no era necesario trasnocharse para cumplir con ese trabajo de esbirro.

En ese sitio vendían pollos asados. En ocasiones anteriores había podido ver montones de gallos dando vueltas sobre los carbones calientes gracias a una manilla eléctrica. Pero en ese instante sólo giraba sobre las brasas un íngrimo y chamuscado pichón.

Para cumplir con el encargo del enano siniestro, debería esperar que el par de cabrones dieran la vuelta a la manzana. Pero la puta que acompañaba al niche no hizo caso y se quedó aplastada en la mesa mirando en forma oblicua al vigilante. Desde un rincón de la barra, pude ver cómo apuraba la última cerveza. Se acercaba la aurora de un incipiente sábado y un portugués hijo de mierda estaba maldiciendo el hecho de que un negro cara de machete, hijo de la puta madre, no lo dejara cerrar su negocio de bebidas y pollos en brasas a esa bendita hora. Eran las tres y no sé cuántos minutos de la madrugada.

El quemado parecía de raza trinitaria. Era de apariencia desfachada. Poseía una cabeza de alegres contornos sobre la cual se aplastaba un manglar de cabellos rizados que hacían juego con una nariz que parecía quedarse sin resuello. Sus dientes lucían como teclas de un piano nuevo. Se arrancó de la comisura de los labios un cigarro arrugado que parecía una oruga, lo echó al piso y lo destripó con la suela ancha y larga de un zapato. Clavó la botella color ámbar en el centro de la mesa, estiró sus desarrolladas canillas y se levantó. Podía medir fácilmente un par de metros.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó la mujer.

—Voy a orinar.

—Trata de no orinar tanto —le exigió ella—. Yo no sé por qué tienes esa maña de tardar más de la cuenta escurriendo el canario.

—Ya te lo dije, espérame en la puerta —repitió a la catira de utilidad, y en cuatro o cinco trancos cruzó la sala solitaria del botiquín y se metió en el retrete.

Desde mi rincón estuve pendiente de todo. Ella se quedó allí, ante la mesa, mirando esta vez a un solitario pollo asado que aún estaba dando vueltas a la parrilla y condenándose seguramente a la

chamusquina. El negro sentía que la vejiga se le iba a reventar a causa de tanta caña retenida. La mujer pensaría que su amigo era un caso perdido a la hora de moverse hacia la letrina. Debería conocerlo bien y debería estar al tanto de la particularidad de que hacía aguas menores como un caballo.

Nada más cuando el negro se metió al excusado, se escucharon tres ruidos simultáneos: el pedo que antecedió al mear, el eco de una persistente catarata estrellándose contra el retrete y el murmullo de un motor desentonado perteneciente al carro robado donde andaban *El rayo* y *El chubisco*. El chofer llamó nuevamente al vigilante, le dijo algo y nuevamente arrancó. Muy nervioso, el celador atravesó el humo que provenía del aparato donde se asaba el solitario pollo y se detuvo ante la mesa donde estaba la mujer.

—¿Y el negro? —preguntó.

La mujer dejó caer una pestaña estirada como el copete de un pavo. Hizo un ademán y contestó:

—Está metido en el excusado.

El vigilante miró al portugués con ganas de ponerlo al tanto del crimen que estaba a punto de cometerse, pero no lo hizo porque el lusitano estaba cegado por la exacerbación, destripaba latas vacías y mencionaba a cada rato a la madre de Cristo. El vigilante paseó su mirada por el salón casi vacío, regresó hasta el lugar donde permanecía sentada la mujer y le dijo:

—Dile al maldito negro que arranque.

—¿Cómo?

—Que se pinte lo más rápido que pueda.

—Pero... ¿por qué?

—¿Estás ciega? ¿No viste el carro que se acaba de ir?

—Sí, lo vi. ¿Y qué?

—Pues, el tipo que lo maneja salió a dar la vuelta y me dijo que al regresar ya el negro sería un pollo chamuscado...

—¿Cómo? —dijo tranquilamente la puta tomándose otro trago.

—Así de simple: que lo van a quemar.

Pero la mujer sonrió con indiferencia y le dijo:

—Pues, que lo quemen. No puedo hacer nada para que ese negro de mierda se apure.

—Debes hacer algo por su vida —insistió el vigilante—. Ese negro es tu amigo, te lo chuleas cada vez que te da la gana. Le sacas la plata a chorros. Y vienen seguramente a liquidarlo. Si en un par de minutos no sale del meadero, lo matarán.

—Pero es que no puedo hacer nada —dijo la mujer. Ese gran carajo está ocupado con su vejiga. El maldito es todo un caso, te digo. Yo lo conozco. Es difícil que salga de allí en menos de tres o cuatro minutos.

—En tres o cuatro minutos ya estará dando vueltas en el infierno como ese pollo que da vueltas a la parrilla —dijo el vigilante—. Los tipos que andan en el carro tienen cara de matones y el que está sentado en la barra es otra mierda.

La catira de plástico le dio al vigilante una mirada desolada.

—No entiendo por qué coño han de acribillarlo —dijo—. Ese negro es más bueno que San Martín de Porres. No hace otra cosa que visitar el burdel, singarse una puta, venirse a la pollera, beber aguardiente como un burro y orinar como un caballo. ¿Qué pudo hacer de malo para que tengan tantas ganas de quemarlo?

—Uno de los hombres me dijo que le rompió el culo a la hija de un tipo con plata.

—¿Que le qué?...

—Que le rompió el virgo a la hija de un tipo cojonudo. Que la hijita sifrina, arrecha con el papá, se fue de la casa y se metió al burdel. Y allí de casualidad le llegó el negro ese. Le pagó el servicio y le rompió el culo.

—Eso no es un pecado —dijo la mujer—. Si fue con el consentimiento de su pedazo de zorra, y de paso en un burdel, no hay razón para chillar por eso. Porque ese negro es un caballero, no se singa a nadie sin soltarle el billete.

—Ya lo sé. El otro tipo dijo que fue con el consentimiento de la muchacha —dijo el vigilante—, pero luego de esa noche de amor la carajita quedó despatarrada.

—¿Quién la mandó? —dijo la catira—. El cañón de ese negro no es apto para principiantes.

En ese preciso momento, el tipo con pinta de trinitario salió del excusado. Salté de la butaca, saqué mi *Smith & Wesson* y le pegué cinco pepazos en el vientre. Con el último disparo apareció el carro en la puerta del bar. Todo estaba cronometrado. No hubo tiempo para nada.

Seguramente al amanecer, un grupo de trasnochados contemplarían la escena. La furgoneta encargada de recoger cadáveres llegaría con los primeros albores. Los hombres acostumbrados a recolectar muertos desparramados por la ciudad durante todos los fines de semana se sentirían asombrados por la estatura del difunto. Para entonces estaría insertado en la vara que usa el diablo para asar las almas pecadoras en los recovecos del infierno. Rápidamente corrí hacia el carro y huimos. El negro larguirucho no tuvo tiempo de decir adiós a la catira oxigenada.

El rayo y *El chubisco* siempre andaban con sus jodederas. Se reían a carcajadas del cascarillo que dijeron al pobre desvelado. Eso de la carajita a quien el negro le reventó el culo, por supuesto, fue un invento.

Décimo segundo asalto

Un gordo asqueroso, pedante y mal educado

Bueno. Cuando salí de aquella tortuga con ruedas, me sentí ridículo.

Dos lagrimones habían caído de mis cabrones ojos. Lágrimas por el cuento del taxista, no por el final del mismo ni por la víctima a quien yo mismo había echado al escabeche. ¡Qué fastidio! Los tarantines del mercado conformaban un laberinto difícil de cruzar. Sequé mis lloros y caminé unos veinte pasos para orientarme. Me encontraba a un par de cuadras de las oficinas de tránsito terrestre. Anduve entre el gentío que saturaba la zona en vísperas del año nuevo y llegué hasta el portal de la institución. Allí encontré a un íngrimo fiscal sacándose algún piojo de la cabeza. O alguna ladilla trasnochada. El tipo se había quitado la gorra y se rascaba la media calva con fuertes restregones. ¿Intentaba colocar una boleta a cierta pulga saltarina? También pensé que podría tratarse de una maligna seborrea que le estuviera fregando el coco. Me acerqué a él y luego de sacarlo de su inspiración logré saludarlo y hacerle la pregunta:

—Buenos días, oficial, ¿me puede indicar dónde se encuentra el cabo Fulgencio Castañeda?

—En su oficina —contestó sin dejarse de rascar.

Como quedé en las mismas, le hice otra pregunta:

—¿Me puede indicar dónde queda su oficina?

—Aquí al lado, donde venden arepas rellenas. El cabo Castañeda es un caso. Pasa más tiempo en la arepera que en las calles y alcabalas. ¿Lo conoce usted?

—No.

—Bueno, si lo encuentra no se le vaya a ocurrir invitarlo a comer. Lo dejaría a usted en la ruina.

—No, no lo ando buscando para invitarlo a comer.

—Entonces, ¿para qué lo anda buscando?

—Por un problema de tránsito que sólo le compete a él.

—¿A él solamente? Ah, bueno, si es así. Le diré cómo es para que no se equivoque al buscarlo.

—Gracias.

—El cabo Castañeda es un tipo barrigón como un hipopótamo. ¿Ha visitado alguna vez el zoológico? ¿Sabe usted cómo son los hipopótamos?

—Sí, sin duda.

—Bueno, él es así. Mejor dicho, como un híbrido, como un animal raro, mezcla de dos bichos horribles. Porque si existe algo más parecido a su cara, eso sería una trompa de cochino. Ah, pero no se lo ocurra decirselo a él. Si por casualidad no se encuentra en la arepera, entonces búsquelo debajo de la mata de cocos. Allí se mete para coger fresco y para sacarse el tripero que le queda entre los dientes.

—¿Cuál mata de cocos?

—Ésa que se ve allí, a un lado de la arepera. ¿La ve usted?

Me asomé y, efectivamente, pude ver una palmera. Sin duda, era una mata muy productiva. Estaba llena de racimos numerosos y pesados que arqueaban el tronco y debajo de su sombra se hallaba un banco de cemento.

—¿La vio?

—Sí, creo que sí.

—Bueno, échele bolas, pues.

Di las gracias y caminé hacia el tarantín que me indicó. Se trataba de una arepera con anexo donde vendían platos baratos. Expendían mondongo, fritura de todo tipo, pabellón, menú ejecutivo, caraotas

con arroz, tortillas de huevo con tocineta y unos espaguetis que parecían guisados para perros. En el momento de mi entrada, no menos de veinte muertos de hambre se disputaban un extraño sortilegio con arepas. Ejecutaban algo así como un malabarismo culinario. Como una danza macabra cuyo ritual tenía que ver con movimientos de mandíbulas. Pedían arepas con voces y gestos desaforados. Un par de dependientes que ostentaban caras grasosas y ojos hinchados hacían todo lo posible con el fin de neutralizar la avalancha de tragones.

En aquel restaurante de mala muerte, a casi nadie le prestaban un servicio especial, excepto al gordo que yo andaba buscando. Los dependientes deberían conocer a muchos de tales clientes pues, en varias ocasiones, intentaban controlarlos con maldiciones y sacadas de madre. Apenas un minuto de estadía en el establecimiento me bastó para reconocer al sujeto cuya vida costaba un bono de diez mil bolívares fuertes. Porque solamente un gordo bien papeado se llevaba los honores de ser atendido a vuelo de pájaro. Era un tipo mollejudo, carirredondo, abultado como un tanque de guerra y tragón como un barril sin fondo. No había otro tan parecido a la descripción que me ofrecieron. Su trompa de cochino, lo verifiqué inmediatamente, podía competir con la de *Shrek*, un muñeco con cuerpo y cara de marrano que en esos días rompía récord de taquilla en las salas de cine.

Clavé la vista al gordinflón. Era un espectáculo de la glotonería. Se metía una arepa rellena en la boca y, como por arte de magia, bastándole un breve parpadeo, lograba enviarla a su mondongo. Sus dientes eran grandes y amarillos como los de un jabalí. Apenas tres minutos bastaron para presenciar algo increíble. Se atarugaba tres arepas con carne mechada, tres arepas mixtas con mollejas y queso amarillo, tres arepas de reina pepeada y tres arepas de pernil. En su boca parecía estar instalada una molienda industrial. ¡Increíble! En menos del tiempo que se tarda para pelar una cucaracha, el gordo mal nacido despachó nada más y nada menos que doce arepas y cuatro vasos gigantes de guarapo. En ese momento tuve el presentimiento de que *El gusano* tenía toda la razón. El tipo era una ruina con sus quijadas. Para poder tragar de esa manera necesitaría trabajar con sobretiempo.

Shrek hizo un movimiento que imitaba al de los pistoleros de los western espaguetis cuando intentaban sacar la Colt. No pretendía

sacar una pistola, que realmente tampoco llevaba a cuestras, sino su cartera. Pero uno de los dependientes de la barra le dijo:

—Tranquilo, Castañeda, usted no debe nada.

Lo cual también me hizo pensar en la hoja negra que podían tener los carros de aquellos mercachifles quienes pagaban sus favores a fuerza de arepazos...

Así que, sin costear el viaje de arepas que se metió en un santiamén, apenas agradeciendo con un gesto ligero a los tipos de caras adiposas y ojos inflados que atendían la barra, salió de allí. Lo seguí a cierta distancia. El cabo Castañeda caminaba con pasos de pingüino. O quizás no. Su caminar era idéntico al de otra clase de animal, al de *Muhammad Ali*, mi loro, regodeándose en su jaula, por ejemplo. Pingüino o cotorro. O quizás ambos animales caminaban de modo parecido.

Él y mi emplumado se parecían en ese rasgo, pero en algo también se asemejaba a otra bestia antigua que alguna vez pude encontrar en un manual de ciencias naturales. Anduvo tambaleante como un mamut viejo y moribundo a finales de la era del hielo y se desplazó hasta la sombra que proyectaba la mata de cocos. Se movía con dificultad, igual que un bicho de circo martirizado por los latigazos de un domador. Se sentó en el banco de cemento que estaba debajo del cocotero y sacó un pañuelo. Transpiraba a raudales. Se secó el sudor de la frente. La panza cayó sobre sus piernas.

Luego sobrevino lo más asqueroso. Sacó un palillo de la camisa de su uniforme de fiscal y acto seguido comenzó a desembolsar la sobra que había quedado atascada entre dientes, muelas y colmillos. Emitía un ruido de aspiradora al tanto que se chupaba las encías perforadas por las ulceraciones. ¡SSSHHSSSS!, hacía. Se metía el palillo en una muela podrida, sacaba el pedazo de cochino que se le había enredado entre las caries y se lo tragaba. Pero los malos modales del cabo Castañeda me importaban un rábano.

Para colmo lo habían seguido unos perros callejeros que seguramente frecuentaban la arepera. Eran dos. Se sentaron a un par de pasos del escaño y al unísono comenzaron a golpearse los flancos esqueléticos con sus patas traseras dando la impresión de que tocaran guitarras. Pero apenas se escuchaban los golpes bruscos que pegaban a las secas costillas. Por un instante pude fijarme en ellos. Supe de antemano que algún día morirían bajo las ruedas

de automóviles. Lo supe porque eran perros amarillos y los perros amarillos (al igual que los de color gris), desde que tenía uso de razón, habían acabado mal en las vías rápidas. A un par de pasos del cabo permanecieron en silencio masticándose las pulgas y el desabrido sabor de sus ladridos.

Recuerdo la primera y última vez que Teoduldo se apareció con Lucrecia en la perrera. Trajeron las páginas, casi una resma completa, y una docena de lápices.

—Anda, diviértete, escribe la maldita novela.

Ya todos lo debían saber. Mi hermano era hombre de muchas lecturas, un seguidor de las refinadas costumbres de los grandes escritores, un admirador de poetas malditos, un ser imaginativo que siempre improvisaba algo más acerca de los cuentos o novelas que leía. No dejaba de decirme que era yo un afrentoso. *Escribe que algo queda*, me decía refrendando a un tal Kotepa Delgado.

Insistieron con el tiquititaquí de la novela a quince asaltos.

—Sencilísimo, hermanito. Como una pelea. Eso es todo lo que tienes que hacer. Contar parte de tu vida a los coñazos como si todo sucediera adentro del cuadrilátero.

Cosa extraña. En ningún momento de la visita, ni él ni su mujer me preguntaron acerca del supuesto accidente donde saltó el disparo. El nombre de Julia Fuentes no asomó en esa conversación. Ahora les importaba un rábano verde. Mi hermano y su vieja solamente estuvieron empeñados en que yo escribiera una novela como si fuera un enfrentamiento boxístico. Él y ella me metieron esa puta idea entre ceja y ceja.

Para su concepto (me refería únicamente a mi hermano), fui yo el verdadero autor de la expresión que cambió para siempre la historia de mi vida. Se refería a aquella que decía: *La maestra Graciela Prado es una puta*. Hay frases que marcan, sin duda. Lo juré por María Seferina. Yo no escribí aquello que truncó el camino de mi educación. Pero Teoduldo se empeñaba en que sí. Que me había visto garabatear la locución no sé cuántas veces cuando vivíamos con la pájara de nuestra madre.

“Fuiste tú, Betulio, no pudo haber sido otro”. Así me dijo. “En ese tiempo te la pasabas escribiendo chistes donde decías que tu maestra era una puta. Tenías un buen estilo, eso lo recuerdo bien, un estilo

directo y fulminante como un gancho al hígado. De haber continuado leyendo y escribiendo en ese tiempo quizás hubieras llegado más lejos que como boxeador. Pero allí se terminó todo. Esa maldita frase enchavó tu vida. Desde entonces comenzaste a caer por el barranco. De nada te valían los consejos que te daba nuestra madre. Desde que naciste, preferiste la compañía de Betulio Parada. Optaste por aprender mañas de asesino, andar con pandillas, patear el camino de la mala vida. Primero le pegaste un tiro a un muchacho porque te dio una cachetada, después mataste a otro porque te quitó la novia y por último, cuando mataron a Betulio, te fuiste a pudrir doce años en la perrera. Ahora me alegro de que hayas decidido cortarle la cabeza a la metáfora, ponerte a escribir, al menos a escribir sobre tu vida. Estoy seguro que podrás escribir una bonita historia”.

Así se expresó Teoduldo González, mi cabroncito hermano. Pero yo no podía escribir una historia muy bonita. Solamente a un sicópata podía parecer encantador el relato de mis crímenes.

Me lo dijo en su única visita, antes de que dictaran mi sentencia. Hablaba refinadamente. Nunca había dejado de trabajar en la librería y era un lector incansable. Nunca entendí para qué podía servir el leer tantos libros.

Me dijo que para componer una buena historia, debería torcer el pescuezo a la metáfora. ¡Diablos! Hablaba fino el condenado. Retorcerle el pescuezo a la maldita metáfora como si fuera un pollo.

Pero yo pensaba que no era fácil sazonar la metáfora como si fuera eso, es decir, un pollo. No era fácil cortar sus muslos con lápices de grafito, abrirle el pecho y hacerlo flamear como bandera. No era fácil mostrar colores y estrellas con negro, rojo, azul, inventar vivos motivos, por cada pedazo de sus fibras. Además, las alas de la metáfora no servían para ser preparadas al estilo tejano, en salsa inglesa o berbecue. Era preferible ir directo a lo que me había acontecido y, si la metáfora se atravesaba, pues ni modo. Le cortaría el pescuezo de una vez.

Yo carecía de eso que Teoduldo llamaba dominio del lenguaje. ¡Qué dominio de lenguaje ni qué ocho cuartos! Estilo sí tenía. Escribía como pegaba. Como no pude leer más que historias del box, mi escritura era como un upper. Un upper traidor. Un *rabbit punch*.

De veras que no tenía conocimientos de escritura. Al menos no podía escribir fino como los rimbombantes demonios de la literatura.

A otro perro con ese hueso. Lo único que hasta entonces supe dominar con destreza fueron dos cosas: los puños y el revólver. No tenía dominio del lenguaje. Pero sí tenía dominio del revólver y los puños. Quizás no podría jamás ser un buen novelista. Pero sí un campeón del crimen y los puños.

Así que no estaría dispuesto, a esas alturas de mi vida, ponerme a aprender un oficio que jamás me interesó. Lo que podía hacer era, ¡cómo no!, ponerme a echar el cuento. A zurcir una historia con otra historia. Saltar de un tema a otro. Tramando las cosas que me habían acontecido, quizás podría lograr eso que él llamaba torcer el pescuezo a la metáfora.

Pensé que debería volver a *Shrek*. De esa forma me puse a escribir lo que me había acontecido con el gordo.

Shrek era un caso. Además de sus dientes podridos, se notaba que el alma se le estaba cayendo a pedazos como una maldita carie. Se veía tan pobre diablo como yo. También, al igual que mi persona, fue manipulado por un Cartel. Por una conexión de criminales contraria a la nuestra. Por un dios que también se escondía entre cielos de sombras. El mío se hacía llamar *Doctor Peppers*, el suyo se hacía llamar *Red Rider*. Ambos dioses eran invisibles y perversos. Como demonios permanecían ocultos entre sombras. Pobre cabrón igual que yo. Pobre pendejo de mierda.

El cabo Castañeda resultaba repugnante a simple vista. Tenía modales puercos y su trompa, sin duda, era de cochino. Agarró un coco seco que estaba al pie del banco y lo lanzó a los perros, los cuales dejaron de imitar a los guitarristas y salieron disparados hacia la puerta de la arepera. Luego desgarró y soltó un gargajo verde como un petardo venenoso. ¡Chuás! El escupitajo impactó en una lata de cerveza que había soltado uno de los borrachos que frecuentaban la zona. La lata hizo ¡plin! y salió disparada produciendo un ruido sordo como de nombre chino. ¡Lam! ¡Lam! ¡Lam! Precisamente Lam era el apellido del maldito chino asesino que debería enfrentar por última vez. Todas las apuestas, excepto las de *Doctor Peppers*, se jugaron en mi contra. Si ganaba podía llegar a ser campeón mundial de peso welter y la mafia que me cubría podía saltarse el gordo. Si perdía, quizás ni me daría tiempo de volver al fondo de la letrina. *El chubisco* y *El rayo* (o tal vez

otro verdugo) se encargaría de pegarme los plomazos en la panza. O quizás allí, por agradecimiento, en el hueso del pescuezo, donde yo solía pegarlos.

Cerca de donde me encontraba, cientos de mujeres invadían el mercado en busca de pantaletas amarillas. Algunas eran esculturales, elegantes, de buen porte. Pero en su mayoría estaban llenas de mantequilla, cundidas de harina y de mortadela, una tropa de personificaciones en chancletas donde la mugre más representativa paseaba a sus anchas. Mujeres flacas como perras o hinchadas por acción del carbohidrato. Algunas inquisidoras eran gráciles como venadas, pero un alto porcentaje de feas movían sus tripas cual morcillas pasadas por tocino. En ese momento cruzaba un avión sobre el cielo del mercado. Recordé la historia de Enmanuelle que Teo solía contar con tanto cariño. Imaginé a cualquier Enmanuelle Arsen fornicando en la cabina, pero no es que conociera a la tal Enmanuelle, su vida de ninfómana, excepto por las cosas de libros que contaba mi hermano a espaldas de Lucrecia. Un tipo tomaría escocés dieciocho años. Algún viejo verde hojearía *Playboy* soñando con las grandes ubres de las chicas. Pero fue fugaz esa inquietud. El avión soltó su chorro de humo y se perdió en un santiamén en una selva de nubes.

Porque eso era el cielo del fin de año cuando ahorcaron a Sadam, una especie de jungla amazónica con nubecitas de todos los tamaños que parecían animales en movimiento, en franca competencia, conejos, jirafas, jabalíes, tigres, leones, elefantes, rinocerontes, hipopótamos y cuanto bicho de monte se pudiera imaginar. Más allá de aquel avión y de aquella selva con animales también se podía suponer una ola colgada en el azul celeste, palmares índigos y blancos, un nítido sol marino y un viento yodado donde crecía la magia del trópico.

¡Coño! Se me salía la baba al saborear tantas metáforas bonitas. Muchas de ellas podían prestarse como pollos para cortarles el pescuezo, todas zarandeando las alas sobre la pista cerúlea del infinito. Pero al final podían resonar como pendejadas para quien buscara entre esas páginas una historia de crímenes, de intimidaciones y de puñetazos. Porque yo no estaba escribiendo para inventar frases bonitas sino para contar la mierda tal cual como la probé. Para contarla a quince asaltos, tal cual como si se tratara de la pelea de mi vida.

Y al lado de tránsito terrestre había menos metáforas que mujeres buscando pantaletas amarillas para la buena fortuna. En alto porcentaje todas gruesas por causa de harinas y mortadelas. La pobreza se nutría de manteca y carbohidrato. Un poco más allá, cerca de una arepera donde abundaban indigentes y perros callejeros, los pedos del cabo Fulgencio Castañeda salían filtrados en medio del mundanal ruido. Los expulsaba coladitos. Tal cual como si los arrojara con la más cuidadosa urbanidad. Afinaba la puntería disparando salivazos verdes a las latas de cerveza. Me acerqué a él con cautela y le hice una pregunta que llovía sobre mojado:

—¿Es usted el cabo Fulgencio Castañeda?

—Sí, a la orden. ¿En qué puedo servirlo, ciudadano?

Décimo tercer asalto

La muerte de *Shrek*

El sol hizo desaparecer la selva cundida de bichos y la playa celestial imaginaria. Comenzó a hacer calor. El sol quemaba como un enorme huevo frito recién sacado de las cacerolas del universo. El cabo Castañeda me miró de frente. Le tendí la mano y él me tendió la suya. Examiné su cara con cierto énfasis. Cuando le hice la pregunta de si era el cabo Fulgencio Castañeda, sus hinchados párpados aletearon como las turgencias de un pavo gordo en vísperas de navidad y próximo a ser rellenado.

—Necesito hablar con usted —le dije.

—Mañana es 31 de diciembre y no trabajo —advirtió *Shrek* de una vez sin que sus dientes soltaran el palillo—, y si acaso se me ocurre trabajar cobro por triplicado y por anticipado.

Me quedé callado. Seguramente esperaba una súplica inmediata. Pero como no dije ni pío, me miró de arriba abajo y preguntó:

—¿Piensa viajar y no tiene los papeles al día? ¿Eso es?

Me di tiempo para contestar. Quizás era parte de un libreto imaginario para emboscar al cerdo. Seguí la estrategia que me indicó Cristóforo Lorenzo. El australopiteco me había comentado que el barrigón

estaba acostumbrado a las corrupciones e inclusive ofrecía su servicio como sobornable tarifado. Era adicto a la chapucería. Gozaba con las chambonadas ajenas. Le encantaba ser chantajeado. Era un churro a quien le embrujaban los despropósitos.

El negocio de los fiscales matraqueros era buenísimo. La gente cometía disparates todos los días con sus perolas rodantes y él se encontraba allí, en tránsito terrestre, para enmendar sus fallas siempre y cuando estuvieran de acuerdo con sus tasas de servicio. Tampoco maquilló sus hábitos antihigiénicos pues en ningún momento de nuestra conversación dejó de gargajear ni de escarbarse los colmillos. No menos de diez veces soltó petardos viscosos de un color verde aceituna.

—Oiga, ciudadano. ¿Está sordo? Le acabo de preguntar si es que piensa viajar y no tiene los papeles en regla.

Me pareció pertinente no contestar de inmediato a su pregunta siguiendo con el guión que me había recomendado Ned. Me mantuve en silencio, una afonía exasperante que pretendía sacarlo de quicio, un recurso que ya otras veces había utilizado para joder la vida de otros pendejos.

—¿Qué? Le estoy hablando. ¿Está sordo? ¿No escucha lo que le digo? Le estoy preguntando si es que piensa viajar.

El gordo mordió el anzuelo. Bueno, decidí hablar de una vez. Le dije:

—No. En realidad no pienso viajar. Y no estoy sordo.

—Entonces. ¿qué carajo le pasa, ciudadano? ¿La imbécil de su mujer le chocó el carro?

—Mi mujer no sabe manejar. Es una paranoica. Además, le pegan ataques de neuralgias. Pero en algo tiene usted razón: también es una imbécil.

—Entonces lo chocó usted. Al carro, me refiero.

—No. No tengo carro ni tampoco he chocado.

—Entonces... ¿Tiene un cable pelado con tránsito terrestre?

—Tampoco.

—Destripó a alguien por esas calles con un camastrón ajeno.

—No.

—Necesita una ayudita para llevar a cabo un negocio no muy claro.

—Algo así —le dije—. ¿Sabe? Tengo una moto y pienso venderla.

—Pues, para venderla no necesita venir a consultarme. Está usted mamándome gallo.

—No, no estoy mamando gallo.

—Entonces no tenía por qué venir a consultarme. ¡Véndala, véndala y ya! Ese es problema suyo.

—El caso es que ha sido vendida en tres oportunidades y, según la ley, no pueden pasar por notaría vehículos con más de tres ventas.

—Así es —dijo el muñeco de celuloide escupiendo un pedazo de arepa. Conoce usted la ley. Lo felicito. ¿Es usted picapleitos?

—No. Qué va.

—Pero está al tanto de las cosas legales. Lo felicito.

—No es necesario que me felicite. Solamente quiero vender la moto y saber cuánto me cobraría usted por ayudarme.

—¿Ayudarle a qué?

—¿A qué más? Ayudarme a vender la moto.

—Ya eso es un asunto de ley. Y usted la conoce. Amigo mío, la ley debe ser como la muerte.

—Así es.

El cabo se quedó mirándome con ojos hinchados exhibiendo su trompa de cochino y sus aletas de pavo a punto de ser decapitado. Replegó una sonrisa amarillenta de dientes perforados por las caries. Su mueca, además de asquerosa, me pareció de falsa dignidad.

—No trabajo en las oficinas donde eliminan los traspasos —dijo. ¿Usted me está ofendiendo, ciudadano?

—Disculpe entonces —le dije—, e intenté alejarme de su lado.

—Sin embargo, la ley puede hacer algunas excepciones —repuso.

No le hice caso. Tenía un aliento fétido. Me retiré tres metros del banco donde se hallaba sentado. La mata de coco ofrecía una isla de sombra. Pero me detuvo de inmediato con una fogosidad avariciosa flameando en su mirada.

—Espere un momento —dijo *Shrek*—. Explíqueme. ¿Por qué he de disculparlo?

—Porque me equivoqué. Creí que el cabo Fulgencio Castañeda era de los nuestros.

—No sé a cuáles nuestros se refiere usted, pero tal vez no se haya equivocado —dijo él. Soy un simple funcionario de tránsito terrestre dispuesto a ayudar a los ciudadanos. Pero eso sí, siempre que vengan con buena educación. Y con aliguito más, usted sabe, uno es padre de familia.

—¿Con aliguito más? ¿Se refiere usted a la plata?

—Usted sabe, ciudadano. La plata es como el aceite, como la rueda que mueve al mundo. Lo único que le exijo es que sea comprensivo y que tenga buena educación.

—Por mí, la educación se puede ir a la mierda —dije.

—¿Qué está usted diciendo?

—Lo que está usted escuchando. La educación me importa un huevo pelado.

—Oiga, mijo, sin groserías... ¿Qué vaina es esa? ¡Coño! ¡Compórtese!

—Me importa un huevo pelado —repetí, y de inmediato comencé a tutearlo—. Te conozco muy bien, *Shrek*, cochinito de celuloide. Yo sólo vine a pedirte un favorcito.

Le hablé con la frialdad que a veces exhiben los sicarios a punto de sacar el jierro y disparar. De veras que me provocaba terminar con aquello de una vez: sacar mi revólver, reventar los plomazos en su grotesca barriga y confundirme entre la multitud de aquel mercado donde se hallaba zampada en ese momento la ciudadanía. Luego esperar el día siguiente cuando los periódicos notificaran la muerte del funcionario, lo cual equivalía el recibo para cobrar el bono prometido. Pero no lo hice. Dominé mis impulsos naturales y ese fue el error. Reprimir mis instintos fue el origen de mi mala suerte. Con él se fue volando lo ofrecido por Ned.

El cabo Castañeda no era tonto. Debí recordar la página roja que aparecía todos los días en los periódicos. Eran folios que contabilizaban números de ajusticiados. El canasto que ocultaba los colmillos del engendro del diablo tembló en un raptó de nerviosismo. Los dientes dañados se movieron con más premura. El palillo se partió en tres pedazos. Levanté los ojos al cielo y el sol me deslumbró. La palmera se arqueaba bajo el peso de sus racimos y proyectaba un delta de sombra que precisamente cubría el banco donde estaba sentado el cabo.

—¿Sabe? Es 30 de diciembre y mañana es 31. Por eso le digo que hoy, la cosa que usted aspira que le arregle, resulta un poco difícil. Bueno, más que delicada, costosa. La gente anda fuera del trabajo arreglando sus cosas personales, haciendo las hallacas, preparando el pavo o el perrnil, comprando la caja de cerveza o calentando el buche con un palito de whisky.

—O comprando pantaletas amarillas.

—Así de sencillo. O comprando pantaletas amarillas. Y para colmo se atravesó este día sábado. ¿Qué le pareció el ahorcamiento de Sadam?

—Una mismísima mierda.

—Comprenderá usted. Nadie está dispuesto a arreglar las cosas en un día de tal magnitud, 30 de diciembre y sábado de ñapa, a menos que le paguen triple. ¿Está dispuesto a hacerlo?

—¿Pretende usted que le pague triple? ¿Por qué?

—Porque debo llamar a un amigo, como en el concurso millonario de la televisión. ¿Usted me entiende?

—No.

—Pues ese amigo no está hoy en su oficina. Es 30 de diciembre. Ese amigo está en su casa, echándose los palos y ayudando a su mujer a preparar el guiso. Moverlo de su sitio hasta la oficina donde trabaja cuesta triple. ¿No cree usted?

—No —dije yo—, no lo creo. Y no estoy dispuesto a pagar más de lo normal. ¡Qué lástima! Pensé que estaba tratando con uno de los nuestros, con un cabrón amigo de mi jefe.

—Un momentito, ¿qué falta de respeto es esa? Sin groserías le dije... ¿Su jefe? ¿A quién se refiere cuando dice “mi jefe”?

—Mi jefe —simulé corroborar—. Venía de su parte, por recomendación suya, pero ya veo que él estaba equivocado. Así se lo haré saber.

El hipopótamo ligado con cochino soltó otro escupitajo verde y nervioso.

—¿A quién se refiere usted? ¿Quién es su jefe?

—El mismo tuyo.

—¿Quién?

—*Red Rider*. Fue él quien me recomendó que hablara contigo.

—¿*Red Rider*? —repitió como si no pudiera creer lo que estaba escuchando.

—Sí, el del caballo blanco.

Sus ojos de sapo destripado blanquearon cuando dije *el del caballo blanco*. Lo miré bien a la cara. El cabo Castañeda poseía un cuello corto como un anfibio cuaternario. Como un animal que se hubiera conservado en el Antártico durante un lapso de millones de años. Igual que el mamut que fue encontrado cerca de los polos y que unos muertos de

hambre se comieron miles de años después de haber estirado la pata. Se me antojaba algo más grotesco: parecía una figura que se acercaba al homo sapiens, una especie de eslabón perdido que cruzó diversas eras geológicas hasta aparecer ante nosotros. El cabrón se quedó pensativo un buen momento. Se chupó nuevamente las encías, tiró a un lado el palillo roto y sacó otro palillo de la camisa de su uniforme. Acto seguido desgarró y soltó un nuevo petardo gargajoso. Lo escupió. El petardo levantó una polvareda, como un diminuto cometa, cuando se estrelló contra la tierra.

—Si usted viene de parte del señor *Rider* y su caballo blanco, de inmediato conseguiré que le pasen su venta en notaría. No se preocupe, yo me encargaré de los gastos que deban hacerse para mover al funcionario.

Ahora sí lo miré como podría mirar el ojo del huracán hacia las tranquilas playas.

—Así es que me gusta que hables.

—Siempre y cuando venga de parte del señor *Rider*.

Entonces lo miré con saña y le dije:

—¿Sabes? Me parece asqueroso que escupas tus malditos gargajos en mi presencia. También es asqueroso que contamines el aire con tus pedos.

—Disculpe.

—Así que no vuelvas a hacerlo. Tampoco te escarbes los dientes delante de mí. Te comportas como un cerdo.

—No volveré a hacerlo.

—¡Ah! y para que sepas, eso de mi moto fue una excusa para conversar contigo.

—¿No piensa usted venderla?

—No. Tampoco tiene tres ventas.

El pobre *Shrek* se derrumbó sobre sí mismo como un mugriento puerco cuando es pasado sobre la lámina eléctrica del matadero.

—Lo que diga el señor *Rider* es una orden para mí —expresó de la manera más dúctil y sin poder disimular su excitación. Por necesidad estoy jodido. Estoy metido en esto hasta el cogote. Pero usted sabe, uno es padre de familia. Cuando cobro comisión, lo hago por mi mujer y por mis hijos.

—Pues, para que lo sepas de una vez, estás bien jodido. Hundido en el fondo de la letrina —rematé—, con la mierda en el pescuezo.

—Usted sabe. La necesidad tiene cara de perro.

—Y tú tienes cara de roñoso.

En forma nerviosa se movieron las pepas de sus ojos. En realidad, en aquel momento no parecía tener cara de maloliente bestia sino de perro apaleado. El insulto lo aceptó con fidelidad. Humillado. Como un perro cuando es apaleado por el amo.

¡Aleluya! En ese momento comprendí que el gordinflón había mordido el anzuelo. Tuve entonces la convicción de que Cristóforo Lorenzo tenía toda la razón del mundo. El cabo Fulgencio Castañeda no poseía olfato de sabueso para detectar los cargamentos de drogas. Simplemente recibía órdenes de la competencia. El *Smith & Wesson* volvió a estremecerse entre mi cinturón y mi barriga. Nada difícil hubiera resultado descargarle cinco pepazos en su cara de comiquitas, correr hacia el mercado y perderme entre la multitud. Pero no lo hice. Ese fue el peor error que cometí.

Un rayo luminoso se derretía sobre mí. No era para menos. Me sentía contento de que aquel gordo jugara en el equipo de los malos. De esa manera me ahorraba los remordimientos. Había más gente invadiendo el mercado que soldados gringos invadiendo a Irak. Apenas a diez pasos, cientos de personas se desplazaban entre los tarantines abrumados por la alegría de la fiesta de año nuevo. Me sobrevino un pensamiento sombrío. A esa hora, Huseín era historia. Estaría hasta el cuello en una paila infernal.

—¿Se trata, acaso, de lo que yo estoy pensando?

—No puedo saber precisamente lo que puedas estar pensando —le dije—, pero se trata de una entrega que efectuará el señor *Rider*.

El palillo había desaparecido de la boca del gordo. Seguramente lo tragó a causa de los nervios.

—¿Dónde? ¿Me lo puede decir? ¿A qué hora? —preguntó.

—A las afueras de Markos —dije—, exactamente a las tres y cuarenta minutos de la madrugada del día de año nuevo. Es decir, mañana mismo. Una fecha y una hora muy propicia para efectuar este tipo de movimiento.

—Entonces no hay más de qué hablar —dijo *Shrek*—. Allí estaré a la hora indicada.

—Más te vale. Debes demostrar que tienes guáramo. Iremos tú y yo, sin comentar a nadie.

—Eso es muy peligroso.

—Ya estamos metidos en esto. Tanto tú, como yo, como mucha gente.

—¿Entonces...? ¿Qué más debo hacer?

—Nada más. Simplemente estar en el sitio a la hora apropiada.

—¿Usted y yo nada más?

—Así es. Yo estaré contigo. Entre ambos realizaremos la operación.

Las sombras hinchadas de sus párpados se eclipsaron. Una fugaz oscuridad que me hizo dudar un instante de mí mismo.

—¿Usted... usted estará conmigo en esa misión tan peligrosa? ¿No le parece que es algo muy arriesgado?

—Pues no —le dije.

—No fallaré.

—Más te vale.

Aquel inmenso volumen de grasa se recogió sobre sí mismo como un abanico insignificante.

—No fallaré —repetió—. Dígame al señor *Rider* que nuestro compromiso es hasta la muerte.

Traté de sonreír y no pude.

—Pero no pongas esa cara —le dije—. Nuestro jefe es dadivoso. Luego de ese trabajo, el día de Reyes, se te hará llegar un cheque con tus honorarios. Con el dinero podrás comprar la arepera completa.

—Eso espero —dijo él.

Pero el destino quiso que se quedara esperando una nueva era glacial en un mísero agujero de cementerio. Me alejé de su lado sin despedirme. Me hundí en la maraña de un sábado que presentaba muchas expectativas.

Sadam Huseín había muerto en la madrugada, pero la noticia, apenas para el mediodía, comenzaba a enfriarse por la cercanía del año nuevo. A medida que atravesaba la multitud escuché el aletear de pájaros en mi cabeza, diez millones que se movían a un ritmo frenético. Por un momento pensé también en Julia. Entonces me uní a la multitud del mercado buscando entre los tarantines una prenda íntima de color limonado que calzara perfectamente entre las intimidades de mi mujer.

Pero la historia de *Shrek* llegó hasta la mañana del día siguiente. Allí se terminó todo. Apenas despuntando la alborada del último día del año, me llamó *El gusano*. La orden de matar al gordo había sido cancelada. Me sentí sorprendido. ¿Cancelada? ¿Qué carajo pudo haber pasado?

Como actuó lento para darme la noticia, miles de ideas se me vinieron a la cabeza. Ideas de billetes que escapaban volando como pájaros. Por un momento no entendí el motivo de la suspensión. Era obvio que el cabo Castañeda se había pasado de listo. El código no lo permitía. Nadie puede pasarse de listo en un negocio tan arriesgado como ese.

—Estás salado, Betulio —escuché que decía el enano siniestro—. La naturaleza contribuyó con la sentencia de *Doctor Peppers*.

—¿Qué coño me estás diciendo? Habla claro. ¿A qué te refieres?

—¿No has comprado el periódico de hoy? Anda, ve a comprarlo y lo sabrás.

Cristóforo Lorenzo no terminó de explicarme lo que realmente sucedió. Colgó. Corrí al puesto de revistas más cercano y compré la prensa del día. La página de sucesos me explicó con lujo de detalles lo acontecido. El cabo Fulgencio Castañeda había muerto de manera accidental. Un racimo de la mata de cocos se desprendió y fue a caer justamente sobre su cabeza. Eso bastó para matarlo. El incidente debió ocurrir pocos minutos después de nuestra conversación.

¡Qué mierda!, pensé. De malas tripas, malas morcillas.

Décimo cuarto asalto

La vida es un zafarranco

Yo estaba dándole golpes al saco de arena, preparándome para la pelea contra el chino, la cual se llevaría a cabo en Bangkok, y en casa, sin suponérmelo, mis pobres animalitos comenzaban a ser pasto del funesto destino. El viejo Carlos estaba cerca de mí y movía sus mandíbulas, como era su costumbre, con mucha dificultad. Eso se debía a los golpes que recibió en sus tiempos de boxeador activo, a las ocasiones cuando le despedazaron la quijada. Me sentía bien. En óptimas condiciones. Venía de ganarle a *Nino Pecas* y a un negro tan nocivo con sus puños como el mismo Pambelé. Muchísimo mejor que Jimmi Esparragoza. Nunca conocí un pegador de tanta garra como *Kid Barlovento*. Ni a otro tan caballeroso y batallador como el Niño.

Al tanto que me entrenaba, el viejo Carlos solía contarme historias sobre púgiles que había conocido.

“¿Sabes?, me decía. Él también, como tú, quería ser alguien en la vida y al hacerse un inventario sobre sí mismo se encontraba con que lo único que disponía era un rápido movimiento de piernas, unos puños letales, una etiqueta de buen pegador y una esperanza de que el boxeo lo rescatara del fondo de la letrina. Una humilde muestra si la comparamos

con un fenómeno como Teófilo Stevenson, de Cuba, quien ganó oro en tres olimpiadas con M: Munich, Montreal y Moscú. Ese tipo sí fue un verdadero prodigio del boxeo y no llegó a ser el más grande por su constancia al régimen. Le sacó una milla a Savón en eso de los triunfos acumulando 309 victorias. Pero el régimen siempre lo tuvo jodido. Si las Olimpiadas de Los Ángeles no hubieran sido boicoteadas por el régimen en el 84, no hubiera sumado tres sino cuatro de oro. Ese negro fue muy bueno en el ring, pero muy malo en los negocios y en las visiones futuras. ¡Imagínate! Dejó de ganar una fortuna y la gloria de haber podido enfrentar y seguramente derrotar a Muhammad Alí, quien gracias a los desaciertos no dejará de ser el más grande de todos los tiempos. ¡Pobre cabrón! Le pasó lo mismo que a Kid Chocolate”.

Golpeaba el saco con disciplina, pero a la vez le prestaba atención al viejo. No debería mostrarme cansado. Menos lastimado. Que no olvidara jamás que mi mano izquierda podía dar golpes más contundentes que mi mano derecha. Nada de saltar ni de hacer giros innecesarios. La precisión era una norma.

“¡Coño!, las manos altas, Betulio. Altas en todo momento. Desconcierta al contrario. Intrígalo con maniobras. Debes golpear exactamente como el contrario no espera que lo hagas.

No será tan extraordinario como Stevenson, pero tampoco dejará de ser nuestra gloria. La primera vez que él se encaramó en un avión fue para ir a los juegos panamericanos de Winnipeg, Canadá. ¿Y sabes una vaina? Allí ganó oro. Fue el prólogo de la primera dorada olímpica para nuestro país.

Venía de abajo, de lo más hondo de la miseria. Era un carajito que no sabía leer ni escribir. Uno más de una cantidad de catorce hermanos. Su padre quizás no desapareció como me has contado que desapareció el tuyo, corriendo cerro abajo en compañía de un compadre y perseguido a plomo limpio por la policía. Pero era un borracho sinvergüenza que no quería tener responsabilidad alguna. Apenas vio preñada a su mujer se fue de la casa y nunca llegaron a saber nada de él. Nada. Ni siquiera si estaba vivo o si estaba muerto. Después su mamá tuvo otros hombres (¿qué más podía hacer la pobre?), quizás como los tuvo la tuya, y parió muchos hijos hasta que se contaron catorce hermanos.

Esa historia me la contó allá mismo, en Winnipeg, donde compartimos camerino. Pero yo no tuve la misma suerte que tuvo él. Estaba

pasadito de años. Quizás como tú lo estás ahora. Me soltaron un canadiense que parecía el mismo demonio de Tasmania. Un verdadero león afeitado contra el pobre cunaguarito que era yo. Arrechísimo para pegar coñazos era el tipo. Sus manos no se veían porque estaban metidas adentro de los guantes, pero deberían ser inmensas como zarpas de felino. Aquel canadiense fue el mismo hijo de puta que me quebró la quijada por primera vez.

Ese compañero de camerino venía de abajo. Pobrecito. Cuando pequeño pasó las de Caín. Eran catorce hermanos y todos amorochados en el rancho de palma de la abuela. Vivían más de treinta entre hermanos, nietos, abuelos y sobrinos. Me dijo que el abuelo tenía un carro de mulas. En ese carro de mulas repartía mercancía en casi todas las pulperías del pueblo.

No fue a la escuela porque no le quedaba tiempo. Y porque tampoco tenía plata. Para ganarse la plata tenía que trabajar y para trabajar tenía que andar de día pegando gritos, y eso no le permitía estar en la escuela. Y porque cuando descubrió el boxeo se dio cuenta que ya no tendría tiempo para más nada, ni para escuela ni para ningún carajo, sino para pelear.

No salía a trabajar con su abuelo en el carro de mulas, pero sí salía con su abuela a vender pescado en el mercado o en las calles del pueblo. Con ella se iba a la playa y cuando llegaban los pescadores con sus botes la abuela les compraba. Montaban la mercancía en un carrito de tablas (donde también llevaban el peso) y cuando no era día de mercado iban de casa en casa pegando gritos, llamando a la gente para ver si les compraban pescado.

Mientras descansábamos en el camerino, un día antes de la famosa pelea, sin poder tomar ni comer nada para no perder el peso reglamentario, me dijo que en una ocasión vio a un amigo que pasaba frente al rancho de palmas. ¿Hacia dónde vas?, le preguntó. Voy hacia el gimnasio, contestó el amigo. ¿Te puedo acompañar?, preguntó. Bueno, si tú quieres, le contestó el otro. Desde esa ocasión comenzó a practicar boxeo. A veces con lástima y todo dejaba de acompañar a la abuela con el asunto del pescado. No salía a vender con ella, nada más por el afán de ir a practicar en el gimnasio. Su mamá no sabía que estaba metido en eso. El día cuando llegó a enterarse ya no pudo hacer nada. Ella tampoco se opuso a que siguiera practicando.

En algo se parecía a ti, Betulio. Tenía mucho coraje, mucha fe en sí mismo y en ningún momento tuvo el pesimismo que lleva a la derrota. En ningún momento quiso hundirse hasta el pescuezo en el pozo de mierda. Y no se dejó coger por la maldita mafia como nos pasó a nosotros.

Quería ser alguien y lo único que disponía era del boxeo. Sabía que su vida cambiaría a punta de coñazos. Porque tenía una fe ciega en sí mismo. Antes de cada una de sus peleas se regañaba a sí mismo. Se decía que iba a triunfar. ¡Yo debo triunfar, carajo!, se decía. Y triunfaba. Pero en el fondo tampoco era como tú, Betulio. No era como tú porque a ti te encanta estar con la mierda en el pescuezo metido en el fondo de la letrina. Si dejaras de ser esbirro y te dedicaras exclusivamente al boxeo, fácilmente llegarías a ser un triunfador. Pero el vicio de hacer maldades te domina. ¡Carajo, te las viste mal con el negro y con Nino Peca! Lo más probable es que el chino que viene te reviente la madre. Esa pelea seguramente te la tienen reservada para matarte”.

Una historia parecida me contó el viejo en el momento cuando entrenaba con el saco.

Teoduldo, quien conocía de los tormentos que me ocasionaba *La hija del regimiento* en los instantes cuando me golpeaban con dureza, me habló muchísimas veces, rodeado de sus libros y de sus buenos perros, del do de pecho que también debió atormentar a Poe en sus momentos trágicos. Mi hermano vivía en Agua Salud y llevaba años trabajando en la misma librería. Además, tenía un puesto como buhonero de libros en Fuerzas Armadas en sociedad con Gerardo, el hermano de Lucrecia. Lucrecia era su mujer. Una señora tranquila que le gustaba la culinaria y que trabajaba de enfermera. Vivían en una casita cercana a la avenida Urdaneta y a la estación del Metro. Para llegar hasta allí, uno bajaba del tren y remontaba una cuesta de algunas cinco o siete cuadras.

Aquello era como la entrada hacia el 23 de Enero. La casita tenía un pequeño jardín muy bien cuidado. El afán de Lucrecia se centraba en el jardín y en la cocina. Su huerto representaba un pequeño paraíso que tarde tras tarde recibía los cariños de la dueña. La casa era estrecha de frente pero larga de fondo, con una salita a la entrada y un largo corredor a través del cual estaban ubicadas tres habitaciones. La primera, la más amplia de todas, era el recinto matrimonial de Teoduldo y de Lucrecia. Seguidamente se encontraba otra habitación. Nadie la ocupaba.

Destinada al oficio de mi hermano, se hallaba colmada de mercancía, montones de libros usados que él movía en su camioneta apenas terminando la madrugada hasta el lugar del puente. En esa habitación dormí en hamaca antes de arrejuntarme con Julia. Mi hermano y mi cuñada fueron muy receptivos con mi persona. El único inconveniente era Gerardo. Llegaba siempre rascado hablando de putas y malgastaba el dinero de la venta de libros. Dormía en el tercer cuarto. Gerardo era un tipo raro de unos treinta años que le gustaba pegarle a la botella y visitar los burdeles. Era socio de Teo en eso del asunto de la venta de libros. El penúltimo rincón de la casa era la cocina, donde también se le apartaba sitio a la lavadora y a la mesa de planchado, y el último lo conformaba la sala de baño. Si alguien se asomaba por la ventana de macutos de esa sala podía sentirse en el aire. Se enclavaba hacia la orilla de un precipicio y al fondo podía verse una avenida muy transitada. Mi hermano y su mujer, al igual que Julia y yo, jamás llegaron a fecundar hijos.

Conformaban un matrimonio feliz que a mí, siendo mi hogar un verdadero desastre, perennemente me causaba envidia. Siempre amorosos, siempre pendientes el uno de la otra. Cuando no estaba en su trabajo de la clínica, Lucrecia se esmeraba en su casa, limpiaba el jardín, recortaba las hojas secas, tomaba las calas para adornar el jarrón de la mesa de la salita. También le encantaba preparar recetas que ofrecían sus libros de cocina. Les gustaba la comida china e italiana, no escaseaba la pasta ni el arroz, los mariscos, la salsa, el queso parmesano y el jengibre.

Ella guisaba admirablemente. Los fines de semana cuando se me ocurría ir a visitarlos (casi siempre solo pues mi mujer no era amiga de estar visitando a nadie), pude probar unos platos muy sabrosos. A veces preparaba salsas italianas al mejor estilo de Scarlacci, pizzas con queso de Mozzarella que me dejaban chupándome los dedos, pastichos que sabían rebién y hasta un arroz a la valenciana como nunca debió de prepararse en fondas de Valencia. También era una sacerdotisa en el aderezo de legumbres y cada vez que llegaba de visita no dejaba de preguntarme por la salud de mi mujer. Se preocupaba por darme consejos médicos que yo olvidaba apenas terminaba la conversación. En esos momentos comía tanto y con tanto apetito que hasta se me cortaba el aliento. ¡Y los mariscos y moluscos que preparaba! ¡Parecían ser los mejores que alguna vez pudieron moverse entre las aguas oceánicas!

Lucrecia mantenía los pisos impecables y la ropa de mi hermano bien lavada, bien planchada, bien olorosa, como si perennemente esperara la visita de los hombres de la televisión para hacer un comercial de detergente. Era todo lo contrario de mi hogar pues allí los platos se lavaban cuando los lavaba yo, se comía cuando yo preparaba la comida y se veía la ropa planchada cuando pagaba a una china para que fuera a hacer ese trabajo. Almacenaba trapos y basura. Las telarañas crecían en cada rincón. Tenía que estar pendiente de realizar el trabajo que le correspondía. Julia permanecía inasible, amenazante, rumiando odios ancestrales, echada muchas veces en la cama hilvanando planes macabros. Los últimos tiempos fueron los más difíciles: Julia Fuentes se divorció del agua y de la crema dental. Jamás volvió a lavarse el cabello. Su cuerpo adquirió mal olor y su boca emitía mal aliento. Sus celos imaginarios se exacerbaban. No solamente prometía muertes atroces a mis animales sino que hacía pesar sobre mi persona una sentencia inapelable. Su paranoia se hacía más insostenible. En esos tiempos me hallaba entre la espada y la pared, entre Julia y la mafia.

Viendo tan felices a mi hermano y a su mujer, no podía hacer otro tanto que sentirme más infeliz. Allí existía la mano de una buena esposa, mentalmente equilibrada y llena de ternura. En la noche cuando su marido regresaba, lo recibía con un beso. Siempre lo aguardaba con alguna agradable sorpresa. Lo de mi hermano eran los libros, los animales y su mujer. Sobre todo, en lo que a animales se tratara, los perros eran su devoción. Mantenía un casal de gran danés en el solar que daba hacia el abismo (*Dempsey*, por cierto, era hijo de aquellas criaturas). También tenía una pecera con un par de pececitos cabellos de ángel, dorados, bellísimos, y una jaula con una cotorra que rezaba el rosario tres o cuatro veces al día. Para todo existía una expresión de cordialidad. Nunca en esa casa se escuchaba una mala palabra, una imprecación, una frase oprobiosa. Los días domingo, Lucrecia iba a misa. Regresaba a casa y luego se dedicaba a la cocina. Casi siempre preparaba algo muy bueno para comer. En ciertos domingos, como era el único día cuando no trabajaban, iba a visitarlos. Me aparecía allí a bordo de mi moto.

—¿Y Julia? —me preguntó un domingo mi cuñada.

—Allá, en la casa.

—No seas maluco. ¿Cuándo la vas a traer? Vente con ella un día domingo para que preparemos pastas.

—Un día de éstos la traigo.

—¡Cónchale, Betulio, pero que sea seguro! ¿A ella le gusta el pasticho?

—Sí.

—Tráela para que preparemos uno.

—Te voy a ser franco, Lucrecia. Lo que pasa es que a Julia no le gusta la cocina.

—No importa. Ésas son cosas de la enfermedad. Me dices que siempre le duele la cabeza. Entonces tráela un sábado. Duermen aquí y el domingo en la mañanita cogemos hacia el litoral.

—Eso sí que podría ser.

—¿Seguro? ¿Me lo prometes, flaco? A veces pienso que no te gusta andar con Julia. La próxima vez que vengas a visitarnos espero que sea en su compañía. ¿Seguro? ¿Seguro que la traerás? ¿Me lo prometes?

—Lo prometo —dije a mi cuñada sin mucha esperanza—, pero no estoy seguro de que quiera acompañarme. Apenas sale conmigo cuando tengo un compromiso de boxeo. Yo no sé por qué será. Será porque le gusta verme cuando me muelen a golpes.

—No seas bruto, Betulio. No pienses tan mal de Julia. Ella no es una mujer de bajos sentimientos. Dímelo de una vez. ¿Seguro que intentarás traerla?

—Ya te prometí que voy a intentarlo, cuñadita.

Y de veras, no sé qué sol pudo despejar las nubes negras de la cabeza de Julia que, quince días después de aquella conversación, cuando le pedí que visitáramos el litoral en compañía de mi hermano, su mujer y Gerardo, ella aceptó. Para ese entonces había ganado con mucha dificultad una pelea que me pareció terrible.

Un sábado en la tarde, Julia se montó en la parrillera de la moto, cruzamos frente al Metro de Agua Salud y subimos la cuesta hacia la casa. Se contentaron con nuestra visita. Pusieron una colchoneta en el cuarto de los libros. Nos quedamos a dormir allí.

Al día siguiente, todavía de madrugada, arrancamos en la camioneta: Teoduldo, Lucrecia, Gerardo, Julia y yo. Para entonces acababa de reventar el viaducto y tomamos el camino de la trocha. El viaje fue engorroso, pero como no era un día especial que movilizara el grueso de temporadistas, en pocas horas estuvimos a orillas de la playa. El lugar se encontraba solitario, a pesar de ser domingo, debido a la caída del puente.

Pero antes de llegar, sin proponerse a hacer ningún daño, mi hermano contó una de sus historias librescas. Una historia que podría resultar insignificante a cualquiera, pero que a mí particularmente me impresionó al hacerme pensar que el protagonista estaba bosquejado a mi imagen y semejanza. Quizás fue una ficción impregnada de lugares comunes y de excesiva tristeza.

Teoduldo había montado una cava con dos cajas de cerveza y un par de refrescos de envases populares. Lucrecia metió en la cabina de la camioneta, donde viajaba su hermano Gerardo entretenido en la lectura de una revista porno, una caja con sándwiches. Llevaba en unos recipientes de material plástico carne mechada, caraotas, ensalada de gallina y algunas arepas.

Fue el único día cuando Julia no me atormentó con su mal carácter. Y fue también la ocasión cuando el degenerado cuñado de mi hermano propició un zafarrancho que puso en movimiento mi tragedia.

Pasamos un domingo muy distinto. Cuando íbamos por la carretera, Teoduldo comenzó con sus manías de hablar de libros. Debo decir aquí que la imaginación de mi hermano desbordaba las historias ficticias que leía. Su costumbre consistía en ir más allá de la fantasía de los autores, inventar sus propias fábulas, aunque jamás condensó ninguna por escrito. El tema que trató en ese momento me resultó un descubrimiento demoledor. Julia y Lucrecia también estuvieron pendientes de la historia. Ese fue el principio de mi fin. Mi hermano estaba releendo para esos días un texto titulado *Narraciones extraordinarias* y contaba a su estilo, con muchos inventos de su propia cosecha, la vida de aquel pobre diablo que lo había escrito.

—Oye, Betulio, ¿tú no has escuchado hablar de un carajo que se llamó Edgar Allan Poe?

—¿Acaso era boxeador?

—¡No, vale! No era boxeador. Ese tipo era un tremendo escritor.

—Ahora que recuerdo. No es la primera vez que lo nombras.

—Exacto, no es la primera vez. ¿Lo recuerdas?

—Un poco.

—Ese tipo sí fue un zamarro narrador. Claro, también sufrió mucho. Se jodió bien jodido por pendejo. Y de tanto tomar aguardiente y meterse láudano, se murió muy joven.

—¿Y qué es el láudano?

Una vaina así como la marihuana. Más arrecha que el perico y la burrundanga.

—¿Y por qué le metía tanto a la caña y al monte?

—Porque era muy desgraciado.

—¿Muy maluco?

—¡No, chico! Era muy desgraciado. Ser desgraciado no significa lo mismo que ser maluco.

—¿Entonces...?

—Ya lo verás. ¿Quieres que te cuente la historia de las vainas que pasó ese carajo?

—Bueno, si tú quieres.

—¿Sabes? Edgar vivía en Estados Unidos. Era de débil textura, creo que hasta pequeño de tamaño y no sabía hacer otra vaina en la vida más que leer y escribir. Pero si lo ves en una foto muy común que aparece en los libros y en las revistas, llegarás a pensar que no fue escritor, mucho menos escritor atormentado, sino mesonero de botiquín. Pero es una impresión falsa. Él fue escritor. No aprendió más nada. Era como el cuento de un buen amigo que tuve, un señor mayor que ya se murió. Salvador se llamaba y siempre pasaba por la librería. Era un apasionado por los libros. Escribía algo en los periódicos que se llamaba *Ojo de buey*. Un día le regalé uno que se llamaba *La vida de Milarepa*. Él se acercó al estante, tomó el libro ese que te dije y me preguntó cuánto costaba. Yo no sé por qué, pero aquella vez le dije: *Nada, Salvador, esta vez te lo regalo*. Y él se quedó mirándome y me dijo: *¿Es que te estás poniendo loco? Si lo tuyo es vender libros, entonces no puedes estar regalándolos*. Salvador era flaco, irónico, el cabello le caía en los hombros. Tenía una chiva larga y siempre llevaba una anécdota a flor de labios. Había escrito un montón de novelas y libros de relatos. Se ganó un premio muy importante en Francia. Casualmente estuvo preso por haber escrito una vaina sobre Daniel Santos. Te digo que Poe era como el cuento que Salvador me echó una vez. El cuento del mago que hacía “tac” y aparecía una casa. Hacía “tac” y aparecía una cocina. Hacía “tac” y aparecía una nevera. Hacía “tac” y aparecía un carro. Y como era mago, vivió toda su vida haciendo magias. ¿Qué más podía hacer? Edgar (mi hermano casi siempre llamaba a los escritores por sus nombres de pila como si fueran viejos conocidos suyos), te lo digo, era así. Lo único que sabía era escribir. ¿Qué más podía hacer el pobre? Y

tú sabes que eso de escribir es un asunto para locos. Los escritores casi siempre terminan matándose ellos mismos o encerrados en un manicomio, normalmente se mueren más pobres que Fray Bentos. O los mata una cirrosis hepática. O se meten a pendejos y se dejan manipular por una causa política y mueren pelando bolas en la cárcel o en el exilio. O se hacen ricos y se convierten en estúpidos. ¡Una huevonada bien pendeja! Menos mal que nunca he agarrado esa manía de escribir porque si no, ¡imagínate! Y menos mal que solamente estoy comprometido con Lucrecia (cuando dijo esta frase, mi hermano sonrió). Pero te digo, Betulio. A Poe lo mató el aguardiente y la droga.

—¿Y cómo fue que se murió?

—Bueno. Como les dije. A ese carajo le gustaba mucho la cañandonga. Pero le gustaba no tanto porque le gustaba, ¿ustedes me entienden? Le metía a eso del borrachito porque, como debo explicarles, pasó las de Caín.

—¿Cómo fue eso?

—Lo explicaré. Alguna vez cuando habían elecciones, se le acercaron unos hijos de puta, le metieron burrundanga hasta en los forros y se lo llevaron encandilado para que le diera el voto a no sé quién coño de madre. Al día siguiente lo encontraron con la pata tiesa, tirado en un callejón, como un indigente. ¿Quieren que les cuente la historia completa de su vida miserable?

—¡Sí! ¡Claro que sí! Me parece muy interesante —dijo Julia.

—Bueno, como les dije, a ese tipo le gustaba mucho empinar el codo... Escribía cuentos terroríficos. ¿Ustedes no han escuchado la historia del gato negro?

A medida que fueron pasando los minutos, mientras manejaba con mucha pericia, fue contándonos la desgracia que aconteció al pobre infeliz.

Recuerdo que Teo maniobraba la camioneta sorteando las curvas de la trocha. Todo lo hacía con mucha técnica. Siguió relatando, dándole salida a esas cosas que había aprendido de los libros. Dijo que Edgar fue un canapial muy conocido en la ciudad de Baltimore hasta el día cuando murió Virginia Clemm y entonces él, por convicciones propias, decidió ingresar a las filas de Alcohólicos Anónimos. “¿Sabes una cosa, Betulio?”, me decía aludiéndome de cuando en cuando: “Edgar fue uno de esos autores atormentados que siguió al pie de la letra la

sentencia de un poeta persa llamado Omar Kahyyan: Para evitar el ratón, debes mantenerte borracho. Fue un escritor comprometido. Pero comprometido con su hígado y con sus otros vicios, ¿tú me entiendes? Y uno de los peores que tenía, además de la botella y de la droga, era la pederastia”.

—¿La qué? —preguntó Julia.

—La pederastia, cuñada. ¿No sabe usted lo que es la pederastia?

—Es algo así como tirarse pedos —dije yo.

—Creo que te equivocas, Betulio. La pederastia no tiene nada que ver con los pedos.

—¿Y entonces...?

Y entonces nos contó en qué consistía la pederastia. Algo así de sencillo...

Explicó que la prima de Edgar fue una amante perfecta, una niña de trece o de catorce, una Lolita enfermiza y conservadora que mucho le molestaba su genuino amor por la botella. Poe le echaba los perros, unas atacadas arrechísimas cada vez que llegaba pelado a la casa de su tía. Sobre todo cuando la tía no estaba. A Virginia le gustaba también la huevonada y el arroz con mango. Cada vez que le recitaban un poema, la carajita aflojaba la guardia.

—Ustedes me van a perdonar —siguió Teoduldo—, pero ella era una ninfa.

—¿Una qué?...

—Una ninfa...

—¿Y qué cosa es una ninfa? —preguntó Julia...

—Bueno, una ninfa es una moza muy tierna a quien le gustan los hombres mayores. Una ninfa es capaz de arrancarse los pelos del culo por acostarse con un viejo.

Cuando dijo eso, Lucrecia le metió un pellizco.

—Mi amor, por favor, echa el cuento sin groserías —le recomendó.

Bueno. En realidad Julia y Lucrecia estaban encantadas con la novelaría sobre el borrachito genial. Gerardo iba en la cabina concentrado en las mujeres desnudas que la revista le ofrecía y no podía escuchar. Pero Julia, sobre todo, estaba embelesada.

—¿Y esa historia sobre el gato tú la tienes? —le preguntó Julia.

—Por supuesto, sí la tengo. Si quieres te la presto.

La camioneta siguió bajando por la trocha y Teoduldo siguió con su jácara. Dijo que Edgar y Virginia pautaron un juramento de amor exactamente igual al que cuenta la canción que cantaba Julio Jaramillo, *Nuestro juramento*, esa que también escucharon *Cocodrilo* y su compadre Teodoro en el botiquín de *La culebra*. El acuerdo era el siguiente: si él moría primero, ella dejaría caer sobre su cadáver todo el llanto que brotara de su tristeza. En caso contrario, si ella moría primero, en lugar de escribir la historia de amor, se alistaría en las filas de Alcohólicos Anónimos. Algo así. Prefería meterse en un antro antialcohólico que escribir una historia de amor. Estaba escrito que no era un hombre dado a escribir tales especies, a pesar de ese mamarracho lloricón llamado *Ligeia* que dejó tirado por allí. Eso también lo dijo mi hermano. Que *Ligeia* era un bodrio de su arte.

Tenía la costumbre de inventar historias sobre historias. Así que no se quedó atrás. Mi hermano explicó que Virginia fue un producto de circo, el fruto de los amores de un domador de fieras que a veces actuaba como faquir y de una trapecionista que a veces actuaba como mujer araña. El día cuando el padre sufrió una indigestión de fuego, clavos y espadas, la madre dejó el trapecio y el disfraz, y se fue a vivir en Baltimore. El relato de mi hermano se acercó peligrosamente a los momentos cuando se podía experimentar el Do de pecho que aprendí a sufrir desde pequeño. Luego de los incestuosos, pederastas y enfermizos amores con Virginia (pues, según me dijo, eran primos y ella era apenas una carajita) les llegó la mala hora. Ella fue empeorando de salud, probablemente por mantener excesivas relaciones sexuales con el primo en condiciones poco favorables. Su torrente sanguíneo marcó cero plaquetas y al final terminó muriendo de leucemia. Tampoco los juques entre primos, aunque se dijo que era carne comestible, parecían muy recomendables.

Dijo mi hermano que el poeta anduvo desesperado durante la noche del velorio y hasta durante los días cuando la mujer araña le hizo el novenario. No se cansaba de repetir *¡Mi ángel, mi Virginia, mi salvación!*... Al día siguiente del último rezo de veras sintió que un ángel lo guiaba. Pensó que era Virginia. Aquel ángel lo llevó de la mano hasta la sede de Alcohólicos Anónimos. Desde entonces continuó por la vida a marcha forzada, como una sombra en competencia con un querubín que intentaba encontrar un camino más corto hacia la tumba. Teo

confesó que antes de dar el paso fugaz hacia el alcohólico anonimato, el susodicho y desgraciado escritor fue ampliamente apreciado en su comunidad, bebía pero no tenía mala bebida, chambeaba en un magazine, era amiguísimo de muchísima gente. Pero muy poco apreciaban su talento. Cuando empinaba el codo llenaba de felicidad a sus semejantes, cubría de brillo y de ternura las tertulias de los bares, y luego en el ratón le sobraba tiempo para escribir algunas narraciones que con el tiempo se convertirían en extraordinarias.

Anduvo con su Do de pecho durante algo más de un mes, desesperado por la temprana partida de su niña. Pensaba que la muerte de Virginia fue producto de la sangre de araña de su madre y de los clavos que tragó su padre en sus itinerarios de gitano. Pero seguramente fueron las relaciones que mantuvo con él, alguna enfermedad venérea, ¡quién sabe! El ángel lo acompañó martes y jueves hacia la cofradía, con una puntualidad de reyes, pero a las pocas semanas lo que encontró en tal ambiente lo hizo cambiar de opinión. Breves vistazos le bastaron para notificar que la sede era semejante a un botiquín donde los parroquianos asistían con el propósito de pasar un buen rato, conversar sobre temas poco trascendentales, contarse chistes malos y hablar mal de todo el mundo menos de los que hacían acto de presencia. El ambiente era de plástico y aquellos hombres se sentían atormentados por las ganas de beber. Algo le pareció más grave todavía: la ausencia de la botella de oporto, las espumeantes cervezas, el clarísimo y dulcísimo anís. El oscuro, revoltoso y embriagador huracán que guardaba en sus entrañas la botella de gin relumbraba por la ausencia, y aquellos pobres infelices parecían sardinas saltando afuera del agua. Aun pudo apreciar algo más notorio: el éxodo de la alegría de quienes asistían con puntualidad a las reuniones de martes y jueves. Eran pacientes congregados en un hospital con arquitectura de cantina, pasto de la más genuina hipocresía, simples mortales escudados tras la adoración de un falso Baco. Allí escuchó la advertencia que recibió Ludovico de boca de un espíritu celestial. Un trago más y a la tumba. Alcohólicos Anónimos hubiera funcionado en cualquier mortal del montón. Pero Poe era único, se trataba de un alto poeta y por tal condición amaba la vida. El alcohol era una fuente de felicidad que contagiaba. Por eso rompió la promesa final con su amada. Pero el día cuando lo reclutaron para unas

votaciones, idiotizado por causa del alcohol y la burundanga, el ángel de una niña llamada Virginia Clemm bajó a tierra a rescatarlo.

Fuera usted a saber si guardaba visos de realidad esta parrafada que relató Teoduldo. Lo más probable sería que se tratara de una historia inventada pues, como ya se dijo, sabía fabular como el mejor.

No habíamos llegado todavía a la playa cuando Julia le preguntó:

—¿Y recuerdas cómo se llama ese libro donde está la historia del gato negro?

¡Y dale Julia con el bendito gato!

—¡Ya se los dije! —dijo mi hermano— *Narraciones extraordinarias*. Todos sus relatos son asombrosos. ¿Lo quieres leer?

—¡Cónchale, me encantaría! —dijo Julia—. Ya te dije que sí. ¿Crees que sería una buena opción?

—Exacto —dijo mi hermano.

Teoduldo le prestó el libro y desde aquel día se acentuó su deseo de asesinar a *El bombardero negro*. La noche después del zafarrancho, Julia fue víctima de otro ataque de neuralgia.

Aquella narración se quedó incrustada en mi cabeza. Me puso a pensar un poco de vainas, a hacerme la idea de que vivíamos vidas paralelas. No hice más que estúpidas comparaciones. Si Poe fue un mago para escribir narraciones, también yo lo era para echar coñazos y acabar con la vida de pendejos. Si Poe fue desgraciado con su pobreza, también lo fui yo con la mía. Si Poe se dejó manipular por algunos políticos, también yo me dejé manipular por camorristas. Si Poe sufrió a causa de los amores que la muerte le truncó, también yo sufría a causa de los tormentos que me daba mi mujer. Julia no era una niña ni yo era un pederasta. Tampoco era un alcohólico ni un obsesionado por el láudano. Ni atesoraba la genialidad del borrachín. Fuera de lanzar golpes en un cuadrilátero y rellenar tripas con plomo a ciertos pendejo, muy pocos eran los méritos que atesoraba. Sin embargo, el sufrimiento resultaba idéntico entre nos.

Bajábamos hacia el litoral varguense al tanto que él me refería la historia y al tanto que Lucrecia le refería historias culinarias a mi mujer. Julia, a quien no le gustaba cocinar, estaba azul de tanto escuchar recetas de cocina.

Ni remotamente cruzaba por mi imaginación el brollo de espanto y brinco donde se metería y nos metería el hermano de Lucrecia.

Gerardo se había dormido en la cabina con una revista pornográfica (con muchas rubias mostrando sus tetas y los pequeños penachos de sus pubis) echada sobre la cara y Lucrecia le explicaba a Julia, en el asiento posterior, la forma cómo se arreglaba un pasticho.

—Debes tener mucho cuidado en la preparación. Lo más importante es la sazón —le decía. Y la sazón prácticamente no se encuentra en la pasta. Se encuentra en los ingredientes y en la mano que los mezcla. En la forma cómo se prepara la carne molida. En el tipo de jamón que se utiliza. En el queso madurado. ¡Ah!, y por supuesto. No debe faltar la hojita de laurel.

La playa apareció después del último cerro, luminosa, tranquila, azul, con zamuros y gaviotas repartidos en un firmamento que parecía estar a punto de romperse.

—También los mariscos se deben preparar en forma cuidadosa —dijo Lucrecia.

Ya el boxeo no es el boxeo, recuerdo que me dijo el viejo Carlos antes de enfrentarme con Kid Barlovento. Ahora los que aman esta disciplina sólo viven de remembranzas. No es que no salgan boxeadores buenos en nuestro país. Sí los hay. Pero se van a pelear a otros países. Si uno no sabe más que pelear, entonces nada podrá conseguir aquí para su beneficio. En este país el boxeo no es más que una cagada. Por eso te digo que quienes amamos el boxeo vivimos de remembranzas. De lo que fue y ya no es. Porque aquí la cosa empezó antes del 23, es decir, antes de la pelea de Dempsey contra Firpo. Aquí la cosa comenzó con El rayo del Catatumbo quien, por primera vez, se calzó los guantes y se montó en el cuadrilátero con el propósito de ganarse unos churupos dando y recibiendo golpes. No menos de una docena de pegadores han llegado hasta la cima. ¿Has escuchado hablar de Antonio Cermeño y de Bernardo Piñango? Vi pelear al Pollo de la Palmita y una noche me negaron la entrada para ver batallar a Carlos "Morochó" Hernández. ¡Coño! Pero el negrito de Monte Piedad, Sonny León, era un espectáculo digno de contemplar. ¡Qué pena, Betulio! La raza de los grandes, como los dinosaurios, se encuentra en franco proceso de extinción. Pero te digo. ¡Tronco de pegador fue el "Morochó"! A Dave Moore le fracturó la mandíbula con un solo carajazo. Sus puños eran letales. Pero en Roma, Sandro Lopopolo lo despojó de su corona. Ken Buchanan lo remató con un KO en el 71. La última vez lo vi deambulando por una calle de Caracas. Ya muy pocos lo recordarán. Lo que queda de eso es la nostalgia. Andaba

desgarbado como es él, tímido como siempre, con el rostro triste y a pasos lentos. Por eso te lo digo, chico: la disciplina de las narices chatas y las orejas de coliflor vive sólo de las remembranzas. De lo que fue y ya no es. Las viejas glorias han pasado al olvido. Nadie intenta recordarlas. Aquí la cosa comenzó, como te dije, antes de la famosa pelea de Buenos Aires. Pero ahora estamos jodidos. La mafia se toma en serio el box como el tráfico de droga. Y quienes estamos metidos en el asunto no somos más que instrumentos de esa corrupción.

Mi pelea contra el chino era un hecho. La mafia tenía todos los contactos pertinentes. Sandy recibió no menos de cinco vapuleos durante los fuertes entrenamientos. Me sentía bien. Pero, como dije, luego de aquel viaje a la playa, luego de la historia que nos contó mi hermano sobre el desgraciado escritor, las cosas comenzaron a cambiar. Era como si el diablo hubiera metido su cuchara en el caldo de nuestras vidas para torcernos el destino. Inclusive, el día que le arranqué un colmillo a mi sparring, me vapuleó hasta hacerme perder el conocimiento. Debí ponerse loco de coraje el muy cabrón.

Pero toda esa situación llegó a lo insoportable cuando Julia comió sus horrendos asesinatos. Imaginé que caería ante el próximo que vendría. No conocía al chino, pero ya veía aplastado mi rostro contra la lona cuando el réferi terminara su conteo de protección. Intentaría levantarme, hacer un esfuerzo supremo para sobreponerme, pero el peso de los quebrantos me mantendría allí, contra las tablas, escuchando sólo números: uno...dos...tres...cuatro... Hasta llegar a nueve. Cuando abriera los ojos todo estaría terminado. La multitud que rodeaba el cuadrilátero se desgañitaría como sólo imagino que deben hacerlo las turbas de malignos apiñadas en alguna sección del infierno. Se escucharía el vocerío de la gente que ya no podía estarse tranquila en sus sillas. Todas unidas en coro celebrarían algo así como el sacrificio de un animal en la arena. Los inmensos reflectores que estaban colocados sobre mí lanzarían sus luces que parecerían aplastarme. Como si se tratara de una película comencé a conjeturar todos los entretelones de la pelotera que sostendría contra Lam. Ned me daba ánimos. *El chubisco* y *El rayo*, como siempre, inventaban chistes sobre un posible nocaut. El viejo me había comentado que sería una pelea difícil, pero que a la larga lograría imponerme sobre el amarillo. De lo contrario, si perdía, me sabría a madres.

Comentó que ese combate cambiaría mi vida. Entraría al ranking como campeón mundial y los dólares y la fama lloverían sobre mi cabeza. Que si lo ganaba comenzaría el momento de mi gran futuro. Me dijo otras cosas más. Que luego vendrían ofertas mejores y que mi vida daría un giro brusco. Como a los buenos del patio, me contratarían para defender el título en otros países. Toda una parrafada romántica se soltó el viejo. Sin tomar en cuenta que no actuábamos de manera independiente. Que estábamos en manos de la mafia y que, para colmo, el chino maldito que ostentaba el título había despachado a varias figuras del box hacia las salas de pompas fúnebres.

Pero en cierta forma, mi vida cambió a corto plazo. Aquella misma tarde del último entrenamiento para enfrentar al chino, Julia dio rienda suelta a la tragedia. Así que mi vidorria se quedó allí donde estuvo colocada por siempre: en el infortunio.

El chino Lam inspiraba terror. Había visto una fotografía de periódico que me mostró el viejo. Lo primero que podía decir de él era que se trataba de un asiático horroroso. Su cabeza era semejante a la cabeza del enano siniestro. Pertenecía a la raza de los australopitecos. En la fotografía intentaba sonreír, pero inspiraba temor nada más cuando pelaba los dientes, a pesar de que eran cubiertos por el protector. Los comentarios sobre él no eran más alentadores. Había descuartizado a treinta y cinco contrincantes por la vía del KO. Algunos de ellos ocupaban una cripta. Así que imaginé de antemano que el combate sería salvaje, brutal, definitivo y que solamente podía contar con una sola víctima fatal: yo.

Por supuesto, mi coach, que a la vez era un instrumento más de *Doctor Peppers*, transgredía las viejas reglas de Queensberry. Sería un combate a marcha forzada, como lo habían sido los anteriores, asaltos de tres minutos, uno de descanso al final de cada campanazo, pero al final de cuentas, en caso de que no sobreviviera el nocaut, debería transcurrir en quince asaltos. Serían quince, tal cual como es mi intención resumir la historia de mi vida en estas páginas. Es decir, no caería por nocaut en mi intento por cortar la cabeza a la metáfora. Sería un final con decisión dividida.

¿Y si perdía? No sabía si me convenía más ganar o perder. Incluso, ambos resultados podían resultar fatales. Sabía que para no perder era necesario alcanzar un alto nivel de resistencia a la fatiga, poseer

rapidez, efectividad y destreza. La preparación física era necesaria y sin la técnica podía desembocar fácilmente en la derrota. A la pelea contra Lam llegaría bien preparado, pero pensaba que no era suficiente. Sería el final para mí. Una cuenta más del rosario de aplastados que sumaría el horripilante oriental en su cuenta. Al menos eso era lo que dejaban entrever los entendidos en las páginas de los periódicos. Era probable que la mafia me eliminara si llegaba a perder. Pero... ¿Y si ganaba?

Me podían aplicar la misma medicina. Aún ahogándome en lo seco, me atrevía a soñar. ¡Qué diferencia de haber pertenecido al séquito de Don King! Pero deseos no preñan, pensé. Y bastaba ya estar pensando inútilmente en apoderados como ese.

De paso, las dos últimas peleas me habían dejado descalabrado, con dolores de cabeza, con malestares musculares. Primero el Niño y después *Kid Barlovento*. Apenas comenzando el primer asalto contra el puertorriqueño lanzó un jab, un golpe de izquierda que casi me puso a ver estrellas. Pero yo poseía una gran capacidad para neutralizar estas embestidas. O al menos absorberlas como una gran esponja.

Quizás eso me salvó en la pelea contra el Niño. Poseía buen tonelaje para tragar y regurgitar golpes. Me metí adentro de él escapando a su lluvia de puñetazos. Esa actitud no alteró para nada mi equilibrio. Había girado mi hombro derecho hacia atrás y roté de tal forma mi antebrazo que los nudillos quedaron por arriba en el momento del impacto. Mis golpes partían y regresaban en un mismo plano sin perder el nivel del retorno de mis codos hacia los flancos, lo cual me protegía de un gancho al hígado.

Aun así, apenas al separarme, un par de pegadas repercutieron contra mi plexo solar. El Niño logró flexionar su cuerpo hacia delante, realizó una zambullida sobre sí mismo y volvió a castigarme. Era demasiado rápido. Apenas golpeó, su hombro izquierdo giró hacia atrás para volverme a embestir con un estacazo de derecha. Uno de los guantes rozó la vieja herida de mi sien, la cual se abrió como un cierre mágico. La misma cinceló un hilo de sangre gracias a una afluyente microscópica que no paraba de manar. Pude bloquear otras de sus ofensivas, giré mi cuerpo hacia la izquierda y mis coyunturas intentaron buscar su rostro. La pelea se tornó encarnizada desde un principio y los gritos se desataron alrededor del cuadrilátero. Mil gargantas o algo más —la total capacidad del pequeño gimnasio— dejaron escapar una

angustia retenida. Alrededor del quinto asalto comenzaron a mermar mis fuerzas. La herida de mi cara seguía despachando sangre, un líquido reincidente, una línea roja que delataba mi debilidad. El viejo limpiaba mis facciones y me untaba una pomada con el fin de detener el diminuto riachuelo de plasma.

—Búscalos con el gancho de izquierda —me dijo.

El gancho de izquierda. ¡Eso era! Sabía que era un golpe curvo que se aplicaba depositando el peso del cuerpo sobre la pierna derecha. En su tiempo fue el arma favorita de mi santo preferido, Joe Louis. Pero así como Louis se valió de esa mecánica, también Rocky Marciano y Sugar Ray Robinson supieron sacar provecho de tal golpe. Conocía de su efectividad, pero también de sus riesgos: cuando se fallaba se bajaba la guardia, la mano derecha se iba hacia abajo y se corría el riesgo de recibir un jab. Al fallar el gancho de izquierda, los flancos quedaban desguarnecidos y el hígado se lo podían reventar con un golpe certero. Estaba plenamente convencido de que podía correr la misma suerte que correspondió a José María Gatica cuando enfrentó a Ike Williams. De que podía ser malogrado. De tal riesgo estaba plenamente persuadido.

Sería entonces una simple cucaracha despatarrada contra el piso. En ningún momento tuve fuerzas —luego de aquel zarandeo fulminante— como pienso que la pudo tener Betulio González en ocasión cuando perdió ante Venice Borkorsor, en Tailandia. Fue un recuerdo que mantuvo vivo *Cocodrilo*, su compadre Teodoro, el viejo Carlos y todos aquellos que escucharon la pelea. No podía dejar de acordarme de aquella noche cuando nací, cuando nació *El Mono* Betulio, cuando debió nacer el Betulio que maté en un puesto de hamburguesas. Un periodista llamado Miguel Thoddé narraba una quimera desde allí a los ansiosos aficionados:

—¡Pega Betulio! ¡Vuelve a pegar Betulio! ¡Sigue pegando Betulio! ¡De nuevo pega Betulio! ¡Se cayó Betulio!...

Mi coach advirtió que la frase no era original de Thoddé. Provenía de una pelea similar cuando Ramoncito Arias peleó contra Pascual Pérez por el título mundial. Pero ya había escuchado aquello de boca de mi padre, muchísimos años atrás, cuando comenzaba a transitar con *El Mono* la carrera del crimen.

El viejo me dijo que Betulio tuvo fuerzas. En Bangkok, en el décimo asalto y después de la caída, caminó hacia la esquina de

Borkorsor y le levantó la diestra. De eso tampoco puedo dejar de acordarme, de lo que contó mi cabroncito padre, el compadre Teodoro y el viejo Carlos. ¡Qué vergüenza! Había dejado los calzoncillos en el camerino. Pero aquello fue una longaniza de mentiras. Luego me enteré de que todo atendía a un chiste de televisión pues Betulio, en verdad, nunca llegó a caer contra la lona.

Dejamos el comentario cuando Jeanne y Sandy entraban al gimnasio, ella con el balde de limpieza y él con las vendas ya colocadas en las manos. Pronto comenzaría mi sesión de entrenamiento con el sparring.

Gerardo fue el primero en destapar la primera cerveza de aquel domingo cuando fuimos a la playa.

—Tómame una, Betulio.

Yo era poco aficionado a la bebida. Sin embargo, cuando comencé a pertenecer a la conexión de *Doctor Peppers*, *El chubisco* y *El rayo* solían llevarme a los burdeles. Ocurría generalmente cuando cometíamos algún crimen. Además de mujeres, para celebrar, me brindaban licores. Todo el que pudiera entrarle a mis tripas.

No quería beber ese domingo, sobre todo porque Julia aumentaba su paranoia cuando me veía un tanto pelado. Le dije que no, que más tarde lo haría. Teoduldo había improvisado entre tres topias una pequeña cocina a leña. Era muy temprano para calentar la comida, pero mi hermano casi siempre estaba pendiente de todos los detalles. Lucrecia se sentía entusiasmada con la presencia de Julia. No hallaba en qué lugar colocarla. Le hablaba de muchas cosas y al resto nos ignoraba. En momentos cuando me acercaba a ellas por algún motivo podía escuchar que el tema preferido era culinario. Sabía que Julia no conocía mucho al respecto, ni siquiera se aplicaba a hacer sancochos, pero mi cuñada no cejaba de hablar de recetas de cocina.

Gerardo era otra cosa. Una mente enferma y pervertida. Parecía una persona grosera y repugnante. Solamente sabía hablar pistoladas. Cuando se colocó el traje de baño, de inmediato, acostumbrado como estaba a ponderar a contrincantes, me entregué a la idea de que podía pertenecer a la orden de los minimoscas. Tenía las piernas peludas y eran tan flacas como palos de escoba. Su plexo solar también dejaba mucho que desear. Las costillas le abultaban el pellejo como imagino que

podrían abultar las milenarias vendas las chuletas de Tutankamón. Sus brazos eran aún más delgados. Si sus piernas podían parecer palos de escobas, sus brazos deberían ser idénticos a espaguetis. A la media hora, volvió con un par de cervezas.

—Les traje curdas. ¡Coño, pónganse a beber! ¿Vinieron a la playa sólo a quemarse los cojones? ¡Vamos, cabrones! ¡A empinar el codo!

Yo miré a Teo y Teo me miró a mí. Luego ambos miramos a Gerardo. Tenía los ojos rojos como si se hubiera tragado unos tizones. Agarramos las cervezas y apuramos el primer trago. Eran tercios, cervezas que venían embasadas en botellas grandes y de color ámbar, con un refinamiento que dejaba mucho que desear y con excesivo grado alcohólico.

—Los domingos vienen muchas mujeres para acá —dijo Gerardo. ¡Ya verán! Llegarán para todos los gustos.

Esto lo decía sin que lo pudieran escuchar Julia y Lucrecia. Ellas estaban en ese momento a cierta distancia de nosotros, entretenidas, echando cuentos debajo del inmenso paraguas. Seguro que la mujer de mi hermano estaba empeñada en explicarle algo que mi propia mujer sería incapaz de realizar: en revelarle los secretos del mejor modo como se preparaba el pasticho. Imaginaba que le diría infinidad de veces: *Tú sabes, la sazón no está en la pasta sino en los ingredientes, en la salsa y en el queso madurado. Y no te olvides de la hojita de laurel.* Veía a lo lejos las mímicas expresiones de mi cuñada, los monosílabos de mi mujer. La mía parecía asentir como una discípula poco convencida, como si en aquellas palabras de su antagonista se encontrara con la diagramación de un problema matemático muy difícil de comprender. De reojo la veía como sólo yo podía entenderla: con su belleza opacada por la mala cuadratura de su nariz, la cual, en muchas ocasiones, le había prometido enmendar con una cirugía plástica. *Si le gano al chino te enviaré de inmediato a quirófano. Al día siguiente tu belleza será pura y perfecta...* Le arrancarían la nariz y le colocarían una nueva. Eso le decía al tanto que pensaba en mi incierto mañana. Pero no la envié al quirófano como se lo prometí. En lugar de eso la mandé directo a la tumba.

Las veía al tanto que Gerardo bebía compulsivamente y Teo escapaba como demonio del lado de nosotros. Julia movía su cabeza en forma afirmativa a cada momento. Lucrecia hablaba, hablaba, hablaba. No paraba de platicar. Gerardo hacía lo mismo conmigo. No cambiaba

el tema. Hablaba de las mujeres que llegarían esa mañana al mar. De los culitos que se afincaban contra la arena a dorarse con los rayos dominicales. Era un maldito idiota.

Con todo lo que Teoduldo hablaba bien de su cuñado, a mí no me caía en gracia. Me parecían erradas sus justificaciones. De buena gana lo hubiera despachado de un plomazo si la mafia me lo hubiera encomendado.

El sol colgaba a media asta, como una bambalina incandescente, pero calentaba la arenilla como esas fraguas que utilizan para avivar carbones en las polleras. Los rayos lamían aquel paisaje con sus lenguas de fuego. Sin duda, parecía un día especial para achicharrarse los cojones.

Ellas compartían refrescos y también imaginaba que, además de recetas para preparar pastas, hablarían de cosas que nosotros no podíamos escuchar. Las palabras de Gerardo tampoco llegaban a sus oídos.

—Vienen hasta gringas a poner sus culitos bajo los rayos del sol —decía el degeneado quien, según contaba mi hermano, era un muchacho abnegado al trabajo que entre Lucrecia y él habían rescatado del mal camino, cosa que yo ponía en tela de juicio. En el fondo me parecía una mierda.

El cuñado de mi hermano me daba mala espina. Y mi hermano intentaba zurcirle las roturas. Imagino que con el propósito de no molestar a su mujer.

A mediodía, aprovechando el domingo y la abertura de la trocha, ya había llegado a la playa un centenar de temporadistas. El mar estaba sereno y el entusiasmo de la gente alcanzaba altos niveles. Gerardo bebía en exceso. También yo bebía, pero en forma moderada. No tomé más de cinco cervezas. Teoduldo y yo nos pusimos a ayudar a Julia y a Lucrecia con el asunto de la comida.

No fueron más de cinco. Me detuve cuando sentí que el alcohol comenzaba a arrastrar el recuerdo de tantos golpes recibidos, el estremecimiento de mis tímpanos a causa de tantos chillidos y maldiciones que Julia me había infligido. Porque ella era así. Porque cuando el mal humor la perturbaba me convertía en víctima de sus alaridos. Ella era así, no cabía duda. Sus gritos eran peores que los peores gritos de terror que jamás había escuchado.

El alcohol no aliviaba mis pesares, no aligeraba la carga que llevaba encima. Al contrario, me hacía recordar el origen de las tantas muescas de mi *Smith & Wesson*, los encarnizados combates, los sucesivos rostros de personas aplastadas contra la lona o contra el filo de las aceras. El alcohol me hacía recordar el rosario de crímenes. Manantiales de sangre corriendo a causa de los golpes o de los disparos. Sobre todo alguien de mi misma edad sentado sobre la silla plástica en una venta de hamburguesas. La noche del crimen no tuve tiempo de reparar en tales detalles. Pero al siguiente día me percaté de ellos a través de la página de sucesos. Estaba cosido a plomo. Los perros lamían la sangre mezclada con la salsa de tomate. De pronto, rememoraba el quebrantamiento de mi ética como sicario, el crimen cometido en compañía de *El Mono* Betulio. El cuerpo del hombre que nos encargó *La culebra* quedó tapizado con un rollo completo de cinta adhesiva, colgado de los cojones en una habitación del hotel California. Omar *El Químico*, hendido a puñaladas, con los ojos acuchillados, en un colchón de guijarros a la orilla de un lago. Quizás algo más que un rollo de tribunales fue la causa de que el crimen llegara a consumarse. Omar *El Químico* poseía una cabellera que desconcertaba y enardecía. A mí, principalmente, me llenaba de coraje ver como esas enormes guedejas llovían sobre su cara y barrían sus hombros con cada movimiento. Algo había de inextricable en sus mechones que me resultaba chocante. Acaso se me antojaba igual que una jungla prehistórica donde piojos y ladillas alcanzaban tamaños dinosaurios. Esa fronda jamás parecía ser mancillada por el paso de peines ni cepillos, impermeable como un *Rólex*, probablemente compacto a todo contenido líquido, inaccesible a los intentos de champús o de jabones.

Recordaba sus ramificaciones. Sus cabellos, luego del asesinato, aparecían en mis pesadillas. En ellas existía algo de Jimmi Hendrix. Se extendían como bejucos nudosos colgantes de pedruscos. Por eso lo hice. Por eso y porque estorbaba en el camino de *El Greco*.

Al tanto que recordaba los malos momentos, ayudaba a Julia y a Lucrecia. El cabrón de Gerardo no se veía por ningún lado.

Fueron cinco nada más, de las grandes, de las negras. Aquel poco de cerveza me exacerbaba.

Ya mi mujer y mi cuñada no necesitaban más ayuda. Estábamos sobre la arena, sentados Teoduldo y yo a pleno sol al lado de la cava.

Gerardo me recitó un poema muy viejo que aprendió de un tal Julio Flórez:

No quisiera haber mirado
a través del cristal de la experiencia
porque el mundo es un mercado
donde compran voluntad y conciencia.

Ellas nos llamaron a comer sobre la improvisada mesa que colocaron debajo del paraguas. Gerardo no aparecía. Se había ido a recorrer la orilla de la playa con el afán (así nos lo dijo a Teoduldo y a mí) de contemplar algunos culitos. Habían transcurrido treinta minutos y el loco hermano de Lucrecia no aparecía. Así me lo dijo cuando se alejaba de mí: iría a darle vueltas a los culitos.

Cuando terminamos de comer, Lucrecia comenzó a preocuparse.

—¡Oigan! ¿Y Gerardo?

—No sé. De repente se levantó y salió a caminar.

—¿No dijo hacia dónde iba?

—No.

—¡Ay, qué broma! ¿En cuál lío se irá a meter?

Lo supimos quince minutos más tarde. Mucha gente corría a ver una trifulca que se había formado unos cientos de metros más allá del lugar donde mi hermano estacionó la camioneta. Se comentaba al principio que una aguamala había envenenado a un bañista. Pero al rato se supo que no era así. La razón era otra. Gerardo había envenenado el luminoso y dominical día de playa. Corrimos hacia el sitio del suceso. Los curiosos habían conformado un círculo y al centro de ese círculo se encontraba el cuñado de mi hermano llevando golpes de un tipo kiludo.

—¡Toma! —gritaba el hombre forzudo cada vez que lo aporreaba ¡Y este otro es para que aprendas a respetar!

Aquel tipo que apaleaba a Gerardo se parecía a Teágenes, un fenomenal peleador de los antiguos juegos olímpicos de Grecia que sostuvo algo así como mil quinientos combates sin perder ninguno. Conocía sobre él gracias a un libro sobre la Grecia antigua que me hizo llegar mi hermano en alguna oportunidad. Además de los mil quinientos combates triunfantes que sostuvo, Teágenes tenía la particularidad de

enviar a sus adversarios a la tumba. Un chino cualquiera. Menos mal que a cada golpe, Gerardo no caía sobre las piedras sino sobre un suave colchón de arena. Lucrecia se metió en el centro del círculo humano.

—¡Oiga, señor!, ¿por qué le está pegando a mi hermano?

El individuo se volvió hacia mi cuñada y le dijo:

—¿Esta porquería de hombre es su hermano?

—Sí.

—Bueno, para que lo sepa, señora: su hermano es un grosero, un abusador.

—¿Qué hizo?

—Le faltó el respeto a mi mujer.

—¿Cómo fue eso? ¿Cómo fue que le faltó el respeto a su mujer?

—Ella se estaba asoleando en la playa y llegó esta piltrafa y le agarró una nalga.

Y al decir esto, tomó a Gerardo por el cuello y le propinó un nuevo izquierdazo. En el fondo, yo estaba aplaudiendo al tipo kiludo pues sabía que tenía todas las razones para castigar al sinvergüenza. Gerardo se la estuvo buscando. Había salido a caminar sobre la arena para acercarse a los culitos dorados. Ahora estaba pagando las consecuencias.

Bueno. Gerardo era un alfeñique de unos cuarenta y siete kilos y el tipo que lo golpeaba seguramente sobrepasaba un par de veces su peso en kilogramos. Parecía un orangután con los brazos peludos y la cabeza pelada. Pero la situación que se presentaba tampoco se podía juzgar como una pelea para resarcir asuntos decorosos. Y lo peor del caso era que el circo tenía quien aplaudiera. Una legión de espectadores llenos de agua salada y manchados de arena soltaba loas y risotadas en cada batida que el forzado daba.

Mi hermano estaba pálido de la impresión. Parecía que la desigual pelea le produciría un ataque al corazón. Todo lo contrario que mi persona. Teo era hombre pacífico dado a la lectura, a la reflexión, a los razonamientos intelectuales. No era partidario de esa ancestral costumbre de arreglar las cosas a puñetazos. Y menos de un desigual enfrentamiento como aquel.

—¡Oiga, degenerado, ya no siga golpeando a mi hermanito!

Gerardo estaba otra vez sobre el pedernal. Tenía la boca hinchada y partida en dos, los ojos a la vinagreta y se quejaba como un perro atropellado. El orangután ya no parecía enfadado por el culito de su mujer.

Se sentía contento de haber mostrado sus condiciones físicas ante un público improvisado. Exteriorizaba su ego de Charles Atlas tropical haciendo de las suyas con aquel payaso. Y a la mujer que estaba cerca del lugar de las acciones con un traje tan minúsculo que parecía de puta le importaba un cagajón de perro que algún degenerado le hubiese tocado el culito. Se moría de la risa, sobre todo cuando aquel cuadrumano que debería ser su cabrón levantaba al pobre infeliz y le imprimía una nueva despaturrada. Charles Atlas se solazaba propinando la golpiza con el único afán de complacer a una notoria plebe. En uno de esos momentos hizo una pausa. Se volvió hacia los fans y les preguntó:

—¿Lo castigo nuevamente?

Los espectadores de aquel circo, que también parecía romano, corearon sus ansias criminales:

—¡Síiiiiiiii...! ¡Acáballo! ¡Termina de una vez con ese sádico!

Teágenes volvió a levantarse sobre su musculatura dispuesto a dar la estocada final. El público presente era un calco del mismo grupito de cabrones que llenó las tribunas del circo de Roma en tiempos de leones y gladiadores.

El kiludo se acercó peligrosamente al alfeñique. Pude ver la expresión de terror en los ojos de Gerardo. Lo tomó con una sola mano y lo levantó sobre su cabeza.

—¡Lo va a matar! ¡Lo va a matar!

—¡Lo va a volver una tortilla!

—¡Lo va a convertir en una plasta!

Ésas eran las expresiones de Teo y de Lucrecia.

—¡Mátalo!

—¡Entiéralo en la arena!

—¡Reviéntalo de una vez!

Ésas eran las expresiones de la plebe, del público coño de madre que ni siquiera compró boletos para ver el maniqueísmo.

Fue en ese preciso momento cuando Teo debió recordar que yo era boxeador.

—¡Cónchale, hermano, no se haga el pendejo!

—¿Qué?

—¡Hermano, por favor, defienda a mi cuñado!

—¿Cómo? ¿Qué defienda a esa piltrafa?

—Exacto, si no ese gorila lo va a matar.

Ya para ese momento, Gerardo era una piltrafa. De no haber sido por Teoduldo hubiera disfrutado hasta la última estocada que el forzudo pensaba dar a esa rata de dos patas. Pero entonces salí en su defensa. Era mi costumbre no contrariar a mi querido hermano. Eché un paso delante de la multitud y le dije al tipo:

—¡Suelta a ese pobre hombre, maricón!

Mis palabras parecieron electrizar al pelotón de mirones. Todos guardaron un pesado silencio e inclusive el orangután se quedó un instante con la boca abierta. Esta vez no golpeé con saña al pobre Gerardo. Lo dejó caer suavemente sobre la arena como podría dejarse caer a un pobre mono descuartizado.

—¿Qué fue lo que dijiste? —me preguntó con voz ronca.

—Que te metas con un hombre de verdad, no con ese pobre flacuchento.

La multitud siguió sosteniendo su mutismo. El hombre de los kilos me miró como si yo hubiera sido una visión fugaz que arrancara fuera de la realidad. Parecía desconcertado. No se atrevía a creer en tanto atrevimiento.

—Maricón de mierda —volví yo a decir, y la gente se quedó pasmada por mi atrevimiento.

Teágenes se estremeció como si en todo su universo se suscitara un sismo. Luego me señaló con un dedo largo y torcido.

—¡Oye, enano! ¿Podrías repetir lo que me dijiste hace un segundo?

—¡Maricón de mierda!

—¿Cómo dijiste?

—¡Maricón! ¡Hijo de puta!

—¡Vuelve a repetirlo!

—¡Cagón! ¡Ridículo! ¡Maricón! ¡Hijo de puta!

Era mucho más alto y forzudo que yo, unos ciento veinte kilogramos de fibra en comparación con mis sesenta y seis coma seis que correspondía a mi peso welter y los espectadores debieron recordar el cuento de David contra Goliat. No hablamos más. Saltó sobre mí y trató de atraparme con sus manos enormes. Me pude escabullir de la manera más sencilla. Tampoco quise dar largas a esa pelea. Utilicé el *rabbit punch*. ¿Se acuerdan de la pelea breve de Muhammad Alí? Los resultados fueron idénticos e inmediatos. El gran mono quedó tirado sobre la arena. Nadie podía creer entonces

en los KO ni explicarse qué pasó. Pensarían que eran cosas del circo y del libreto.

Regresamos por la trocha. Lucrecia intentaba revivir a su hermano. A Teoduldo se le había subido la tensión. En los ojos de Julia encontré una mirada apocalíptica.

Lucrecia intentaba revivir al cabrón. Le ponía compresas de agua fría en la frente. Golpeaba suavemente sus mejillas. El maricón de Gerardo permanecía exánime.

Me sentía un poco borracho todavía. Cuando busqué de nuevo los ojos de Julia sólo pude encontrar un volcán, una reverberación de odio incandescente que lanzaba lava sobre el resto del tiempo que nos correspondería compartir. Porque el resto del tiempo después de aquel paseo dominical se convirtió en el preámbulo de nuestro fin.

Para colmo, nada más al llegar a nuestra casa aquella noche, le comenzó un nuevo ataque de neuralgia. Luego provino el ataque de epilepsia.

Décimo quinto asalto

El último golpe

El día de mi último entrenamiento para enfrentar al chino se presentó la situación más cabrona de mi vida. En fecha anterior, luego del viaje dominical hacia la playa, apenas llegamos a casa, Julia sufrió el temido ataque de epilepsia. No era para menos. En nuestro camino de regreso, al tanto que Lucrecia se quejaba de lo ocurrido con su hermano, Julia permanecía absorta en la lectura de *El gato negro*. ¡En mala hora! Teoduldo amaba a Poe como si fuera un santo y casi siempre llevaba a mano *Narraciones extraordinarias*.

Cuando nos dejaron en casa, ya mi mujer comenzaba a sufrir metamorfosis. Mi hermano decía a veces que era como un Gregorio Samsa en versión femenina.

A medida que convulsionaba con su terrible enfermedad, al asomarme a la ventana, pude notar cómo la luna llena brillaba con toda su energía. Tuve tiempo de fijarme bien en el astro menor que acompañaba a nuestro planeta. La luna mostraba a sus anchas los desiertos del Mar de la Tranquilidad. Aquel paisaje selenita era otro indicativo de que las cosas no apuntaban mejoría. ¡Era luna llena!

A eso de las ocho, con el estado depresivo que ya me imaginaba, ella despertó. Se mostró paranoica, incontrolable, completamente desquiciada.

De tal manera aconteció:

Apenas abrió los ojos comenzó a mortificarme con una andanada de maldiciones. Que no debí meterme en el asunto. Que debí dejar que aquel hombre aplastara al hermano de Lucrecia. Que al fin y al cabo el tipo de la playa tuvo toda la razón para dejar sin resuello al patán abusador. Que el inmoderado cuñado de mi hermano se fuera al mismísimo infierno. En el fondo no dejaba de tener razón.

—Eso lo sabía yo —dije.

—¿Lo sabías, maldito? Entonces no debiste meter la nariz en el asunto.

Trataba de ocultar el bulto a sus reproches refugiándome en *Guantes*, una revista de los ochenta especializada en asuntos de boxeo. Julia seguía con sus insultos. Me centraba en imágenes y en textos que mostraba la publicación. Allí pude encontrar los pelos estirados del promotor Don King durante la faena de presentación de los pugilistas Larry Holmes y Gerry Cooney quienes se enfrentarían por alguno de los títulos pesados que tanto proliferaban en ese tiempo.

—¿No me escuchas? ¡No debiste meter la cuchara en ese asunto!

Me hice el desentendido. Larry Holmes prometía regalar a la afición el conteo de los diez segundos. Sin embargo, Gerry Cooney ofrecía algo parecido a los amantes de ese deporte: terminar antes del décimo quinto con Larry Holmes. Larry Holmes, ante una pregunta de los periodistas, expresaba que poco o nada le importaba llegar a las alturas de Jack Dempsey, *Mantequilla* Nápoles o Cassius Clay.

—¡Te estoy hablando, Betulio! ¿Es que no piensas prestarme atención?

Me apasionaban aquellas viejas revistas. A Larry Holmes sólo le interesaba ser Larry Holmes. Pero poco podía concentrarme en la lectura de *Guantes*. Mi mujer seguía insultando. Apenas hojeaba la página donde Roberto “Mano e piedra” Durán encontraba su ocaso frente a Wilfredo Benítez, *Guantes* fue arrancada de mis manos por un huracán de furia.

—¡Ya te advertí, ridículo!

En ese momento nos encontrábamos en la cocina. La revista voló hasta estrellarse contra las hornillas que estaban encendidas. Vi los pelos de Don King cuando se convertían en cenizas al ser alcanzados por el fuego. La voz de Julia se estrellaba contra mí de la manera más cruel.

—¡Revistitas de boxeo! —gritó enfurecida—. ¡Aquí cuando yo hablo se me debe prestar atención!

Así farfullaba al tanto que la revista era consumida completamente por las llamas. Sabía que vendrían cosas peores pues la noche anterior había sufrido dos nuevos ataques. Era terrible. Y para colmo, aquella noche era de luna llena.

Pero no solamente se confabuló contra mi persona. También maldijo a mis queridos animalitos. Juró que no estaría dispuesta a continuar conviviendo con un bárbaro como yo, con un cazador de cocodrilos, ni con un quinteto de bestias que intentaban convertir su casa en un zoológico pestífero a boñiga. Todos sus males parece ser que se precipitaron apenas entramos en el calor de nuestro hogar. *¡Mi casa apesta a corral de circo, a cubil de paralítico! ¡Los voy a matar a todos!*, escuché que farfullaba la mañana cuando me preparaba para acudir a lo que fue mi último entrenamiento.

—¡Inclusive a ti, pedazo de mierda! ¡Te juro que no tendré descanso hasta rebanarles a todos el pescuezo!

De esa manera se expresó aquella mañana de lunes cuando yo liaba los bártulos para asistir a mi ejercicio. En su rostro de enferma mental pude percibir una decisión inquebrantable. Presentí que Julia podría llevar a cabo sus amenazas. Me hallaba entre la espada y la pared. Si fallaba en mi próximo compromiso, la mafia estaría dispuesta a hacerme conocer el sabor a madres. Y para colmo, Julia, en su chifladura, amenazaba con asesinarme.

Para completar la desdicha, el gran danés, durante el tiempo de nuestra ausencia, se supo librar (no sabría explicar de qué manera) de su cadena y en los afanes que supo imprimirle su apetito fue en busca del saco de alimento que por costumbre dejábamos en algún lugar de la cocina. Precisamente en ese lugar imprimió rastros inconfundibles de su presencia. *Dempsey* dejó esparcidos sobre el piso algunos mon-toncitos de perrarina con la diferencia de que tal sustento ya había sido

procesado por su sistema digestivo. Y de veras que no eran fragancias de rosas lo que allí se respiraba.

—¡Caca! —me gritó una Julia furibunda antes de que saliera yo hacia el gimnasio. ¿Sabes qué fue lo primero que encontré en la cocina? ¡Mierda de perro! ¡Mierda del maldito perro a quien tú quieres más que a mí!

Apresuré mi salida hacia la palestra donde solía practicar. Pero antes de cruzar la puerta, ella volvió a fusilarme con sus injurias.

—¡Pero te lo juro, Betulio! ¡Te lo juro! ¡Será la última vez que esto suceda! ¡La próxima, sin piedad alguna! —colocó un par de dedos en cruz—, ¡por esta!, ¡le pasaré factura a ese animal!

No quise contestar a ninguno de sus improperios. Al tanto que veía cómo se chamuscaban sobre las hornillas los pelos de Don King, tomé el bolso y busqué la salida. Encendí de prisa mi moto. Corrí hacia el gimnasio lo más rápido que pude. Huí de mi casa como espantado por un demonio. En esos días, como ya pude explicar, me preparaba para pelear contra el chino.

El colmo de los colmos ocurrió poco después.

El entrenamiento fue fatídico y tuvo un final inesperado.

Aquella mañana, el viejo Carlos me advirtió sobre los peligros que debe enfrentar un pegador. Quería impresionarme, acerar mis fibras y mi cerebro y por esa razón me habló de esos casos únicos y desgraciados que han ocurrido en la vida del boxeo. Y así comenzó. En cada salto que daba, en cada golpe que lanzaba a Sandy o a mi propia sombra, sus quijadas descuartizadas no dejaban de moverse para darme vivos ejemplos. Docenas de boxeadores cuyas vidas fueron exitosas o desgraciadas no dejaron de asomar a su anecdotario verbal, bien lo recuerdo, durante aquel entrenamiento que sería el último a su lado.

El viejo llevaba la gorra ladeada, como era su costumbre, y no paraba de hablar sobre mártires del cuadrilátero. El boxeo era su religión y sus santos eran los boxeadores que colgaban en casi todas las paredes del gimnasio. Así comenzó. Ángel Mosca, de salida peso mosca, a quienes todos llamaron *El ratón*, fue durante mucho tiempo una máquina para lanzar puñetazos. Pero el destino le tendió una emboscada. ¡Tanto se esmeró por salir del fondo de la letrina y por liberar su gollete de lo escatológico! Y todo de la manera más inútil. Cuando

pensaba protagonizar su mejor pelea, la cual lo rescataría de ese piélagos de mierda que lo atosigaba hasta el pescuezo, le cayó un listón en la última parte que escapaba a la putrefacción, es decir, en la cabeza. Se murió antes de llegar al hospital pensando que aquella rezagada pelotera lo rescataría de su miserable trabajo como ayudante de albañilería. Ángel Mosca también fue plomero y precisamente lo llamaron *El ratón* por la habilidad que demostraba al meterse entre las cañerías. No fue un contrincante quien lo eliminó del juego de las probabilidades. Un listón golpeó su cráneo en el preciso instante cuando prestaba sus servicios de ayudante en una Compañía devastadora de edificios centenarios.

Tuve fuertes manoteos con mi sparring. Recuerdo que a Sandy le volví trizas un canino al final de la primera sesión. Cuando eso sucedió lo vi masticar una rayada de madre. Quiso hacer un movimiento rápido para esquivar mi jab, pero todo lo que consiguió fue que mi derecha se estrellara contra una boca hasta donde no llegaba la protección de la chichonera. No era la primera vez que reventaba sus belfos, pero sí era la primera en que le reventaba un colmillo. Lo dejé como vampiro con la boca maltrecha. Tenía la edad de Cristo, pero ya no se movía con tanta agilidad. El alcohol se lo estaba comiendo vivo. Yo era un poco más viejo que él. Pero, aunque iba enrumbado hacia un título mundial, no creía tener mejor suerte.

Lo pude observar cuando cayó hacia atrás. Me sacó la madre. Escupió el protector dental y luego el pedazo de diente. Soltó una maldición y se salió del cuadrilátero. Jeanne estaba observando el entrenamiento en *ring size*. Pude ver su sonrisa cuando el hermano tocó la lona. Me prestó la atención que sólo se puede notar cuando existen deseos reprimidos. Estaba allí, esperándome, siempre dispuesta para cuando me pegaran ganas de follar.

El viejo Carlos revisó mis puños con la atención que un joyero puede prestar a un diamante. Apretó mis vendas y colocó nuevamente mis guantines. “Sin estos muñones no serías más que una cagada de perro”, me dijo. “Así que cuídate de no estropearlos en entrenamientos ni en trifulcas callejeras. Ah, y no bebas. Ni se te ocurra. Ni siquiera un trago ni un cigarrillo. Eso sería tu perdición”. Y al decirme esto, añadía otra historia, tal cual como era su costumbre. Colocó un ejemplo de por medio. Me dijo que conoció a otro buen púgil de Maracay. Se llamaba Nelson Ruiz. Fue un pegador contumaz. Eso me dijo. Pero se ponía

loco cuando se rascaba. Alguna noche acabó con la arepera *El cubano* a punta de coñazos. Seguramente andaría drogado y formó un escándalo muy arrechó. El dueño del negocio llamó a las autoridades. Llegó la Guardia Nacional y le cayeron a planazos. Quedó manco desde entonces. Parece ser que un peinillazo le reventó la mano. Y de allí en adelante se colocó como cero a la izquierda. Y se anuló como boxeador. “Cayó al fondo de lo que ya sabes”, me dijo.

“No hay que ser tan idiota en esto del boxeo. Conocí a un contendiente de peso completo, el mejor del mundo, pero a la vez, en todo el orbe, no hubo otro que desperdiciara de forma tan rotunda la oportunidad que se le presentó. Un empresario le ofreció en su tiempo un millón de dólares para enfrentar a Clay. No quiso aceptarlo. Quizás de haberlo hecho no estaría tan olvidado como se sabe que lo está hoy día. A veces es bueno y a veces es malo estar en las manos de la mafia”.

Pienso hoy que tal entrenamiento fue exagerado, sobre todo por realizarse después de un fatídico día de playa que terminó en trifulca. Aquello era como una agonía interminable. Yo, quien era más apasionado por el box, sacaba mis propias conclusiones. Me parecía un ejercicio tan largo y tan tortuoso como el que Jess Willar protagonizó ante Jack Johnson, en La Habana, el cual, en una hora y cuarenta y cuatro minutos, se extendió durante veintiséis asaltos. Una barbaridad.

En el fondo recordaba el momento más feliz y más triste de las estampas de este deporte. Sin duda, no era otro que el combate entre Dempsey y Firpo que apenas duró tres minutos y cincuenta y siete segundos. Pero eso ya lo señalé páginas atrás. Dempsey tumbó a Firpo siete veces durante el primer asalto. El momento más feliz de mi memoria se resumía cuando Firpo sacaba del ring a su rival. Por supuesto, el momento más triste se suscitó segundos después del momento más feliz: cuando Dempsey subió nuevamente al cuadrilátero para convertir a Firpo en una cagada de perro.

Pero el viejo, con su gorra ladeada, con sus mandíbulas torcidas, con su verbo inextricable, con su rezo pugilístico no dejaba la bendita manía de soltar consejos.

“Un boxeador debe tomar a su contrario como si fuera un problema que debe resolver. ¿Tú me entiendes? Nunca lo debe ver como un enemigo, sino como un reto que debe superar demostrando su inteligencia. Y para esto debe valerse de todas las estrategias. Los sarcasmos

de Alí eran tan rotundos como sus certeros puñetazos. Eran tan inculcables como la tos y tan peligrosos como la saliva de las cobras”.

Pero no necesitaba recomendaciones. Mi personalidad como pegador era atípica. Quizás brillaba con la luz que desde un incierto cielo me proyectaba *Doctor Peppers*.

A veces imaginaba que el protector de mi antagonista solamente representaba una hilera de dientes con migas de carne incrustadas entre sus separaciones y eso me hacía recordar a *Mano de piedra*. Regresaba otra vez sobre comentarios insistentes. “Acuérdate de Holyfield, de su invicto amateur en 174 combates. Acuérdate de sus malditas peleas con George Foreman y Larry Holmes y de la mala leche que tuvo cuando intentó acabar a puñetazos a Riddick Bowe”. Pero eso lo sabía, como podía saber que el sol sale para todos, como una tarea rutinaria de escolar a quien el maestro ordenaba hacer los números. Me puse a pensar que un año después de retirarse, Holyfield regresó y entonces el cagajón de perro fue el mismísimo Riddick a quien aplastó como se puede aplastar a una cucaracha. Pero, como la misma secuencia de números hasta cien, al recordar que Riddick Bowe fue dejado para el arrastre, también recordaba que Michael Moorer aparecía en el panorama para meterlo en el excusado.

Mi sparring se sentó a maldecir por su colmillo roto al lado de su hermana y al viejo Carlos, a quien nada le importaba que eso hubiera sucedido (al fin y al cabo se le cancelaban las tundas en forma contante y sonante), le dio por someterme a un entrenamiento más intenso. Golpeaba mi sombra como un perro loco al dar vueltas contra vueltas intentando morderse la cola, esa parte que parecía sobrarle de su cuerpo a la cual consideraba su enemiga. Así lo hacía recordando sandeces de su pasado como boxeador o dándome muy claros ejemplos sobre púgiles que terminaron en el caldero de los chicharrones. “Cuando estuve con Rafito fui de los mejores. Algunos piensan que superior a Fulgencio Obelmejías. No menos de cinco veces ocupé el centro de las pancartas. La noche cuando Foreman noqueó a Ken Norton en Caracas yo estuve incluido en el programa. ¿Y te imaginas quién promovió esas peleas? ¡Nada más y nada menos que Don King! Lo conocí personalmente. Para entonces ese negro de pelos parados era considerado el promotor deportivo más grande de la historia, el hombre de color más próspero de América. Esa vez me enfrenté a Jaime Ríos, el mismo que hace

poco estuvo entrenando a Nino Pecas, quien se fajó contigo poquitos meses atrás. Coño, dale duro, Betulio, mueve esas piernas. ¡Ya no te quieres mover!”. Yo no sé por qué en esos momentos tenía que fijarme en su nariz y en su quijada. Su nariz parecía un cagajón de perro. Sus orejas estaban crecidas como coliflores. Las mandíbulas se le torcían al hablar. Estaban quebradas por todas partes y la plancha no le encajaba bien en las encías.

“Acuérdate de la coñaza que le metió Joe Louis a Max Schmeling. Debes darle potencia a tus movimientos. Acuérdate que la potencia debe ser mejor que la resistencia. Acuérdate que debes cuidarte de los golpes que pueden malograr. Fueron ellos quienes cambiaron la vida por la muerte a Salvatore La Serre y a Segundo Encinas. Acuérdate de lo que te dije. Mario Chávez e Isao Kimura también fueron empaquetados por culpa de los malos golpes. Así que debes tener cuidado para que no te pase lo mismo con el chino. Esa bestia ha enviado varios púgiles a la tumba”. Así seguía hablando el cabrón de mi suegro.

“Tú no sabes lo que le pasó a Davey Moore, el mismo que fue noqueado por Carlos “Morocho” Hernández el 14 de marzo de 1960 en una pelea no titular. Eso fue en Caracas. El “Morocho” lo volvió mierda a fuerza de coñazos, hasta le fracturó la mandíbula. Tres años después, en Los Ángeles, el cubano Ultimio Ramos le arrancó el título mundial de peso pluma y la propia existencia. Tampoco sabes que el mejicano Guadalupe Pintor acabó con sus puños a Johnny Owen. Emile Griffith, a quien llamaban “Costurero de señoras” le dio una parranda de carajazos a “Kid” Paret brindándole el pasaporte hacia el más allá. Así que debes cuidarte, Betulio, pues ese chino que te espera ha enviado varios hacia terapia intensiva y a un trío de fulanos hacia el infierno”.

Y a medida que me sacaba los últimos airecitos con ese esfuerzo me hacía comentarios sobre la pelea del 9 de noviembre de 1996. La misma que Holyfield y Tyson protagonizaron. ¿Quién recordaba ese triunfo que a Tyson lo convertía en monarca, como Clay, en tres ocasiones? “Contesta. ¿Quién? ¿Quién? ¿Quién?”.

Durante el tiempo que permanecí bajo su protección como coach me fui adaptando a su estilo, a sus quijadas quebradizas, a ese lenguaje plurívico por culpa de su amor al deporte de los puños. Solamente un especialista en jeroglíficos sería capaz de entenderlo. *Tyson es otro*

extraño, repercutía con esas frases que carecían de coyunturas. “Estuvo preso en un reformatorio tras cometer varios delitos. Un entrenador de nombre Cus D’ Amato lo sacó de la jaula, le consiguió fama y dinero y el amor de una bella y desquiciada actriz, Robins Givens. También tú has corrido con una suerte parecida. No se llama Cus D’ Amato, pero se llama Doctor Peppers.”

¡Suerte parecida!, pensé con desaliento. Sin duda se burlaba de mí. ¡Andando de sicario y llevando coñazos de todo mundo! Y para colmo manipulado por unos pandilleros. ¡Y de paso conviviendo con su hija que era el propio demonio! De la jaula me sacó un australopiteco que trabajaba a la mafia, pero con la negra suerte de saber que mis días estaban contados.

Mi notoriedad como sicario no llegó a extenderse nunca. Tampoco conseguí dinero como Tyson y menos el amor de una actriz hermosa como Robins Givens. En mi camino sólo encontré hombres que me golpeaban y la relación tortuosa con una perturbada llamada Julia Fuentes.

Pero la cosa no se extendió hasta allí. El viejo también tenía sus revueltas cerebrales. Insistía en aquella locura de que la potencia debería ser en el atleta algo superior a la resistencia. Eso afirmaba. A medida que me obligaba a imprimir más velocidad en mi bicicleta y en mis manoteos contra la nada o contra mi sparring, a medida que me exigía implementar esa demencia pugilística que denominaban *Punch drunk* o los rápidos pivots, no dejaba de acordarse de modos de vida, de paraísos o de infiernos. Se convertía en un torbellino de orientaciones. Me incitaba a pelear tanto con mis puños como con mi cerebro, a no mostrarme jadeante o magullado, a no olvidar que mi mano izquierda daba los golpes más contundentes y certeros que mi mano derecha, a mantenerme siempre en movimiento sin saltar y sin hacer giros innecesarios, a llevar las manos altas durante el desarrollo de cada asalto, a mantener el equilibrio, a intrigar con maniobras al contrario, a devolver golpe por golpe, a saber que un porrazo directo siempre aventajaba a un porrazo curvo, a no subestimar a los contrarios y a hacer exactamente lo que el contrario no esperaba que se le hiciera.

Y siempre pidiéndome que me acordara de todo.

“Acuérdate de lo que te conté. Acuérdate del Chapo Rosario y de la derrota que sufrió ante Frankie Randall. Era muy bueno y su miseria

fue a causa de la basura que se metió. Pero su carrera fue muy respetable a pesar de que la muerte lo sorprendió muy temprano, apenas acercándose a los treinta y tres, a causa de un edema pulmonar. Yo vi su histórica pelea en Las Vegas, allá en Nevada, frente a Julio César Chávez. Chávez ganó por KO en el decimoprimer. Chapo fue un macho. ¿Quién no recuerda la pelea por el título de la WBA ante Anthony Jones? Allí pudo demostrar todo su coraje”.

Me sentía ya pulverizado por ese ensayo sin tregua. No soportaría una nueva sesión de guantes. Deseaba ducharme, meterme a la cama unas buenas horas, sacarme la fatiga del entrenamiento y del peliagudo día de playa.

—Ya estoy cansado, viejo.

Eso le dije. Pero el cabrón me replicó:

—Nada de eso, Betulio. Debes continuar durante media hora más. La potencia debe ser superior a la resistencia.

La potencia. La resistencia. Al viejo le habían saltado los taponés. ¡Qué mierda tan loca!

—Lo que pasa es que ayer fui a la playa con Julia —traté de explicar—. Pasamos un día muy ajetreado. Fue como una dura sesión de entrenamiento.

—Eso no me interesa —dijo el viejo—. Lo único que me importa es que estés bien preparado para el compromiso contra el chino.

—Ya lo estoy.

—No. Eso crees tú. Te falta entrenar más.

Se dirigió a Sandy, quien todavía maldecía la desgracia de su colmillo roto sentado al lado de Jeanne.

—¡Oye, tú, monigote! Levántate. ¿Qué esperas? ¡Sube al ring!

Y Sandy se levantó. Eso fue como complicar mi desgracia. Su trabajo consistía en recibir golpizas. En ese instante me ganó una convicción. Todo boxeador fracasado alguna vez sufría la pesadilla de convertirse en sparring.

El aludido saltó al cuadrilátero con unos bríos que nunca había notado en él. Nada más cuando intenté acercar mi cuerpo al suyo para lanzar estratégicos ataques pude notar que subía como un torbellino, que su intención de aquel momento no era servir como objeto a mi entrenamiento sino en convertirme en centro de su propia ira.

Pero ya era muy tarde. Me sentía muy agotado. Mis guantines encontraron el vacío. En cambio, los puños de Sandy sacudieron con saña mi cuerpo. Sentí sus porrazos contra mi plexo solar. Uno de ellos encontró mi nariz.

Cuando el mal parido me golpeó, de inmediato sentí que se me venían a la cabeza todos los discos de Pavarotti que ponía *Cocodrilo* para atormentarme. Las fuerzas comenzaron a abandonarme. Solté chorros de sangre, las piernas engurruñadas y un fuerte mareo. Eran los síntomas del KO. Aprovechando mi cansancio, el cabrón procedió a tomar venganza.

La hija del regimiento regresaba para hacerme sufrir nuevamente.

No sé cuánto tiempo permanecí sin sentido, tirado en la lona y flotando en aquel enjambre de estrellas. Lo cierto fue que durante aquellas horas, lapso durante el cual inclusive llegaron a temer por mi existencia, un par de extrañas pesadillas me estuvieron mortificando.

Quizás influido por los perennes comentarios librescos de mi hermano y por las frecuentes maquinaciones que sufría por parte de Julia y de *El gusano*, durante el transcurso de esas alucinaciones que me imputaron los puños del sparring, me encontré embuchado en un par de mundos paralelos donde el sobresalto y la fantasía anduvieron de la mano. Dos pesadillas sin precedentes, perfectas, originales, patéticas como jamás las tuve.

Dos historias estúpidas y aterradoras se entrecruzaron en la quimera de los mil demonios que paradójicamente me propugnó el golpe fulminante del hermano de Jeanne.

En una de ellas, que parecía tan real como mi propia vida, me hallaba pendiente de un par de cosas: visitar el botiquín *El siete copas* y criar un ratoncito blanco. Tampoco se presentaban dudas de que se trataba de una situación ficticia pues la dueña del botiquín, *La culebra*, si mal no recordaba, había muerto de cirrosis hepática años atrás durante el tiempo de mi primera reclusión. Nada más al morir, sus tres hijas, *Las culebritas*, vendieron el negocio. Para ese entonces, *Cocodrilo* y su compadre llevaban años desaparecidos desde el momento cuando fueron perseguidos a punta de plomazos por la policía.

En la pesadilla paralela, acuciado por la monomanía de mi mujer, había escapado con Jeanne hacia un mundo insólito e inaprensible. Tal

universo, sin duda, estaba influenciado por las novelas que mi hermano tragaba y regurgitaba con aliños de su propia manufactura. En esa inconsciencia momentánea intentaba desbandarme de mis incursiones criminales, del ring de boxeo y de mi relación exasperante con la mafia y con la Fuentes.

Por un lado, pretendía pirármelas de la realidad a causa de la demencia de Julia. Ya lo había comentado en innumerables ocasiones: mi mujer era obsesiva y yo la odiaba, razón por la cual, en el espejismo que me imprimió el rotundo KO, tomé como amante a Jeanne, la hermana de mi sparring, y con ella intenté escapar hacia un lugar inaccesible, con visos indiscutiblemente ilusorios, donde la realidad no pudiera darme alcance. No era que yo la amara. Nada de eso. Simplemente intentaba tomar venganza del rotundo golpe que me infringió Sandy a quien no le faltaron razones para defender la dignidad de su canino.

En la otra ficción, acuciado por las maquinaciones de mi mujer, me dedicaba a tomar alcohol y a criar un ratoncito blanco. Es un decir. En realidad también me dedicaba a criar un gran perro de color gris, una temible piraña de color rojizo, un obsceno loro de color verde y un misterioso gato de color negro. Ellos eran la causa más inmediata de los crecientes rencores de mi mujer. Apenas pensaba en alguna de mis mascotas, la animadversión empezaba a causarle estragos. Esa irritabilidad, bien lo sabía, permanecía en mi orbe como una bomba de tiempo. Como una granada que en el momento más inesperado estallaría.

Aún seguía asistiendo a los eternos entrenamientos para enfrentar a un australopiteco, pero al salir del gimnasio no regresaba a casa como era costumbre que así ocurriera. Intentaba desahogarme. Arrancaba la moto, sacaba mi revólver y comenzaba a pegar tiros por ahí. Mataba mucha gente. Pero no era gente buena. Todos los individuos que linchaba en esa alucinación le jugaban al equipo de los malos. Algunos eran reflacos como *El gusano*, otros eran regordos como lo fue el cabo Castañeda. En cada esquina apuntaba con mi *Smith & Wesson* y sacaba de circulación a un sujeto. Seguía asesinando hasta que las balas se me agotaban. Luego guardaba el arma entre mis pantalones viendo como el pánico se apoderaba de la ciudadanía. Aceleraba mi máquina y corría cerro arriba atravesando calles, barriadas y callejones. Pero no solamente trasponía un lugar físico. Franqueaba el tiempo que me había

quedado atrás. Cada corredera era un año, cada suburbio un quinquenio, cada kilómetro una década. De esa manera llegaba a un territorio específico que jamás podía borrarse de mi memoria: El cerro donde estaba el barrio donde nací y me crié. El cerro. El lugar que llevaba años sin visitar. Soltaba la moto en cierto espacio y caminaba hacia otro que, sobreviviendo en mi imaginación, no dejaba de asistir a mis evocaciones: se trataba del botiquín *El siete copas*.

Fue allí, en algún rincón de la barra, a causa del mal sueño, donde encontré nuevamente a *Cocodrilo*. Llevaba algo más de veinte años sin avistarlo, precisamente desde la ocasión cuando lo pude ver correr cerro abajo en compañía de su compadre Teodoro Parada perseguidos ambos por los chorros de plomo que les soltaban los tombos.

Y, por supuesto, en aquel momento de mi pesadilla, *Cocodrilo* se encontraba libando en compañía de su compadre. Me acerqué a la barra y me puse a tiro en la conversación que sostenían. En aquella plática no flotaba nada desconocido para mí. El olor de orines y aserrín me resultaba familiar. Debí acercarme un poco más para poder escuchar con nitidez lo que se estaban diciendo. ¡Qué extraño!, pensé con sarcasmo.

Cocodrilo y su compadre parecían haber regresado de ultratumba. Se hallaban allí fumando marihuana y tomando tercios como en los viejos tiempos. Naturalmente, estaban hablando de boxeo. Se referían a muchos pegadores, a muchos momentos estelares, pero sobre todo, y de manera muy especial, a la aurora cuando el gran Betulio González recibió lo que se pudo llamar *El último golpe*. Fue un decir pues, luego de esa derrota, bien conocía la historia, se enfrentó a Miguel Canto y le ganó una pelea a Guty Espadas para un tercer título. Así que no fue Borkorsor quien lo envió al fondo de la letrina. Quien lo envió hasta allí fue su más encarnizado rival de por vida, Miguel Canto, obligándolo a retirarse. El encuentro apócrifo en el viejo bacanal de mi barrio se hizo elemental para conocer la magnitud del último porrazo que recibió el legendario pegador. Para colmo, *La culebra* también había regresado del más allá.

Pero un detalle se distinguía sobre todos los demás. Cerca de los compadres, alguien se encontraba levantando el codo. Alzaba la botella y se emburraba los tragos. Podía notarse tan lleno de alcohol como una cuba. De no haber escuchado la conversación, nunca hubiera podido

distinguir de quién se trataba. Pero aquel trío reconstruía, a su manera, su propia historia, su propia generación y quizás su propia desgracia.

—Oye, viejo. ¿Cómo fue el asunto aquel de la botellita de frescolita?

La pregunta la hizo el compadre Teodoro y el aludido sonrió. Sus ojos brillaron de emoción. Ensayó un nuevo sorbo, clavó la botella en el centro de la barra y dijo:

—Eso fue en el 71. En Maracaibo. En un hervidero de calor me enfraqué en una pelea de quince asaltos con Erbito Salavarría. Los jueces dieron tablas y mi contrincante saltó de la alegría pues con tal resultado podría seguir sosteniendo el título mundial. Pero, precisamente, apenas dieron los resultados, con los primeros brincos de Erbito, una mano peluda hizo aparecer un frasquito. Ante las cámaras de televisión se desató un escándalo cuando se mostró el pequeño recipiente que contenía un líquido rojizo. Como lo acabas de decir, parecía una botella de fresco. Se dijo que era una droga que Salavarría ingirió durante el combate. Pero estoy seguro que Erbito era inocente, que se trataba de una trampa que le tendían quienes estaban de mi lado. Yo no sé a quién carajo se le ocurrió arruinar los resultados con el fulano frasco, otra estafa más de ese deporte del diablo, pero eso me favoreció. Erbito se moría de la arrechera. “¡Yo no he tomado esa mierda!”, gritaba. Pero fue despojado de su título. Después de eso comencé a subir. Luego vendría lo bueno: Sócrates Bototo.

Cocodrilo estaba entusiasmado con la presencia de aquel individuo que hasta entonces me parecía un extraño. Nadie supo cómo se pudieron tragar aquel cuento del pomito de frescolita. “¡Pero si les contara!”, dijo sin poderse aguantar. “Ya habías puesto a dormir a catorce de los primeros diecisiete rivales a quienes te enfrentaste. Yo no sé cómo uno de ellos te pudo cortar la mano. Así como jodiste a Salavarría, a ti también te jodieron con el japonés Masao Ohba. Le diste su tanda de coñazos y a pesar de todo perdiste por decisión. Pero lo más arrecho fue lo que pudo pasarte en Bangkok cuando peleaste con Borkorsor. ¿Qué coño fue lo que allí te pasó? ¡Todo mundo estaba escuchando la pelea! ¡Todos sabíamos que estabas ganando y de golpe y porrazo...! ¡Te caíste!”

—No, no me caí. Me tumbaron.

—Es cierto. Te tumbaron. Pegaba como una mula el maldito Borkorsor.

—Pegaba como una mula el desgraciado. Pero les digo. No fue él quien me tumbó.

—Entonces, si no fue un puñetazo de Borkorsor, ¿quién carajo pudo hacerlo?

—Ahí está el misterio de esa pelea. Se los puedo jurar. No fue Borkorsor.

Mi padre se rascó el carril izquierdo, miró a su compadre, su compadre lo miró a él y ambos miraron sin poder disimular la sorpresa a quien los acompañaba en esos momentos. La pregunta la hizo el compadre Teodoro:

—¿Si no fue ese desgraciado mal parido, entonces quién pudo ser?

—Ya se los diré. La pelea se me complicó desde el primer asalto. Borkorsor era más peligroso que una cuaima. ¿Estuvieron pendientes de esa pelea?

—¡Claro! ¿Quién no? Todo mundo estuvo pendiente. Eras el ídolo de todos nosotros. Mi compadre y yo, inclusive, estuvimos más pendientes de ti que de nuestras mujeres que estaban pariendo. Nadie durmió esa noche eterna de finales del 72, con la radio pegada en la oreja, escuchando la pelea.

—Yo sé que el tipo me estaba aplastando desde el primer round y que Miguel Thoddé, un narrador deportivo, decía las cosas al revés. Los engañó a todos con su narración. Cada golpe que pegaba el tailandés decía él que lo pegaba yo. Parecía que su propósito era hacer feliz a la afición. Pero en el décimo le di vuelta a la tortilla. Allí sí fue verdad. Comencé, como se dice, a crecerme sobre el ring. Se los juro. Fue cosa del demonio. Estaba en mi mejor momento cuando sentí el refilón de un carajazo. Yo no sé qué me pasó después. Para sorpresa de todos sentí que se me quemaban las cotufas. Me puse loco. La gente después dijo que corrí a levantarle la mano al asiático.

—¿Y no fue así?

—No, que yo recuerde no fue así. Aquello de que corrí a levantarle la mano al asiático y también el argumento de que dejé olvidados los calzoncillos en el camerino no fue más que un chalequeo de los jodedores. Quisieron hacer conmigo lo mismo que hicieron con Arturo Godoy en ocasión cuando se enfrentó a Joe Louis. Los chilenos hijos

de puta salieron con el cuento de que fue tan arrecha la coñaza que recibí Godoy que inmediatamente corrió como un chivito besador a los brazos de *El bombardero negro*. Eso fue puro cuento como también fue puro cuento eso de que corrí a levantarle la mano al desgraciado.

—Esa actitud que dijeron que tomaste fue pan y circo durante mucho tiempo —dijo el compadre Teodoro.

—Sí, yo sé que después la cosa se convirtió en mamadera de gallo.

—Todo mundo gozó una bola, se burlaron de ti y del narrador —opinó el compadre Teodoro.

—Un maldito cómico de la TV no se cansó de parodiar el episodio dijo *Cocodrilo*.

—Sí. Se burlaron mucho de mí. Decían que yo había dejado los calzoncillos en el camerino.

—Así es. Pero también se burlaron mucho de Thoddé. Opinaban que el narrador era un aguafiestas.

—Pero se los puedo jurar. Fue el diablo. Se los puedo jurar mil veces. Miguel Thoddé no estaba equivocado. Venice Borkorsor estaba bloqueado por completo luego del décimo. Lo mantuve anulado con una parranda de coñazos. Ya era mío. Y de repente llegó el diablo y ¡PUM! Me caí como un pendejo con el único golpe que salió de las entrañas del infierno.

Exceptué todas las dudas. Aquel tipo que compartía la ficción con *Cocodrilo* y su compadre Teodoro no podía ser otro que el mismísimo (¡El grandísimo!) Betulio González.

Fue el diablo. ¿Para qué darle más vueltas al asunto? ¿Para qué echarle más candela a las cotufas? De lo contrario, ¿cómo podría explicarse ese clásico de la mamadera de gallo, ese notable chiste del joder popular que alcanzaba los treinta y cinco años?

Durante todo ese tiempo, mi padre y su compadre se mantuvieron con la duda hasta que el mismo Betulio debió asistir a una charla parrandera de ficción en el botiquín de *La culebra* para explicarles de la manera más sencilla todo lo que no pudo entender el mundo pugilístico durante aquel amanecer del 72.

Cocodrilo, con sus ojos saltones, echó una ojeada a su compadre. Estaba convencido, pero a la vez muy sorprendido, de lo que acababa de confesar Betulio González. Aquello no era más que un sueño pues, como quedó advertido, *La culebra* se había muerto de una cirrosis

hepática y el botiquín dejó de prestar servicios a las putas y borrachos de la zona pues *Las culebritas* vendieron *El siete copas* apenas muriéndose la madre. *Cocodrilo* carraspeó convencido de lo que estaba escuchando.

—Está bien lo del diablo —dijo—, que te haya jodido porque le salió del forro de las bolas. Pero, Betulio, el box para ti ha de ser tan bueno como para mí. La razón de ser de esa profesión es sagrada.

Betulio, al unísono con Teodoro, levantó el frasco y ambos se empujaron sendos tragos.

—La razón no es sagrada, *Cocodrilo* —así le dijo—. La razón es perversa. Ningún pugilista sube al cuadrilátero para hacer mimos a su oponente. Se monta allí llevando entre ceja y ceja que debe volver mierda al contendor. Un mundo de picardías se mueve debajo del cuadrilátero. Toda una mafia que arregla peleas, compra árbitros, manipula atletas. Abundan los ilusos y los iluminados que se desprenden con estrépito del ring y que caen.

Hizo una pausa. *Al fondo de la letrina*, pensé yo.

Cocodrilo levantó su cerveza. Estaba vacía. Lió un cabito de marihuana.

—Espera un momento. Tengo reseca la garganta. ¡Oye, *Culebra*, saca tres tercios de una vez! —ordenó.

El fantasma de *La culebra* apareció de pronto con el pedido, sudada y olorosa a azufre, tal cual como si le hubiesen dispensado un momento en sus labores del infierno.

Gracias a Sandy, mi sparring, por el coñazo recibido.

Con esa puta en la parrillera de mi moto quise desaparecer, en el fragor de mi otra pesadilla, de la vida de Julia Fuentes. Tal fue el otro sueño que tuve a consecuencia del KO que me propinó el imbécil que guanteaba conmigo.

Escapamos hacia una población que, por supuesto, nada tenía que ver con la realidad y mi mujer. Apenas desaparecí, Julia solicitó los servicios de los cuerpos policiales.

La urbe de la cabrona alucinación parecía estar asentada en el hueco de un volcán. Era caliginosa y el vapor que brotaba de las entrañas parecía atravesar tubitos en el organismo de mi acompañante quien se apresuraba sin reparos a querer hacer el amor a cada momento. Hasta ese lugar (por la misma razón de ser ficticio) no podían arribar los tentáculos de la realidad. Desde el mundo exterior de la quimera,

sin embargo, nos llegaban noticias a través de los diarios que seguramente deberían imprimirse en el reino del tártaro. La mayoría eran informaciones frescas, pero otras simplemente eran antiquísimas: la derrota de Firpo frente a Dempsey, el KO de Liston frente a Clay, la desaparición de los calzoncillos de Betulio.

Antes de emprender aquel viaje hacia lo inaccesible, Jeanne y yo quisimos despedirnos de Teo en las propias oficinas de la librería donde trabajaba. Se trataba de un paraíso rimbombante de poesía, un sitio donde se centraba en alto porcentaje la pureza del espíritu humano. Mi hermano intentaba regalarnos espesos tomos sobre la obra epistolar de Anaís Nin. Nos decía que Miller había tenido mucho qué ver con aquella producción encíclica y que posiblemente disfrutó la oportunidad de guisarse a la Nin, mujer a quien le importaban un carajo los sermones morales. Nos dijo que Miller, en algún tiempo, se destacó trabajando como sepulturero. Paletero de fosa por añadidura. Así que, además del trópico de capricornio, de las estatuas desnudas con sus vergas erectas que dijo haber visto en pleno centro de París, le encantaba también enterrar a sus muertitos. Solamente aquella señora sin escrúpulos que se afanó en enviarle cartas bien escritas hubiera podido confesar la manera cómo pudo ubicar en su sepultura el lánguido muertito de Miller.

En su lugar de trabajo, mi hermano solía utilizar lentes de lectura. Su contextura quizás no sobrepasaría el peso pluma. En aquel sueño se estaba dejando crecer una barba proverbial y, cuando de libros se trataba, podía exhibir una impresionante fluidez en sus conceptos. Mi hermano nos decía: “Ustedes se despiden para emprender rumbo hacia lo desconocido. Lleven libros. Todos los que deseen llevar. Uno sabe cuando parte, mas ignora cuando ha de regresar.” Pero yo no deseaba llevar novelas hacia aquel extraño viaje, excepto si trataban sobre esa obsesión que me imprimían las vidas de púgiles. Pensé en obras que escuché mencionar a *Cocodrilo* y al viejo Carlos y que no sabía si eran inventos suyos o novelas de verdad. El viejo, por ejemplo, me dijo que había una muy buena que se titulaba *Boxeo sobre hielo*. Pero a mí me hubiera gustado más algo escrito por un gringo de apellido Mailer sobre la vida de Muhammad Alí o algo escrito por una gringa de apellido Oates sobre la vida de Mike Tyson. Deseaba equiparme con libros de boxeo. Pero no pudo ser así. Teo me decepcionó al respecto. Me

advirtió que allí no los conseguiría. Que no los conseguiría porque esa actividad siniestra, según él, nada tenía que ver con la pureza del espíritu humano. Le saqué la madre, que no era otra que la misma que nos había parido, y mi hermano no contestó. Se puso rojo como un tomate. Pero no dijo ni pío el cabrón.

Un ventarrón entró de pronto a la librería. La imagen del autor que nos ofrecía fue absorbida por un remolino. Mi hermano fue absorbido por un remolino. La puta y yo fuimos absorbidos por un remolino. Cuando la tolvanera se desentendió de nosotros, ya no estábamos en la librería. Nos desplazábamos sobre un par de ruedas y entrábamos a una geografía misteriosa y tan caliente como el living del demonio.

El calor que hacía allí le podía derretir los cojones a cualquiera. Nos sentimos entusiasmados a hacer cositas. Jeanne era voluntariosa. Siempre estaba dispuesta a buscar orgasmos conmigo. Me hacía carinitos, me besaba el pito, me hacía cosquillitas en las orejas. Así que a la primera oportunidad se quitó la ropa y me ofreció sus melones. Los fui probando como se puede hacer con una zamarra torta de chocolate. No sabían mal. Se me fue abriendo el apetito gracias al bombón de carne que se me ofrecía. Me sentí dichoso como el hombre que descubrió en blanco y negro el arcoiris. Poco a poco comencé a comerla toda. Le chupaba inaccesibles rincones corporales. Yo sabía cómo guisármela a ella, pero ella también sabía cómo guisarme a mí.

La tibieza de aquel sitio impulsó nuestras propias hogueras y así fuimos tejiendo, con largos hilos de felicidad, una pasión que terminó obteniendo características de novela policíaca. Todo hubiera resultado perfecto, pero es obvio que si se trataba de una pesadilla no todas las cosas podían salir a pedir de boca. Se necesitaba ser pendejo para llegar a pensar que la cosa arribaría a un final feliz. En los breves descansos que el deseo nos dispensaba, cuando sentía que los cojones se me iban a reventar de tantos polvos, salíamos a flote a dar alguna vuelta por allí. Se nos ocurrió comprar los diarios que cruzaban los límites de la contrariedad. Y fue en esos periódicos donde pude encontrar nuevamente la paranoia. Allí percibí la enorme prosbocis de una mujer que estaba más loca que una cabra, el infalible infierno que resultaba ser Julia Fuentes.

¡Increíble! En las últimas páginas de esas publicaciones localizaba con todas las de la ley aquel rostro que representaba la prueba patética

de que en algún lugar de la realidad ella me esperaba con el propósito de seguir llenándome de sufrimientos. Joderme la paciencia, escoñetarme la vida. Ese parecía ser el eterno deseo de la desquiciada. Además de encontrarme nuevamente su figura, se detallaba una información que no dejaba de sorprenderme. Bien podía recordar esa otra alucinación. Según rezaban las páginas amarillistas y tercermundistas, se sospechaba que un hecho criminal estaba conectado con mi desaparición. Eran folios con formato de tabloide que en un principio mostraron prendas que me pertenecieron: un pantaloncillo de boxeo con las letras *N* y *P* que el Niño tuvo la amabilidad de obsequiarme en ocasión de aquel célebre combate que sostuvimos. Lo recordaba como si ocurriera en aquel preciso momento. El Niño era un caballero en el ring y fuera de él. Le gané con un *rabbit punch*, con un golpe de suerte que además no era permitido. Pero aún así se arrancó tranquilo, sin apelar por la legalidad, sin chistar. Esa cara insondable de motas no reclamó fraude alguno.

Inclusive, después del combate y ya en su camerino tuvo la amabilidad de enviarme su pantaloncillo con las letras *N* y *P* (*Niño Pecas*). Aquel gesto me resultó matador. La conciencia se me zarandó de puro remordimiento. Intenté hacer el mismo cumplido. Rápidamente me quité el pantalón y se lo envié con Sandy. Pero cuando el muy cabrón regresó desde el camerino del Niño me dijo que este ya se había marchado.

Además del pantalón que me regaló *Niño Pecas*, los diarios ponían a la vista otras cosas que me pertenecieron: un cuadro de Joe Louis que también guardaba en casa en un pequeño nicho con flores de polietileno al cual solía prenderle velas y hacerle rosarios en los días cuando me tocaba pelear. Del mismo modo, una cachucha del equipo de béisbol Navegantes del Magallanes, del cual era fanático, y algunas fotografías que aparecieron en *Meridiano*, en el ring, con la cara hinchada y llena de sangre, con la cicatriz abierta como cuca y con los guantes levantados, pertenecientes a la ocasión cuando me enfrenté a *Kid Barlovento*, aquel negro que pegaba como patada de burro.

Ese negro también era un gran luchador. Al principio me equivoqué con el cabrón. Cuando nos pesaron, cuando estuvimos frente a frente en la báscula, tuve la impresión de que era un pobre infeliz. Ese negro tenía cara de huevón. Cuando nos montaron en el peso para

conocer nuestras libras, me dio la impresión de que era algo así como fororo ligado con guayoyo, aguado, cafeinoso y con mucho serepe. Creí entonces que nada difícil resultaría reventarle la madre antes del segundo asalto. Además pude observar que sus orejas eran grandes como un burro y eso me puso agua la boca. Me hice la ilusión de que podría echarle un mordisco en pleno combate. Hincarle mis dientes en el coño de una oreja del mismo modo que Tyson se los afincó a Holyfield. Joderle la puta carrera de boxeador y ya. Comer las orejas del oponente era una tentación.

Pero no fue así. El negro resultó ser un monstruo de Tasmania, arrechísimo echando coñazos. No dejé de leer los periódicos. Lo más impresionante que mostraban aquellas páginas era un reguero de huesos por todas partes de la ciudad y Julia, en su locura, se empecinaba en afirmar que me pertenecían.

Al leer los diarios, precisamente en las últimas páginas donde solían reseñar los sucesos más repiqueteados del crimen, encontré nuevamente la patética prueba de que Julia Fuentes, enrollada en sus visiones esquizofrénicas, no terminaba de salir de su locura. Ella había colocado a los cuerpos policiales al borde de un ataque de nervios. Los condujo, con patrulla y todo, hacia un supuesto lugar donde se encontraban mis huesos esparcidos. Casualmente la perra (Jeanne) estaba jugando con mi pito en el momento cuando nos topamos con tan absurda información. La noticia evitó que tocara mi flauta de cuerpo cavernoso.

—¡Tate quieta, coño! Mira lo que dice aquí.

Así le dije.

La versión refería un presunto asesinato. No un asesinato cualquiera. ¡Mi propio asesinato!

El argumento mencionaba que, efectivamente, una falsa costilla me pertenecía. Tal hallazgo tejió una suerte de historia policíaca de esas que a Teoduldo lograban encantar. La pesadilla parecía seguir el guión de un libretista muerto de hambre y escaso de imaginación, quizás uno de esos que tanto pululan en los canales de televisión. ¡Uuuuff! ¡Qué asco! Aquella maniática de quien huía como demonio supuestamente fue citada por las autoridades con el objeto de que revisara con detenimiento una pila de huesos que encontró la policía. Nada más al avistar una costilla expresó lo que estuve temiendo desde un principio: *Sí, esa costilla la reconozco. Pertenece a Betulio González, mi marido.* Enseguida

recurrieron a un patólogo. Según él, mi mujer tenía razón. Allí, entre las fotografías, cerca de mis presuntos órganos calcificados, se exponía también la imagen de un ahorcado. La lengua le colgaba como una corbata. Los ojos se le brotaron como a ratón cuando es despanzurrado por una trampa. Daba la impresión de que se bamboleara como cierta obra de Cruz Diez. Debajo de la fotografía del ahorcado se hallaba el titular que decía: *Presuntamente asesinado un conocido boxeador. Los detalles del suceso resultaban más absurdos todavía: Como pertenecientes a Betulio González fueron identificadas por la propia esposa algunas partes óseas que han sido encontradas en diversos lugares de la ciudad...* Aquella situación, aquella trama de telenovela en solicitud de rating comenzó a incomodarme. Indudablemente me mortificaba la habilidad histriónica que mostraba Julia ante los cuerpos policiales. ¡Loca! ¡Coño de madre! ¡Hija de la gran puta! Eso exclamé en el fatídico sueño. La perra que me acompañaba intentaba apaciguarme. Mis puños se movían con vehemencia. Bien preferible hubiera sido, en lugar de sufrir tal espejismo, caerme a vergajazos con el chino matón del cuadrilátero. De todas maneras terminé enfrentándolo. “No te sulfures”, me consoló la rata. “Apenas estamos viviendo una pesadilla”.

Pero pesadilla era pesadilla. Y si la estaba viviendo conformaba parte de mi realidad. Así que me correspondía seguir soportando mi desgracia.

El drama se complicó aun más de lo previsible. Algo que sólo puede ocurrir en los malos sueños se suscitó después: según los diarios, la policía encontró mi apéndice xifoides adentro del pantaloncillo que me regaló *Nino Pecas*. De inmediato podría decir que siguieron otros skecth. Teoduldo fue apresado y sometido a extenuantes interrogatorios. ¿Fue el mismo mono de la calle Morgue quien asesinó a su hermano? La policía allanó su lugar de trabajo y en uno de los anaqueles, detrás de *Una temporada en el infierno*, encontró mi fémur. Un poco más allá, cubierto con algunos relatos de *Narraciones extraordinarias*, un rubicundo agente de seguridad se topó con mi hueso ilion. Mi astrágalo, mis vértebras cervicales. Llegando al colmo de los colmos, otro de los cabrones uniformados, quizá en su humana turbación, confundió una replica de la quijada de burro que usó Caín para matar a Abel con mi maxilar superior.

—No le prestes atención a esas vainas —me decía la perra—. Los sueños no son más que pendejadas.

Teoduldo cada vez lo repetía: nuestras vidas son ríos que van a dar a la mar que es el morir. ¿O era el viejo Carlos? ¿O fue algún cabrón de los tantos que convivieron con mi puta madre? ¿O fue el mismísimo jodedor de *Cocodrilo*?

Julia no dejó de meter su horrible nariz en las investigaciones. Después fue una tibia y un peroné. En una casa de putas dieron con mi sacro, mi ilíaco, mi frontal. De pasapalo, alguien envió una caja de regalo. La loca de la casa revisó su contenido. Adentro se pudo encontrar un parietal, una falange, un tarso, un omóplato.

Ante todo ese melodrama óseo y putrefacto, la policía implementó un cerco alrededor de mi despojo.

Cansado de sufrir esa pesadilla hice un esfuerzo supremo para despertar, tal cual como sucedió, y lo primero que vi sobre las alturas fueron las caras de Sandy, Jeanne y el viejo Carlos.

—Parece que respira... Parece que está vivo— decía muy nervioso el sparring.

—Creí que no regresarías —me dijo el viejo al verme abrir los ojos—. Tomé la hora del momento cuando caíste fulminado y eran exactamente las cuatro y treinta y tres. Pensé que esa sería la hora de tu muerte.

Bueno. Las cosas no podían ser eternas. Quizás podían durar apenas horas como una mariposa o novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve millones de años como el mamut que encontraron debajo del hielo algunos esquimales y que, muertos de hambre, se comieron. Como Matusalén. Como todos los patriarcas del Viejo Testamento.

Pero las hojas y los lápices tenían que agotarse. Así parecía destinada a terminar esa mal contada pelea de mi vida (a vocablo limpio) que prometí a Teoduldo y a Lucrecia a quince asaltos. Se tenía que acabar porque se acercaba el campanazo final, porque ya estábamos en las agonías del décimo quinto asalto y porque no es cómodo tener un poco de plomo metido entre las morcillas. Allí en la perrera no se encontraba papel ni para hacerse la higiene y ellos (mi hermano y mi cuñada), aunque vinieron en un principio a saber de mí terminaron

por no regresar. Ya de las cabronas páginas no quedaba ni para hacerse pajas. Los lápices también se gastaron. No eran más que tucos. Y en la perrera la gente no usaba lápices para escribir sino para matar. Incluso en sala de bandera. Llegó el momento cuando se agotaron por completo. Así que la novela quedó inconclusa por un tiempo. Debí esperar hasta que la doctora Diego sobornara una juez para sacarme de la perrera, esperar que entrenara para enfrentarme a un chino, esperar que Julia sacrificara mis mascotas, esperar ir a Bangkok para afrontar a Lam, esperar que los esbirros llenaran mis tripas de balazos, esperar que alguien me abandonara en un hospital para parias y esperar que alguna alma caritativa me consiguiera páginas y lápices para que la escrita pelea no se quedara sin final.

Lo cierto fue que Teoduldo y Lucrecia no volvieron a saber de mí. Seguramente ella se resintió porque no salí de inmediato a defender a su hermano Gerardo el día cuando estuvimos en la playa. Me refiero a la ocasión cuando el degenerado se dedicó a andar cazando culitos por allí. Si yo le hubiera pegado el *rabbit punch* a tiempo al hijo de puta que salió a lucirse defendiendo a su mujer, Gerardo no hubiera salido tan jodido. Pero, según supe ese día cuando vinieron con los lápices y las páginas, al muy sádico cuñado de mi hermano le tuvieron que enyesar una pata, un brazo y le agarraron como quince puntos a la cuca que le abrieron en el coco.

Por otra parte, una lección muy ejemplar para un sádico. Salió con mucha suerte. En otras ocasiones, tipos así son linchados por las turbas.

Pero ya de eso ni me quería acordar. Resultaba preferible pensar en otras cosas. Pensar, por ejemplo, en el poco feliz término de mis relaciones con Julia y con la mafia. Primero debería hacer un resumen de las cosas buenas y de las cosas malas. Hacer eso antes de poner la palabra fin.

Entre las malas, Teoduldo y Lucrecia fueron tragados por la tierra.

Entre las buenas, el australopiteco vino a pedirme que no me preocupara. Que la doctora Diego me sacaría muy pronto del fondo de la letrina. *Doctor Peppers* me necesitaba. El Greco me necesitaba. *El Tèletubi* me necesitaba. Los esbirros me necesitaban. Los narcos me necesitaban. Los traficantes de chinos me necesitaban. El mundo entero

de la mafia me necesitaba. ¡Yo era un necesitado! Por supuesto, estaba metido en una nube negra y cargada que pronto se iría a tierra.

Además, se trataba de un asunto de vida o muerte. A la vuelta de la esquina estaba el título de campeón mundial. Me requerían para llevarme a Bangkok y enfrentarme al chino matachín. La mafia había colocado todos los millones del mundo en la pelea, apostando como locos cabrones, como siempre, en ese afán de lavar dinero al costo que fuera necesario. Apostando por el pendejo boxeador que seguramente ganaría. En ese momento me sentía tan confuso que no sabía a ciencia cierta a quién jugarían quienes me manipulaban. Lo más probable sería que apostaran a Lam pues toda la prensa me señalaba como un paquete.

¡Mierda! Así se movían los camorreros criollos en el mundo de las trácalas. Se dejaba colar la especie de que me aplicarían pena de muerte. Pagaría por mis crímenes, según las cuchufletas de José *El chubisco* y *El rayo* Zambrano. Pero no moriría con inyección letal, gas, silla eléctrica ni ahorcamiento. Según estos criminales, *Doctor Peppers*, mánager invisible del equipo terrorista al cual yo pertenecía, se le ocurrió la original idea de aplicarme la pena de muerte enfrentándome con aquel chino. A no menos de uno le había organizado el funeral. Así que podía estar tranquilo. Las apuestas permanecían en secreto y era un hecho que en poco tiempo me abrieran coso.

Por cierto, la última vez cuando anduve con José *El chubisco* y *El rayo* Zambrano, en los momentos cuando me desplazaba glorioso hacia los pasadizos de los mejores burdeles de Tailandia, a mi mente llegó el recuerdo de Silvia de Lorenzo. ¿Qué había sido de ella? ¿Se encontraba en París o en Nueva York? Me parecía que llevaba mucho tiempo vacacionando.

—¡Oigan, cabrones! ¿Qué es de la vida de Silvia de Lorenzo?

Eso les pregunté. Los esbirros intercambiaron miradas sarcásticas. Cuchichearon por lo bajo algo que no pude escuchar y *El chubisco* se encargó de hacer la aclaratoria.

—La suerte de Silvia era un secreto —me dijo—, pero ahora no importa que llegues a saberlo. A Silvia la dejamos bien muerta. Hicimos migas con su cuerpo. Echamos sus pedazos en El Guaire.

—Pero... ¿por qué? ¿Tanto le dolían los cuernos a *El gusano*?

El rayo conducía entre las iluminadas avenidas de Bangkok. *El chubisco* terminó de explicar sobre la suerte de Silvia. Fue así que me

enteré que la mujer de Ned no fue eliminada por infiel y menos por andar de amores con una peluquera. *Doctor Peppers* ordenó su ejecución debido a los fallos que tuvo en el negocio. Su misión consistía en distribuir cocaína. Simulaba mucha devoción y llegó al colmo de esconder la mercancía en una catedral. Aprovechaba los rosarios para mover los paquetes que ocultaba entre las estatuillas de los santos. Fue arrestada y sapeó algunas referencias. Salió inmediatamente de la perrera. Por eso el capo inventó el asunto de su lesbianismo y me sometió a prueba para eliminarla.

Sin duda, nuestra familia era totalmente inescrupulosa.

Por otra parte, eso es lo bueno de andar con los malos. Que a uno lo matan como uno quiere y no como los demás se empeñan en matarlo. Alguna vez le confesé eso a Teoduldo cuando él me preguntó cuál sería mi muerte preferida. “¿Mi muerte preferida?”, así le contesté: “En el ring, llevando coñazos como la puta madre”.

Así que por los vientos que soplaban, parecía ser un hecho el que se cumplieran mis deseos.

Con la panza llena de huecos, al tanto que esperaba estar mejor para salir de ese hospital, no se me ocurría otra pendejada que pensar en el puto día cuando maté a Julia Fuentes. Esa ocasión me resultaba inolvidable. Regresaba a casa, a bordo de la moto, resintiéndome del trancazo que por venganza me pegó Sandy.

El pescuezo me dolía como si un perro me hubiera clavado los colmillos.

Los oídos me sonaban igual que ambulancia llevando a moribundo.

Mi cerebro era un disco rayado. Un disco pegado en la frase que dijo un comentarista deportivo el mal día cuando nació: ¡Pega Betulio! ¡Pega Betulio!

Y todo gracias al *rabbit punch* que Sandy me conectó. ¡Maricón! ¡Hijo de perra!

Solamente en un cerebro tan rayado, tan pegado y tan estúpido como el mío podía trabarse la frase durante tantísimas veces.

Debí darme otro duro golpe en la cabeza para que el disco continuara su curso: ¡Pega Betulio! ¡Vuelve a pegar Betulio! ¡Sigue pegando Betulio! ¡De nuevo pega Betulio! ¡Se cayó Betulio!

Era la voz de Miguel Thoddé colocada sobre la puta plancha que tenía yo como memoria. En ese momento se me antojaba como *La hija del regimiento*. La voz de aquel narrador me atormentaba tanto como la voz de Luciano Pavarotti. Regresaba del gimnasio, a bordo de la moto, pensando en lo que podía ser capaz Julia Fuentes luego del fatídico día de playa. Para colmo, aquella mañana encontró nuevamente excrementos de perro en la cocina.

Entonces sucedió lo que nunca debió haber sucedido. Puta madre.

Al cruzar una esquina me encontré con un carro muy viejo que venía en sentido inverso. Se trataba de un Ford modelo 53. Era un traste con aires de reliquia. Amarrado al jierro del parachoques trasero, el camastrón arrastraba un cable de servicios telefónicos.

Ahí estaba el detalle. Del otro extremo del cable de servicios telefónicos, a la vez, muy fuertemente atado al pescuezo, se hallaba pegada la figura de un gran can gris.

Se trataba de un perro idéntico al mío. Tan parecido a *Dempsey* que paré la máquina para contemplarlo con más detenimiento.

El carro se movía a pausas. Al mismo ritmo de un cortejo fúnebre. Me quedé paralizado como un pendejo, con la boca abierta y con un grito atorado en el gañote. Taponado como un pedazo de chicharrón. Aquella inamovilidad me la arrancó un fiero cornetazo. Alguien le pedía paso al carro que arrastraba al perro.

En esos momentos me pude percatar que adentro del carro que había tocado la corneta viajaba de casualidad el doctor Pereira. El doctor Pereira era el veterinario de mis animales. Entonces como un loco corrí hacia su ventanilla y se me ocurrió gritarle:

—¡Doctor! ¡Doctor! ¡Mire usted!

Pero el doctor, sin dignarse a prestarme la más mínima atención, estupefacto y de mal humor, imprecó y le imprimió más velocidad a su vehículo.

Como había echado a un lado mi motocicleta, sólo se me ocurrió la puta idea de perseguir a patas al doctor Pereira.

—¡Doctor! ¡Mírelo! Lo arrastran delante de usted. ¿Lo reconoce? ¡Es *Dempsey*!

Pero el doctor hundió aún más su pie derecho en el acelerador, improvisó una rápida maniobra y adelantó al traste que arrastraba al perro muerto.

Como un cohete, no por la velocidad sino por el chorro de humo que soltó el escape, el doctor se perdió de mi vista en menos de un minuto.

Me quedé parado a pocos metros de la próxima esquina y pude ver que el camastrón cruzaba hacia la derecha. Una canija reflexión asomó con fuerza de lombriz a mi no muy clara inteligencia. De paso no eran ideas propias sino cosas que había escuchado comentar a Teoduldo. Mi cabroncito hermano opinaba que el mundo no lo inventó Dios sino un griego de apellido Sófocles. José Sófocles, Eduardo Sófocles, Gabriel o Salvador Sófocles. De veras que no me acordaba con exactitud del desgraciado nombre del sujeto que inventó el mundo.

Antes de salir aquella mañana hacia el gimnasio debí enfrentar nuevamente la paranoia de mi mujer. Apenas metía las vendas y el pantaloncillo en el bolso, me pegó un grito desde la cocina.

—¡Betulio, ven acá!

Cuando fui a la cocina, ella me mostró los mojonos secos de perro que estaban sobre la terracota. Entonces me juró que antes de que volviera del gimnasio ya habría acabado con todos mis animales.

Esa mañana, llegando a casa, también tuve la oportunidad de ver por última vez a *Muhammad Alí*. La decapitada cabeza del plumífero mostraba una expresión de vivo terror. Fue la emoción que sintió antes de morir. El resto de su cuerpo yacía al lado de la cabeza. Estaba tieso, como embalsamado, metido en el recipiente del aseo domiciliario.

Luego supe la razón por la cual me hizo comer gato por liebre, la razón por la cual aplastó a *Mickey* contra su molinillo utilizando la llave de ajustar tubos subterráneos y la razón por la cual ahogó las ínfulas depredadoras de *Mano de piedra*.

Quisiera aclarar mejor las cosas, pero ya la cabeza no me da más. ¿Podrá llamarse esto novela?

Campanazo final

Aún no sabía si después de la pelea me irían a pegar los tiros de gracia...

Lo cierto fue que nunca pensé derrotar al maldito tailandés.

Cuando sonó el primer campanazo, en mi cabeza hicieron cola todos los mártires del box de los cuales había tenido memoria. El amarillo vino con todo a la vez. Me lanzó miles de golpes en los tres primeros minutos.

Regresé a mi esquina gratamente sorprendido. Sorprendido del milagro de que, a pesar de los tantos zarpazos que el rival me lanzó, no me hubiera causado el más mínimo rasguño. De todos los miles de puñetazos que me arrojó, el cabrón no me pudo pegar ninguno.

En el siguiente asalto, el chino se me vino como una palomita. Entonces aproveché para golpearlo como me dio la gana. De allí en adelante no levantó cabeza. A la vuelta del tercero ya estaba liquidado. Así de fácil. Un hombre de camisa blanca y de pantalón negro, con más cara de mafioso que de réferi, me envió a la esquina y comenzó el conteo de protección.

Antes de que lo llegara a pensar, mi cuerpo bamboleaba sobre los hombros de una multitud. La gente de *Doctor Peppers* gritaba eufórica

por mi triunfo. El resto de apostadores se halaba de los pelos. Nadie entendía cómo el paquete del circo le había dado vuelta a la tortilla. Se escuchaban los rumores de una pelea fraudulenta. Nunca pensé que la mafia apostaría el todo por el todo a la derrota del chino sanguinario.

Luego de la pelea, *El gusano* y el par de esbirros me llevaron a corretear entre los casinos de Bangkok. Me hicieron celebrar el triunfo como nadie tiene idea. Pasearon la faja mundial entre los mejores burdeles de la ciudad. Me enviaron a culear y me metieron guisqui hasta en los forros.

Me sentía muy rascado y jubiloso cuando, en el meadero de un prostíbulo, pude ver que José *El chubisco* y *El rayo* Zambrano, luego de burlarse de mi huevito, desenfundaban y me apuntaban con sus pisto- lones. Quizás después de todo, mucho antes de que llegara la resaca, me irían a pegar los tiros de gracia.

—Ahora sí conocerás lo que es sabor a madres —dijo *El rayo* Zambrano.

Nada más de eso me acuerdo.

BUNNY RUN, ARLINGTON, TX, AÑO 2009.

Índice

Campanazo inicial	
	<i>11</i>
Primer asalto	
	<i>13</i>
Segundo asalto	
	<i>37</i>
Tercer asalto	
	<i>53</i>
Cuarto asalto	
	<i>69</i>
Quinto asalto	
	<i>99</i>
Sexto asalto	
	<i>107</i>
Séptimo asalto	
	<i>123</i>
Octavo asalto	
	<i>139</i>
Noveno asalto	
	<i>155</i>
Décimo asalto	
	<i>163</i>
Décimo primer asalto	
	<i>183</i>
Décimo segundo asalto	
	<i>199</i>
Décimo tercer asalto	
	<i>209</i>
Décimo cuarto asalto	
	<i>219</i>
Décimo quinto asalto	
	<i>247</i>
Campanazo final	
	<i>275</i>

Edición digital
junio de 2018
Caracas, Venezuela.

El boxeador

Julio Romero Parra

El boxeador es un luchador que se bate en cada asalto, más que con su oponente, con la vida misma. Esta novela se adentra en la intimidad de un pugilista y, al mismo tiempo, logra una aguda crítica a los territorios más oscuros que puede mover el dinero. Envuelto en el guante lúgubre de la mafia y el delito, nuestro antihéroe nos narra su vida desde el fondo de una de las más apestosas letrinas, la que se encuentra tras las rejas, en una jaula donde encierran a esos considerados monos sociales, cuando el sistema pretende refrenarlos, más como castigo injurioso que como corrección de sus males. Es la historia de Betulio González, pero este no es el mismo pugilista archiconocido en nuestro boxeo nacional, ésta es otra historia.

Julio Romero Parra (1953). Profesor de Literatura durante treinta años, fue coordinador de los talleres de narrativa auspiciados por el antiguo Consejo Nacional de Cultura. Coordinador de la página literaria "Vituperio". Actualmente escribe la página "Crónicas sobre ciudades gemelas" que aparece en el suplemento «Premium» del diario *El Regional*. Fue galardonado en varios concursos literarios como el Premio Nacional de Narrativa de la III Bienal Literaria Ramón Palomares (2007). Algunas de sus publicaciones son: *La serenata* (1972), *Relatos de fin de siglo* (1998), *New York/ New York y otras historias* (2004), *La garrapata de King Kong y otros cuentos* (2008), entre otras.

